





# *Familia*

MIGRACIÓN Y ADAPTACIÓN  
EN BAJA Y ALTA CALIFORNIA,  
1800-1975

Robert R. Álvarez, Jr.

Traducción y edición de la versión en español:  
**Elba Araceli Villaseñor Montes de Oca**  
y **Everardo Garduño Ruiz**

Universidad Autónoma de Baja California

## **Universidad Autónoma de Baja California**

Dr. Felipe Cuamea Velázquez

*Rector*

Lic. Ricardo Dagnino Moreno

*Secretario General*

M.C. Miguel Ángel Martínez Romero

*Vicerrector campus Mexicali*

Dra. Patricia Moctezuma Hernández

*Coordinadora de Posgrado e Investigación*

Dr. Luis A. Ongay Flores

*Director del Instituto de Investigaciones Culturales-Museo*

## **Gobierno del Estado de Baja California Sur**

Marcos Alberto Covarrubias Villaseñor

*Gobernador Constitucional*

Armando Martínez Vega

*Secretario General de Gobierno*

## **Instituto Sudcaliforniano de Cultura**

Jesús Silvestre Fabián Barajas Sandoval

*Director General*

José Guadalupe Ojeda Aguilar

*Subdirector General*

Sandino Gámez Vázquez

*Coordinador de Fomento Editorial*





*Familia*  
MIGRACIÓN Y ADAPTACIÓN  
EN BAJA Y ALTA CALIFORNIA,  
1800-1975

Robert R. Álvarez, Jr.

Prólogo a la versión en inglés:  
**Renato Rosaldo**

Prólogo a la versión en español:  
**Robert R. Álvarez, Jr.**

Traducción y edición de la versión en español:  
**Elba Araceli Villaseñor Montes de Oca**  
y **Everardo Garduño Ruiz**

Álvarez, Robert R.

Familia : migración y adaptación en Baja y Alta California, 1800-1975 / Roberto R. Álvarez ; tr. y ed. de la versión en español, Elba Araceli Villaseñor Montes de Oca y Everardo Garduño. -- Mexicali, Baja California : Universidad Autónoma de Baja California ; La Paz, Baja California Sur : Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2012.

254 p. ; 21 cm.

ISBN 978-607-607-112-0

1.Familias mexicano americanas--California--Historia. 2.Familias--México--Baja California--Historia. 3.Inmigrantes--California--Historia. 4.Baja California (México)--Condiciones sociales.

**F870.M5 A5818 2012**

*Comité Editorial del Instituto de Investigaciones Culturales-Museo:*

Norma del Carmen Cruz González, Everardo Garduño Ruiz, Maricela González Félix, Aurora Lacavex Berumen, Hugo Méndez Fierros, Lya M. Niño Contreras, Luis A. Ongay Flores, Servando Ortoll Estrada, Kenia M. Ramírez Meda, Fernando Vizcarra, Georgina Walther Cuevas

Primera edición en inglés: 1987 (título original: *Familia. Migration and Adaptation in Baja and Alta California, 1880-1975*)

Primera edición en español: 2012

©1987, 1991 The Regents of the University of California  
Published by arrangement with University of California Press

D.R. © Universidad Autónoma de Baja California  
Instituto de Investigaciones Culturales-Museo,  
Av. Reforma y calle L s/n, colonia Nueva, 21100.  
Mexicali, Baja California, México  
Teléfonos (52) 686 554-1977 y 686 552-5715  
Correo electrónico: editorial.iic-museo@uabc.edu.mx

D.R. © Gobierno del Estado de Baja California Sur  
Instituto Sudcaliforniano de Cultura,  
Unidad Cultural Profr. Jesús Castro Agúndez,  
Navarro y Héroes de Independencia, Zona Centro, 23000  
La Paz, Baja California Sur, México  
Teléfonos: (52) 612 165-5391 y 612 122-9101

Coordinación editorial: César Enrique Jiménez Yáñez  
Edición y formación: Gerardo Ávila  
Diseño de portada: Rosalba Díaz Galindo

ISBN: 978-607-607-112-0

Impreso en México / *Printed in Mexico*

# Índice

<b>Prólogo</b> .....	13
<b>Prefacio y agradecimientos</b> .....	17
<b>Prefacio a la edición en español</b> .....	21
<b>Introducción</b> .....	25
Plan del libro .....	29
<b>1. Antecedentes históricos y geográficos de la movilidad</b> .....	31
La geografía.....	32
El noroeste: La frontera .....	33
El desierto.....	34
El cabo.....	36
El clima.....	36
Descubrimiento y colonización .....	38
El contexto del descubrimiento .....	40
Después del descubrimiento:	
Exploración y el <i>Galeón de Manila</i> .....	43
Asentamiento y colonización de la península .....	47
<b>2. Desarrollos del siglo XIX: El contexto socioeconómico de la migración</b> .....	55
Intereses extranjeros y desarrollo de la minería.....	55
La costa de Baja California: Territorio abierto .....	56
La reactivación de la minería.....	57
Baja California y la Guerra México-Estados Unidos .....	58
La fiebre del oro de California:	
El redescubrimiento de Baja California .....	59

El porfiriato: Concesiones extranjeras y economía minera, 1870-1900 .....	62
Inversión estadounidense .....	63
Antecedentes extranjeros de los bajacalifornios .....	64
Desarrollo tecnológico de la minería.....	65
El progreso del transporte .....	66
Circuito minero de Baja California y familias peninsulares.....	68
Desarrollo de la frontera .....	71
<b>3. Bases sociales, geográficas y temporales</b> <b>en la formación de redes.....</b>	<b>79</b>
Calmallí: El circuito minero y el desarrollo temprano de la red, 1880-1910 .....	82
Caléxico y San Diego: La frontera y la formalización temprana de la red, 1919-1930 .....	84
Segunda oleada .....	86
Movilidad hacia el final de la década de 1920 .....	88
San Diego-Lemon Grove: Florecimiento, 1930-1950 .....	89
<b>4. Calmallí: Circuito minero y desarrollo</b> <b>de redes tempranas, 1880-1910.....</b>	<b>93</b>
Calmallí: Los nexos geográficos.....	94
Características de la red de Baja California .....	99
Principales individuos y familias.....	101
Confianza: La base de las relaciones .....	102
Hacia Calmallí, al norte.....	104
Los Márquez: Una familia minera.....	106
Los Smith Mesa: Migrantes de Comondú.....	113
Calmallí: Los nexos sociales .....	121
Don Loreto Márquez.....	122
Los Smith.....	126
Los Castellanos.....	129
Al norte de la frontera: Un período de transición .....	132
Los Castellanos: A San Diego y de regreso .....	132
Los Smith: Camino hacia Caléxico .....	135
Don Loreto Márquez: De nuevo El Cajón y las minas .....	138

<b>5. San Diego y Caléxico: La frontera y la formalización temprana de la red</b> .....	147
Parentesco: Una genealogía regional.....	148
La frontera: Un nuevo ambiente .....	151
Frontera e inmigración .....	155
San Diego, 1900-1920: Primeros migrantes por barco.....	161
Nicolás Ceseña.....	161
Los Lieras .....	163
Los Hollman .....	164
El segundo flujo migratorio: Las décadas de 1920 y 1930 .....	167
Los Romero Mesa y los Bareño Mesa .....	169
<b>6. San Diego-Lemon Grove: Florecimiento, 1930-1950</b> .....	177
De Caléxico a San Diego .....	178
Manuel Smith: Lazos familiares y apoyo .....	179
Olayo Romero: Familia y trabajos.....	183
Los Castellanos y los Sotelo: .....	184
Adopción y transición del ciclo de vida.....	184
Los pueblos de la frontera: Conexiones geográficas y familiares .....	187
Lemon Grove.....	188
Procesos y mecanismos en la formación de la red.....	194
Familias ápice.....	194
Los Simpson .....	195
Individuos ápice .....	201
Incorporación .....	205
Conexiones de parentesco recurrentes.....	208
Ideología familiar .....	213
<b>7. Epílogo</b> .....	219
<b>8. Conclusión</b> .....	233
<b>Bibliografía</b> .....	247
<b>Mapas</b>	
MAPA 1. Baja California .....	35
MAPA 2. Costa del Pacífico al oeste de la Alta y Baja California .....	46

MAPA 3. Desarrollo misional.....	52
MAPA 4. Principales lugares de origen, escalas y destinos migratorios de finales del siglo XIX .....	98
MAPA 5. Rutas migratorias a Calmallí.....	105
MAPA 6. La frontera.....	157
MAPA 7. Ruta de la segunda afluencia de migrantes por el golfo .....	174
MAPA 8. Condado de San Diego.....	189

## Fotografías

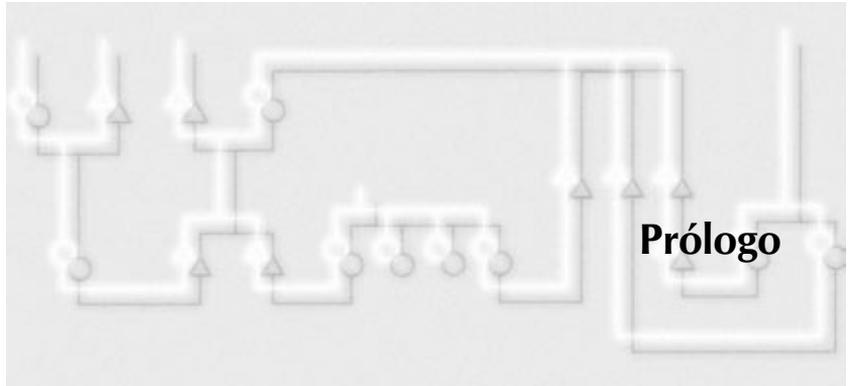
Los Castellanos en San Diego, 1906 .....	12
Interior de una típica mina de oro y plata en México.....	70
Thomas Smith .....	115
Antonio Smith y Carmen Aguilar .....	117
Ramona Smith de Howard, <i>circa</i> 1890.....	127
Ursino Álvarez y Ramona Castellanos en San Diego, <i>circa</i> 1890 .....	131
Los Smith en Caléxico, <i>circa</i> 1915 .....	137
Loreto Márquez en El Cajón, <i>circa</i> 1950.....	144
Josefa, Víctor, Bernardo y Marcos Hollman, <i>circa</i> 1917.....	165
Martina Mesa de Romero en San Diego, 1976.....	171
Apolonia Mesa de Smith en San Diego, <i>circa</i> 1945.....	173
Adalberto Smith y Dolores Salgado en Caléxico, <i>circa</i> 1918 .....	180
La familia de Adalberto Smith en Mexicali visitando a los Salgado en 1924.....	181
Adalberto Smith con sus dos hijos, María y José, en Mexicali, 1924.....	182
Adalberto Smith en Lemon Grove, 1926 .....	190
Dolores Salgado de Smith con sus dos hijos, María y José, en Lemon Grove, 1926.....	191
Invitación a la celebración del quincuagésimo aniversario de bodas de Refugio Sotelo y Tiburcio Castellanos .....	200
Primera generación de ciudadanos estadounidenses de la escuela de Lemon Grove al momento del juicio sobre la no segregación .....	224
Mujeres de la familia Salgado Smith en Logan Heights, San Diego, verano de 1937 .....	229
Ramona Castellanos con dos nietos, Roberto y Guadalupe Álvarez Smith, <i>circa</i> 1947 .....	230
Los Castellanos en Logan Heights, San Diego, 1972 .....	231

*A la memoria de mis abuelos  
Adalberto Smith, Dolores Salgado,  
Ramona Castellanos y Ursino Álvarez.*

*Para Luis, Mollie, Lankfie y Corey,  
y para los niños que habrán de venir.*



Los Castellanos en San Diego, 1906. De izquierda a derecha, de pie: Ramona, Jesús y Abel; al centro: Narciso, Cleofas cargando a Tiburcio, y Francisca; al frente: Juana y Espiridiona.



**F**amilia: *Migración y adaptación en Baja y Alta California, 1800-1975*, revisa la imagen sobre la migración mexicana que ha sido tradicionalmente proyectada en estudios anteriores. Fiel a su título, el libro de Roberto Álvarez descubre, en los recuerdos de su pasado, un siglo de difusas pero perdurables relaciones que conectan a los miembros de su familia extensa. Como lo demuestra el autor, al paso del tiempo y de su migración por la península de Baja California, la red de su familia se fortalece, en lugar de debilitarse, mediante distintas alianzas a través del matrimonio y el compadrazgo.

Algunos estudios que se han enfocado en períodos muy específicos o que han analizado al individuo más que a las redes familiares no han logrado descubrir los patrones históricos de la migración. Sin embargo, Álvarez nos habla de estos patrones de manera convincente, al describir cómo su familia se mueve a través del tiempo y el espacio como una caravana serpenteante, que ahora se dirige hacia el norte y después al sur, y no como lo describen quienes hablan de una migración que simplemente sale de México con destino a los Estados Unidos.

Por lo anterior, el estudio de Álvarez sugiere la reconceptualización de la noción de frontera. Mientras que otros estudios han llevado a los lectores a imaginarse olas de gente cruzando la línea a través de un túnel de un solo sentido, sin regreso ni vista atrás, en *Familia*, la frontera aparece como una barrera cada vez más inconveniente a los procesos que la trascienden. Su familia habita

una región que se extiende hacia ambos lados de la frontera, y sus vínculos binacionales moldean sus patrones de migración, su economía y la identidad de sus miembros.

En este sentido, *Familia* invita a sus lectores a imaginarse la frontera como una concurrida intersección en la cual el tráfico se mueve simultáneamente en distintas direcciones. Aunque las numerosas desigualdades entre los Estados Unidos y México condicionan la vida a lo largo de las tierras fronterizas, el resultado de estas diferencias no es el simple flujo de personas hacia el norte y de mercancías hacia el sur. Ésta es una zona donde los Smith, como su nombre lo sugiere, han asimilado a un euroamericano ancestral: se trata del espacio marcado por procesos tanto de americanización como mexicanización.

Al mismo tiempo, este libro reconceptualiza la frontera y presenta un análisis actualizado sobre la migración México-Estados Unidos, a la vez que revela un proceso de investigación que transforma al investigador. Álvarez adquiere conciencia de cómo su pasado familiar ha moldeado su presente en esta historia, que ofrece como resultado adicional un autodescubrimiento más oblicuo que explícito. Por ejemplo, al hablar sobre Ursino Álvarez, el autor apenas lo describe entre paréntesis como “mi abuelo paterno”. Cuando Loreto Márquez describe su pasado en un pueblo minero al final del siglo XIX, lo liga al presente, afirmando: “La vida fue muy dura. Pues en esos años no había. ¡Uh! que ahora, qué va, ahora [...] es la gloria la comparación” (p. 105). De esta manera, Álvarez descubre y reclama su lugar en una historia nunca antes contada en los libros de texto.

Por último, este libro nos conduce a afirmar que cuando el nativo y el etnógrafo son la misma persona, las prácticas del pasado adquieren gran significado en el presente. En el momento en que este texto fue utilizado como referencia en los filmes *The Trail North* and *The Lemon Grove Incident* (disponibles a través de KPBS-TV, San Diego), tales significados se volvieron más evidentes. El primer filme muestra a Álvarez con su hijo en su travesía para recuperar su historia. El segundo presenta un caso de integración que involucra

a los padres de Álvarez y a la comunidad fundada por miembros de su familia, sus patrones de migración y asentamiento en los Estados Unidos, y las batallas libradas en ese país, en reclamo de justicia social.

**Renato Rosaldo**  
Stanford University, 1991.





## Prefacio y agradecimientos

Muchas personas han contribuido para hacer este libro posible. Los más importantes son los parientes y amigos que vivieron esta experiencia y cuya historia y relaciones perduraron hasta los días de mi vida. Sin ellos no me habría atrevido a describir y explicar los eventos personales y sociales que han inspirado el más profundo sentimiento y respeto que profeso por los miembros de mi familia y amigos. Este libro narra la historia de mi propia familia extensa, cómo se establecieron en los Estados Unidos y las razones de su perseverancia. En muchos sentidos, ésta es una historia de individuos y la diaria tarea de vivir. La historia, sin embargo, toma lugar en un contexto de drásticos cambios políticos y económicos acontecidos en el hemisferio occidental, los cuales propiciaron decisiones y nuevas expresiones de apoyo entre un grupo de mexicanos migrantes que eventualmente cruzaron la frontera hacia Estados Unidos. Los colonizadores pioneros que todavía vivían cuando inicié la documentación de esta historia jugaron un papel decisivo en la identificación de los períodos históricos, la variedad de paisajes sociales y geográficos, y los medios de transporte utilizados en su viaje hacia el norte. Estos parientes y amigos me brindaron su tiempo y me permitieron ver el interior de sus vidas personales, las cuales conforman las bases de este libro. El señor Loreto Márquez, por ejemplo, fue una inspiración continua al recordar constantemente y en detalle las minas de la península y el sentimiento de los primeros pioneros. Por su parte, mi tía abuela, Martina Mesa de Romero, me ofreció una imagen

descriptiva de muchas familias e individuos que nunca llegué a conocer. Esas personas, como otros cuya ayuda fue fundamental, han fallecido pero continúan viviendo a través de las páginas de este libro. Entre ellos se encuentran María Smith de Mendoza, Levorio Mesa, María Sepúlveda, Refugio Sotelo y Carlos Mesa. Mención especial merecen Francisca Castellanos de Moreno (mi abuela), Mercedes Álvarez de Palmer, Tiburcio y Refugio Castellanos, y un gran número de parientes que me ofrecieron invaluable ayuda y apoyo para la realización de este trabajo. Bernardo Hollman, Nicolás Ceseña y otros amigos de la familia que vinieron al norte desde pequeños pueblos del sur fueron también muy importantes en la formación de la imagen que aquí presento. Mi deuda con todos ellos va más allá de la realización de este libro, ya que me ayudaron a darme cuenta de la importancia de las personas que vivieron en aquellos días.

A mis colegas amigos que motivaron la investigación y la escritura de este trabajo les debo un especial agradecimiento. Al inicio de este estudio me enfrenté con un dilema profesional, dado que escogí como objeto de estudio a mi propia familia. Las cuestiones de distancia personal y objetividad podrían haber sido un obstáculo mayor. Sin embargo, el apoyo por parte de George A. Collier, Renato Rosaldo, Bernard J. Siegal, Benjamín D. Paul y George D. Spindler hizo que la investigación, la escritura y el resultado final fueran personal y profesionalmente trascendentes. Su crítica académica ha sido una guía y medida de todo mi trabajo. De la misma forma, George Clement Bond y Jerome Wright proveyeron valiosa retroalimentación en el manuscrito inicial. Robert Wasserstrom, William y Eva Demarest, Juan Felipe Herrera, Leo Chávez, Levie I. Duran, Ted Gordon, Fred Dobb y otros, me brindaron su apoyo en tiempos difíciles. Edgar Butler, William Davis y los revisores anónimos del manuscrito ofrecieron importantes sugerencias. En particular, me siento en deuda con mi editora, Amanda Clark Frost, cuya clara escritura y conocimiento sobre Baja California me ayudaron a producir un manuscrito más legible y exacto.

Por otra parte, esta investigación no habría sido posible sin el generoso apoyo del National Institute of Mental Health, la Funda-

ción Ford, el Center for International Studies y el Departamento de Antropología de Stanford University.

Más aún, mi mayor deuda es con los miembros más cercanos de mi familia. Mi madre, María Smith de Álvarez, ha sido fuente de continua inspiración y ejemplo, cuya fe en mi trabajo nunca ha vacilado. Su energía y perspectiva han sido recordatorios constantes de la necesidad de ir en la búsqueda de las causas justas. Su ayuda en la identificación y el contacto con numerosos miembros de la red familiar en San Diego y Baja California fue invaluable. Mi padre, Robert R. Álvarez, ha ayudado en muchos sentidos, especialmente en transmitir el respeto que muestra a los ancianos de la familia y al poner como ejemplo de inflexible determinación a los pobladores que vinieron antes que nosotros. Mis hermanas, Sylvia Anna y Guadalupe María, han sido fuente de aliento constante. George P. Cooper, mi cuñado, me introdujo al sur de la península y me ayudó a descubrir el potencial al que todavía estoy arribando. Lankford O. Jackson padre nos dejó su legado de constante inspiración. Además, Michael Marcus me ofreció continuamente retroalimentación y entendimiento sobre mi trabajo. Estoy también agradecido con Martha y Joel Marcus, quienes se interesaron entusiastamente en mi investigación y conocen la lucha que ésta ha implicado.

A mi esposa, Karen Hesley de Álvarez, y a mis hijos, Luis y Amalia, les debo un agradecimiento especial, dado que ellos han vivido la tensión de la conceptualización, investigación y escritura del manuscrito. Karen leyó, escribió y comentó con sensibilidad cada aspecto del libro. Sin su ayuda y la comprensión de mi familia esta obra nunca habría sido terminada.

Por último, aunque este libro representa los esfuerzos colectivos de estas personas y de otras no nombradas aquí, asumo la total responsabilidad por cualquier error de hecho e interpretación en que haya incurrido.

**Robert R. Álvarez, Jr.**





## Prefacio a la edición en español

**H**an pasado ya 25 años desde que fue escrito el libro *Familia: Migración y adaptación en Baja y Alta California, 1800-1975*. En el transcurso de este tiempo, los personajes protagónicos de la historia han fallecido: mi madre, María Frances Smith de Álvarez; mi padre, Roberto Álvarez Castellanos; mi tutor y tío, Antonio Ursino Álvarez Castellanos, y numerosos parientes que crearon el mundo que aquí es descrito, y quienes dejaron su legado a las nuevas generaciones. La vitalidad y el coraje que todos ellos mostraron sigue presente en la vida de los migrantes que continúan cruzando “la línea” para ir al encuentro de una nueva y desafiante existencia. Esta edición de *Familia* está dedicada a esas nuevas generaciones de migrantes y a los descendientes de los primeros migrantes que viven en ambos lados de la frontera. De manera particular, dedico esta edición a mis nietas Hesley Elena e Indira Simone Álvarez; a sus papás, Luis Álvarez y Marilyn Espitia, y a mi hija Amalia Álvarez: que continúen viviendo el reto con la conciencia social que alentó la formación de nuestra comunidad.

Cuando inicié la escritura de este libro tenía en mente dos razones, las cuales estaban relacionadas entre sí. Primero, esperaba proporcionar a mi familia y a mi comunidad el registro de nuestra inmigración y asentamiento a lo largo de la frontera entre México y Estados Unidos. Segundo, quería cuestionar los registros sociológicos y antropológicos que hasta ese momento se habían llevado a cabo sobre nuestra inmigración. La primera razón provenía de mis

vínculos y profundos sentimientos desarrollados hacia mi familia durante mi juventud, lo cual me condujo a tomar conciencia de que la dignidad y el carácter de los parientes que conformaron mi mundo merecían ser parte de una historia que valía la pena rescatar y ser contada. Y así, durante el tiempo en que realicé la investigación y en los años posteriores, tuve la fortuna de conocer y aprender a reconocer un círculo familiar más extenso.

Sin embargo, el segundo objetivo, el sociológico, contrastaba con este interés familiar. A mediados de 1970, mientras me preparaba para tomar mis exámenes de antropología en la Universidad de Stanford, me sentí abrumado por la nueva ola de literatura sobre inmigración de aquel momento. Este material expresaba nociones teóricas sobre sociedades “expulsoras” que enviaban a migrantes fuera de sus casas y ambientes familiares, a la vez que hacía mención de sociedades “receptoras” que los atraían hacia entornos laborales y sociales. En esos estudios, los inmigrantes eran vistos como meras piezas de un engranaje cuya vida era controlada por una lógica económica. Esta interpretación omitía las dimensiones sensibles, emocionales y cotidianas de la vida humana. El amor, la compasión y las relaciones humanas estaban ausentes en la literatura de la migración. Por ello, mientras exploraba el pasado de mi propia familia, me focalicé en la confrontación de este estereotipo sociológico y en ilustrar las cualidades humanas del proceso de inmigración.

El resultado de estas dos motivaciones es éste: un libro que se enfoca en una red específica de familias que llegaron al norte atravesando Baja California, y que se establecieron en Lemon Grove, California, movidas por un gran sentimiento de pertenencia a México y el clamor de una ciudadanía, comunidad e identidad cultural. En este trabajo se pueden observar importantes hitos que ilustran esta fuerza e integridad de las familias bajacalifornianas. Por ejemplo, durante la Gran Depresión de 1930, cuando miles de mexicanos estaban siendo deportados de los Estados Unidos, la comunidad mexicana de Lemon Grove desafió los poderosos intereses estadounidenses, llevando a la corte y ganando el primer caso en contra de

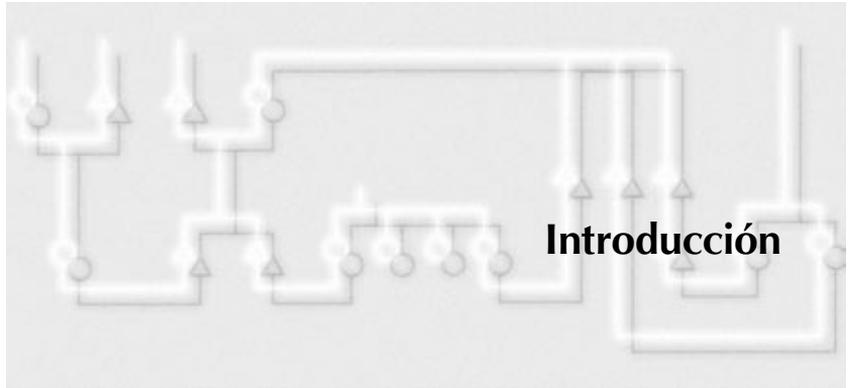
la segregación escolar en la historia de los Estados Unidos (véase “Conclusión”). Más tarde, en 1933, la comunidad organizó uno de los primeros sindicatos de trabajadores en el amplio condado de San Diego: la Unión de Campesinos y Obreros de Lemon Grove. Así, el coraje expresado en estos eventos fue evidente, como al confrontar los problemas de su vida cotidiana. Por su parte, la integridad de estos migrantes queda de manifiesto en la consolidación y persistencia actual de sus comunidades.

Por último, debo decir que me siento honrado con la publicación en español de *Familia*. La versión en inglés ha sido utilizada en ambos lados de la frontera, aunque la esencia connacional de vivir en México y en “el otro lado” quedaba sin voz al carecer de la contraparte en español. Aunque he proporcionado copias de *Familia* a familiares y amigos en México, la necesidad de una versión en este otro idioma es evidente. Mis abuelos y los miembros de su generación habrían apreciado esta traducción y su publicación en Baja California, su lugar de origen.

Esta edición fue posible gracias a los recursos del Center of Global California Studies de la Universidad de California en San Diego, al Instituto de Investigaciones Culturales-Museo de la Universidad Autónoma de Baja California y el Instituto Sudcaliforniano de Cultura. Estoy especialmente agradecido por el apoyo de Everardo Garduño y Elba Araceli Villaseñor. Elba trabajó con cuidado y dedicación para producir una traducción valiosa, precisa y elocuente del manuscrito. Everardo, mi estimado amigo y colega, contribuyó en la corrección de errores de *facto* e interpretación de matices culturales y políticos. También se hizo presente en la revisión de cada etapa de la producción del libro. Mi sincero agradecimiento a los dos.

**Robert R. Álvarez, Jr.**  
Jamul, California, 2012.





**E**ste libro examina a un grupo de familias que migraron hacia el norte desde Baja California Sur y se establecieron a lo largo de la frontera de Estados Unidos en Alta California. Conocí a muchas de estas familias cuando era niño; de hecho, mis propios abuelos y bisabuelos habían venido del sur. Hasta hace poco tiempo me di cuenta de que su historia y rol en el establecimiento de la frontera no sólo no eran reconocidos por los especialistas sino que se estaban desvaneciendo de la memoria de sus propios descendientes. Movidado por la idea de mantener vivo su recuerdo y sus logros, decidí reconstruir la historia que los llevó como migrantes hacia la frontera y, desde mi perspectiva como antropólogo, me propuse identificar los patrones socioculturales de su migración y adaptación.

En este sentido, tengo varios objetivos por alcanzar, pero el motivo principal es demostrar cómo la institución de la familia aseguró la estabilidad sociocultural de la gente que se movía en contextos sociales completamente ajenos. Al moverse hacia el norte, la familia y sus instituciones continuaron siendo la base principal en la exitosa adaptación y mantenimiento de los valores culturales. Los migrantes que mantuvieron contacto con sus familiares en los pueblos natales fueron recibidos y auxiliados por ellos a lo largo de su migración hacia el norte, y extendieron sus lazos de parentesco hacia nuevos amigos y conocidos en el curso de ese recorrido. Las instituciones familiares proporcionaron los mecanismos sociales para la formación de una gran red familiar que se desarrolló a lo largo de la frontera, al arribo de un gran número de migrantes.

Este enfoque en la familia también ilustra cómo la migración puede contribuir a la extensión y el mantenimiento de las familias dentro del espacio geográfico. A través de los procesos migratorios, éstas extendieron lazos de parentesco con sus contrapartes que se encontraban en Baja California Sur. Esto sugiere que, por lo menos en este caso, la migración fortaleció la solidaridad y las relaciones familiares en lugar de causar rompimiento y trastornos. Las familias utilizaron la experiencia migratoria para extender sus nexos de parentesco de las regiones de origen hacia nuevos contextos traídos por el viaje hacia el norte.

Hacia el final de las décadas de 1940 y 1950, estando yo en pleno crecimiento, este grupo de familias se había desarrollado dentro de una fuerte comunidad de parentesco en la cual el respeto a la familia, su soporte y permanencia eran valores constantes. Éstos se expresaban y fortalecían a través de ciertas situaciones sociales familiares que incluían cumpleaños, bautizos, matrimonios y funerales. La gente que recuerdo y los lazos de parentesco que nos unieron fueron la base para documentar la riqueza de los patrones identificados por la gente en su movimiento hacia el norte y su asentamiento a lo largo de la frontera.

La descripción y explicación de cómo esta red familiar se desarrolló conforman la base de este libro. El grupo más temprano de familias no relacionadas que vinieron hacia el norte en una migración por etapas compartieron un número de valores culturales comunes, incluyendo una fuerte afiliación regional con la península de Baja California. Esta afiliación y sus sólidas instituciones familiares fueron el medio para expresar apoyo a las familias que migraban al norte. Una vez en la región fronteriza, la experiencia migratoria misma sirvió como otro lazo común reconocido por los migrantes de Baja California. Todas esas experiencias comunes y valores se volvieron las bases para las múltiples extensiones de parentesco entre los migrantes pioneros y los grupos que arribaron posteriormente a la frontera.

Esta investigación se realizó entre septiembre de 1975 y enero de 1977. Trabajando principalmente en el condado de San Diego,

contacté a pioneros migrantes y a sus descendientes, quienes habían cruzado la frontera en los inicios del siglo xx. A medida que los principales individuos identificaban a familiares y amigos, seguí la red en un proceso de descubrimiento que me guio a otros individuos dentro del condado de San Diego y varios pueblos de la península, incluyendo Tecate, Ensenada, Maneadero, Tijuana, Loreto y Comondú. Complementé las primeras entrevistas en subsecuentes viajes que hice a Baja California durante los últimos cinco años. Varios de los individuos entrevistados fueron personas que identifiqué como buenos amigos y conocidos de mis propios abuelos. Otros fueron nombres que había escuchado cuando era niño. Pronto descubrí que todos ellos eran parientes quienes recordaban períodos específicos y escenarios geográficos como factores fundamentales en el establecimiento de lazos familiares en San Diego. Su reconocimiento de ambientes específicos en distintos períodos condujo al desarrollo del enfoque histórico del estudio. Me compenetré entonces en los antecedentes históricos de las relaciones familiares y comprendí que los períodos específicos en la historia de las Californias proveyeron los contextos para la migración del siglo xx que estaba investigando.

El contexto histórico conforma más que un mero antecedente para el desarrollo de la red de parentesco de los bajacalifornios<sup>1</sup> en los Estados Unidos. El contexto también incluye los ambientes socioeconómicos y políticos en los cuales los migrantes de este estudio se encontraron al tiempo que abandonaron los pequeños pueblos sureños de la península, entraron en las minas y cruzaron la frontera para establecerse en los Estados Unidos. De esta manera, de acuerdo con la actual preocupación de la antropología por explicar el comportamiento social a través de las influencias macro y micro (Orton, 1984; Davis, 1986), el caso aquí presentado ilustra la importancia de examinar no sólo los antecedentes históricos de la migración hacia el norte, sino también las condiciones económicas y

<sup>1</sup>Por bajacalifornios se hará referencia, en este trabajo, a aquellos habitantes de la parte sur y norte de Baja California, México.

políticas que influyeron en el comportamiento de la migración en el ámbito local.

Esta perspectiva nos conduce a analizar las condiciones prevalentes, en dicha época, en el hemisferio occidental, las cuales afectaron a las familias e individuos de este estudio. En particular, las condiciones económicas cambiaron y fluctuaron debido a decisiones nacionales en México, mientras que serios desarrollos económicos, tales como el crecimiento de empresas capitalistas en el oeste norteamericano, explotaron la mano de obra migrante y los recursos de Baja California. Los individuos y las familias tomaron entonces decisiones específicas concernientes a la seguridad familiar y económica de acuerdo con los cambios en el contexto económico. Estas decisiones jugaron un rol en el desarrollo de extensos lazos de parentesco y en la formalización de relaciones sociales a través del matrimonio y el apadrinamiento. El establecimiento de la comunidad de San Diego fue entonces un período dentro de una serie de períodos históricos, cada uno de los cuales jugó un papel en la expansión de las relaciones sociales y la decisión final de cruzar la frontera internacional.

Desde una perspectiva histórica, la migración bajacaliforniana del siglo xx es un episodio en una larga historia de movilidad entre las Californias, la cual tiene sus raíces en la exploración de la costa del Pacífico en los siglos xvi y xvii. Esta movilidad también abarca los establecimientos españoles del siglo xviii que los migrantes de este estudio identifican como lugares de origen y localidades donde las familias y los lazos de parentesco iniciaron su formación.

Las primeras familias se establecieron en los asentamientos bajacalifornianos de Comondú, Cabo San Lucas, Loreto y otros, y desde éstos, dichas familias se dirigieron hacia el norte a lo largo de los caminos y veredas establecidos durante los primeros siglos de penetración española. Algunas personas partieron solas, pero pronto fueron seguidas por hermanas, hermanos y sus familias. Muchos se dirigieron a los pueblos en auge hacia las minas abiertas en el siglo xix. Otros partieron hacia el norte, a Mexicali, por el golfo de Cali-

fornia, y unos pocos caminaron a través de la línea internacional a los pueblos fronterizos del sur de California.

Al tiempo que los migrantes se volvieron parte de la península, la geografía se convirtió en parte de ellos. Si bien reconocen que el país donde vivían es México, y por lo tanto afirman: “Soy mexicano”, su afiliación regional es a Baja California, por lo que precisan: “pero soy de la Baja California”.

## Plan del libro

Este libro está organizado cronológicamente, iniciando con el descubrimiento de Baja California en el siglo XVI y culminando con el establecimiento de la frontera en el siglo XX. El primer capítulo destaca el papel de la geografía y el clima durante el período inicial de este establecimiento e ilustra la orientación hacia el norte de los habitantes de la península de Baja California, como resultado de la exploración española en los siglos XVI, XVII y XVIII. Asimismo establece, como antecedente de la migración objeto de este estudio, el contexto del siglo XIX. Aquí se demuestra que la geografía conforma más que una barrera física que inhibió el movimiento. Es parte de la historia que se alojó en los nombres de los lugares asociados con antecedentes familiares y con la afiliación regional mantenida por los migrantes de la frontera.

En el capítulo 2 se interpretan los desarrollos políticos y económicos específicos resultantes de la migración familiar. Estos desarrollos tienen lugar en una perspectiva más amplia, que incluye a la Alta y la Baja California, en un contexto que ilustra los efectos económicos de los patrones asumidos por la movilidad en las Californias. Como parte de dicho contexto, este trabajo analiza la migración y el desenvolvimiento simultáneo de la red.

El capítulo 3 introduce el desarrollo secuencial de la red familiar. Las tres fases de esta secuencia corresponden a etapas en la migración hacia el norte. Así, los capítulos 4, 5 y 6 constituyen reconstrucciones históricas de cada fase, incluyendo los atributos de

la migración y desarrollo de redes. Estos capítulos demuestran cómo las familias se interrelacionan y utilizan los lazos regionales y un sentimiento común en relación con sus pueblos y localidades en donde se ha desarrollado la amistad.

El marco histórico-regional de este estudio muestra que la migración de estas familias hacia el norte no fue un evento aislado, causado solamente por las oportunidades económicas durante un solo período. Más bien, la migración –al menos en este caso y probablemente en el de otros migrantes mexicanos– fue parte de una tradición regional familiar. La migración procedente de Baja California puede ser considerada una respuesta sociocultural, más que una simple consecuencia perjudicial de las economías pobres que forzaron a los individuos a salir de sus lugares de origen hacia la región fronteriza. En este sentido, si bien este libro es una historia social de migración y adaptación de los bajacalifornios, también muestra un ejemplo de la rica diversidad de la continua migración mexicana y su establecimiento en los Estados Unidos. Este estudio presenta, entonces, un pequeño segmento de una historia mucho más amplia, protagonizada por personas de otras regiones mexicanas que aún se identifican y mantienen lazos socioculturales con pueblos específicos, regiones y gente de ambos lados de la línea internacional entre México-Estados Unidos.

## Antecedentes históricos y geográficos de la movilidad

El propósito de una descripción geográfica en los estudios antropológicos es familiarizar al lector con el lugar y las condiciones climáticas en las cuales tiene lugar un comportamiento humano específico. No obstante, esto es solamente parte del objetivo que tengo en mente por ahora, ya que, como se verá en seguida, para los informantes de esta investigación la geografía es mucho más que un referente físico. Los individuos y familias que son el objeto de este estudio han transmitido, o más aún, inculcado en la mayor parte de su descendencia una lealtad regional familiar a Baja California. La península fue el hogar de sus padres y madres y el lugar de nacimiento de familias, como la mía, ahora habitantes de San Diego. Este profundo sentimiento se produjo por los nexos cercanos de los californios con la geografía y familias de la península. Ellos cuentan historias no sólo acerca de la gente y los eventos sociales sino también sobre los lugares en el desierto, las montañas y los pueblos de los cuales provienen.

Más aún, así como la geografía se relaciona con el movimiento de los migrantes del siglo xx, también se relaciona íntimamente con los procesos históricos tempranos. La geografía y el clima de la península fueron las únicas barreras que de manera consistente frustraron los primeros intentos de colonización. Incluso, una vez consumada, ésta tuvo lugar sólo en algunos ambientes geográficos muy específicos, ya que, dados los obstáculos geográficos, la mayor parte de la península nunca fue penetrada. Como es sabido,

los caminos y senderos en la antigua Baja California parecían desarrollarse solamente cuando de manera natural se abrían áreas transitables entre las primeras misiones y pueblos. Estos mismos senderos se convirtieron más tarde en vías para los vagones y en las rutas principales entre los asentamientos tempranos en Baja y Alta California y, ya en el siglo xx, estas rutas se constituyeron como las principales arterias utilizadas por los migrantes de este estudio para conectarse con las partes más desarrolladas de la frontera. De esta manera, la geografía peninsular ha mantenido siempre un papel dominante desde el período colonial hasta el presente. Incluso, en 1972, la pavimentación de la primera carretera transpeninsular fue completada siguiendo, en su mayor parte, la ruta original del Camino Real.

## La geografía

El origen de Baja California se remonta a cerca de 25 millones de años, cuando la falla de San Andrés dividió California y el noroeste de México y creó el golfo de California. Si bien este evento fue lento y continúa hasta el presente, el resultado ha sido el surgimiento de una península aislada, de aproximadamente 1 300 kilómetros de longitud, y separada de la masa de tierra que le dio origen por un golfo que abarca algunos cientos de kilómetros. Este rompimiento provocó que la península se elevara e inclinara ligeramente, y se convirtiera en una planicie amplia, suave y ondulada, con un sistema de ríos que fluyen hacia el golfo. La creación de éste produjo entonces sistemas de corrientes y de presión de aire que incrementaron su aridez. Actualmente, la precipitación pluvial de la península depende de los sistemas externos de presión en el norte y el noreste.

Por otra parte, en las llanuras aluviales y desiertos irrumpen abruptas e irregulares cumbres dispersas a lo largo de la península. Estas montañas han sido descritas como *bloques de granito*. Además, los desiertos y las llanuras han dado a esta superficie la

reputación de tierras de calor candente con una vegetación distintiva de cactus. Estos extremos han forzado tanto a los viajeros modernos como a los antiguos, a abrirse paso entre las cimas y a través de los desiertos, ya que no habría otra manera de transitar por la península.

Los historiadores naturales (Coyle y Roberts, 1975; San Diego Natural Historical Museum, 1977; Hendricks, 1971) generalmente dividen la península en tres regiones, sin un principio o fin claramente definido: el noroeste o frontera, el desierto y la región de los cabos. Cada una de ellas se caracteriza por una flora, fauna y condiciones climáticas específicas.

### **El noroeste: La frontera**

La primera zona ecológica es el noroeste, con frecuencia llamada *frontera* en la historia de Baja California. Esta zona incluye la actual frontera México-Estados Unidos y se extiende al sur, hacia El Rosario, cerca de 580 kilómetros. Es también llamada la región de California por su similitud con el sur de ese estado. Esta área se compone principalmente de las altas montañas en el noroeste, aunque las cumbres de la sierra de La Giganta y la cordillera de Las Tres Vírgenes (una cadena volcánica que entró en inactividad recientemente) son incluidas con frecuencia por su vegetación. Esta zona consiste básicamente en la cordillera peninsular, que comprende la sierra de Juárez y la cordillera de San Pedro Mártir. Las cimas de granito de las cordilleras del norte se elevan a más de 1 500 metros y abarcan un área de aproximadamente 260 kilómetros al sur de la frontera de la Alta California. Las secciones de las islas de Guadalupe y Cedros, en la costa oeste de San Diego y San Quintín, también forman parte de esta región. Las especies de vegetación mayores son los bosques de coníferas, piñones y enebros, y el chaparral y salvia costera. En el noroeste, los nativos cucapá, pai-pai y diegueños del sur han forestado estas regiones, y en la actualidad las familias que habitan las montañas recolectan y venden las semillas de piñón.

## El desierto

La mayor parte de la península es desértica, abarcando desde el desierto de San Felipe en el lado este de las montañas del norte hasta el desierto del Vizcaíno en una larga región central cerca del Pacífico. A esta región se le conoce como Desierto Central, que inicia hacia el sur de El Rosario, incluye el Vizcaíno en el Pacífico, se ramifica hacia la bahía de La Paz en el sur formando el desierto de la costa del golfo y abarca la planicie de Magdalena en el oeste. Éste es un majestuoso desierto que hace alarde de cumbres accidentadas y claros horizontes. La diversa vegetación de esta zona se compone generalmente de chaparral, excepto por los cardones gigantes y los cirios, que se encuentran ampliamente espaciados, dejando áreas arenosas planas para el zigzagueo de los viajeros. El desierto está delimitado por las cumbres irregulares de la sierra de La Giganta en el sureste. Hacia el oeste, las planicies arenosas del desierto del Vizcaíno se extienden hasta el océano Pacífico.<sup>1</sup>

Antes del arribo de los españoles en el siglo XVI, el desierto Central era la región más habitada de la península. De un total de 50 000 habitantes, cerca de 25 000 residían en este lugar (Aschmann, 1967). Sin embargo, las primeras misiones forzaron a los grupos nativos a vivir en asentamientos de estilo español y abandonar sus patrones de recolección seminómada. Esta alteración del equilibrio del estilo de vida indígena dio como resultado su exterminio total en esta región. A partir de entonces, la región del norte y el cabo quedaron aislados uno del otro, debido también a la aridez extrema y las limitaciones económicas del Desierto Central. Aunque el norte había sido habitado por los españoles del sur, la región central fue ignorada por su escasa fertilidad y quedó virtualmente inhabitada; incluso, si bien durante la segunda mitad del siglo XIX algunos

<sup>1</sup>En la actualidad, el pueblo de Guerrero Negro, sobre el paralelo 28, es la única sección industrializada y en crecimiento del desierto Central, dada la extracción de sal y su exportación mundial. Este lugar fue visitado en el pasado por cazadores de ballenas, que seguían la migración de este cetáceo hacia la laguna Scammons, punto migratorio y parque nacional en la actualidad.



Mapa 1. Baja California

prospectos de minas auríferas atrajeron a pequeñas poblaciones de mineros tanto del norte como del sur hacia esas áreas, una vez que se agotó el oro, esas regiones fueron abandonadas. En la actualidad, sólo algunos pequeños grupos de gente viven a lo largo del desierto Central en puntos mineros y misioneros abandonados, siendo la región menos habitada de la península.

## **El cabo**

El trópico de Cáncer divide en dos la región del cabo, la cual inicia cerca de Loreto en un escaso bosque de montaña y se abre hacia La Paz y el extremo sur de la península. La vegetación de la zona es principalmente tropical, aunque los cardones se encuentran presentes entre una vegetación exuberante y algunas especies arbóreas. Como sucede en otras regiones, las montañas (sierra La Victoria) se componen de cumbres irregulares que se elevan a alturas de más de 2 000 metros.

La Paz fue el primer lugar descubierto en 1533, y en 1535 inició el primer asentamiento en las Californias. No obstante, los levantamientos indígenas y las difíciles condiciones ambientales forzaron la salida de los españoles. Los colonizadores regresaron en 1596 para establecer un asentamiento permanente en ese lugar, actual capital de Baja California Sur, que sirve de puente entre Loreto, San José del Cabo y Cabo San Lucas, donde la tierra se encuentra con las aguas turquesas del Pacífico tropical. Los pueblos del cabo están entre los más antiguos de la península, y es en esta región donde los españoles tuvieron su primera derrota.

## **El clima**

El clima, al igual que la geografía de la península, dificultó inicialmente el asentamiento definitivo de los españoles. La península era entonces percibida como una frontera caliente, árida e inhóspita, en la cual todos los asentamientos dependían de importaciones traídas

de tierra firme a través del golfo. De manera consistente, los viajeros antiguos y contemporáneos han resaltado el calor peninsular, la falta de agua y los largos tramos de terrenos desérticos. Por ejemplo, el jesuita Baegert escribió en el siglo XVIII:

Si quisiera describir California (de la cual se dice con humor que de los cuatro elementos recibió solo dos: aire y fuego) en pocas palabras, podría decir lo que dijo el profeta en el salmo 62, que es un desierto sin agua, intransitable por las rocas y espinas, o que es una larga roca que sobresale del mar con maleza y extraordinarios arbustos con espinas, y casi desprovista de pasto, praderas, bosques, sombras, ríos y lluvia [...] (Baegert, 1952).

La localización general de Baja California entre el trópico de Cáncer y los 32° 50' de latitud norte contribuye en gran medida a las variables condiciones climáticas a lo largo de la península. Los factores que más influyen sobre la precipitación son las corrientes oceánicas y los vientos. La precipitación anual peninsular varía, desde la ausencia de lluvia en algunas localidades, hasta 760 milímetros en las montañas más altas de San Pedro Mártir. La corriente de California, originada al oeste en el Pacífico, viaja hacia el norte a lo largo de la costa de Japón, circula a través del Pacífico a unos 40 grados de latitud norte, y gira al sur sobre la costa oeste de la Alta y Baja California (Schwenkmeyer, 1977). Esto origina bajas temperaturas oceánicas -13 a 18° C (55 a 65° F)– y produce temperaturas templadas y frecuente niebla en la costa oeste de la península. Dada la ausencia de sistemas montañosos importantes en dicha costa, la gran planicie de Magdalena y la sección costera del desierto de Vizcaíno son generalmente más frías que otras regiones desérticas, con un promedio de temperatura de 24° C (75° F). La corriente de California se disipa hacia el cabo, donde las temperaturas en tierra y agua son más altas.

La región del cabo recibe gran parte de la precipitación procedente de la costa oeste de México. Ésta se presenta en forma de ciclones tropicales, conocidos como chubascos, los cuales generalmente

ocurren en el verano tardío o a inicios del otoño.<sup>2</sup> Tan solo en el cabo, en el extremo sur —la región más agreste de la península—, y en las montañas del norte se recibe lluvia que en ocasiones excede los 1 000 milímetros anuales (San Diego Natural Historical Museum, 1977:2). Las masas de aire ciclónico del Pacífico norte acarrean tormentas invernales hacia la parte más septentrional de la península, las cuales, sin embargo, se disipan a medida que se dirigen al sur, extendiéndose hacia alrededor de El Rosario, un poco más de 320 kilómetros al sur de Tijuana. La precipitación anual en Tijuana y San Diego es de 250 milímetros, en tanto que en Ensenada es de 200, y de 127 milímetros en San Quintín.

El desierto peninsular central, La Paz y la zona de los cabos es el terreno desde el cual los primeros exploradores se dirigieron tierra adentro y desde donde los migrantes del siglo xx emprendieron su viaje al norte. Es la región más cálida y árida de la península y de manera consistente ha presentado dificultades en todos los períodos de exploración y asentamiento.

## Descubrimiento y colonización

Las exploraciones por parte de los españoles y su establecimiento durante los siglos xvi y xvii en Baja California dieron forma a un patrón de desplazamiento de sur a norte<sup>3</sup> que se alojó en el proceso de paulatino descubrimiento de la península y abarcó importantes eventos que atrajeron a los exploradores y colonizadores a Baja California y, eventualmente, a la frontera en los siglos xviii, xix y xx.<sup>4</sup>

<sup>2</sup>En 1976, un chubasco fue la causa de cientos de muertes en La Paz.

<sup>3</sup>Aunque ofrezco una breve historia de la colonización de pueblos misionales peninsulares, mi objetivo principal se centra en la movilidad y las líneas de comunicación que se hicieron prominentes en Baja y Alta California durante este período.

<sup>4</sup>Ésta es la versión sintetizada de un documento que describe con mayor detalle los personajes y procesos del descubrimiento, exploración y colonización en la costa del Pacífico por parte de los españoles. Algunas referencias también utilizadas no aparecen en este documento. Éstas incluyen: Sauer, 1969, 1963; Day, 1964; Baegert, 1952; Jordán, 1951; Bancroft, 1889; Clavijero, 1971; Fagg, 1963; James, 1959; Mathes, 1966, 1969, 1973; León Portilla, 1973.

Antes de su descubrimiento, la entonces llamada California había sido una mera leyenda exacerbada por historias contadas en otras áreas del país. Existía, por ejemplo, la creencia de que ésta era una isla de fantásticas amazonas, en la cual el oro y otros tesoros superarían cualquier botín encontrado en búsquedas previas. Esta leyenda jugó un papel importante en los intentos posteriores de expansión al norte, en el descubrimiento de California (nombrada en honor a la legendaria reina de las amazonas), y en la persistente, aunque increíblemente difícil, exploración del golfo y la península de Baja California.

Cuando los españoles, bajo el mando de Hernán Cortés, entraron en Baja California durante el primer siglo de exploración, se encontraron con una tierra hostil que hizo fracasar varios intentos de colonización. Aunque las probabilidades eran pocas, dadas la economía y la resistencia ofrecida por la geografía y el clima, los exploradores continuaron en su propósito de asentamiento y colonización de la península. La búsqueda de lugares más apropiados para establecerse continuó y, al descubrirse tierras más hospitalarias como la costa de la Alta California, Baja California se convirtió en una estación en la migración al norte. A partir de entonces, misioneros, colonizadores y los mismos galeones de Manila empezaron a faldear las playas peninsulares en su camino a la Alta California y en su regreso al sur hacia otras regiones de la Nueva España.

El patrón de desplazamiento hacia el norte eventualmente dejó a Baja California deshabitada y físicamente sin ser conquistada. La exploración había surgido inicialmente por la búsqueda de un corredor oceánico entre el Pacífico y el Atlántico hacia el norte del continente y, posteriormente, por la búsqueda de las imaginarias riquezas de esta zona. Como Baja California era entonces un lugar desolado que ofrecía dificultades sin cesar, sólo un puñado de misioneros percibieron esta frontera como un objetivo digno de invertirle tiempo y dedicación, para eventualmente desarrollar pueblos y rutas que de igual manera los llevaron hacia el norte.

## El contexto del descubrimiento

La figura de Cortés fue central en el descubrimiento de las Californias debido a que cuando tuvo conocimiento de la leyenda sobre esta supuesta isla, justo después de la conquista de México,<sup>5</sup> se obsesionó con su descubrimiento y colonización. Noticias sobre una provincia amazónica habían llegado a Cortés a través de los tarascos. En 1522, al llegar información a España sobre el exitoso viaje de Magallanes hacia las Filipinas a través de los estrechos al sur del Pacífico, Cortés ordenó a sus tenientes dirigirse hacia el oeste en busca de las minas de oro y un pasadizo marino hacia el mar del Sur. De esta manera, Cristóbal de Olid exploró el istmo de Tehuantepec; Pedro de Alvarado, Oaxaca, y Pedro Álvarez Chico, la costa de Guerrero.

En mayo de ese año, Cortés inició el equipamiento y la construcción de una flota que sería utilizada en una expedición en busca de las ricas islas de la costa del Pacífico.<sup>6</sup> Sin embargo, tuvo que esperar cinco años antes de enviar la flota al Pacífico. En 1524, Cortés escribió a Carlos V sobre la existencia de dicha tierra, rica en oro y perlas, hacia la cual habían viajado los nativos colima, lo cual hizo que el rey patrocinara una nueva expedición desde España. Carlos V deseaba establecer una ruta directa hacia las Indias para tomar

<sup>5</sup>Las acciones inmediatas posteriores a la conquista incluyeron el envío de sus tenientes para obtener información sobre la costa oeste. “Una brigada de reconocimiento fue enviada de inmediato hacia el oeste, principalmente para obtener noticias sobre la ruta hacia la costa, la cual, se esperaba, proporcionaría un atajo desde Europa hasta el Oriente” (Sauer, 1963:55).

<sup>6</sup>Cortés, alejándose de sus planes para explorar el Pacífico, continuó su búsqueda al norte por tierra firme. En 1524 (siguiendo los continuos rumores sobre la riqueza de las amazonas) despachó a Francisco Cortés de Buenaventura hacia el norte de Colima (Sauer, 1963:58). Además de encontrar una población grande y dócil (y de ampliar su conocimiento sobre el continente hacia el norte de Nayarit), Cortés de Buenaventura descubrió el mejor paso de la región de la meseta hacia las tierras bajas de la costa del noroeste (la ruta del subsiguiente camino colonial hacia el norte fue arreglado en un tramo de aproximadamente 241 kilómetros). Esta ruta (utilizada por los nativos desde antes del siglo XVI) allanó el camino para la primera expedición terrestre de los europeos hacia el Colorado y la Alta y Baja California.

control sobre la ruta de las especias española. Sin embargo, al extravío de esta expedición, el rey otorgó al conquistador la *Orden real de exploración del Pacífico* (Schurz, 1939:15). Sin demora, en 1527, Cortés envió a su sobrino Álvaro Saavedra Lerón a un viaje a las islas de las especias, que resultó también infortunado. Al igual que en la expedición anterior, Saavedra perdió el rumbo en las Molucas al tratar de encontrar un pasadizo de regreso hacia la Nueva España.

Estos hechos tuvieron consecuencias inmediatas para las exploraciones marítimas sucesivas. La búsqueda de una ruta de regreso desde las Indias se convirtió, a partir de entonces, en el principal objetivo de las exploraciones en curso, a fin de contrarrestar el monopolio portugués en el intercambio comercial con aquella región.<sup>7</sup> El deseo inmediato de los españoles de tomar parte activa en el comercio correspondía a sus pretensiones de establecer una ruta al oeste a través del Nuevo Mundo. Esto generó una lucha entre los principales exploradores y conquistadores, que también arrojó a Cortés fuera de la exploración terrestre hacia el golfo de California. Evidencia de esto es el hecho protagonizado por el tristemente célebre Nuño de Guzmán, como miembro de la Audiencia en la ciudad de México, quien empezó a utilizar su poder con fines personales e hizo que el virrey intentara limitar a Cortés.<sup>8</sup> A pesar de que éste había adquirido el permiso para explorar y conquistar las islas del Pacífico y las costas inexploradas de tierra firme, Guzmán escribió al rey informándole sobre sus planes de encontrar las

<sup>7</sup>Ese monopolio había sido otorgado por el papa en el Tratado de Tordesillas de 1494. La línea de demarcación le dio a los portugueses los derechos sobre las rutas comerciales del este de Europa.

<sup>8</sup>El celo español por el descubrimiento estaba presente de nuevo. Una vez que se dieron a conocer los descubrimientos de fray Marcos en el norte, Cortés intentó ganar el derecho al seguimiento de la exploración. Sin embargo Mendoza, entonces virrey, logró frustrar sus intenciones formando una sociedad de exploración y descubrimiento con Pedro de Alvarado (un viejo compañero conquistador del grupo de Cortés). Mendoza también emitió una orden legal a Cortés para restringir las salidas y entradas de sus embarcaciones en la Nueva España. Asimismo se prohibió al conquistador el envío de un navío en auxilio de la expedición de Ulloa.

tierras de las Amazonas. Cortés, en un intento por reclamar lo que por derecho había sido su conquista y exploración, en 1532 envió a Diego Hurtado de Mendoza justo al norte del territorio de Guzmán. Aunque Hurtado murió a manos de nativos sinaloenses, esto no impidió que Cortés siguiera con su plan. Éste envió entonces dos embarcaciones hacia el golfo, que se separaron en la primera etapa del viaje. Uno de estos barcos regresó a Acapulco, mientras que el otro sufrió un amotinamiento liderado por Orduño Jiménez, quien sin embargo continuó su ruta y se convirtió, en 1533, en el primer europeo que navegó por la bahía de La Paz y que atracó en la península.

Jiménez no fue bien recibido y la mayoría de sus hombres fueron asesinados por nativos y, aunque algunos lograron escapar a tierra firme, fueron capturados por Nuño de Guzmán. Uno de los sobrevivientes alcanzó a Cortés para darle noticias del descubrimiento de una isla rica en perlas y oro (Wagner, 1929:6). Cuando Cortés se enteró de este descubrimiento, preparó sin demora el seguimiento de la expedición. Él mismo comandó esta flota y zarpó, en 1535, con provisiones para un asentamiento y entró en la actual bahía de La Paz.

La hostilidad de Baja California volvió a ser un factor en contra de esta empresa, principalmente el aislamiento propio de una isla, como la que los españoles siempre imaginaron que eran estas tierras. Así, la península fue un reto difícil para los exploradores europeos. No había asentamientos prósperos y la colonia pasó dificultades hasta 1537. Entonces, Cortés creyó necesario regresar a la Nueva España para defender sus derechos de conquista y adquisición. El asentamiento en La Paz falló y la península quedó sin habitar por más de un siglo y medio. Sin embargo, esta expedición temprana a Baja California, al igual que aquellas que sucedieron en el siguiente siglo, enriquecieron el conocimiento sobre el golfo de California. Asimismo, la ubicación de La Paz permitió a los españoles crear nuevas rutas marítimas entre el cabo y las tierras continentales. Más aún, esta bahía se convirtió en un puerto importante

desde el cual los galeones españoles exploraron tanto el golfo como el Pacífico, lo que hizo que en los dos siglos siguientes la movilidad en Baja California fuera fundamentalmente marítima.

## Después del descubrimiento: Exploración y el *Galeón de Manila*

### EXPLORACIÓN

A principios de la década de 1540, tan sólo 20 años después de la conquista de México, ambas costas de la península habían sido exploradas y el territorio norte de California fue pronto penetrado. En 1540, Melchor Díaz ingresó en la parte occidental de Baja California por la ruta continental que permanece hasta la fecha. Dos años después, Juan Rodríguez Cabrillo tomó posición en el Pacífico. Las principales rutas de las Californias habían sido descubiertas, pero, a diferencia de sus partes correspondientes en tierras continentales, no habrían sido utilizadas para establecimientos inmediatos. California careció de importancia, excepto por la importancia de sus costas en el floreciente comercio de Manila.

### EL *GALEÓN DE MANILA*

La ruta del *Galeón de Manila*<sup>9</sup> fue primordial no sólo en la exploración más allá de las costas de California, desde Cabo San Lucas hacia la región norteña de California, sino también en el establecimiento de líneas marítimas permanentes entre el norte y el sur. Una vez establecidas, estas rutas contribuyeron al mantenimiento de la comunicación entre Baja California, Alta California y la tierra continental, y permanecieron como rutas migratorias hasta la actualidad. A la vuelta del siglo xx, las familias en el extremo sur de la

<sup>9</sup>Los primeros viajes exitosos de regreso desde las Filipinas alcanzaron la costa de California en 1543. A partir de entonces, el *Galeón de Manila* inició sus viajes redondos anuales entre la Nueva España y las Filipinas, estableciendo a México como punto de partida para el comercio hacia el este.

península utilizaron estos mismos pasadizos como sus principales rutas migratorias entre San Diego y Baja California.

La costa de Baja California se convirtió entonces en una preocupación inmediata para la Corona española, debido a la necesidad de refugios costeros para el *Galeón de Manila* en sus largos viajes. Los vientos y corrientes oceánicas produjeron rutas marítimas naturales (como la corriente de California) que condujeron al galeón al cabo. Esto convirtió a Cabo San Lucas en un punto natural de descanso donde los barcos pudieran reabastecerse fácilmente de agua y refacciones. No obstante, esto produjo nuevas necesidades, como la de puertos adicionales en otros puntos a lo largo de la costa, lo cual a su vez impulsó a nuevas exploraciones que se centraron en su descubrimiento.

Los subsiguientes años fueron testigos de varios viajes exploratorios hacia el norte en busca de un paso para los galeones de Filipinas. Esta exploración incluyó los viajes de Sebastián Rodríguez de Cermeño, quien navegó primero hacia las Filipinas desde Acapulco. Casi simultáneamente al regreso de Rodríguez de Cermeño, el virrey comisionó a Sebastián Vizcaíno para explorar el golfo de California y establecer asentamientos en la península (Bolton, 1908:44). En dos viajes sucesivos en 1599, Vizcaíno exploró la costa interna del golfo desde La Paz y, posteriormente, la costa del Pacífico desde Bahía Magdalena e isla de Cedros hasta la bahía de San Diego (la cual recibió su nombre en este viaje), Santa Catalina y la bahía de Monterrey (Bolton, 1908:46-48). La búsqueda de un puerto en la costa del Pacífico finalizó, sin embargo, con el viaje de Vizcaíno, quien había explorado y mapeado extensamente dicha costa, pero fracasó en el intento de encontrar un puerto para el galeón.

Hasta finales del siglo XVI, la exploración del Pacífico había mantenido el mismo ritmo de la penetración general hacia el continente por parte de los españoles; sin embargo, las fallas continuas en los intentos de encontrar sitios adecuados para desarrollar asentamientos y puertos a lo largo de la costa, además del creciente reconocimiento de que la península era una región improductiva, desviaron

la atención sobre Baja California. Así, el siglo xvii fue testigo de la creciente presencia europea en tierra firme y el estancamiento de la colonización de Baja California. Cabe señalar que la condición periférica de esta región dentro del sistema de la Nueva España se agudizó con la amenaza que representaba el merodeo de los bucaneros ingleses, tales como Drake, Cavendish y posteriormente Woodes Rogers y George Shelvoke, así como con la presencia de los piratas holandeses que se habían establecido en Pichilingue, cerca de La Paz. Tanto los piratas ingleses como los holandeses representaban una amenaza constante para los habitantes y navíos peninsulares (Engelhard, 1929:80).

No obstante, la escasa población española que se estableció en la península durante el siglo xvi, se ramificó hacia el norte con el propósito de abrir nuevas tierras y, eventualmente, sentar nuevas bases económicas para los españoles. Por su parte, el clero, que había entrado en México durante la conquista, se expandió también hacia el norte con éxito, particularmente hacia la península, en donde hizo una gran inversión en la empresa evangelizadora, aunque conservó el interés en pasar inadvertida hasta el siguiente siglo.

En pocas palabras, Baja California no proveyó riquezas ni condiciones para el desarrollo de grandes ciudades y poblaciones para la evangelización. Más aún, los colonizadores veían a Baja California como una tierra estéril que no brindaba oportunidades de vida para los europeos. De hecho, entre 1533 y 1680, todos los intentos por establecerse fallaron por falta de agua y debido a que todas las provisiones tenían que importarse a través de un mar plagado de peligrosas corrientes y vientos. Lo único que podía ser predecible en esta península era la escasez de lluvia. Ahora bien, aunque las expediciones hacia la parte alta de la costa del Pacífico en busca de un puerto apropiado y localidades para establecerse no trajeron beneficio inmediato para los españoles, sí le dieron a esta región un lugar en la cartografía mundial y establecieron el escenario para la comunicación, futuro establecimiento y movilidad en las Californias.



MAPA 2. Costa del Pacífico al oeste de la Alta y Baja California

## Asentamiento y colonización de la península

Debido a los factores anteriormente expuestos, no fue sino hasta 1678 –más de un siglo después del descubrimiento– cuando el gobierno español tuvo la determinación de establecer un asentamiento permanente en Baja California, para lo cual hizo planes, construyó navíos y encomendó la conquista espiritual de California a la Sociedad de Jesús (Engelhardt, 1929:83).<sup>10</sup>

### JESUITAS, FRANCISCANOS Y DOMINICOS

Fray Eusebio Francisco Kino entró en Baja California en 1683 y se volvió figura central en el establecimiento de los jesuitas en la península. La expedición de Kino fue inicialmente hacia La Paz, aunque debido a conflictos con grupos indígenas fue forzado a desplazarse a San Bruno, al norte. Allí, Kino y los demás misioneros establecieron contacto con los nativos de la región y empezaron a aprender su lengua. San Bruno era un lugar estéril que no resultó del agrado del contingente militar bajo el comando del almirante Isidro Otondo y Antillón, quienes decidieron partir a pesar de los ruegos de Kino para que permanecieran allí. Al ser forzado a salir de esas tierras, Kino prometió a los nativos que regresaría, ya que, impresionado por la naturaleza de éstos y considerando que estaban listos para su conversión, proponía establecer una cadena de misiones en este territorio, construidas en donde se encontraban las rancherías de los nativos.<sup>11</sup> Con el paso del tiempo, dichas misiones

<sup>10</sup>Durante las primeras exploraciones e intentos de colonización de Baja California, un número de órdenes misionales visitaron la península. Sin embargo, todas fallaron. Los franciscanos entraron en La Paz con Cortés en 1535, y nuevamente, en 1596, con Vizcaíno. En ambos casos, los frailes fracasaron en su intento de evangelización de los nativos y en la comunicación con éstos (Engelhardt, 1929:49). Tres padres carmelitas acompañaron a Vizcaíno en su segundo viaje y, a pesar de que la conversión era prioritaria, tampoco lograron su encomienda. Entre 1632 y 1648, los jesuitas lograron ciertos avances, aunque fracasaron en su intento por obtener un medio seguro de subsistencia.

<sup>11</sup>Estos sitios eran San Sereno, La Concepción, San Simeón, Mártires de Japón, Santa Ágata, San Pedro, San Matías, San Ignacio, San Francisco Xavier, San Valeno, San Francisco de Borja, San Agustín, San Nicolás de Tolentino y San Gerónimo.

se fundaron y algunos de estos sitios se convirtieron en ayuntamientos del siglo xx, desde los cuales los migrantes partían hacia el norte utilizando las veredas y caminos desarrollados por los mismos misioneros. Pese a la firme determinación de Kino de regresar a San Bruno, la falta de financiamiento inmediato por parte de sus superiores o del gobierno virreinal se lo impidieron. En cambio, este importante misionero fue asignado a Sonora, donde permaneció por el resto de su vida.

La dificultad de obtener la autorización para establecer una cadena misional en la península ilustra la desfavorable disposición de las autoridades religiosas y políticas de la Nueva España, quienes después de haber invertido continuamente en las Californias y recuperado poco, no tenían esperanza de ganancia económica exitosa. La península se convirtió entonces en una realidad tangible de fracasos sucesivos. No había oro ni existían poblaciones importantes; se trataba solamente de una región estéril, inhóspita y árida en la cual ningún hombre civilizado podía extraer siquiera lo necesario para su propia subsistencia. Estas difíciles condiciones de vida incidieron en la persistencia del aislamiento de Baja California, aún después de que había ocurrido la colonización de la península.

Juan María de Salvatierra, el nuevo visitador general de los jesuitas en Sonora y Sinaloa, conoció a fray Eusebio Francisco Kino un año después de su regreso a Baja California y se apasionó con la idea de éste de desarrollar una cadena misional en las Californias. Por ello, en los siguientes 10 años, ambos misioneros argumentaron a favor de este proyecto frente a todos los niveles de las administraciones religiosas y gubernamentales. Finalmente, en 1696, alguien prestó oído a sus argumentos, y la idea de un establecimiento misional en Baja California fue aprobada por las jerarquías eclesiásticas y la Audiencia, lo cual permitió que Salvatierra iniciara la empresa de reunir fondos para el proyecto. No obstante, Kino no pudo llevar a cabo esta nueva incursión en tierras peninsulares, ya que fue forzado a permanecer en Sonora debido a un levantamiento de los indios de esa región. Fray Francisco María Pícolo fue entonces

llamado a reemplazar a Kino y a unirse más tarde a Salvatierra (Engelhardt, 1929:101-102).<sup>12</sup>

Juan María de Salvatierra se embarcó hacia la península en 1697, acompañado por el capitán Luis de Torres y Tortolero —primera insignia de las tropas de California—, cinco soldados y tres indígenas de tierra firme (Venegas, 1759:227). Este pequeño grupo<sup>13</sup> formó las bases para el establecimiento permanente de un pueblo criollo-mestizo en las Californias.<sup>14</sup> Más tarde, Salvatierra y su grupo embarcaron hacia Loreto (poblado nombrado así en honor de Nuestra Señora de Loreto), en donde les tomó dos años establecerse. Durante este lapso, Salvatierra aprendió el lenguaje local e inició exitosamente la evangelización y conversión. Sin embargo, estos años no estuvieron exentos de dificultades, ya que varias escaramuzas con los indios, las confrontaciones entre grupos locales y las dificultades para la subsistencia hicieron que la vida en la frontera fuese una amenaza constante a la supervivencia, y que todas las dotaciones siguieran proveyéndose desde tierra continental. A pesar de las dificultades, en 1700 había 70 colonizadores en Loreto, incluidos españoles, mestizos e indios cristianos del interior de México (Engelhardt, 1929:105-113).

Con el paso del tiempo, Loreto no solamente se convirtió en el primer establecimiento exitoso en las Californias, sino también en capital y centro de la actividad peninsular. A medida que crecieron

<sup>12</sup>La licencia del rey fue otorgada bajo la condición de que el tesoro real no ejerciera gastos sin que mediara orden directa de la Corona, lo cual seguía mostrando la falta de interés en la colonización de California por parte de ésta y sus representantes en México. No obstante, Salvatierra y Kino obtuvieron permiso real para entrar en parte de esta región.

<sup>13</sup>Los otros individuos eran don Esteban Rodríguez Lorenzo, Bartolomé de Robles Figueroa, Juan Caravana y Juan (un mulato peruano). Los indios eran Francisco de Tepehui, de Sinaloa; Alonso de Guiyabas, de Sonora, y Sebastián, de Guadalajara (Venegas, 1759:227). Se sabe de dos ramificaciones de los Márquez que poblaron el sur de la península: Loreto Márquez puede haber sido un descendiente de cualquiera de las dos (Harry Crosby, comunicación personal).

<sup>14</sup>Entre los individuos que conformaron este grupo se encontraba Nicolás Márquez, un soldado siciliano cuyo descendiente, Loreto Márquez, es una figura prominente en la migración familiar que describo en capítulos posteriores.

los asentamientos, la mayoría de los movimientos españoles y mestizos hacia el interior venían de Loreto. El pueblo era el centro político y religioso de las Californias y la base de operaciones de todas las expediciones militares que entraban en la región norteña de la frontera en el actual límite entre México y Estados Unidos.

El segundo sitio misional, San Xavier (1699), fue de vital importancia dado que, además de la expansión del territorio colonial español, constituyó una fuente de provisiones para la península, lo que permitió el firme arraigo de los jesuitas en esta región. El fraile Juan de Ugarte, quien se había unido en la península a Salvatierra y fray Pícolo (el sustituto de Kino), hizo de San Xavier la zona agrícola de la colonia. Cultivó las primeras uvas en las Californias, exportó los primeros vinos a tierras continentales, reprodujo caballos, crio borregos para la producción de lana, cultivó trigo para hacer pan, enseñó hilado y carpintería a los indios y fue reconocido por su participación en todos los trabajos de la misión (Engelhardt, 1929; Venegas, 1759; Clavijero, 1937, 1971).

En 1702, la cadena misional era una realidad y los jesuitas habían logrado obtener apoyo de la Nueva España para fundar tres misiones: Loreto, San Francisco Xavier y Nuestra Señora de los Dolores del Sur. Además, los padres visitaban con regularidad las rancharías a lo largo de las áreas misionales. Ese mismo año, fray Pícolo se dirigió a México en busca de apoyo para las misiones de California. Además de obtener la mayor parte de los suministros requeridos, consiguió donativos para las nuevas misiones, que serían San José de Comondú, La Purísima Concepción, Nuestra Señora de Guadalupe y Santa Rosalía de Mulegé.

El período jesuita llegó a un final abrupto cuando esta orden fue expulsada del Nuevo Mundo en 1767. Para entonces, en un período de 70 años, los jesuitas habían logrado establecer exitosamente 14 sitios misionales, que se extendían desde San José del Cabo hasta Santa María de Calamajué, cerca del paralelo 30. Sus exploraciones en el norte allanaron el camino para la entrada de los franciscanos en esa área y crearon el marco para el desarrollo inicial de las Californias.

Ciertamente, los jesuitas tuvieron que lidiar con un ambiente natural que los confinó a áreas específicas, ya que la geografía del sitio se mantuvo como una barrera constante para los misioneros, al igual que para la colonización española. Estas condiciones forzaron a los misioneros a utilizar los caminos naturales y aquéllos empleados por los californios en sus migraciones estacionales entre manantiales, abrevaderos y áreas para la recolección y caza. Algunos jesuitas fundaron sitios misionales dentro de áreas con mayor densidad de población nativa y, a través de visitas a las rancherías vecinas y de los alrededores, la cadena religiosa se extendió a lo largo de la porción sureña de la península. Una vez establecidos en los puntos misionales, los colonizadores continuaron usando los caminos naturales y las rutas de viaje entre pueblos y localidades.

La experiencia jesuita en la península estableció el patrón de asentamiento y movilidad en el área. Algunos sitios misionales crecieron en pequeñas pero importantes poblaciones de individuos, las cuales empezaron a hacer de Baja California Sur su hogar. El efecto combinado de las barreras geográficas de la península y su aislamiento de la tierra continental fomentaron la creación de fuertes lazos entre las personas y sus pueblos.

Al tiempo de su expulsión, los jesuitas habían alcanzado los límites de la región fronteriza. Para entonces habían establecido la ruta actual del Camino Real, que se convirtió en la arteria principal hacia el norte, uniendo misiones importantes y pueblos. En los años posteriores, las noticias sobre el norte vinieron a través de los puntos misionales con el movimiento de los viajeros a lo largo de su ruta.

Después de la expulsión de los jesuitas, los franciscanos (1768) y los dominicos (1773) entraron en la península, pero enfocaron su trabajo hacia el norte. Por esta razón, Baja California Sur volvió a su posición periférica. El movimiento hacia el norte fue el resultado de una creciente competencia entre las órdenes dominica y franciscana y del deseo del rey de controlar los puertos del Pacífico norte. A la expulsión de los jesuitas, los dominicos habían solicitado su



FUENTE: Meigs, 1935:VI.

MAPA 3. Desarrollo misional

parte en California, pero los franciscanos ya se habían establecido en San Diego y Monterrey, puertos que eran vitales para la Corona y el gobierno de la Nueva España y requerían de su ocupación inmediata. Dado que los franciscanos habían reclamado los puertos bajo el comando de fray Junípero Serra, se convirtieron en defensores del asentamiento en Alta California. El conflicto resultante entre las órdenes dio como resultado la división de California. A través de un concordato en 1772, los dominicos se hicieron cargo de las antiguas misiones jesuitas, que los franciscanos habían dejado caer en mal estado, y fueron asignados a la región fronteriza que se extendía desde las últimas misiones de la península hasta cerca de San Diego. Por su parte, los franciscanos se hicieron cargo de Alta California, incluyendo San Diego y el área del norte.

La cadena dominica facilitó el viaje y la comunicación entre las Californias. Una vez que los misioneros lograron pacificar a los nativos, la frontera fue zona segura para los viajeros que se dirigían al norte. De este modo, la región fronteriza, controlada por los dominicos, se convirtió en la conexión del norte con los pueblos peninsulares del sur, así como con los territorios continentales de la Nueva España. Las tierras ricas de la Alta California se volvieron objetivos del plan de establecimiento de los colonizadores, pero Baja California permaneció como punto intermedio en el proceso de colonización.

Loreto, sin embargo, permaneció como capital política y religiosa de las Californias. Todas las provisiones, comunicación y expediciones exploratorias se iniciaban en esa población. El Camino Real, como ruta bien desarrollada hacia el norte, mantuvo a la península dentro de la expansión activa, ya que las líneas de comunicación permanecieron abiertas para las continuas expediciones y los posteriores movimientos entre la península y Alta California.

Los procesos de asentamiento que contribuyeron al patrón regional de movilidad entre Baja y Alta California fueron resultado de las expediciones europeas a lo largo de la costa del Pacífico en los siglos XVI y XVII. El avance de los misioneros de sur a norte y el desarrollo de su actividad en la región fronteriza y Alta California

hicieron posible que persistieran estos patrones de movilidad. Debido a esto, el movimiento de la población peninsular se orientó constantemente hacia esa dirección. La región comprendida entre Monterrey y Los Cabos se convirtió entonces en un dominio sociocultural español, en el cual los pueblos de la península se constituyeron en los puntos de una matriz de movilidad y comunicación que perduró hasta el siglo xx.

## Desarrollos del siglo XIX: El contexto socioeconómico de la migración

La comunicación y las relaciones entre las dos Californias quedaron bien establecidas en los inicios del siglo XIX. Alta y Baja California compartían una historia regional específica, que sentó las bases para la identificación de ambas Californias como un área socioculturalmente diferenciable. La movilidad entre los pueblos del sur de la península y Alta California era relativamente frecuente, aunque Baja California continuó siendo percibida por los habitantes de tierra firme y otros como una escala camino al norte, a la vez que el gobierno veía a Alta California como una posibilidad de mejor vida. Lo que en Baja California escaseaba podía ser encontrado en abundancia en el norte: lluvia, un clima más templado, puertos seguros y buenos lugares para el desarrollo de nuevos asentamientos, atributos todos ellos que en Baja California eran joyas raras. Esta situación condujo a que el patrón de comunicación entre las Californias se intensificara hacia el siglo XIX y que el desarrollo de la cacería de ballenas y otras especies por parte de los extranjeros, así como la minería, tuvieran un efecto sin precedentes en la historia poscontacto de la península.

### Intereses extranjeros y desarrollo de la minería

Al cierre del siglo XVIII, Alta California continuó siendo el foco de atención de los españoles, al tiempo que Baja California permanecía

estancada. “Los límites al norte de la frontera dominica habían sido alcanzados, los indios se resistían a más proselitismo religioso, y la atención del gobierno español se volvió hacia los campos más fértiles de la Alta California” (Meadows, 1915:15). En este contexto, la separación de la Alta y la Baja California en 1804 se agregó a la serie de arbitrariedades cometidas por el gobierno español de tierras continentales. Esta desatención generalizada contribuyó en gran medida al aumento de los intereses extranjeros en la península y al arribo de una oleada de forasteros durante los primeros años del siglo XIX, lo que estableció un patrón de movilidad que continuaría por el resto de ese siglo. En el marco de la historia de México, estos procesos deben analizarse como resultado de la política nacional de desarrollo del siglo XIX, y entendidos dentro del patrón histórico de los lazos que han unido a Baja California con el norte.

### **La costa de Baja California: Territorio abierto**

Al inicio del siglo XIX, el descubrimiento de una gran colonia de nutrias a lo largo de la costa oeste de la península de Baja California atrajo por primera vez la atención de cazadores y comerciantes estadounidenses e ingleses, a quienes posteriormente se unieron los rusos y, ocasionalmente, aleutianos (Bancroft, 1889:707). En la siguiente mitad del siglo tuvo lugar una red de intercambio comercial entre misiones, lo que dio como resultado que los habitantes de la península y extranjeros empezaran a prosperar enormemente. A pesar de las demandas españolas para finalizar este intercambio con extranjeros, el comercio se fortaleció al tiempo que se estableció en San Quintín un puerto para las naves estadounidenses. Esto marcó el inicio del posicionamiento de estadounidenses e ingleses en Baja California. Posteriormente, cuando el gobierno mexicano asumió el control sobre esta zona, el comercio de nutrias se expandió hacia bahía Magdalena, aproximadamente a 1 300 kilómetros al sur de la actual frontera internacional.

## La reactivación de la minería

La minería había sido de primordial interés en la economía mexicana desde tiempos de la conquista, pero su reactivación en el siglo XIX ganó ímpetu dadas las necesidades de desarrollo de esta nueva nación. Después de la Guerra de Independencia (1810-1821), los intereses en el involucramiento de extranjeros en la minería mexicana iniciaron su crecimiento. La Independencia había causado gran agitación a lo largo de México, destruyendo minas, pueblos mineros, casas de moneda y establecimientos españoles y, en un intento por estabilizar la economía y atraer el ansiado capital, el nuevo gobierno adoptó una actitud más liberal hacia los extranjeros. La minería empezó a recobrase y, en 1823, las prohibiciones legales en contra de la posesión de minas por parte de extranjeros en México se relajaron. De entrada, los británicos, estimulados por fantásticas historias sobre los minerales mexicanos, invirtieron y empezaron a desarrollar áreas mineras. Sin embargo, en la década de 1840, las firmas inglesas en tierras continentales se fueron a la baja, contrastando con las nuevas fuentes de explotación extranjera que significaban el próspero comercio de la nutria y el de la ballena gris en la península. Respecto de esta última, el descubrimiento de los sitios de reproducción de esta especie proveyó de un fácil y rentable recurso para los balleneros estadounidenses y británicos. De esta manera, las pequeñas minas que habían sido otorgadas como concesiones para las firmas inglesas en la península se agotaron al tiempo que la cacería de ballenas y nutrias se incrementó, lo que dio lugar a pequeños asentamientos a lo largo de la costa.<sup>1</sup>

En un esfuerzo adicional por mantener y estimular el arribo del capital extranjero a México, el gobierno aligeró las barreras que impedían su inversión y ofreció recompensas por el descubrimiento de

<sup>1</sup>La laguna Scammons y después la bahía Magdalena se convirtieron en un paraíso para los balleneros alrededor de 1850. Algunas embarcaciones se internaron en las ensenadas protegidas y las bahías de la costa oeste de Baja California, iniciando la matanza de presas fáciles. A lo largo de este período, las focas fueron también objeto de cacería; asimismo, las camas de abulón atrajeron a los pescadores chinos.

minerales y mercurio. Al final de la década de los cuarenta del siglo XIX, la producción de metales preciosos se incrementó ligeramente, pero México —y Baja California— estaban a punto de experimentar una serie de crisis que desalentaron la inversión foránea.

## Baja California y la Guerra México-Estados Unidos

La guerra de 1846-1848 con los Estados Unidos exaltó los sentimientos patrióticos de los bajacalifornios como ningún otro conflicto en la historia de México. Los Estados Unidos ocuparon Baja California de 1847 a 1848 y repelieron una serie de ataques de pequeños grupos de fuerzas patrióticas en la región del cabo.<sup>2</sup> Irónicamente, sin embargo, la guerra también provocó la emigración hacia los Estados Unidos de un gran número de individuos que estaban a favor del gobierno estadounidense (Martínez, 1965; North, 1908). Más aún, la postura neutral del gobernador de Baja California al momento de estallar la guerra agregó otro signo de la orientación de la región hacia el norte. Finalmente, la guerra y sus efectos en Baja California sirvieron para legitimar la nacionalidad de la península como mexicana, tanto en el sentimiento nacionalista surgido en sus habitantes (aquellos que permanecieron), como en los términos del Tratado de Guadalupe Hidalgo. Aunque los Estados Unidos habían ocupado Baja California como territorio suyo, México retuvo la península y una franja delgada en el norte, que aseguraría su conexión geográfica con la parte continental. La humillación de México al perder la mitad de su territorio había sido suficiente; la pérdida de la península hubiera removido la herida.<sup>3</sup>

<sup>2</sup>Durante la Guerra de Independencia (1810-1821), la península escapó de la lucha, principalmente por su aislamiento. Los efectos posteriores de la guerra y la reorganización de un nuevo gobierno, sin embargo, originaron nuevos puestos de avanzada al ya creciente involucramiento de forasteros en la península.

<sup>3</sup>Los pronunciamientos de Estados Unidos en relación con la retención de Baja California por parte de México enfatizaban razones defensivas. Sin Baja California, las costas del oeste de México quedarían totalmente indefensas. El control de la península le otorgó a México protección y control del golfo.

Las reacciones encontradas por parte de la población peninsular durante la guerra ilustran los lazos entre las Californias. Tales sentimientos, basados en patrones históricos de relaciones personales, perdurarían y serían expresados en un proceso de movilidad y asentamiento de los peninsulares hacia el norte durante el siglo xx.

La “pérdida” de Baja California fue aceptada con enfado por los ciudadanos norteamericanos, especialmente por quienes tenían intereses en la zona. Algunos se mostraron tan contrariados que, durante la mitad restante del siglo, varios aventureros intentaron conquistar la península por su propia cuenta a través de una acción conocida como *filibusterismo*. Teniendo su base en San Francisco, los filibusteros lanzaron sus ataques contra Baja California y Sonora. Entre los más prominentes de estos aventureros se encontraban Charles de Pindray, Raousset-Boulbon, Joseph Morehead y William Walker.<sup>4</sup> Como lo afirman varios autores, estos verdaderos pillos eran vistos como héroes en California en su paso hacia el sur, a pesar de estar cometiendo flagrantes actos ilegales contra México (Blaisdell, 1962; Bancroft, 1889; Martínez, 1965; Jordán, 1951).

### **La fiebre del oro de California: El redescubrimiento de Baja California**

A mediados del siglo xix tuvo lugar otro evento que no sólo incrementó la participación extranjera en Baja California sino que también cambió la costa noroeste de Estados Unidos: La fiebre del oro de California. Los hallazgos de oro tuvieron una repercusión mundial. Para Baja California y la parte continental mexicana, este *boom* significó su incorporación a la economía mundial. La migración de los bajacalifornios y las redes familiares en los pueblos mineros y a lo largo de la frontera se convirtieron no sólo en eventos locales aislados, sino también en respuestas a una larga cadena de eventos

<sup>4</sup>El término filibusterismo se emplea en este documento para referirse a las acciones de aventureros particulares que se embarcaron en una guerra no autorizada por el gobierno norteamericano contra un país con el cual Estados Unidos estaba en paz.

históricos que se desarrollaron en los ámbitos continental y mundial. La decisión de emigrar por parte de individuos y familias puede entenderse mejor en el marco de estos eventos.

Hacia la mitad del siglo XIX, el mundo experimentó un rápido cambio socioeconómico, marcado por el aumento de las empresas capitalistas y el verdadero inicio de la industrialización. Hasta ese momento, Baja California había figurado solamente como un elemento periférico en la actuación de México y España dentro de la economía mundial. El atributo principal de Baja California era su posición geográfica, la cual sirvió primero como escala entre las Filipinas y el territorio continental, y después hacia el norte de América. La fiebre del oro marcó entonces los inicios de un nuevo impulso de la inversión extranjera y el desarrollo de la costa oeste de México.

La fiebre del oro de California, en un área remota y virtualmente deshabitada del mundo, reabrió sus canales de comunicación y transporte con toda la costa oeste del continente americano. Las antiguas líneas de comercio desarrolladas durante el apogeo del *Galión de Manila* tomaron nueva vida, a medida que la gente migraba a California desde todos los rincones del mundo. La fiebre del oro se esparció a través de los océanos y empezó a atraer gente de Centro y Sudamérica, Asia y Europa. El comercio inmigrante provocó un incremento en la navegación y creó nuevas redes de transporte que incorporaron la costa oeste de América al mercado mundial. El incremento en la inmigración de Europa atrajo navíos alrededor del cabo y fue clave en el desarrollo del único ferrocarril que cruzaba el istmo de Panamá. Tehuantepec, al igual que Panamá, se convirtió en avenida de gran tránsito comercial que facilitó el comercio chileno, mexicano, asiático y estadounidense con Europa (Hobsbawn, 1975:61-65).

Para Baja California, la fiebre del oro significó su redescubrimiento. Los navíos trajeron inmigrantes a la península, y la comunicación entre Alta y Baja California se intensificó debido a que, durante ese período, muchos ancestros de los migrantes del siglo XX

llegaron a la península, y varias familias del cabo viajaron entre las dos regiones mencionadas. Incluso, en ese tiempo, una nueva ola de norteamericanos comenzaron a trasladarse al sur.

Los pueblos del cabo empezaron a ser expuestos a una variedad de viajeros en la ruta al norte hacia Alta California. Los gambusinos que no podían obtener transporte directamente a San Francisco desde Panamá alquilaban pequeñas naves para subir la costa hacia San Blas o Mazatlán y posteriormente viajar desde allí hacia La Paz.

[...] Entonces se dirigían al interior siguiendo los caminos de los misioneros hacia el norte a lo largo del Camino Real [...] Todos ellos dejaron constancia de resistencia en la todavía fresca memoria de los viejos mexicanos, quienes se refieren a esa ruta como el camino hacia los placeres de California. Invariablemente, estos pioneros viajaron de La Paz a Dolores del Sur, de ahí al noroeste hacia Jesús María, San Xavier, Comondú, [La] Purísima, San Ignacio, Ojo de Liebre, San Andreas, [El] Rosario, y después hacia la línea de las misiones costeras (North, 1908:70).

El movimiento de individuos a través de la península influyó en el desarrollo de los viajes posteriores al norte, al igual que en la composición de los pueblos. Los individuos que fueron atraídos hacia el sur de la península, con frecuencia se asentaron en ella, otros regresaron a su lugar de origen después del *boom* aurífero, y algunos peninsulares hicieron sus primeros contactos personales en el norte.

Debemos recordar que desde mediados del siglo XVIII, los norteamericanos mostraron gran interés en la península como parte de la extensión geográfica de Alta California. Estaban convencidos de que Baja California produciría hallazgos minerales similares a los de Alta California. Engañados por las historias sobre ricas vetas minerales y ocasionales golpes de suerte, los prospectos del desierto, las compañías mineras y los gambusinos solitarios hicieron su entrada en la península.

Después de la Guerra de Reforma (1857-1861), el gobierno de México, en busca de la estabilidad económica del país, buscó incrementar la inversión extranjera, incluyendo la de Estados Unidos. México había transitado por un difícil período de reorganización, y la avaricia y corrupción del general Santa Anna habían provocado finalmente la guerra.<sup>5</sup>

En un intento por lograr la estabilidad interna del país, Benito Juárez inauguró una nueva constitución (1857), la cual institucionalizó una política de economía liberal que abrió las puertas a la participación extranjera. Enfrentando una economía colapsada, la política nacional mexicana buscó el capital extranjero para ayudar al desarrollo de una economía estable con la cual revertir las reformas políticas. Para Juárez y su gobierno, la respuesta era desarrollar y habitar Baja California y otros puestos de avanzada. Ciertamente, la intervención de los franceses (1861-1867) causó conflictos internos y retrocesos para la república mexicana, pero Baja California estuvo lo suficientemente aislada y virtualmente deshabitada, por lo que salió relativamente ileso de estos encuentros. A fin de cuentas, la presencia de los franceses no limitó la actividad de los intereses de otros extranjeros en el norte.

### **El porfiriato: Concesiones extranjeras y economía minera, 1870-1900**

La política de Porfirio Díaz, presidente de México de 1877 a 1911, cristalizó las tendencias de economía liberal iniciadas por Benito Juárez. Durante el período del porfiriato, en Baja California, al igual que en el resto de la república mexicana, el gobierno fomentó la inversión extranjera como su principal política de desarrollo, a

<sup>5</sup>La última transacción inescrupulosa de Santa Anna con los Estados Unidos fue la venta de Arizona y Nuevo México. El intercambio fue conocido como la *Gadsden Purchase* (la compra de Gadsden) en los Estados Unidos. El especial interés de los estadounidenses en Baja California los llevó a argumentar sin éxito en favor de la inclusión de la península en dicha transacción.

través de estatutos legales.<sup>6</sup> Como resultado, los capitalistas estadounidenses, británicos y franceses compitieron por el control sobre los recursos de México.

## Inversión estadounidense

Aunque el régimen de Porfirio Díaz eventualmente apoyó las inversiones extranjeras de todo tipo, los inversionistas estadounidenses jugaron un papel dominante en el rápido desarrollo de la economía de esa época.<sup>7</sup> De hecho, las nuevas políticas de liberalidad económica parecían estar dirigidas hacia el competitivo empresario norteamericano. Por ello, en 1885, aproximadamente 40 firmas de Estados Unidos estaban trabajando ya en México (Bernstein, 1964:19).

Los negocios estadounidenses pronto hicieron extensas inversiones en Baja California. La península, con sus nexos históricos hacia

<sup>6</sup>Las leyes mineras sirven como indicador del interés del gobierno mexicano en la inversión extranjera durante el porfiriato. Por ejemplo, en 1887, una nueva ley tributaria se avocó a facilitar el pago de impuestos por parte de los mineros de la plata (los precios de este metal en el mercado mundial habían caído). La ley exentó el carbón, hierro, azufre y mercurio del pago de impuestos, aplicándose además una moderada tasa a los metales preciosos. También estableció bajos impuestos sobre las propiedades de equipo y terrenos, al tiempo que prohibió otros gravámenes. Lo que es más, la ley hizo concesiones especiales para fomentar nuevas empresas y disminuyó el costo del flete de los productos minerales de exportación (Bernstein, 1964:18-19). Otro indicador del gran interés de México en la inversión foránea hasta la vuelta del siglo es la apertura, en 1900, del Buró Mexicano de Información en Londres. En 1901 y 1906, respectivamente, se llevaron a cabo, en la ciudad de México, la Convención de Ingenieros Mineros Americanos y el Décimo Congreso Internacional de Geología, este último, resaltando la extensión de los depósitos minerales (Bernstein, 1964:50).

<sup>7</sup>El liderazgo estadounidense en la economía mexicana fue el resultado de dos factores: primero, que las inversiones británicas y francesas fueron reducidas, en 1884, como reacción a la intervención francesa, y segundo, la favorable ubicación geográfica de Estados Unidos. Así, debido a que la expansión capitalista de la costa este estaba lista para nuevas áreas de inversión, y a que la fiebre del oro de 1849 había estimulado la filosofía del Destino Manifiesto, este país creó una serie de intereses en México con el objeto de obtener variados recursos que satisficieran las necesidades de los nuevos asentamientos en Estados Unidos. En particular, los minerales crudos mexicanos representaban una especial atracción.

el norte y su aislamiento de tierras continentales, era invitante y frecuentemente irresistible para las aventuras económicas de Estados Unidos. En 1864, el gobierno de Juárez otorgó a la Compañía Minera y Colonizadora de Baja California la primera concesión de tierras bajacalifornianas, que incluyó cerca de 122 000 kilómetros cuadrados, por los cuales la compañía pagaría 100 000 dólares.<sup>8</sup>

Por su parte, en 1884, Porfirio Díaz entregó una concesión para toda la mitad norteña de la península a la International Company of México, empresa estadounidense con sede en Hartford, Connecticut. La autorización abarcaba aproximadamente 18 millones de acres (un poco más de 72 000 kilómetros cuadrados), que en 1889 fueron revendidos a la corporación inglesa Mexican Land and Colonization Company. En el mismo año, Flores, Hale and Company obtuvieron la concesión de una superficie de cuatro millones de acres (ésta fue llevada bajo la dirección de la Chartered Company of Lower California, una agrupación de Boston y Nueva York). El siguiente año, una compañía francesa asumió los intereses de Moeller and Company, un negocio alemán con operación en Guaymas, y recibió una concesión liberal que abarcaba 50 000 acres, conocida como El Boleo, la cual se convirtió en la más próspera de la península.

## Antecedentes extranjeros de los bajacalifornios

El influjo de extranjeros en México tuvo mayores efectos en la composición demográfica de Baja California que en la de otras partes de la república. Los nexos históricos de la península con el norte no sólo se intensificaron, sino que la interacción de los peninsulares y extranjeros se dio entre ellos y al interior de cada uno de estos grupos. Los peninsulares nativos habían tenido contacto temprano con anfitriones europeos durante los años del comercio ilegal de

<sup>8</sup>Las descripciones sobre las adjudicaciones de tierra durante los períodos de Juárez y Díaz son proporcionadas por Bancroft (1889), North (1908), Martínez (1965), Jordán (1951) y Stern (1973), entre otras fuentes. El contrato contenía cláusulas que estipulaban que la compañía reservaría un cuarto de esa superficie para mexicanos e introduciría 200 familias.

nutrias, y después, durante la era de la cacería de ballenas en la costa. Los asentamientos a lo largo de la costa oeste (San Quintín y bahía Magdalena) llevaron a peninsulares y europeos a un contacto directo. Hacia la mitad del siglo XIX, un alto número de marineros y comerciantes habían contraído matrimonio y se establecieron en la región del cabo. Pueblos tales como Comondú, Loreto y Mulegé fueron especialmente afectados, y las familias Drew, McLish, McIntosh, Simpson y Green, ahora parte de la tradición bajacaliforniana, aparecieron en aquel entonces. Dado el alto número de incursiones extranjeras en la península, era de esperarse que, a la vuelta del siglo, las familias mestizas que migraron hacia el norte a través de la frontera fueran las de los descendientes de ingleses (Smith), peruanos (Castellanos), alemanes (Bolome), irlandeses (Simpson), sicilianos (Márquez) y otros extranjeros que habían sido incorporados a la población existente y habían hecho de la península su hogar.

### **Desarrollo tecnológico de la minería**

A finales del siglo XIX, la minería experimentó un rápido desarrollo tecnológico en el ámbito mundial. Si bien antes de la mitad de dicho siglo, bajo el dominio español se habían extraído grandes cantidades de plata y oro de México aplicando una tecnología avanzada para su tiempo, esta actividad consistió en la explotación de depósitos minerales sin preocupación alguna por la vida de las personas o los escenarios geográficos. Y aunque después de la Guerra de Independencia se introdujeron en México máquinas de vapor inglesas, bombas y algunas técnicas, el alto costo de éstas y el esfuerzo invertido para su desarrollo fueron infructuosos. No fue sino hasta después de la Guerra México-Estados Unidos cuando la minería avanzó con rapidez. La posición política de México, la política liberal, los extendidos intereses capitalistas y los desarrollos paralelos en la tecnología minera promovieron la explotación de los minerales mexicanos. Un giro en la extracción de plata hacia los metales no

férreos, hierro, carbón y aceite requería de técnicas modernas y de fomentar el avance tecnológico en casi todas las áreas asociadas con la minería. Cuando los estadounidenses entraron en México en la segunda mitad del siglo XIX, introdujeron técnicas de trituración y amalgamamiento de minerales de plata, así como altos hornos. Estas técnicas dieron como resultado la apertura de una serie de nuevos distritos.

Aunque la nueva maquinaria y tecnología revitalizaron la industria minera mexicana, el flujo principal de los recursos naturales se orientó hacia fuera de México, de tal manera que eran comunes los cargamentos de metales de alta calidad hacia Europa desde regiones tan remotas como Oaxaca, Sonora y Baja California (Bernstein, 1964, caps. 2, 3 y 4).

## El progreso del transporte

El incremento en la producción y extracción de minerales tanto en los viejos como en los nuevos distritos estimuló mejoras en el anticuado sistema de transporte. En la parte norteamericana del continente, los inversionistas construyeron caminos hacia nuevas áreas, con lo que abrieron distritos sin explorar. La necesidad de llegar a aquéllos de reciente descubrimiento y transportar materiales crudos desde puestos fronterizos y a lo largo de México fueron importantes factores que influyeron en el desarrollo del sistema ferroviario a finales de la década de 1880.<sup>9</sup> Las primeras vías del ferrocarril alimentaron la entrada y salida de los distritos mineros del norte de tierra continental y los unió a las líneas estadounidenses. Entre 1883 y 1885, el norte tenía una salida directa hacia los hornos fundidores

<sup>9</sup>En 1911, los trenes y la minería conformaban cerca de 85% del capital estadounidense en la economía mexicana. Por su parte, entre 1867 y 1911, el comercio anual entre Estados Unidos y México experimentó un incremento de 7 a 117 millones, al tiempo que las inversiones totales aumentaron desde algunos millones de dólares hasta cerca de 1 000 millones. Con ello, los Estados Unidos habían asegurado un comercio con México mayor que el logrado por todas las naciones europeas juntas (Pletcher, 1958:2-8).

en Colorado, Kansas, Missouri y Oklahoma,<sup>10</sup> y solamente después del endurecimiento de los controles de importación por parte de Estados Unidos tuvieron lugar los desarrollos posteriores en el transporte (extensión del sistema ferroviario), la industria de apoyo y la tecnología en general. En 1890, la ley de aranceles McKinley impuso controles a los minerales entrantes, lo que causó una desviación de los intereses estadounidenses dentro de México. Desde entonces, los inversionistas norteamericanos construyeron fundidoras en este país, expandieron el sistema ferroviario y desarrollaron la extracción de carbón con el objeto de proveer la energía necesaria para el funcionamiento de dicho sistema. Los distritos mineros se hicieron más independientes, a la vez que las exportaciones por volumen fueron económicamente viables.

No obstante, excepto por la concesión de El Boleo, los desarrollos mineros en la península nunca adquirieron la importancia de aquéllos en tierra firme. Las minas de Baja California permanecieron aisladas y contribuyeron escasamente al desarrollo de la economía regional, limitadas por la falta de vías ferroviarias, las poblaciones pequeñas (factor relevante por la disponibilidad de mano de obra) y la aridez extrema. Más aún, la mayoría de las explotaciones mineras eran de corto plazo. Como sucedió en los períodos colonial y misional, la principal limitante al asentamiento de poblaciones y desarrollo de Baja California siguió siendo la geografía. Los hallazgos de minerales, aunque numerosos, eran de corta duración, y los distritos que atrajeron a cientos y, ocasionalmente, a miles de prospectos fueron rápidamente abandonados. Las minas de Baja California nunca alcanzaron el grado de madurez tan frecuentemente asociado con los pueblos fronterizos de alto desarrollo del resto del oeste. Las minas de la península generalmente no produjeron asentamientos duraderos. Una vez que el mineral se agotaba, los prospectos, los

<sup>10</sup>En 1873, Estados Unidos instauró controles para la importación de minerales. De esta manera, una ley tarifaria estadounidense gravó con impuestos los minerales importados; sin embargo, esto no impidió que los fundidores norteamericanos siguieran recibiendo con gusto, incluso, pequeñas cantidades de minerales mexicanos, dado su alto contenido de plomo.

trabajadores y la compañía cambiaban de lugar, llevando consigo todas sus pertenencias. Desensamblaban la maquinaria, la transportaban a la costa, la embarcaban en botes y la enviaban de regreso a Alta California, a un área de reciente descubrimiento.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, los viajeros de la península continuaron confiando en los antiguos caminos misionales en lugar de los pasadizos geográficos naturales. En tierra firme, las vías ferroviarias habían abierto nuevos distritos y provisto del transporte primordial para la exportación de minerales y la importación de los bienes y provisiones necesarios. Sin embargo, Baja California no tendría una vía ferroviaria hasta 1948.<sup>11</sup> Al igual que en los siglos XVII y XVIII, las aguas del Pacífico y del golfo proporcionaron acceso a toda la península e hicieron posible el transporte de maquinaria a distritos aislados. Se embarcaron mulas y vagones para cargar nueva maquinaria, madera y alimentos. Cuando el mineral se extinguía, el equipo se embarcaba de regreso.

Los viajes en barcos de vapor entre Baja y Alta California habían revivido durante la fiebre del oro de 1849 y se incrementaron tremendamente a la vuelta del siglo. La International Company y otras grandes concesiones empezaron a realizar envíos en vapores a varios pueblos a lo largo del Pacífico y el golfo. Así, los viajes entre San Francisco, San Diego, Ensenada, bahía Magdalena, La Paz y algunos puertos de tierra firme adquirieron popularidad.

### **Circuito minero de Baja California y familias peninsulares**

Mientras que la mayoría de las minas del área continental eran trabajadas por la mano de obra local —ampliamente disponible—, Baja California dependía, en un principio, de la fuerza laboral importada.

<sup>11</sup>Las vías que unían a la península con el norte habían sido planeadas por grandes concesiones, como las de tierra firme. Sin embargo, los planes no llegaron a culminarse. Pequeñas porciones de vía fueron tiradas alrededor de San Quintín en un esfuerzo por unirlo con Ensenada, pero la vía nunca fue terminada. Otras líneas ferroviarias servían para acarrear y extraer minerales en pequeños trenes utilizados localmente en ciertas minas.

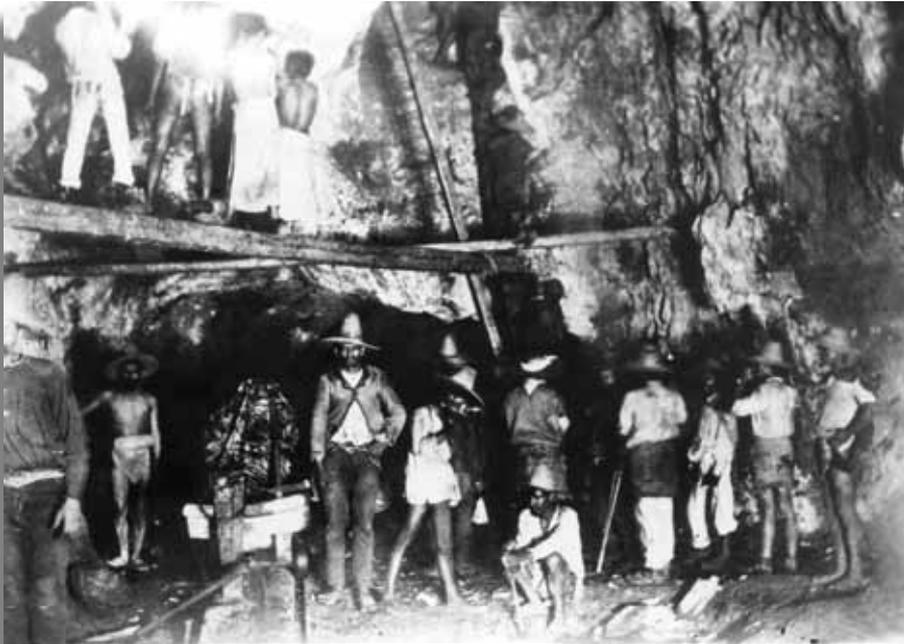
A mediados del siglo XIX, grupos de yaquis fueron llevados a través del golfo para trabajar en nuevas minas, y no fue sino hasta tiempo después cuando los peninsulares empezaron a internarse en éstas (Aschmann, 1967; Bernstein, 1964; Martínez, 1965; North, 1908). La actividad minera era sostenida por poblaciones migrantes que pronto estarían construyendo circuitos laborales entre los distintos sitios mineros, tal como sucedió en el siglo XX con las grandes piscas (migraciones estacionales para la recolección de fruta) de California.

El barretero (minero) bajacalifornio percibía su dependencia de la minería de la península, de manera que las minas, los pueblos mineros y la geografía del lugar se convirtieron en una parte importante de la tradición familiar. Cabe señalar que estos mineros peninsulares también trabajaron y viajaron hacia varios puntos en el territorio continental (véase el capítulo 5). Por ejemplo, durante la última parte de la década de 1880, y particularmente en los primeros años del siglo XX, las minas de cobre de Cananea atrajeron a numerosas familias de la península. Muchos de estos individuos que laboraron en Santa Rosalía desarrollaron habilidades muy valiosas que luego transfirieron a otros trabajos.

Los mineros peninsulares y las familias de este estudio vinieron principalmente de la parte sur de la península. Los pequeños ranchos de la zona no pudieron proveer el sustento a las crecientes poblaciones, de manera que la minería proporcionó una salida. Al final de la década de 1880 y principios de la de 1890, las minas de San Juan (en Las Flores, sobre la costa del golfo de California) y Calmallí (en el Desierto Central) atrajeron a individuos y a sus familias de la región del cabo y de la costa oeste de la parte continental. Varias familias viajaron para reunirse con sus parientes, con la esperanza de participar en las aventuras mineras. Más tarde, hacia finales de la década de 1890, algunas familias migraron hacia las minas del norte de la península de Punta Prieta, Julio César, El Mármol y El Álamo.

Las familias peninsulares, a diferencia de los mineros dedicados a los hallazgos de oro en Alta California, se convirtieron en

trabajadores de las compañías mineras. Los grandes placeres requirieron operaciones de tiro (pozos) y trabajo de fundición en los cuales pudiera utilizarse la mano de obra semicalificada. La mayor parte de estos migrantes no se proponían obtener riquezas, sino que se encontraban en la búsqueda de trabajo y de una forma de vida similar a la que ellos conocían en sus pueblos del sur. Por ello se convirtieron en barreteros, mineros que trabajaban dentro de las minas o en los pozos mineros; unos cuantos subsistieron en economías de soporte como leñadores y dependientes de comercios pequeños. Estos individuos conformaron la clase trabajadora en las operaciones mineras, bajo la supervisión de los ingenieros y gerentes de la compañía.



Interior de una típica mina de oro y plata en México, donde se observan barreteros (mineros), peones y al jefe del grupo (capataz). Septiembre de 1880 (Bain Collection, Library of Congress).

La interacción social entre los hombres de las compañías inglesas, estadounidenses y francesas y los peninsulares fue muy diferente de la que tuvo lugar en las décadas de la inmigración extranjera, en las cuales los peninsulares contraían matrimonio e interactuaban socialmente con comerciantes de nutrias, balleneros y otros. Durante la primera mitad del siglo XIX, las minas produjeron una estratificación basada en el trabajo de la compañía. De esta manera, los administradores de las corporaciones y los operadores se separaban socialmente de los trabajadores comunes de la mina y de sus familias.

Aunque las minas de Baja California se agotaron rápidamente y fueron abandonadas por los capitalistas, estimularon el desarrollo de la región fronteriza en Alta California. Así, pequeñas economías florecieron en San Diego y se expandieron a causa del *boom* minero en Baja California. Este puerto se agitaba con barcos de vapor que se dirigían al sur, cargados de pasajeros, materiales y alimentos. Más aún, las poblaciones de San Diego y el sur de California, habiéndose incrementado tremendamente durante el auge de los bienes raíces de finales del siglo XIX, tomaron cada vez más conciencia de las tierras disponibles de la península. Los desarrollos urbanos a lo largo del lado estadounidense de la frontera empezaron a adentrarse en las tierras vecinas del lado mexicano y a configurar una sola unidad, dado el gran impulso recibido en ambos lados. De esta manera, las políticas de inversión extranjera del porfiriato, que habían propiciado el crecimiento de la minería, lograron también estimular el desarrollo de la frontera.

## Desarrollo de la frontera

A principios del siglo XX, la totalidad de la frontera empezó a transformarse de una región tranquila y deshabitada en una región de centros urbanos. Los inmigrantes entraban en el área en números cada vez mayores, y los pueblos de la frontera arribaron a una fase de crecimiento que caracterizaría a la región durante los siguientes

75 años. Aunque en la década de 1920 los valles de Imperial, California, y de Mexicali, Baja California, no se habían desarrollado, y la afluencia de los mexicanos era incipiente, la ciudad de San Diego crecía rápidamente.

La costa oeste de Norteamérica contribuyó a la intensificación del capitalismo en el sistema económico mundial a finales del siglo XIX y primeras décadas del XX. Las inversiones de capital extranjero durante el porfiriato, primero en la minería y posteriormente en la región fronteriza, no solamente estimularon el crecimiento de pueblos, sino que también promovieron la adaptación de éstos a la nueva moral materialista de la economía mundial en el siglo XX. En los pueblos de Tijuana y Mexicali, estas inversiones controlaron y dirigieron el perfil de crecimiento y desarrollo.

El interés en las inversiones estadounidenses en tierras mexicanas consiguió la extensión del sistema de canales del Valle Imperial, obra que procuraría el desarrollo de ese valle y traería agua a Mexicali, único requerimiento para convertir esta zona en una región de producción de algodón a escala mundial. Las tierras controladas por la American Land and Cattle Company fueron rentadas y rápidamente empezaron a producir vastas cantidades de algodón, el cual requería mano de obra para la producción primaria, cultivo y cosecha, así como para las industrias de apoyo.

El primer centro de actividad económica del valle de Mexicali fue Caléxico, en los Estados Unidos. Como centro poblacional de la parte norte del golfo, Caléxico atrajo al comercio norteamericano, firmas de inversionistas y bancos, así como a los primeros colonos del circuito minero y de la región del cabo de la península. Eso hizo que Caléxico creciera hasta la década de 1920, cuando Mexicali lo rebasó al convertirse en el principal centro de comercio económico y destino de la migración en la costa del golfo.

En la costa oeste, por su parte, Ensenada se había convertido en la ciudad capital del norte, principalmente debido a las inversiones de una compañía internacional con sede en Connecticut, cuya concesión de seis y medio millones de hectáreas fue posteriormente

transferida a una firma británica. A la vuelta del siglo xx, esta ciudad llegó a ser el mayor centro comercial y de población, así como el principal puerto de navegación para los norteamericanos e ingleses provenientes de San Diego. La comunicación entre este último y Ensenada hizo posible el desarrollo de San Quintín, a 193 kilómetros al sur, como una salida costera para las minas del interior.

En este mismo contexto, de haber sido un pequeño rancho en el siglo xix, Tijuana alcanzó proporciones considerables en los primeros años del xx, principalmente como resultado del creciente tráfico a través de la frontera. A mediados del siglo xix, Tijuana era un colectivo de ranchos privados, y hacia finales de la centuria, la única presencia gubernamental en el área era la estación fronteriza establecida para gravar el tránsito hacia Ensenada. La circulación hacia el sur de la frontera se incrementó tremendamente durante el hallazgo de oro en Santa Clara en 1889, cuando miles de mineros ávidos de este metal cruzaron la línea.

La oleada de argonautas pasando por San Diego desde finales de febrero hasta mediados de marzo (1889) promediaba 300 por día. El 5 de marzo, cerca del apogeo de la fiebre, 600 partieron de San Diego hacia las minas —más de 100 en un vapor, y el resto en tren, carreta, burro o a pie hacia Tijuana (Lingenfelter, 1967:12).

Un observador escribió: “Todos parecían sentir algo de entusiasmo por el oro; ‘¿Cuándo te vas?’ era la pregunta más frecuente en las calles” (ibídem:5).

La transformación de Tijuana en la gran ciudad metropolitana de hoy empezó con la atracción de los turistas de la vecina y creciente ciudad de San Diego. El turismo, centrado en los intereses del capital estadounidense en el juego, carreras de caballos y cabarets, empezó antes de la Primera Guerra Mundial, pero el inusitado aumento en las inversiones y desarrollo en Tijuana llegó en la década de 1920 con el advenimiento de la prohibición de la producción y venta de alcohol en los Estados Unidos. Así, durante los años veinte, Tijuana y Ensenada se convirtieron en el paraíso de los buscadores

de placer norteamericanos. Famosa por sus lujosos casinos, hoteles y cabarets, Tijuana se convirtió pronto en el lugar de entrada desde San Diego, al tiempo que empezaba a desarrollarse otra parte de la ciudad desconocida para los turistas. Como resultado de la construcción de caminos a lo largo de la frontera por parte del gobierno, se impulsó la industria turística, lo que demandó grandes volúmenes de mano de obra e hizo necesario el establecimiento de instituciones mexicanas. Los sectores gubernamentales y privados establecieron entonces mercados, albergues, parques, iglesias y servicios sociales de todo tipo para esta población mexicana, de tal forma que Tijuana pronto se consolidó como un pueblo más de México, aunque los norteamericanos conocían solamente sus atracciones turísticas.

Los cambios en la población de los pueblos fronterizos son especialmente ilustrativos del crecimiento de la zona. En 1910 y 1920, el censo mexicano clasificó a Tijuana como uno de los pueblos más grandes dentro de la municipalidad de Ensenada.<sup>12</sup> En 1920 contaba con una población de 1 928 habitantes, lo cual la colocaba en la categoría de *pueblo*. Ensenada, con 2 178, y Mexicali, que había crecido de un total de 462 habitantes en 1910 a 6 782 en 1920 (15 000 en todo el ayuntamiento), fueron clasificadas como las únicas ciudades del norte en el *Censo general de habitantes, 1921* (Departamento de Estadística Nacional, 1926b). No obstante, estas estimaciones cambiarían drásticamente en las siguientes décadas.

Al final de los veinte, cuando la segunda afluencia de familias de Baja California se movía hacia el norte, Tijuana se establecía como un punto de cruce mexicano y un área de asentamiento. En 1930 había pasado de ser un pueblo de menos de 2 000 personas a convertirse en un municipio de 11 271 y, en un período de tres décadas, rebasó los 165 000 habitantes. De manera similar, Mexicali experimentó un crecimiento fenomenal y, en 1930, alcanzó los

<sup>12</sup>El *Censo general de habitantes, 1921* clasificó los sectores con las poblaciones más grandes como municipalidades. En 1920, la designación de pueblo incluía los asentamientos grandes y pequeños, y las ciudades se convirtieron en los centros municipales. En ese entonces Tijuana era un pueblo, mientras que Ensenada era la municipalidad.

29 985 habitantes. Ensenada, con 7 000, continuaba creciendo pero seguiría siendo superada por las ciudades del norte.

Un desarrollo paralelo era el que se presentaba cruzando la frontera. San Diego continuó con el crecimiento geométrico iniciado durante el auge de los bienes raíces de la década de 1880 (McWilliams, 1973:113-137). En 1919, la población de la ciudad casi se duplicó en relación con 1910, llegando a 74 361, y en 1930 alcanzó 147 995 habitantes, según el censo de 1930 (United States Department of Commerce, 1931). Cabe señalar que este crecimiento fue impulsado por los desarrollos en la península en el siglo XIX y el impacto de éstos en la transformación de San Diego como puerto y ciudad comercial. En dicho siglo, el número de embarcaciones a lo largo de la costa se había incrementado originalmente con el comercio de nutrias y focas en el occidente de la península y, hacia 1849, la fiebre minera hizo de éste el puerto de escala más importante para las compañías de buques, lo que impulsó el tráfico creciente hacia el sur y hacia los puertos peninsulares. San Diego entonces se benefició de la necesidad de importar prácticamente todo tipo de alimentos, madera, maquinaria y mercancías para la vida en las compañías mineras del sur de Baja California, con lo cual se desarrolló una actividad comercial que creció a lo largo de la mitad y el final del siglo XIX y alcanzó su auge a finales de la década de 1880. En ese contexto, todo tipo de mineros y comerciantes se sentían atraídos por San Diego y, en los inicios de 1870, los comerciantes de esa ciudad compraron la mayor parte del oro que venía de pequeños pero ricos hallazgos en el norte de la península (Stern, 1973:28). Entre 1870 y el arribo del siguiente siglo, los viajeros que se dirigían a las minas del sur pasaban por San Diego y se abastecían allí. El editor de *San Diego Bee*, en 1885 describió claramente los beneficios:

Se puede estimar con confianza que por lo menos 5 000 personas se dirigirán a las minas, pasando por San Diego. Cada una de ellas representará, haciendo una estimación conservadora, un promedio de 50 dólares por equipo. Esto significa, en números fríos, un cuarto de millón puesto en circulación a la vez (Lingenfelter, 1967:7).

Pero no sólo el comercio local prosperaba, sino que también minoristas y abarroteros de San Diego habían abierto sucursales en las comunidades mineras más prósperas. Los comerciantes de San Diego hicieron antesala en Washington, primeramente para impulsar el libre comercio entre las dos regiones, y después para abrir una vía ferroviaria transcontinental (1886) que pasara a lo largo de la frontera de San Diego, estimulada por los distritos de la minería y la ganadería sureños (Shipek, 1965:12).

Por otra parte, San Diego estaba también experimentando el influxo de los miles de individuos interesados en el auge de terrenos en el sur de California. Las concesiones de la compañía en Baja California, otorgadas por Díaz, intentaron sacar provecho de la riqueza de los posibles colonizadores e iniciaron una intensa campaña para atraerlos al vasto territorio del sur. En los periódicos de Los Ángeles y San Diego, diariamente aparecían anuncios que detallaban las oportunidades de oro que les esperaban a aquellos afortunados que se dirigieran hacia el sur (Lingenfelter, 1967; Shipek, 1965; Martínez, 1965; North, 1908).<sup>13</sup> Así, el auge de los bienes raíces en el sur de California se combinó con los desarrollos costeros y mineros a lo largo del norte de la península para estimular el crecimiento de esta ciudad fronteriza.

Sin embargo, a pesar de este desarrollo y cambio a lo largo del lado mexicano de la frontera, el migrante peninsular siguió encontrando cierta continuidad cultural al otro lado de ésta, debido a que el área comprendida entre el sur de San Diego y la última de las misiones jesuitas había sido por largo tiempo una sola frontera geográfica y la última zona que los españoles y mexicanos tomaron bajo su control. Por ello, la gente hablaba español a lo largo de la región, los pueblos tenían nombres y antecedentes históricos españoles, y la comunicación entre la frontera y el sur había sido continua. Colonizadores, gambusinos, granjeros y ganaderos de Estados Unidos

<sup>13</sup>Algunos panfletos de la época, publicados por los promotores, tipifican la extravagante propaganda encaminada a atraer colonizadores al territorio sur de Baja California. Para obtener un listado de estas fuentes véase Barrett (1957, 1967).

viajaban al sur, al tiempo que los individuos y las familias del sur de la península se dirigían al norte hacia los cada vez mayores pueblos del sur de California. En este contexto, a la vuelta del siglo, los pioneros migrantes de este estudio se encontraban moviéndose primero por el circuito minero durante la era del *boom* de la península, y después en la frontera, en la época de su acelerado desarrollo, estableciendo nexos sociales y relaciones que conformarían las bases para su adaptación dentro de un nuevo ambiente socioeconómico de esta región fronteriza y de los Estados Unidos.



## Bases sociales, geográficas y temporales en la formación de redes

Varias familias migrantes de la región del cabo entraron en Alta California a finales del siglo XIX y principios del XX, atraídos por el desarrollo de los pueblos fronterizos en el contexto del auge económico del porfiriato. Si bien estos peninsulares migraron hacia el norte para aprovechar las oportunidades económicas, sus movimientos fueron facilitados por un sistema de parentesco regional, que con el tiempo llegó a formalizarse como una gran red de familias peninsulares a la cual se incorporaron aquellos migrantes que decidieron asentarse a lo largo de la frontera. Dicha red se componía, en primer lugar, de familias migrantes que habían deambulado a lo largo de los viejos caminos misionales hacia pueblos en auge durante el período minero, y que finalmente se habían asentado sobre la creciente frontera de Alta y Baja California. En segundo lugar estaban las familias y amigos que, provenientes del sur de la península, se convirtieron en fuente continua para la expansión de la red. El desarrollo de ésta en tres fases principales proporcionó las bases para la adaptación de los migrantes y el restablecimiento de un nuevo ambiente.

Las relaciones sociales se expandieron en la medida en que este sistema creció en tamaño e incorporó nuevos integrantes. La fuerza de estas redes sociales se incrementó gradualmente, pasando de una fase a la siguiente, en tanto que los migrantes identificaban y diferenciaban estos períodos y hablaban de ellos no sólo como románticas reminiscencias de “los buenos tiempos”, sino que además

reconocían períodos caracterizados por amistades específicas y relaciones del pasado y el presente.

En este trabajo le he dado a cada fase del proceso migratorio el nombre de una región geográfica, junto con una característica específica basada en las variables socioeconómicas que influyeron en el desarrollo de la red.

La primera es la llamada fase Calmallí, puesto que esta localidad actuó como punto crucial en el desarrollo de la red. Con frecuencia, los migrantes la identificaban como el lugar donde las amistades se consolidaron. Esta fase incluye la salida inicial de los pueblos de origen en la región del cabo y el deambular hacia el norte a través de las poblaciones mineras de la parte central y norte de la península.

Por su parte, la fase San Diego-Caléxico abarcó dos décadas del siglo xx, tiempo en el que los pioneros migrantes cruzaron la frontera internacional e iniciaron su establecimiento en la región de San Diego. Este período comprende la formalización de las redes en las cuales las relaciones de matrimonio y compadrazgo se extendieron entre las familias del sur y del circuito minero. A mediados y finales de la década de 1920, una segunda oleada de migrantes del sur proporcionó nuevos ímpetus para el establecimiento de nexos familiares y una comunidad migrante en la región San Diego-Caléxico. Esta afluencia renovada de migrantes también se incluye en la segunda fase.

La tercera fase tuvo lugar principalmente en el pueblo de Lemon Grove durante los años treinta y cuarenta, y lleva, por tanto, el nombre de ese lugar. Durante ese lapso, el renacimiento de las relaciones comunitarias y familiares contribuyó a la formalización de la red de bajacalifornios en San Diego.

Las familias que describo aquí se caracterizan por una pertenencia intergeneracional a la red, lazos continuos con la península y una alta densidad de estrechas relaciones sociales. El sistema se compone de un grupo de familias que mantuvieron relación entre ellas por un período de más de seis generaciones. En un principio,

cuando la gente abandonaba sus pueblos natales, unidades familiares simples establecieron las bases para la posterior formación de redes. El número exacto de esta emigración tal vez no llegue a conocerse nunca, pero se componía de parejas jóvenes, que con frecuencia eran acompañadas por sus hijos recién nacidos y los miembros mayores de la familia. A través del desarrollo de las fases de esta movilidad, la red permaneció transgeneracionalmente, en tanto que los abuelos, padres e hijos de éstos siempre eran incluidos en las relaciones entre las familias. Este sistema, en su punto cumbre en la frontera, llegó a conformarse de por lo menos 35 familias tanto de la península como de tierra continental. De éstas, he identificado con precisión a ocho que atravesaron Calmallí y habían empezado a establecer lazos interfamiliares formales. Ésta es evidencia, aunque no concluyente, de que por lo menos el doble de esas familias estaban experimentando la construcción de nexos fuertes, ya que su comunicación y el contacto con los pueblos y gente del sur continuaron a lo largo del proceso de migración.

A medida que las familias se movían al norte, mantuvieron informada a su gente acerca de los problemas familiares y los logros, al tiempo que recibían información de sus parientes y amigos de su lugar de origen. La participación en las redes del pueblo se mantenía viva principalmente a través de la correspondencia y, en segundo lugar, por medio de visitas periódicas. Una vez que los migrantes se establecieron a lo largo de la frontera, familiares y amigos de su pueblo de origen los visitaban, y ellos también hacían visitas al sur.

A través de la primera fase, las interacciones incluyeron la mayor parte de las relaciones sociales y familiares. En San Diego, las celebraciones, días de campo, bailes, así como los bautizos, matrimonios y funerales mexicanos, al igual que los de Estados Unidos, se convirtieron en eventos de la red comunitaria, cuya densidad también se vio fortalecida por las familias que habían vivido una junto a la otra, no solamente en los vecindarios sino también en los pueblos mineros y en sus lugares de origen en el sur.

## Calmallí: El circuito minero y el desarrollo temprano de la red, 1880-1910

Las familias que partieron hacia Calmallí en los últimos años del siglo XIX y principios del XX, tipifican a los migrantes que dejaron sus hogares en los pueblos del sur para trabajar en las minas del centro y el norte de Baja California. Allí, estas familias procedentes de la región del cabo se conocieron y formaron amistades duraderas que se consolidaron a través de vínculos de matrimonio y compadrazgo.<sup>1</sup> Debido a que los viajes en la península se llevaban a cabo a lomo de caballo, en mula o a pie, la migración –incluso la ocurrida entre pueblos vecinos– tomaba días o semanas, especialmente cuando las familias viajaban con sus niños y pertenencias a lo largo de las rutas que enlazaban directamente a los pueblos mineros, donde se establecían las bases para que estas familias desarrollaran sus lazos comunitarios y sociales que más tarde reencontrarían en la región fronteriza para formalizar sus relaciones.

El movimiento inicial desde el pueblo de origen era generalmente motivado por cuestiones económicas y familiares. Las parejas recién casadas –y en algunos casos también sus familiares– se sentían tentados a unirse con sus hermanas, hermanos y otros parientes en el centro y el norte de Baja California. La correspondencia, así como los mismos viajeros, reportaban hallazgos de oro, un gran incentivo para emigrar. No obstante, sin importar qué tan grandes eran las posibilidades económicas, el movimiento fue estimulado por la presencia de familiares en las nuevas poblaciones. Una familia no solamente ofrecía seguridad sino también una unidad de afiliación a un pueblo y el reconocimiento de un parentesco entre los

<sup>1</sup>El término *compadrazgo*, aquí utilizado, se refiere a la relación que se desarrolla mediante la adopción de padrinos, y que incluye la responsabilidad de éstos en el bienestar de los ahijados, aunque de igual importancia resulta la relación que se establece entre los padrinos y los padres del ahijado. Esta última convierte a los padres y padrinos en compadres (co-padres), lo que extiende una relación de parentesco fraternal entre ellos. Ser solicitado como compadre o comadre, como en el bautismo de un niño, es considerado un honor y un signo de amistad cercana y respeto entre adultos.

migrantes de una variedad de pueblos del sur que prevaleció para mantener a los individuos y los matrimonios en contacto cercano a lo largo de la siguiente mitad del siglo, aun cuando las circunstancias los separaran.

Esta primera fase de la migración abarcó una gran área geográfica. Algunas familias se establecieron al norte en pueblos peninsulares, mientras que otras cruzaron la frontera internacional, moviéndose entre las pequeñas localidades de ambos lados de la región fronteriza. En los pueblos mineros, los trabajadores y sus familias vivían lado a lado y compartían experiencias cotidianas. Muchas parejas jóvenes empezaron sus familias en Las Flores y Calmallí, donde criaron a varios de sus hijos. Las minas de Baja California, sin embargo, no fueron tan duraderas como las familias. Cada mina importante pasó por altibajos y, cuando alguna dejaba de producir, las familias empacaban sus pertenencias y se hacían al camino hacia la siguiente mina que pudiera proporcionarles trabajo.

Uno de estos casos fue el de la región Las Flores-Calmallí, desde donde salieron las familias de este estudio. Este movimiento, al igual que otros que siguieron, se diferenciaba del movimiento inicial de los pueblos —predominantemente individual— en que se llevaba a cabo por familias, e incluso algunas con parejas de dos generaciones. Las familias que viajaron de Las Flores a Calmallí incluían, además, a los amigos cuyos nexos se habían fortalecido a causa de la residencia y experiencias comunes en las minas de Las Flores. Los individuos tenían conocimiento de ello y con frecuencia eran acompañados por otras familias que también se dirigían a las nuevas minas. Una vez en Calmallí, las amistades que se habían iniciado en Las Flores y otros pueblos se consolidaron aún más. La estadia en éstos variaba, pero en Calmallí algunas familias permanecieron hasta por 10 años. Cuando esta localidad no pudo dar sostenimiento a la población de mineros, éstos se movieron hacia los diversos placeres del norte. Algunos se reunirían inmediatamente en pueblos como Punta Prieta, El Mármol, Julio César y El Álamo; otros se reencontrarían después en los Estados Unidos.

## Caléxico y San Diego: La frontera y la formalización temprana de la red, 1919-1930

La segunda fase migratoria (San Diego-Caléxico) puede percibirse simplemente como la continuación de la fase minera Calmallí, la cual fue motivada por razones económicas y familiares. Sin embargo, esta segunda fase se caracteriza por los cambios socioculturales que generó a lo largo de la frontera. La mayor parte de las familias iniciaron este movimiento animadas por los rumores sobre las buenas oportunidades de trabajo y la presencia de amigos y familiares en algunos pueblos específicos al otro lado de la frontera. No obstante, este movimiento era distinto porque involucraba el cruce de una frontera internacional, a través de la cual se intensificaron las relaciones mediante los nexos de parentesco, matrimonio y compadrazgo. Con el paso del tiempo, estos lazos se convirtieron en la base para la formalización de la red y la creación de una identidad cultural y regional. Cuando los habitantes de la frontera recibieron la segunda ola de migrantes peninsulares, los recién llegados se agregaron como miembros de la red, lo que incrementó sus bases de parentesco y amistad al reunir familiares y amigos. Algunas familias deambularon lentamente por los pueblos pequeños del norte hacia la región de Mexicali y Caléxico. Otras se encaminaron directamente hacia San Diego, y otras más se enfilaron eventualmente hacia el este, en donde se ubicaba el creciente sector de Caléxico y Mexicali.

En 1910, con una población total de 462 habitantes, Mexicali era solamente una región de ranchos. Sin embargo, cruzando la frontera, Caléxico era el centro de actividad económica para el valle de Mexicali. La municipalidad de Caléxico contaba entonces con una población de 1 887 individuos, y la “ciudad” tenía 797. Sobre la costa oeste, Tijuana era solamente un rancho con 273 habitantes. Por su parte, mientras que la totalidad del sector norteño de la península (desde el norte de Calmallí hasta la frontera) tenía solamente 9 760 habitantes, San Diego era una metrópoli en crecimiento de casi 40 000 personas.

De esta manera, el pueblo de Caléxico jugó un papel significativo en la formación de la red, debido a que era el lugar principal en el que los migrantes se congregaban inmediatamente después de cruzar la frontera. Aunque varios bajacalifornios habían conocido a estadounidenses y trabajado con ellos o para ellos en las minas del norte, y aunque existían varias similitudes entre Alta y Baja California, los migrantes se encontraron en un ambiente socioculturalmente nuevo, que los estimulaba a restablecer los nexos formados a lo largo de la ruta norte hacia la frontera. Así, la ayuda y asistencia mutua se convirtieron en un aspecto importante del patrón de la red, sobre todo al momento en que los inmigrantes buscaban alojamiento y empleo. Muchos –si no es que la mayoría– de los ajustes iniciales en los pueblos de Estados Unidos se hicieron en hogares compartidos entre los nuevos habitantes y los migrantes que previamente se habían establecido en el lugar. Los más antiguos proporcionaban empleo y, una vez establecidos los nuevos migrantes, traían a sus familiares a vivir en un lugar cercano a ellos.

Las relaciones familiares y sociales se fortalecían rápidamente. Los viejos amigos del sur aunaban esfuerzos en relaciones sólidas basadas en las experiencias compartidas en su marcha hacia el norte y su establecimiento en este nuevo ambiente, y en la extensión de la ayuda ofrecida tanto a familiares como amigos de manera totalmente incluyente. El lazo común de identidad regional y el largo período de contacto a través del circuito minero fueron incentivos naturales en la formación de nuevas comunidades y en el inicio formal de extensiones familiares a través de lazos de matrimonio y compadrazgo.

Los matrimonios entre los migrantes pioneros en el período de 1910 a 1920, sirvieron para ampliar los lazos familiares. Los padres migrantes generalmente escogían a otros bajacalifornios como padrinos para su descendencia, con lo cual formaron nuevas extensiones familiares a través de las relaciones de compadrazgo. El resultado fue la consolidación de una red de amigos y familiares en un sistema de parentesco formalmente reconocido. La fase Caléxico

se convirtió, por tanto, en una base para futuras extensiones y consolidación del desarrollo de la red.

## Segunda oleada

La segunda oleada de inmigrantes se incrementó no sólo numéricamente, sino además en términos de la velocidad de consolidación de la red, ya que los nexos familiares en el ámbito regional fueron vigorizados a través de esta nueva migración. Los primeros migrantes en los Estados Unidos habían llegado en un momento en el que las restricciones a lo largo de la frontera virtualmente no existían, y el paso de Estados Unidos a México, y viceversa, se realizaba con relativa facilidad. Esta situación continuó hasta que el segundo flujo de familias peninsulares se internó en la región fronteriza, animado por el desarrollo de los valles de Mexicali e Imperial, así como por la expectativa de encontrarse con sus familiares.

Aun cuando los peninsulares de esta segunda oleada tenían conocimiento sobre las nuevas oportunidades económicas en el norte, el saber del relativo éxito de las familias y amigos que habían migrado en la primera oleada les brindó la confianza necesaria para encaminarse directamente hacia el norte. De esta forma, esta segunda oleada, a diferencia de la primera, que se realizó en etapas, llegó directamente de las regiones de los pueblos de origen, ya que tener hermanas y hermanos, así como otros miembros de la familia establecidos en la frontera —esta vez en Mexicali y San Diego—, resultó un atractivo para las personas de Santa Rosalía, Loreto, La Paz y otros pueblos de la costa del golfo y el interior. Las noticias sobre el *boom* algodonero, mejores condiciones de viaje por el golfo, contratos de trabajo y la seguridad de contar con familia en la región fronteriza influyeron en la decisión de migrar hacia el norte. Incluso, la establecida tradición de comunicación y viaje hacia el norte contribuyó a hacer de la migración un evento menos amenazante.

El transporte hacia cualquier puerto del golfo de California, especialmente hacia la región sureña, había mejorado en los últimos

años del siglo XIX. A su vez, el desarrollo de la industria algodonera de Mexicali trajo consigo mejoras en los puertos adyacentes como San Felipe, donde los vapores del sur desembarcaban pasajeros y transportaban carga al distrito del cabo.

El gran flujo de mexicanos hacia los Estados Unidos empezó a finales de la década de 1920, en la que destacan particularmente los bajacalifornios. Mexicali era el punto de cruce fronterizo más importante para miles de mexicanos de tierra firme que trabajaban en el Valle Imperial y que se convertirían en la principal base para la población México-estadounidense en California. Esta gran masa de gente continuó al norte, siguiendo las rutas agrícolas de trabajo que dispersaron a estas personas a lo largo de los Estados Unidos. En California, los mexicanos se dirigieron primero hacia el Valle Imperial y después hacia el norte a Central Valley. Por otro lado, las familias peninsulares entraron y permanecieron en el área de la frontera. Asimismo, los mexicanos de tierra continental hacían largos viajes desde los estados lejanos del interior y su retorno era igualmente largo. Sin embargo, las familias peninsulares podían regresar a sus hogares en México tan solo con un cambio de residencia de Caléxico a Mexicali, y mantener nexos cercanos, regularmente a diario, con los “pobladores” de los Estados Unidos. De esta forma, la red de relaciones familiares se convirtió en una fuerza social que ayudó a enlazar a todos los miembros de la región de la frontera.

Más allá de simplemente proveer de números para el crecimiento de una red mayor, el segundo flujo renovó el sentimiento y las comunicaciones con el pueblo de origen, las regiones y los familiares del sur. Como parientes, los nuevos inmigrantes eran aceptados de inmediato dentro de los hogares y recibían la ayuda que había sido común entre los primeros habitantes. Para muchas familias éste fue tiempo de reunión. Hermanos y hermanas se conocían por primera vez, y parientes en distintos grados buscaron refugio con aquéllos más experimentados. Las noticias sobre los seres queridos y los cambios en el sur avivaron los vínculos regionales entre los

primeros migrantes. No solamente los parientes del sur buscaban a los del norte, sino que los familiares de la región de la frontera empezaron a mandar traer a los que estaban en el sur. Muy pronto tías, tíos y otros parientes de los inmigrantes se vendrían a reunir en la frontera.

El crecimiento de la red durante esta fase también fue fomentado por matrimonios entre peninsulares en la región sureña de Baja California. Los casamientos entre los miembros de las familias en pueblos geográficamente contiguos era común y promovió un patrón de matrimonios interfamiliares que siguió ocurriendo durante las fases del desarrollo de la red de la frontera. Las familias de diferentes pueblos migraron hacia el norte durante el período minero, se conocieron y establecieron a lo largo de la frontera, mientras que en el sur, los miembros de las mismas familias quedaron unidos en matrimonio. En cierto sentido, la red tenía una contraparte en desarrollo en el sur de la península. En su camino al norte, estas parejas se encontraron frecuentemente con parientes en la red que tenían nexos de ascendencia tanto por parte del esposo como de la esposa.

## **Movilidad hacia el final de la década de 1920**

Para los miembros de la red, la movilidad estaba en su punto máximo a mediados y finales de los veinte del siglo pasado, por la llegada de familias e individuos provenientes del sur en barcos de vapor a través del golfo. Los peninsulares iban a San Diego y venían de allá por el viejo camino de madera que pasaba desde Caléxico a través de las dunas del “Sahara americano”, y continuaban llegando directamente desde el norte de la península. El desarrollo de Mexicali y Tijuana creó nuevos empleos y propició que las familias regresaran a vivir en la península. Los hermanos y otros parientes cercanos vivían ahora en ambos lados de la frontera, y las familias se dispersaron a lo largo de la región. El cruce diario de la frontera por razones tanto económicas como sociales era común, sin existir de por medio

formalidades legales: la inmigración era una simple transacción. La gente solamente registraba su cruce en la garita de Estados Unidos —después de 1917 se estableció una pequeña cuota legal de entrada (véase el capítulo 5)—. La presencia de familiares en el lado estadounidense hacía este proceso mucho más fácil.<sup>2</sup>

La composición generacional de la red empezó a cambiar en este período con el fallecimiento de los primeros pioneros, lo que marcó el final de una generación. Sus descendientes, miembros de las familias migrantes pioneras, continuaron el impulso al convertirse en cabezas de familia y tomar decisiones basadas en sus experiencias en las minas y la frontera, donde muchos habían vivido la mayor parte de sus vidas. Gran cantidad de pioneros originales todavía vivían, pero estaban al cuidado de sus hijos, quienes se habían convertido en los proveedores del hogar. Antes de la década de 1930, este cambio generacional marcó el movimiento de las familias hacia el condado de San Diego, incluyendo a la mayoría de las familias de este estudio.

### **San Diego-Lemon Grove: Florecimiento, 1930-1950**

Durante la última fase del desarrollo de la red, los bajacalifornios intensificaron y fortalecieron su comunidad como en ningún otro período del asentamiento de la frontera, como resultado de una serie de factores. Cuando estos grupos familiares empezaron a llegar de Caléxico, recibieron apoyo de una comunidad de familias ya arraigadas en San Diego. Los asentamientos tempranos ocurrieron fundamentalmente en Lemon Grove, una pequeña comunidad que sirvió como centro para los trabajos locales, así como para las constantes reuniones sociales y familiares. Los nuevos miembros de la comunidad fueron incorporados a la red, y una alta incidencia de

<sup>2</sup>Virtualmente, a todos los individuos se les permitía entrar. No obstante, tengo registro de una sola familia cuya entrada se le denegó por motivos de salud. El cruce era tan informal que algunos individuos y sus familias podían permanecer la noche en los Estados Unidos y regresar a registrarse en la frontera al siguiente día.

extensiones de parentesco a través del matrimonio y el compadrazgo surgió en ese momento, estableciéndose nuevos nexos de parentesco que formalizaron las relaciones entre familias durante las generaciones venideras.

Los migrantes peninsulares que se trasladaron de Caléxico hacia el condado de San Diego fueron recibidos por un grupo de familias que no habían vivido en aquella población. Entre las décadas de 1910 y 1930 (la fase Caléxico-frontera), algunas familias del circuito minero y de la región del cabo se habían establecido en San Diego y las municipalidades adyacentes. Entre aquéllas se encontraban hermanos, hermanas y familiares de los colonizadores de Caléxico. Estos individuos proporcionaron primero una base para la comunicación sobre las expectativas en San Diego y posteriormente facilitaron su establecimiento. Las familias de Caléxico empaclaron sus pertenencias y se hicieron al camino hacia el oeste, viajando con frecuencia en grupos emparentados. Vehículos Ford modelo T, cargados con niños, adultos, hierbas medicinales y posesiones personales se dirigieron hacia la costa oeste, donde fueron recibidos por hermanos y otros parientes cercanos. Algunas familias se trasladaron primero al norte, otras fueron directamente a San Diego, y algunas más regresaron a sus hogares en la península para volver nuevamente al norte. Todas ellas estaban por asumir diferentes roles en la formación y establecimiento de una comunidad de familiares en el condado de San Diego.

El ambiente social y las oportunidades económicas atrajeron a los migrantes de Baja California y a otros mexicanos hacia Lemon Grove, una pequeña área agrícola situada aproximadamente a 16 kilómetros al este de San Diego. En este lugar, las huertas de limón y otros cultivos agrícolas, así como una empacadora de cítricos, sirvieron de soporte a la creciente comunidad, proveyendo de empleo a los nuevos migrantes. Además, los mineros encontraron en Spring Valley un área cercana donde se hallaba una mina de cantera, donde varios de los migrantes originales del circuito minero se habían empleado con anterioridad.

En 1930, Lemon Grove se desarrolló rápidamente como un enclave de mexicanos. El ambiente rural en el lugar de destino permitió el establecimiento de relaciones sociales y de trabajo similares a las que tenían en los pueblos del sur, y aunque zonas urbanas como San Diego y otros pueblos colindantes también eran sitios adonde acudían los migrantes a trabajar, éstos no representaban una amenaza para las relaciones sociales de la comunidad de californios. Más aún, la cercanía de la frontera –aproximadamente a 32 kilómetros al sur de estas ciudades– permitió el fácil regreso a México y las regiones de origen, que después de algún tiempo se convirtieron en la elección natural para el restablecimiento de la residencia de muchos de los bajacalifornios.

Los años hacia el final de los veinte y los treinta fueron testigos de la consolidación de la comunidad de Lemon Grove, a medida que prosperaban las relaciones familiares entre los bajacalifornios y las familias posteriormente integradas. Los lazos familiares previos en este cerrado círculo se reforzaron, y la consumación de matrimonios dentro de las familias pertenecientes a la comunidad extendió la creciente red, a la que también se incorporaron familias del interior de la república y nuevas familias peninsulares. Los migrantes del sur de la península continuaron arribando, trajeron noticias de los pueblos de origen, reforzaron la unión entre los peninsulares y acrecentaron, de manera evidente, el número de individuos en la red fronteriza. Además, el intercambio de visitas entre los pueblos de la península y los habitantes de California era común en esos años.

Durante las décadas de 1930 y 1940, en el condado de San Diego los múltiples matrimonios entre las familias peninsulares y las de la red que se incorporaron posteriormente sentaron las bases de un verdadero florecimiento sociofamiliar. Las relaciones de compadrazgo, matrimonios y la crianza compartida de los hijos se convirtieron en los mecanismos regeneradores de la red. Los descendientes de los hijos de previos migrantes llegaron a edad casadera, y muchos de los fundadores de la segunda y tercera generación se unieron a la red de relaciones formales y sociales. Sus matrimonios intrafamiliares

crearon una base más amplia de relaciones familiares en la cual los individuos que una vez fueron identificados simplemente como peninsulares y amigos, eran ahora parientes.

Los miembros de las primeras familias peninsulares formaron el núcleo de reuniones sociales colectivas que marcaron esas y las siguientes décadas. Matrimonios, bautizos, funerales y días festivos implicaban grandes reuniones sociales en las que niños y adultos se mezclaban y fomentaban la unión en un sentido de comunidad cultural. En las décadas de 1950 y 1960, aun cuando sólo sobrevivían algunos de los pioneros originales y los nexos con el sur se debilitaban, la comunidad y la red continuaron siendo una fuerza social sólida. Los matrimonios entre las familias peninsulares seguían realizándose, aunque los esposos frecuentemente ignoraban sus orígenes regionales comunes. Algunos individuos, sin embargo –especialmente aquéllos de la segunda oleada–, intentaron reavivar los vínculos promoviendo visitas a sus pueblos en la península.

## Calmallí: Circuito minero y desarrollo de redes tempranas, 1880-1910

Las relaciones sociales que se desarrollaron con el paso de los californios hacia el norte y a lo largo de la frontera tienen sus raíces en la historia temprana de las familias que migraron en esa dirección. Estas historias incluyen la experiencia migratoria a través de los escenarios geográficos que se convirtieron en los espacios sociales en los que tuvieron lugar las primeras reuniones y el desarrollo de amistades entre las familias de la red. La mayoría de las primeras familias viajaron a los placeres mineros de Calmallí, pueblo que posteriormente adquirió particular importancia como punto clave de interconexión para las familias de este estudio. Las experiencias familiares en ese lugar ilustran tanto las características socioculturales primordiales que sentaron las bases para el desarrollo de la red como la naturaleza de la vida familiar en las minas.

La experiencia migratoria real de los bajacalifornios puede ser reconstruida al detallar, en forma de construcciones históricas, las vivencias relacionadas con el circuito minero de tres familias importantes: los Márquez, los Smith Mesa<sup>1</sup> y los Castellanos, que por su relevancia se convirtieron en algo más que historias de migración. Se trata de familias pioneras que estuvieron en contacto desde las incursiones extranjeras en la península, los movimientos posteriores y las dificultades asociadas con la migración en Baja California.

<sup>1</sup>El autor denomina a esta familia como Mesa Smith. Sin embargo, al provenir del señor Thomas Smith y la señora María Mesa, esto significa que en México esta familia sería Smith Mesa.

En este trabajo se rastrea cada una de estas familias desde su lugar de origen, con el fin de señalar sus motivaciones para migrar y las condiciones de vida en sus pueblos, encontrando que las interrelaciones de estas familias tanto en Calmallí como durante la migración hacia el norte de la frontera son especialmente intensas. Más aún, estas historias ilustran la variedad de circunstancias individuales que en aquel tiempo llevaron a estos primeros inmigrantes hacia la frontera y los Estados Unidos, y cómo las relaciones interpersonales de los individuos en su vida diaria, en sus vecindarios y trabajo en las minas, revelan sentimientos y amistades cercanas que los condujeron a establecer relaciones de parentesco en el norte.

### **Calmallí: Los nexos geográficos**

Aunque las familias migrantes viajaron a través de una serie de pequeños pueblos a lo largo del circuito minero bajacaliforniano, Calmallí representa los nexos geográficos y sociales de las relaciones que condujeron a la formalización de una red de parentesco en la frontera. Antes de arribar a esta población, algunas familias se habían conocido en Las Flores (los Castellanos y los Sotelo) o Santa Rosalía; otras hicieron amistad posteriormente en El Álamo, Punta Prieta y otros lugares. Calmallí, sin embargo, era el punto geográfico en el cual las familias migrantes empezaron a establecer relaciones sociales. Comparados con las otras minas en el desierto de la península, los placeres de Calmallí tenían un largo período de producción que requería una población de trabajadores estable. Por ello, fue allí donde las familias de este estudio tuvieron el contacto continuo más prolongado, factor importante en el establecimiento de relaciones sociales, basadas principalmente en una experiencia común de migración familiar y un estilo de vida comunitario compartido. Fue allí donde florecieron las amistades derivadas de las experiencias migratoria y laboral, de los antecedentes regionales y el nacimiento de los hijos y su socialización en un lugar común.

Calmallí es un pueblo minero del desierto Central, ubicado casi a la mitad del camino entre el golfo de California y el océano Pacífico, y entre el cabo y la frontera de Estados Unidos (unos 725 kilómetros al norte). En ese lugar no existe una vegetación tropical exuberante ni tampoco hay abundantes recursos de agua; más bien es una región rica en cactáceas. Enmarcada por la sierra de San Borja hacia el este, la comunidad se sitúa dentro de un terreno geológicamente nuevo y escabroso, en donde actualmente se encuentran sólo ruinas y restos de maquinaria minera fragmentada, dispersa en los alrededores de los pozos mineros que una vez se abrieron al trabajo a lo largo de los tiempos de auge.

En 1905, E. W. Nelson (1922:31) atravesó Calmallí y describió el escabroso terreno circundante, así como el acceso sur al pueblo.<sup>2</sup>

El 29 de septiembre partimos temprano y, una milla más adelante del campamento (Cerro Perdido), nos encontramos abruptamente con otra zona escarpada de cerca de 50 pies [15 metros] de altura, coronada por una meseta que se extendía al este hacia el interior. Ante nosotros, hacia la izquierda, una cadena de colinas alejadas de las montañas bajas del este [...] se aproximaba por el noroeste, algunas erigiéndose majestuosamente para alcanzar una altura de 3 000 a 4 000 pies [915 a 1 220 metros]. Cerca de 10 millas [16 kilómetros] al este de esta cadena, el camino nos condujo a través de unas montañas bajas aisladas de aproximadamente una milla [1.6 kilómetros] de ancho y cinco millas [ocho kilómetros] de longitud. Las colinas se elevaban repentinamente de la planicie como si fueran una isla [...] Aproximadamente cuatro millas [6.4 kilómetros] más adelante, el camino nos condujo a otro grupo de colinas dirigidas hacia el sur, y a la altura de 1 200 pies [366 metros] arribamos al pueblo minero de Calmallí. Éste se localiza al pie

<sup>2</sup>En 1905-1906, Nelson, junto con G. A. Goldman, atravesaron la península entera para elaborar un reporte para la Oficina de Estudios Biológicos del Departamento de Agricultura de Estados Unidos. Su descripción de los caminos, terreno y población es casi contemporánea al período migratorio que estoy explorando y proporciona un detallado informe de las condiciones del viaje experimentado por los migrantes de Baja California. El reporte no fue publicado sino hasta 1922.

de un grupo de áridas colinas bajas, donde había de 25 a 30 casas, dos o tres tiendas y los trabajos de reducción de las minas.

Calmallí fue descubierto por don Emiliano Ibarra, quien llegó a Baja California desde los campos dorados de la Alta California alrededor de 1870 (Goldbaum, 1971:29). Hacia finales de la década de 1880, una firma estadounidense compró parte de las acciones de Ibarra y transformó las excavaciones rudimentarias en operaciones empresariales que produjeron más de tres millones de dólares en oro durante los períodos más productivos de esa década (ibídem).

Las historias de Loreto Márquez, una figura importante de este estudio, ilustran cómo los mineros migrantes de Baja California mantuvieron viva la memoria de Emiliano Ibarra en Calmallí al paso del tiempo.

Primero, cuando nosotros llegamos ahí a Calmallí, estaba un viejo Ibarra, don Emiliano Ibarra. Éste trabajaba minitas de metal, pero como no tenía dinero, no tenía fuerzas para hacer nada. Entonces Ibarra consiguió... fue... [con] unos americanos de esta compañía de San Francisco. Bueno, a Ibarra le dieron 25 000 dólar oro por los prospectos. Tenía unos agujeritos que tenía allí y él vendió (Márquez, 2/18/76:5).

A la vuelta del siglo, aunque Ibarra había vendido todo, los nuevos propietarios –un grupo de estadounidenses con base en San Francisco– incorporaron su nombre al de la compañía. La Ibarra Gold Mining Company operó en el primer cuarto del siglo xx (Goldbaum, 1971:29), para lo cual introdujo tecnología minera desde San Diego y San Francisco y, de esta manera, mantuvo vivo al pueblo.

La compañía vio que la mina era muy rica e invirtió miles y miles de dólares para hacer envíos desde San Francisco al puerto de Santo Domingo. [El gobierno mexicano] enviaba guardias y todo lo necesario para cuidar el puerto y el arribo de las embarcaciones [...] estas naves eran cuidadas allí después de desembarcada la carga. Desde aquí [San

Diego] se cargaba una gran variedad de maquinaria. Trajeron un molino triturador de 20 cabezas a Calmallí. ¡Ah, cuánta actividad!, ¡pero qué tontería! El costo era muy alto. Desde Santo Domingo, donde se descargaban los navíos, todo se transportaba hacia Calmallí, incluidas mercancías, comida y pastura para las mulas, porque allá no había nada.

Hay unos ocho kilómetros desde el puerto hasta donde se encuentra el molino. No sé cómo lo hicieron. Cuando trabajé en el molino, ya todo estaba allí [risa]. No sé cómo se llevaron los materiales hasta allá. Madera, comida, herraduras, tantos animales. Eran como cuatro o cinco vagones con seis u ocho mulas en cada vagón. Imagínese. Es verdad. Bueno, la mina era seguramente muy rica; la compañía se llevó mucho oro.

Un camino entraba en Calmallí desde Santo Domingo, el embarcadero en el Pacífico; un camino más agreste llevaba al embarcadero en el golfo, El Barril, donde algunos materiales, comida e individuos llegaron desde Santa Rosalía (especialmente antes de que Ibarra vendiera). Una serie de caminos peatonales más pequeños conducían a Calmallí desde otros pequeños campos mineros, y el Camino Real original al norte atravesó el pueblo, dotando así de una arteria principal hacia el terreno del norte (Nelson, 1922).

Calmallí era el pueblo de la compañía. La población consistía principalmente en trabajadores mineros y gambusinos cuyo número fluctuaba de acuerdo con los ciclos de auge mineros. Cuando no había producción, el pueblo era abandonado, pero durante las etapas prósperas era un centro de actividad. Según Goldbaum (1971:29), en los buenos tiempos de Calmallí, en la década de 1880 “había cientos o posiblemente miles de mineros viviendo en los alrededores”. Y fue precisamente a finales de esa década y la de 1890, cuando las familias objeto de este estudio empezaron a llegar a Calmallí, y partieron durante la depresión, después del arribo del nuevo siglo. Durante la estancia de estas familias en el lugar, Calmallí experimentó el mayor auge y desplome de su población. A la vuelta del siglo había solamente 200 o 300 mineros (ibídem) y, en 1905, el área estaba abandonada (Nelson, 1922). Un reporte de 1912 indica que



MAPA 4. Principales lugares de origen, escalas y destinos migratorios de finales del siglo XIX

las minas de Calmallí no estaban siendo trabajadas y que los únicos habitantes en los alrededores eran los ganaderos. Posteriormente, en 1921, el censo oficial de México (Departamento de Estadística Nacional, 1926b) reportó solamente 44 habitantes viviendo en ese pueblo.

No obstante, mientras Calmallí estuvo produciendo, fue una comunidad autosuficiente, rodeada de las barreras naturales de un amplio desierto, distante de otros pueblos y centros de población. Las excavaciones artesanales de pozos representaban la única fuente de agua, y las tierras colindantes eran no menos áridas. Las relaciones sociales se limitaban a los vínculos entre los habitantes de la localidad y los que éstos podían establecer con la comunidad más cercana. De esta manera, los individuos y las familias estaban en contacto diariamente, trabajando juntos y socializando después de cumplir las jornadas laborales, y sólo las familias que llegaban de otros pueblos mineros o aquéllos provenientes de la región del cabo se unían a esta vecindad geográficamente confinada. En resumen, Calmallí era un típico pueblo minero del desierto.

### **Características de la red de Baja California**

Los estudios de caso de las familias Castellanos, Smith y Márquez, junto con las descripciones geográficas de paisajes específicos del desierto, son fundamentales en el entendimiento del desarrollo de una red de relaciones sociales entre los individuos, así como entre las otras familias que participaron y compartieron experiencias. La importancia de los pueblos en los cuales estas familias habitaron parecería obvia; sin embargo, las influencias geográficas específicas tanto en la migración como en el desarrollo de la red han recibido escasa atención por parte de los científicos sociales. Las comunidades de Las Flores, Calmallí, Mulegé, Comondú y otros puntos importantes en los que se establecieron los migrantes son cruciales para entender el movimiento migratorio dentro de la península. Estos escenarios fueron de suma importancia en el establecimiento de relaciones

interfamiliares que trascendieron a las individuales. Estas interrelaciones sociales duraderas conforman la base de este estudio.

J. Clyde Mitchell (1969:1) compara con situaciones más específicas la amplia interpretación metafórica que algunas veces se les da a las redes de relaciones sociales:

La imagen de una “red de relaciones sociales” para representar un amplio juego de interrelaciones en un sistema social ha tenido una larga historia. El uso de “red”, sin embargo, es puramente metafórico y difiere altamente de la noción de red social, la cual consiste en una serie de vínculos específicos entre un grupo de personas definido, con la propiedad adicional de que las características de estos vínculos como una unidad pueden ser utilizadas para interpretar el comportamiento social de las personas involucradas.

De esta forma, aquí describo una red social en un contexto específico: la red de Baja California, la cual consiste en individuos, familias y grupos de personas que, al paso de los años, establecieron fuertes lazos de amistad basados en la reciprocidad, la crianza de los infantes y los vínculos regionales. Esto los condujo a promover apadrinamientos y alianzas a través de matrimonios y de otra descendencia común, lo que demuestra la fuerza de estos vínculos.

Es importante señalar que no todas las familias que participaron en esta migración laboral conformaron parte de la red específica que estoy describiendo. De hecho, muchas de las familias de este circuito no continuaron su migración hacia el norte, sino que regresaron a sus pueblos de origen en la región de los cabos o migraron hacia comunidades más grandes del golfo que ofrecían algunas oportunidades económicas. Lo cierto es que se desconoce cuánto tiempo permanecieron éstas y otras familias en pueblos específicos, y sus destinos finales no han sido identificados.<sup>3</sup>

<sup>3</sup>Este importante enfoque va más allá del alcance de este estudio, pero representa un área de interés para futuras investigaciones. Se requieren estudios sobre migración que se centren en el retorno y readaptación de la migración en las comunidades expuloras (Cornelius y Diaz-Carretero, 1976; Mines y Nuckton, 1982).

## Principales individuos y familias

El papel de los individuos en redes sociales específicas no ha recibido la suficiente atención en la investigación de las ciencias sociales, así como tampoco el rol histórico, genealógico y social que estos individuos juegan durante las fases iniciales de la construcción de un campo social. En el caso específico de la red de Baja California, como en todas las redes sociales, algunos participantes fueron más activos que otros y, por lo tanto, de mayor importancia en la creación y mantenimiento de un campo social particular. En Calmallí, un importante grupo de individuos fue el núcleo no sólo para la ocupación del pueblo, sino también para la evolución de un campo social mayor y más complejo, observable varias generaciones después. Este núcleo llevó a cabo matrimonios entre sus propios miembros e incorporó a otras familias al campo social a través de compadrazgos, todo lo cual conformó la base de una comunidad social geográficamente definida en los Estados Unidos.

En este caso, las familias nucleares y los individuos son aquellos que vivieron experiencias similares en las minas y los pequeños pueblos sureños del cabo, compartiendo lazos fuertes con base en una historia regional en particular que vinculó socioculturalmente a pueblos y familias específicas. Las principales familias mantuvieron vivos los recuerdos de los sobrevivientes y las experiencias migratorias en la península. De esta manera, el núcleo representó los cimientos para la cohesión intrafamiliar y el entramado inicial de relaciones de parentesco, con lo que se establecieron las bases para futuras extensiones familiares de bajacalifornios en la región fronteriza de los Estados Unidos.

Por su parte, la fase Calmallí representa la coalescencia del núcleo que se convirtió en la fuerza vinculante de las relaciones sociales, no obstante lo disperso de las familias en el momento en que dicho pueblo no podía retener a los trabajadores mineros. El núcleo de la red bajo estudio está constituido por ocho familias, aunque algunos de los migrantes que aún vivían y los descendientes de los

primeros migrantes hablan de más de 18 familias asociadas con el principal campo social.<sup>4</sup>

Junto con los Castellanos, los Márquez y los Smith, el núcleo social identificable también incluye a los Becerra, originalmente de El Triunfo, un pueblo minero al sur de La Paz; los González y los Bolume, de la parte sur del cabo; los Álvarez, de San José del Cabo; los Villavicencio, del área de Loreto, quienes se establecieron y permanecieron en Pozo Alemán, justo en las afueras de Calmallí; los Simpson y los Vásquez, de San Antonio, así como los Blackwell y los Moore, de Alta California. Todas estas familias están representadas en Calmallí por grupos de parientes como, por ejemplo, dos primos paralelos de la misma generación, familias extensas y nucleares e individuos solos.

La interacción social de estos individuos fue resultado del trabajo en las minas y la interacción en los hogares. Esta actividad no estaba aislada o segmentada, sino que más bien involucraba experiencias significativas del ciclo de vida, incluyendo nacimientos, crianza de infantes, desarrollo de adolescentes, amistad, extensión de parentesco y muerte. El hecho de haber compartido estas importantes experiencias de vida, junto con la participación en reuniones puramente sociales de carácter informal, sentó las bases de una interacción y confianza (Lomnitz, 1977), aspectos fundamentales en el mantenimiento de la red.

### **Confianza: La base de las relaciones**

Confianza significa credibilidad y comprensión general desarrollada entre los individuos. Con frecuencia, estos vínculos se caracterizan e identifican como interrelaciones diádicas, pero en realidad incluyen una multitud de vínculos. La confianza es parte fundamental de estas múltiples relaciones dentro de escenarios sociohis-

<sup>4</sup>Éstas fueron identificadas a través de entrevistas a migrantes y a sus descendientes y mediante datos del archivo municipal sobre bautismos, matrimonios y decesos en los territorios del norte y el cabo durante ese período.

tóricos específicos y es la base esencial de la reciprocidad en todas sus formas, tanto en el contexto de las relaciones sociales diádicas como múltiples de ciertas redes sociales. En este sentido, esta perspectiva difiere de las recientes definiciones que ven la confianza solamente como una extensión (o variable) de intercambios de favores, bienes, servicios e información (Lomnitz, 1977:193), ya que si bien desde el punto de vista maximización/optimización social y económica esto es generalmente cierto, cuando se analiza desde el desarrollo histórico de las relaciones sociales particulares, la confianza va más allá de cualquier par de individuos y se caracteriza por la interacción de las personas en múltiples interrelaciones. Cualquier pareja o interacción recíproca de confianza puede entenderse mejor al observarse dentro de un complejo de relaciones mayor del cual forma parte. La separación de los individuos en pares permite enfocarse en los tipos de reciprocidad involucrados y también lleva a la exclusión de las relaciones naturales entre las díadas y los otros, e ignora la influencia de múltiples relaciones/miríadas sobre cualquier simple relación diádica.

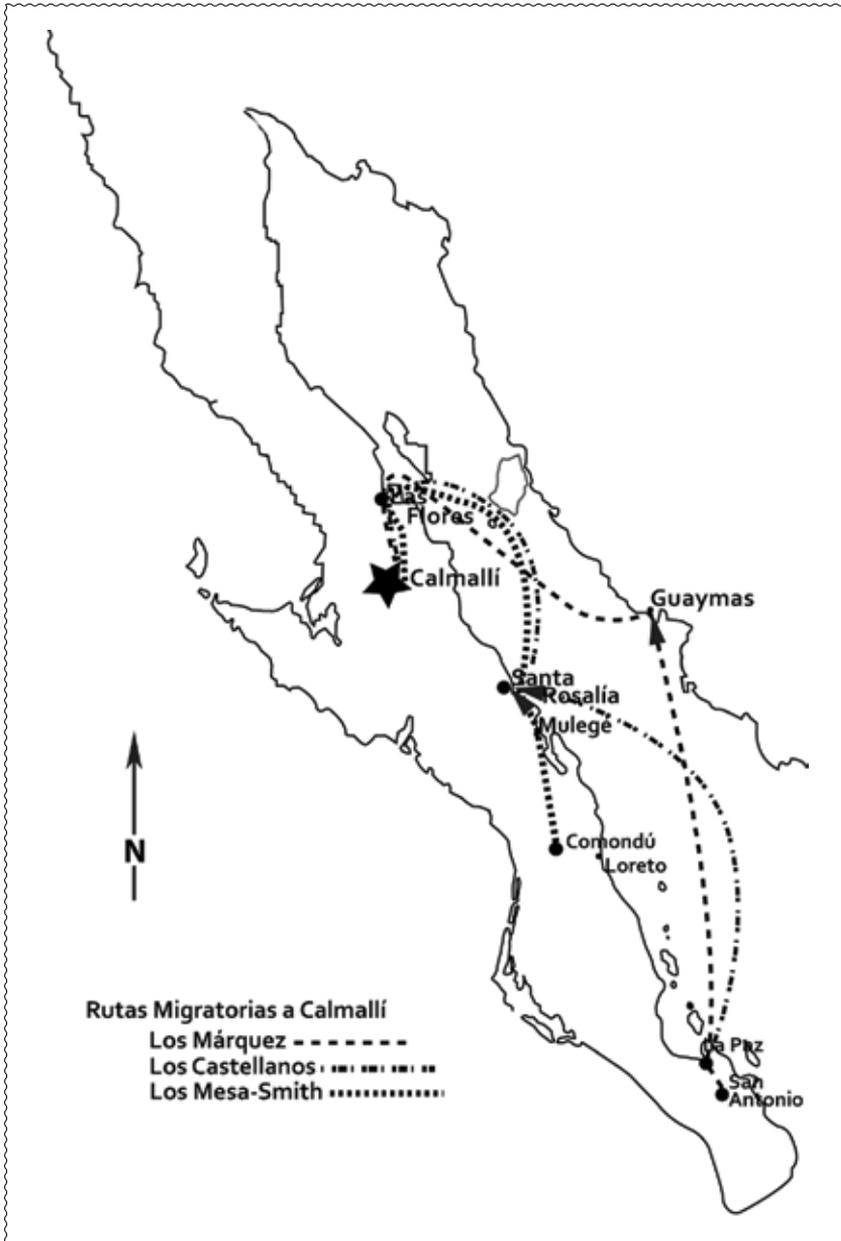
En este estudio, el intercambio recíproco es sumamente importante, dado que es uno de los factores que identifican a la red familiar en Baja California. No obstante, en esta red es incorrecto etiquetar las relaciones recíprocas como confianza, ya que, por el contrario, la confianza es el cimiento para algunos tipos de interrelaciones dentro de las cuales la reciprocidad entre los pares es solamente un ejemplo. En contextos sociales específicos, la confianza es el factor esencial que produce la densidad de las relaciones y contribuye a la estabilización, el mayor desarrollo y la expansión de los campos sociales inmediatos. En Calmallí –y en el circuito minero–, la confianza fue el factor principal que determinó el constante desarrollo de las relaciones sociales en el grupo específico de individuos que se constituyeron como el núcleo de esta red.

En este trabajo se documentan las interacciones de este núcleo a través de la reconstrucción de historias de familias específicas, por medio de entrevistas con los descendientes de los migrantes

originales de Calmallí. Cabe señalar que si bien solamente uno de nuestros entrevistados –don Loreto Márquez– era adulto cuando se encontraba en esa población y poseía conocimiento detallado sobre la interacción y confianza mutua entre las familias que formaron el núcleo social de aquel tiempo, varios de los hijos de los pioneros, descendientes nacidos a lo largo del circuito de la migración minera, recordaban algunos aspectos acerca de otras familias y sus interacciones sociales durante esta fase. Este conocimiento directo y participante, junto con la información obtenida de archivos, permitió situar a individuos y familias en lugares geográficos específicos y ayudarlos a identificar la interacción familiar. Otra importante fuente que nos habla sobre esta interacción son las relaciones de matrimonio y compadrazgo entre familias, y la interpretación de los patrones formales observados por las mismas familias migrantes. Los matrimonios entre estas familias en San Diego, a principios del siglo xx, surgieron directamente de aquellas que se habían conocido en el circuito minero. Por su parte, los compadrazgos tuvieron lugar de manera común entre las familias amigas procedentes de las regiones mineras, y los compadres se juntaban con frecuencia para recordar los días en Calmallí. Estas relaciones sobresalen por haber sido prominentes en la vida de estos individuos. Para ilustrar esto, permítanme regresar a la parte sur de la península y hacer un recuento de la migración de don Loreto Márquez y las familias Castellanos y Smith hacia el norte de aquella población.

### **Hacia Calmallí, al norte**

La experiencia migratoria fue sobresaliente en la vida de estos individuos. Cada historia familiar, identificada desde su lugar de origen, constituye una completa representación de los factores regionales, económicos y de parentesco que influyeron en la migración. Esta historia social ayuda a ilustrar cómo éstas y otras familias encontraron apoyo mutuo y crearon relaciones culturalmente relevantes



MAPA 5. Rutas migratorias a Calmallí

que produjeron un equilibrio social más que un rompimiento a través del proceso.

Aunque antes de que arribaran a Calmallí no se conocían unas a otras, las familias aquí descritas comparten varios atributos comunes. Todas ellas tenían experiencia en la minería peninsular, donde con frecuencia conocían amigos mutuos, compartían una cultura regional e historia, y se identificaban estrechamente con varios de los nombres familiares que eran parte de esa historia. Cada familia conocía a las otras familias, sabía de dónde eran y tenía trato frecuente con individuos de ellas. En este pueblo compartían su vida diaria, trabajaban hombro con hombro y participaban en los eventos importantes de la vida, que los colocaban como amigos cercanos y, más tarde, como parientes. Cada una de las siguientes historias presenta un rico patrón de sentimientos particulares entretnejidos y perspectivas sobre el trabajo en las minas, la vida en los pueblos y las relaciones con otras familias, todo lo cual conformó la experiencia migratoria.

### **Los Márquez: Una familia minera**

He reconstruido la historia de los Márquez a partir de la vida de don Loreto, quien recorrió el circuito minero y recuerda vívidamente los días y las experiencias en las minas. Este personaje pasó sus primeros 30 años en las comunidades mineras de la península, por lo que las experiencias allí vividas forman una parte importante de su historia.

Don Loreto Márquez, minero de nacimiento, fue el mayor de tres hijos. Nació en 1880 en la comunidad minera de San Antonio, que fue también el lugar de origen de sus parientes y donde surgieron las primeras minas explotadas comercialmente en la península<sup>5</sup> (Aschmann, 1967:25). El padre de don Loreto fue minero, quien lo inició en el oficio antes de su décimo cumpleaños.

<sup>5</sup>Las minas de plata de San Antonio y Santana fueron trabajadas inicialmente en 1748.

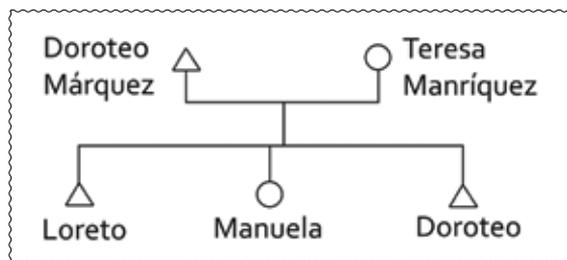


DIAGRAMA 1. Los Márquez

No sabemos el momento preciso en que la familia Márquez vino a San Antonio, pero todo parece indicar que estuvo entre las primeras familias que se establecieron allá. La línea de los Márquez puede seguirse hasta los primeros colonos exitosos en la península, y se dice que fue una de las primeras familias criollas, fundada por Nicolás Márquez, un soldado siciliano que en 1679 estuvo entre los primeros voluntarios que acompañaron al padre Juan María de Salvatierra hacia Loreto.

En San Antonio, los Márquez, al igual que otros mineros, eran personas de escasos recursos, y don Loreto trabajaba originalmente ayudando a su padre en el sustento de la familia.

La vida fue muy dura. Pues en esos años no había... ¡Uh! que ahora, qué va, ahora [...] es la gloria la comparación. Y no solamente yo, pues mi familia y muchos que había.

A trabajo salía. Pues, allí en el Triunfo, en ese tiempo, pues, estábamos nosotros. Nos criamos en el pueblito de San Antonio. Está cerquita del Triunfo el camino que va a San José del Cabo. De La Paz va el camino a San José. Ahora hay muy buen camino. En esos años no había más de que... nada. A puro pie pa'riba de las lomas, a dondequiera, a ir al trabajo en la mañana, a cualquier hora, y llovía. Tenía que ir uno siempre.

Don Loreto Márquez empezó a trabajar a la edad de ocho o nueve años, y recuerda claramente la labor que realizaba, a la vez que describe la tecnología de la época; él y otros niños trituraban los

minerales crudos afuera de los pozos principales de las minas de El Triunfo.

Lo ocupaban a uno... afuera. No entraba uno, chico, adentro. Eran puros hombres grandes adentro. Había mucha maquinaria para sacar el metal de las minas. Y aquí, por ejemplo [enseñándome], a la banqueta [a la calle, unos 7.5 metros] era la planilla. Y allá estaba la maquinaria. Y ahí vienen con un carrito. Iban vaciando todo en la orilla, así [hace gestos mostrando el lugar y el movimiento de los carros vaciando el metal crudo]. Con un carrito lo *dompeaban* el metal allí, la gente grande. Y acá tenían a los muchachos, como nosotros. Tenían como 15 o 20 muchachos allí, y un viejo que nos cuidaba y que nos mandaba. Lo que nosotros teníamos que hacer era apartar el metal bueno del malo. Lo que no sirviera lo hacíamos montón [haciendo movimientos con las manos, mostrando cómo recogían el metal crudo y lo apilaban en montones]. ¿No ves? Y lo bueno lo apartábamos. Siempre teníamos un martillo pa' quebrar el metal a cierto tamaño. Que fuera chico porque en ese tiempo no había mucha maquinaria, pues tenía que llevar el metal [al molino] ya quebrado porque no había *quiebrarroque*. ¡Nosotros éramos el *quiebrarroque*! [risas].

En los siguientes 20 años, don Loreto llegó a ser parte permanente del circuito de trabajo minero, lo cual lo condujo a cada una de las principales minas de la época. La migración de la familia empezó a finales de la década de 1890. Su padre dejó San Antonio para trabajar en las minas localizadas más al norte de la península, y regresó por la familia. Posteriormente su familia, junto con otra, dejaron San Antonio y se dirigieron hacia La Paz, en la costa del golfo, con el objeto de pasar en barco hacia el puerto de Guaymas, Sonora, y después llegar a Las Flores, donde el papá de Loreto había conseguido un trabajo en las minas de San Juan. La descripción del viaje por parte de don Loreto nos ilustra acerca de la compañía naviera, los viajes en esa época y la ruta hacia San Francisco, hacia el norte.

Pues nosotros nos embarcamos en La Paz y fuimos a Guaymas y allí nos dejó el vapor. Ese vapor [...] corría la línea de San Francisco, todos

esos puertos hasta allá. Cada mes echaba un viaje. Pues *ahi* nos dejó en Guaymas (3/8/76:12).

De Guaymas agarramos un barco de la compañía de Las Flores; Las Flores se decía la compañía, pero se llamaban las minas San Juan. Pues *ahi* [en Guaymas] estuvimos como cuatro o cinco días. De allá de Guaymas nos cruzamos el golfo (2/18/76:1).

La compañía de Las Flores tenía un barco, el que viajaba, pues, a todos esos pueblitos. Pa' Mazatlán y Manzanillo y Guaymas y todito eso, pues para pasar la mercancía pa' cá para la compañía, pues, y material y lo que se necesitaba en Las Flores. Y el dueño del barco era mexicano. Un tal... Pancho Fierro, que vivía en Mulegé. Y era un... le gustaba el mezcal como agua (3/8/76:12).

Las Flores y las minas de San Juan están como a ocho kilómetros hacia adentro de bahía de Los Ángeles en el golfo. El pueblo está enclavado en un valle donde abundaban grandes cardones, cholla, arbustos del desierto y, ocasionalmente, árboles de palo fierro (que alguna vez proliferaron, pero que en la actualidad han disminuido por su uso como combustible). Flanqueando ambos lados del valle, como a 16 kilómetros de distancia están las empinadas montañas de San Juan en el norte y la sierra de San Ignacio hacia el sur. Estas escarpadas montañas de granito le dan al valle una apariencia de cañón. En la actualidad, ruinas de adobe, trazos de caminos e inmensos cilindros metálicos utilizados alguna vez en la extracción de los minerales sobresalen visiblemente al acercarse a la antigua fundición. A la llegada de don Loreto, aquello era una mina en plena función. “Llegamos a Las Flores, y de allí, de Las Flores, era donde estaba la fundación [fundición] y había movimiento allí [...] Y allí de Las Flores lo mandaron a mi papá al mineral de San Juan [...] en mulas. Ahí nos llevaba a nosotros y todo el equipaje”.

Estando en las colinas de granito de San Juan, don Loreto, todavía niño, laboraba fuera de la mina y relata detalles del lugar y los trabajos de una manera que revela el papel prominente de la minería según su propia experiencia y conocimiento de la tecnología de aquellos tiempos.

Pues llegamos a San Juan. Él [su padre] tenía trabajo ahí con la compañía. Un mineral arriba de la sierra. Era muy frío y ¡uy!, nevaba mucho ahí. Pues él era minero y lo echaban a la mina y nosotros nos poníamos afuera a limpiar el metal y a apartarlo.

El metal lo bajaban de la sierra. Pues una sierra, que yo no sé cómo hicieron ese trabajo. Allí en la compañía de Las Flores pusieron unos cables con castillos [ilustra con sus manos]. Aquí está el cañón ¿verdad? Y aquí es sierra y aquí es sierra [describiendo un barranco en la montaña que entra en el terreno del valle en ángulo recto] y por los dos lados de la sierra pusieron castillos de madera con un cable. Tiene como tres o cuatro kilómetros de largo. En la pura sierra, en las piedras. Y allá abajo donde estaba [el depósito] allá llegaba al valle. Ahí estaba un depósito donde llevaban el metal.

El metal lo bajaban de la sierra en unas que les decían canastillas, unos cajoncitos de fierro. Acá, arriba de la sierra [continúa haciendo movimientos con las manos] había unas ruedas muy grandes con el cable enredado allí. Y uno con un palo aquí [en la base] nomás lo tenía pa' que no iba muy recio, porque las que estaban llenas se iban muy recio por muy pesadas. Con esas jalaban las vacías pa'riba.

Despacito, te digo, daban vuelta, vuelta y vuelta. Así las llenas pasaban las vacías, subían pa'riba y daban la vuelta.

Ahí [en el valle] estaba la hacienda –como decían– donde estaba la *fundación*. Porque era metal de *fundación* [fundición]. Bueno, pues, ese trabajo duró allí... creo que duramos dos años o tres... como tres años duramos allí en el trabajo. Se acabó y se paró todo (2/18/76:3).

San Juan, como muchas minas de la península, tuvo una vida breve. Pasados tres años, cerca de 1895, la familia Márquez empacó sus pertenencias y se dirigió al sur, siguiendo un rumor de posible trabajo en los placeres de Calmallí. Su estancia fue corta, ya que, como ocurría con frecuencia en la explotación de las minas de Baja California, San Juan se reabrió. Don Loreto recuerda su primer cambio hacia Calmallí. Él precisa cómo los trabajadores se dispersaron a lo largo de la región peninsular cuando los pueblos de las compañías se extinguieron.

Bueno, entonces la gente comenzó a salir pa' donde podía, pues. Unos salieron a Mazatlán, a Guaymas, al Palmar. En ese tiempo, nosotros nos vinimos ahí, en la pura sierra. ¡Pero nomás vieras las tragedias! Con puros burros andaba uno para llegar adonde había agua. Nos vinimos de San Juan a Calmallí.

La entrada de los Márquez en Calmallí parece haber sucedido antes del arribo de las otras familias objeto de este estudio. Es probable que algunas hubieran llegado durante la primera estancia de la familia Márquez, pero se desconocen las fechas exactas de sus encuentros. Cuando los Márquez dejaron el poblado, regresaron primero a las Flores y después partieron hacia Santa Rosalía sólo para retornar nuevamente a Las Flores y Calmallí. Estas peregrinaciones ocurrieron en un período de cerca de seis años. El circuito migratorio Calmallí-Santa Rosalía-Calmallí ilustra las dificultades de los viajes peninsulares, pero, sobre todo, demuestra cómo las familias se adaptaron a la migración como parte de su modo de vida.

De Las Flores fuimos a Calmallí. Y ahí de Calmallí, y acabó también, y volvíamos a Las Flores otra vez. Pero entonces ya veníamos ya por tierra, batallando con las cargas de burro. Dos días o tres de camino para llegar a Las Flores, a trabajar otra vez. Entonces fue en Las Flores, ahí estuvimos viviendo otra vez, de vuelta. No sé qué tanto tiempo sería, porque el trabajo paró arriba [en las minas de San Juan]. Allá en Las Flores había trabajito y ahí bajábamos (3/8/76:17).

Vinimos a Santa Rosalía y de Santa Rosalía pa'tras otra vez. Ahí estuvimos mucho tiempo en Santa Rosalía. Hasta que ya que se paró el trabajo vinimos a Las Flores. Y de ahí, de Las Flores, volvimos a Calmallí otra vez, con otra compañía que comenzó a trabajar poco de tiempo hasta que se acabó (3/8/76:17).

En ese tiempo yo tenía como... yo tenía 20, 21 años [risas]. Yo creo que en Santa Rosalía cumplí 20 años yo [en 1900].

El padre de don Loreto dejó Santa Rosalía por primera vez para trabajar en las minas de Las Flores y pronto lo mandó traer junto con

su familia. Don Loreto trabajaba en El Boleo, una concesión francesa en Santa Rosalía, cuando él y su familia supieron que su padre había encontrado trabajo nuevamente en Calmallí. Loreto tenía un trabajo seguro en El Boleo, pero cuando su padre envió por él, lo dejó. La unidad familiar fue el factor principal de ese cambio de localidad.

Ni modo, cuando nosotros supimos [sobre su padre], yo estaba trabajando muy bien en Santa Rosalía. Ganaba dos pesos diarios [risas], dos pesos plata [risas]. Era un dineral. En aquel tiempo era muchísimo.

Sí, ya nos dijeron, ya sabían que estaba [mi papá] en Calmallí. Cuando acordamos, llegó un hombre con 10 mulas. Porque él [mi papá] agarró muy buen trabajo y le pusieron de capitán de las minas porque era todo lo que sabía hacer él, las minas.

Bueno, pues, yo estaba allí *poquiteando* con mi trabajo. Ganaba bastante dinero para cuidarle la gente ahí. [A] mi mamá y a mi hermana y al *Tey* [hermano], que era toda la familia. Pues cuando va llegando el hombre con aquel ejército de animales [...] Ya lo conocí al señor. Antonio Espinoza se llamaba.

“Bueno –dice–, pues aquí vengo. Me mandó Doroteo por ustedes, pa’ llevarlos a Calmallí”.

Don Loreto hizo arreglos para alimentar a las mulas esa tarde, y un día después fue con su jefe francés para presentar su renuncia y recoger su paga. “Al día siguiente dejamos Santa Rosalía para ir a Calmallí. Al otro día en la tarde, pues a empacar y todo... fueron unos conocidos [a la casa]. Ahí estaban fregando. Era una bola... ‘Víctor: no querían que salieran de ahí’. ‘¡Cuántos conocidos, pues!’” En Calmallí, la familia Márquez se reunió y llegó a ser parte del campo social de las familias que formaron la base de las relaciones mutuas a lo largo de los siguientes 75 años de la vida de don Loreto. Entre estos individuos y familias estaban los Smith y los Castellanos, cuya migración a Calmallí fue similar a aquella de los Márquez. Los Smith fueron primero a San Juan y después a Calmallí a trabajar en las minas; sin embargo, tanto su lugar de origen como sus razones para migrar fueron muy diferentes.

## Los Smith Mesa: Migrantes de Comondú

La tradición de la familia Smith está llena de historias sobre piratas y balleneros, pero el origen de los Smith de este estudio se remonta a la presencia de un marino yanqui que llegó de Nueva York a San José del Cabo en diciembre de 1808. Cuando Thomas Smith decidió permanecer en la península, se convirtió en el primer ciudadano de los Estados Unidos asentado de manera permanente en las grandes Californias. Como otros marineros que se establecieron, Smith tomó el nombre de su padrino, Javier Aguilar, y lo usó por el resto de su vida. Este personaje sirvió al presidio de Loreto como marinero y soldado y, posteriormente, se casó con María Mesa, con quien radicó en el pequeño pueblo de Comondú junto con los Arce y los Mesa (Crosby, 1981:1-2). El apellido Smith fue utilizado nuevamente por sus descendientes durante el siglo xx, quienes tuvieron como progenie a otras familias del campo familiar Comondú-Loreto. Éstos son los Green, los Collin, los Drew y los McLish, quienes llegaron a esta zona durante la temporada alta de los períodos balleneros en el siglo xix (tanto los Green como los Collin llegaron a San Diego a principios de la década de 1920).

Comondú fue uno de los primeros sitios misionales en la península. Localizado en Baja California Sur, en las afueras del desierto Central, este lugar fue un foco natural de asentamiento temprano, debido a sus grandes recursos acuíferos. Comondú llegó a ser la principal municipalidad, abarcando los pueblos más importantes de Loreto y Mulegé. El valle fue conocido como oasis por su belleza y exuberante crecimiento.

Huele a vino y aceite de Oliva. Comondú, el paraíso de Alá, tiene un arroyo de aceite y otro de vino, que metafóricamente cruzan toda la tierra fértil de la hondonada donde se esconde el pueblo. Comparándolo con el edén [...] a Comondú sólo le falta el río de leche, ya que sobran cascadas de dátiles y torrentes de higos y naranjas (Jordán, 1951:226).

Comondú fue –y continúa siendo– principalmente agrícola. Desde el inicio del siglo xx, la población de este lugar ha variado muy poco. En 1910, la información censal de México estimó una población de 1 050 personas en este pueblo, y en 1920, de 852. No fue sino hasta 1960 cuando el censo general (Secretaría de Industria y Comercio, 1963b) ofreció estimaciones de población por localidad y, en ese año, el número de habitantes de Comondú era de 755 personas.<sup>6</sup> Las dificultades de los pequeños ranchos, la falta de tierra para expandirse en el valle de Comondú y la rápida difusión del *boom* minero en Baja California durante el siglo xix fueron factores obvios que impulsaron la emigración de los habitantes de Comondú hacia otros pueblos pequeños.

En 1894, el año de su matrimonio, Manuel Smith y su nueva esposa, Apolonia Mesa, dejaron el pueblo de Comondú para irse a las minas de Las Flores. Su decisión de migrar fue principalmente económica, aunque también respaldada por una fuerte base social y familiar que había sido desarrollada por los primeros colonos de Comondú. Esta base proveyó los mecanismos para contar con una estabilidad social a lo largo del proceso de migración de los Smith y las otras familias migrantes.

Los hermanos de Antonio Smith habían viajado al norte a través de la península y se asentaron en el condado de San Diego. Manuel Smith, quien era nieto de Antonio, había estado en comunicación con una hermana, Ramona Smith de Howard, quien se había casado con el estadounidense Charlie Howard, y estaba viviendo en el circuito minero. Con Ramona también se encontraba su hermano Osidiano. La decisión de trasladarse al norte fue entonces motivada no solamente por la esperanza de mejores oportunidades económicas, sino también por la información específica difundida por amigos

<sup>6</sup>Tengo la impresión de que hay alguna variación en el número de habitantes, debido a que los ranchos localizados alrededor de los principales pueblos de San Miguel de Comondú y San José de Comondú pudieron haber sido incluidos o no en el censo. El decremento poblacional de 1920 puede atribuirse al desarrollo económico de los pueblos de la costa del golfo y al crecimiento de la industria del algodón en el valle de Mexicali.



Thomas Smith.

y parientes, así como por la presencia de familiares cercanos que habían tenido éxito en sus desplazamientos previos.

Más aún, también hay evidencia de que los Smith contaban con una historia de migración a la Alta California, y de regreso a Baja California. La tradición familiar dice que los Smith llegaron a la

Alta California procedentes de la residencia de los hermanos de Antonio en El Cajón. Este hecho está corroborado por los archivos del pueblo. La siguiente nota proviene de los registros matrimoniales de Mulegé en 1895.

José Estrada hijo y Ramona Smith (casados) en San José de Las Flores el 10 de noviembre de 1895. Él de 34 años, viudo, nat. [natural] de El Triunfo, albañil, h. l. [hijo legítimo] de José Estrada y Presentación García: ambos de El Triunfo; *ella de 23 años, natural de Monterrey, Alta California*, h. l. [hija legítima] de José María Smith y Trinidad Romero, difuntos [estos últimos eran los padres de Manuel Smith] [cursivas del autor].

Estos vínculos hacia el norte ofrecieron seguridad y conocimiento del área en la que los Smith estaban a punto de entrar. Esta seguridad aumentó al momento real de la salida de Comondú como una unidad de familia extensa. Los Smith no sólo estuvieron viajando hacia donde se encontraban los parientes que los esperaban, sino que fueron acompañados por otros familiares cercanos.

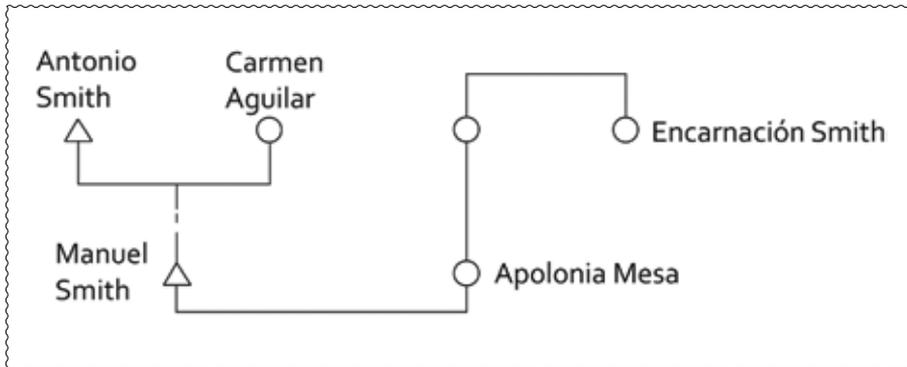


DIAGRAMA 2. Unidad familiar extensa de los Smith Mesa al momento de partir de Comondú en 1894

Manuel Smith y Apolonia Mesa de Smith dejaron Comondú acompañados por Antonio Smith, su esposa y su familia inmediata,



Antonio Smith y Carmen Aguilar, quienes dejaron Comondú con Manuel y Apolonia Mesa de Smith justo antes de la vuelta del siglo. Ensenada, 1900 (cortesía de Fidel Smith Mesa).

así como por la tía materna de Apolonia, Encarnación Smith. Las familias viajaron unos 480 kilómetros como unidad familiar, ofreciéndose apoyo y seguridad. Esta especie de protección se convertiría en el factor común entre las familias al viajar inicialmente por los pueblos mineros y, posteriormente, al cruzar hacia los Estados Unidos.

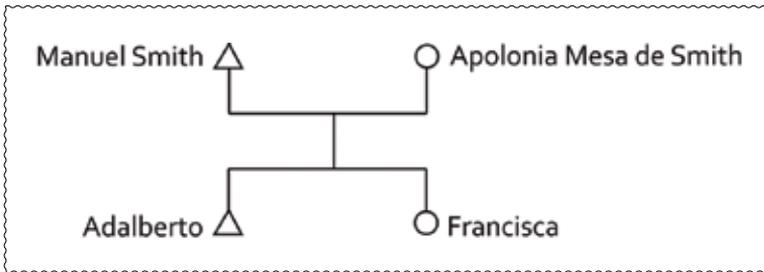


DIAGRAMA 3. Los Smith al momento de salir de Las Flores, a principios del siglo xx

Entonces, Antonio y Manuel tomaron rutas distintas. Antonio se fue hacia el norte, al valle de Santo Tomás, y después cruzó la frontera hacia San Diego, trasladándose a la casa de sus hermanos que vivían en El Cajón, en un área campestre a 32 kilómetros al este de San Diego. Encarnación, la tía de Apolonia, permaneció en Ensenada.

Una vez en Las Flores, Manuel empezó a trabajar en las minas. Su hijo se estableció como leñador, cortando, colectando y distribuyendo madera para utilizarse como combustible en los calentones procesadores de las minas.<sup>7</sup> Apolonia y Manuel tuvieron dos hijos en Las Flores: Adalberto (mi abuelo), nacido en 1895, y una hija,

<sup>7</sup>Ésta fue una de las industrias de apoyo a la economía minera de Baja California de la cual se sabe muy poco. La madera utilizada en los calentadores era palo fierro. “La madera es muy dura y pesada y produce uno de los fuegos más calientes del desierto. Solía utilizarse en los calentadores de operación minera, y aún la usan los herreros para sus forjas [...] anteriormente, uno de los árboles del desierto más comunes que ha sido destruido en un radio cada vez más grande alrededor de los lugares donde viven los leñadores” (Coyle y Roberts, 1975:100).

Francisca, que nació un poco más tarde. La familia permaneció en Las Flores hasta poco después de iniciado el siglo xx, cuando se trasladaron al sur, al pueblo de Calmallí.

## Los Castellanos: Amistad en el circuito minero

La migración de los Castellanos demuestra la utilidad de la preservación de los lazos familiares en el viaje de las familias peninsulares hacia el norte; también revela la amistad temprana con otras familias del circuito minero, la cual se empezó a desarrollar antes de Calmallí.

Los Castellanos iniciaron su viaje en Perú y siguieron la ruta del *Galeón de Manila* hacia el norte de la región de los cabos. Lentamente, en un período de 50 años, hicieron sendero hacia el norte a través de los pueblos mineros del desierto. Tiburcio Castellanos desembarcó en la región del cabo de Baja California en la primera parte del siglo xix y se asentó en la región de La Paz con su esposa, Juana Almenares. Ahí tuvieron dos hijos:<sup>8</sup> María del Rosario y Narciso (mi bisabuelo paterno: *pa ma pa*). No se sabe con certeza cuánto tiempo permaneció la familia en La Paz, pero tanto Narciso como María del Rosario entraron en el distrito de Mulegé a finales del siglo xix. A los 18 años, Narciso contrajo nupcias con Cleofas Gaxiola, de 16, y pronto migraron al norte. Los Gaxiola eran una familia con raíces en Sinaloa y estaban bien establecidos en La Paz. Después de su matrimonio, Cleofas y Narciso empezaron su migración al norte. Su primera hija, Ramona (mi abuela paterna), nació en Comondú en 1886. No obstante, su estancia ahí fue corta, dado que ella recuerda y habla de su adolescencia temprana en los pueblos mineros centro-peninsulares más que del mismo Comondú.

<sup>8</sup>Probablemente hubo otros hijos, pero solamente se encontró registro de dos. Las constancias de los decesos de Mulegé indican que María del Rosario nació en La Paz en 1865. No hay registro del nacimiento de Narciso, pero su matrimonio con una Gaxiola, familia establecida en La Paz, sugiere que él era de esta área. Además, sus descendientes en San Diego identifican su lugar de nacimiento como La Paz.

Antes de partir hacia el circuito minero, Narciso y Cleofas pasaron algún tiempo en Mulegé. Ahí se había establecido María del Rosario (hermana de Narciso), una vez casada con José Estrada, matrimonio que vinculó a los Castellanos no sólo con esta familia sino también con los Villavicencio, una familia grande con fuertes raíces en ese sector de la península. Los Villavicencio mantuvieron la comunicación cercana y los vínculos con los Castellanos, de manera que los visitaron en San Diego aproximadamente 30 años después. María del Rosario falleció en 1892 a la edad de 27 años. Para ese tiempo, Narciso, Cleofas y Ramona habían ingresado en el circuito minero.

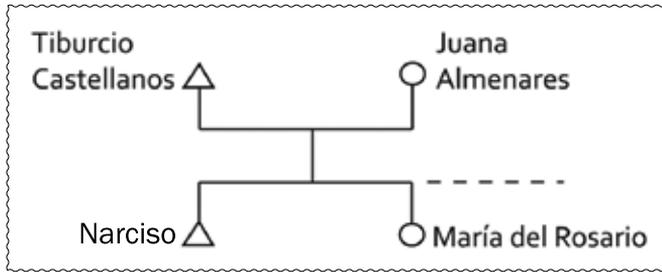


DIAGRAMA 4. Los Castellanos al salir de la región del cabo

Como muchas otras familias, los Castellanos se dirigieron a las minas de San Juan en el valle de Las Flores, donde conocieron a otras familias migrantes e iniciaron relaciones que dieron lugar a fuertes vínculos sociales y familiares en los años que siguieron. Estas relaciones iniciaron con los Sotelo, una familia arraigada al sur de la península.

Las residencias y estadías prolongadas de los Sotelo y los Castellanos pueden determinarse por los lugares de nacimiento de sus descendientes. Francisco Sotelo (don Pancho) nació en Mulegé en la segunda mitad del siglo XIX. Se casó con Angelina Arce en San Ignacio, su pueblo natal. No había pasado mucho tiempo después de su matrimonio (*circa* 1898), cuando entraron en el circuito minero y se

fueron a Las Flores. Al igual que los descendientes de los Castellanos, Smith y otras familias, los ocho hijos de los Sotelo nacieron en distintos pueblos mineros de la península. Las fechas de nacimiento de los niños coinciden con aquéllas de los hijos de otros migrantes en los mismos pueblos, e indican tanto el período de residencia en lugares particulares como las oportunidades para conocer nuevas personas durante la migración peninsular. Los primeros niños Sotelo nacieron en Las Flores: Teodora, alrededor de 1898, y Prudencio, en 1901. Guillermo nació en 1903 en San Fernando, cruzando la península hacia el Pacífico (cerca de 240 kilómetros al noroeste de Las Flores). La familia cambió su residencia hacia El Mármol, al sur, donde nació Federico en 1905, y regresó a San Fernando en 1907, año del nacimiento de Refugio. Desde entonces, la familia permaneció en la parte norte de la península. Francisco nació en 1912 en El Rosario, y Amalia, en 1917 en Mexicali.

En Las Flores, las dos familias entablaron una estrecha relación que continuó hasta la década de 1980. Narciso Castellanos y Francisco Sotelo llegaron a ser compañeros y amigos en el circuito minero. En San Diego, don Pancho recordaba con frecuencia las experiencias compartidas en los pueblos mineros: “Yo era el juez y mi amigo Chicho (Narciso), el *sheriff*”. Sus fuertes vínculos fueron posteriormente formalizados en San Diego, a través del matrimonio de dos de las hijas de don Pancho con miembros de la familia Castellanos.

No existen registros claros acerca del momento de la partida de los Castellanos de Las Flores, pero su siguiente parada fue Calmallí. Los Sotelo y muchos más pertenecientes a otras familias también viajaron hacia el sur, cruzaron la sierra y bajaron hacia una de las minas de oro más productivas que se hayan conocido en la península.

### **Calmallí: Los nexos sociales**

Los Márquez, los Smith y los Castellanos llegaron a Calmallí como mineros experimentados. Conocían el trabajo, el estilo de vida y a

muchas de las personas que se sostenían en el circuito minero. La base subyacente de toda interacción social entre parientes y no parientes era, por supuesto, la economía minera, la cual había conducido a varias familias a vivir juntas en una comunidad específica. La permanencia de esta gente en Calmallí fomentó vínculos sociales totales y significativos que posteriormente sostuvieron la base social desde la cual las amistades y vínculos llegaron a ser elementos destacados en su adaptación a la vida en los Estados Unidos. Estas familias crearon ambientes sociales alrededor del trabajo y el estilo de vida en Calmallí y otros sitios mineros. La gran producción de este pueblo proveía la seguridad económica, que permitía el contacto continuo entre las familias que ahora formaban parte permanente de la economía minera. Ésta, a su vez, se convirtió en el paisaje del ambiente social y la base para que su estilo de vida llegara a ser permanente en la tradición familiar. Los pioneros objeto de este estudio se identificaron con las minas y la tecnología de la época, y asociaban todo esto con las relaciones sociales que evolucionaron durante este período.

### **Don Loreto Márquez**

Don Loreto conoció a los Smith, los Castellanos, los Bolume, los Álvarez y al núcleo de otras familias en Calmallí y conserva de ellos un recuerdo tan nítido como el que guarda sobre el trabajo y su tecnología. El trabajo jugaba un gran rol en las relaciones familiares y la calidad de vida en Calmallí. Los recuerdos de don Loreto ilustran el espíritu de la vida del lugar: la perspectiva de los mineros sobre su labor en la compañía y el orgullo que sentían por su trabajo.

Bueno, pues, ahí estuvimos nosotros (la primera vez) bastante tiempo. Había mucha gente y había bastante oro en ese tiempo ahí. La compañía puso un molino muy grande ahí en Calmallí, una compañía de San Francisco. Gastó muchos miles de pesos. Pagaban, pues, las minas,

tres o cuatro minas que trabajaban... de oro, oro puro. No les costaba más que puro azogue, el moler el metal y echarle el azogue y ahí agarraban el oro (2/18/76:5).

El molino de las minas estaba retiradito, yo creo que casi dos o tres millas. Había camino de carros, con puros carros con mulas. De allá, la gente estaba en las minas y sacaba el metal. Y ya te digo, con maquinaria. Con *donquis*, les decían a las máquinas. Jalaban y había unos castillos grandísimos. Y sacaban el metal y lo echaban en unos *chutes* muy grandes. Y allá de esos *chutes* venían los carros, de allá del molino de Calmallí a las minas, a llenarlas. Y lo llevaban [los carros] al molino.

De allí del molino... yo trabajaba en el molino. Primero trabajaba en la caldera... donde usaban leña, ¡un trabajo de la fregada! Levantaban el vapor para mover la máquina. El trabajo del molino... si nomás muchos no se dan idea... es un trabajo, bonito trabajo y muy costoso. Muy costoso porque tiene mucho que ver. No nomás de llevar el puro metal y que corra el agua, ¡no! (2/18/76:7).

Y aquí enfrente, aquí está, le dicen cómo... una especie de *chute* donde cae el metal, y un fierro que viene de la misma estampa le pega y da la vuelta a una ruedita aquí y en seguida cae el metal aquí adentro. En donde pegue la estampa, ¿no ves? Pero sí cae mucho –no puede quedar mucho al mismo tiempo– no se levanta pa'riba y no trabaja muy bien. Porque el *estroque* de éste es así. Son cinco pulgadas de *estroque*, nomás así de alto. No levanta más: cinco y cae, y cae, y así caen las cinco, casi al mismo tiempo.

Junto con su orgullo por el estilo de vida en las minas, don Loreto demostró tener conciencia de la situación en la cual él y otras familias mineras se encontraban. Ellos fueron mineros de la compañía y tenían que venir a las minas a buscar seguridad en el empleo y en las relaciones sociales, que son comunes en los pueblos de Baja California. Calmallí, como otros pueblos mineros, atrajo también a buscadores de oro y cazadores de fortuna que inundaron los hallazgos más grandes de oro y merodeaban las cañadas cercanas y los arroyos en su intento por hacerse ricos. Don Loreto habla acerca de este contraste entre el trabajo de la compañía y la prospección independiente.

En Calmallí, muchos trabajaban en las minas a puro sueldo, ¿sabes? Y había mucha gente que andaba nomás de allí pa'llá buscando el orito con unas maquinitas que ellos mismos hacían.

Bueno, pues, así hacían muchos, y así sacaban la vida. Muchos sacaban, tenían suerte, sacaban chispitas de un adarme [1.79 gramos], hasta dos [3.6], tres adarmes [5.3 gramos], las chispitas de oro. Y otros no. Era oro muy finito. Tenían que usar azogue.

Nuestro informante también enfatiza sobre la riqueza de los hallazgos:

Para allá, donde estaba el molino quebrando las piedras, sacando [la compañía] el oro, pues, estaba muy rico, muy rico. Mucha gente se *enristó* [tuvo éxito en la obtención de oro] que no fueron tontos. Nosotros fuimos muy tontos porque no nos *enristamos*. No teníamos bastante inteligencia ni siquiera para agarrar un poquito (2/18/75).

Don Loreto describe su encuentro con los Castellanos:

*R. Álvarez:* ¿Fue allí entonces donde encontró a Narciso Castellanos?

*Don Loreto:* Sí, en Calmallí.

*R. Álvarez:* ¿Ya estaban ahí ellos?

*Don Loreto:* No puedo decir con seguridad si ellos ya estaban ahí. Pero es cuando los conocí. Yo estaba todavía muy joven en esa época. Tú sabes, cuando eres joven no te fijas mucho en la gente. Sí, trabajamos en las minas ahí. Castellanos, el señor –Narciso– fue el mayordomo de las minas, de los trabajadores mineros que trabajaban dentro de las minas. Como 15 o 20 hombres trabajaban adentro, ¿Ya ves? Él era el jefe y les daba órdenes. Era llamado “capataz” (3/8/76:4).

Narciso Castellanos ayudó continuamente a don Loreto en las minas y, más tarde, lo apoyó cuando Loreto arribó por primera vez a San Diego. Además, los Márquez y los Castellanos llegaron a estar formalmente vinculados a través de múltiples relaciones de compadrazgo en el norte.

En Calmallí, don Loreto conoció también a Ursino Álvarez (mi abuelo paterno), otro compadre que trabajó directamente bajo las órdenes de Narciso Castellanos en las minas. Don Loreto menciona el vecindario de la compañía en el que fueron reunidos.

¿A Ursino? [lo conocí] allá en Baja, en Calmallí. En placeres de Calmallí. Ahí lo conocí yo. Trabajaba en las minas ahí, con... [ahí estaba también] la familia Castellanos, mi papá, todos. Había bastante trabajo en las minas ahí, ahí cuando yo lo conocí, pues lo miraba ahí. Yo estaba muy chico y no sabía mucho... como cuando uno es mayor. Pero allí estaba. Llegaba a la casa, ahí siempre, platicando, como hacía la gente trabajadora. Pues se juntaban en la noche a platicar en las casas. Ahí es cuando yo lo conocí a él. Y después, cuando se vinieron todos los Castellanos pa'cá [San Diego], él se vino también... siguiendo a la novia [Ursino se casó con Ramona Castellanos en San Diego].

Las familias compartían el trabajo y las experiencias sociales y desarrollaron la confianza, que llegó a ser la base de la reciprocidad a lo largo del circuito minero hacia el norte, así como posteriormente en la frontera. Don Loreto conoció a los Bolume en Calmallí. Una hija de esta familia, Guadalupe, se casó con Jesús Castellanos y entonces llegaron a ser compadres en San Diego. Los Simpson estaban también en Calmallí a finales de la década de 1880, y la hermana de don Loreto, estando en el circuito minero, se casó con otro miembro de las familias de Calmallí, los López, quienes también habían llegado de los cabos del sur. Los Smith y los Márquez también llegaron a ser amigos cercanos en Calmallí. Don Loreto expresa claramente la amistad entre las familias:

Allí conocimos a Apolonia. Ahí nos juntamos. Yo iba al trabajo y pasaba como allí [el informante apunta a un carro a seis metros de distancia]. Como ahí pasaba yo de la puerta de la casa de ella. Pa'l trabajo donde estaba yo trabajando en ese tiempo. Ahí estaban Manuel y Adalberto. Adalberto tenía unos 10 años menos, yo creo. Andaba con Manuel porque Manuel tenía burros pa' cargar leña, pa'l trabajo ahí. Iba al monte, cortaba leña, se la llevaba a la compañía y le pagaban... por cuerda, y de eso vivían.

## Los Smith

La historia de los Smith en el circuito minero ilustra la formación de amistades y vínculos cercanos no emparentados, así como el mantenimiento de los lazos familiares con su lugar de origen. Aunque otras familias también conservaron dichos vínculos, no hay evidencia de que este tipo de comunicación haya prevalecido en su trayecto hacia la región norte (por ejemplo, los Castellanos recibieron a los Gaxiola y a los Villavicencio hasta llegar a San Diego durante los años 1920). Sin embargo, los Smith salieron de Comondú con la familia inmediata, fueron recibidos en Calmallí por parientes, y ayudaron y recibieron a familiares a lo largo de su residencia allí.

En Calmallí,<sup>9</sup> los Smith ya no eran los moradores inexpertos del pueblo que habían venido a buscar trabajo en las minas. Manuel llegó como leñador, un oficio específico en la industria minera, en el cual tenía experiencia por su trabajo en Las Flores. La necesidad de combustible para los fundidores de las minas, así como para uso doméstico en la cocina, creó una economía pequeña mediante la cual Manuel y un gran número de individuos se vincularon con la minería. Donde había minas, el trabajo de Manuel se hacía presente.

Los Smith llegaron a Calmallí junto con sus dos hijos, Adalberto y Francisca, quienes nacieron en Las Flores. En Calmallí tuvieron a su tercera hija, María. Además de la familia inmediata y amigos como Loreto Márquez, los Smith contaban con parientes cercanos en esa población. Ramona, hermana de Manuel, vivía en Calmallí con su esposo, Charlie Howard, un estadounidense que trabajaba en los placeres del lugar. Aunque era muy joven en aquellos tiempos, María recuerda haber visitado a su tía Ramona, con quien —dice— sus padres pasaban mucho tiempo. Cuando Ramona murió en Calmallí debido a complicaciones en el alumbramiento de sus gemelos, Manuel y Apolonia estaban con ella. Charlie Howard se fue

<sup>9</sup>Aunque se desconoce la fecha exacta de la llegada de la familia, los nacimientos de los niños indican una fecha antes de la vuelta del siglo, *circa* 1898. La familia permaneció ahí hasta cerca de 1909.



Ramona Smith de Howard, *circa* 1890  
(cortesía de Ernestina Ignacia Mendoza Allen).

del pueblo llevándose a sus gemelos, y la familia nunca más volvió a saber de él.

En Calmallí, los Smith mantenían contacto cercano con familiares de Comondú. La correspondencia entre Apolonia y sus padres y hermanas mantuvo a los familiares de casa en continua comunicación con los Smith. Mientras Apolonia estaba embarazada de María, su madre enfermó y murió (*circa* 1901). Martina y Antonia, hermanas de Apolonia, sabían que estaba en sus últimos meses de

gestación y escribieron a Manuel sobre la seriedad de las condiciones de salud de la madre de ésta, pero le pidieron que no le revelara esa información, temiendo por la salud del bebé en gestación. Esta constante comunicación mantuvo a toda la familia informada sobre sus parientes, lo que también facilitó la recepción de miembros de la familia que estaban en camino hacia el norte, como de los que llegarían allí más entrado el siglo. Los Mesa, por ejemplo, fueron recibidos por Apolonia y Manuel Smith en Calmallí.

La migración de la familia Mesa al norte ilustra no solamente los nexos familiares dentro del pueblo, sino también la relevancia de éstos en las migraciones familiares desde los pueblos de origen hacia el centro y el norte de la península. Salvador y Juana Mesa (tía de Apolonia por vía paterna) salieron de Comondú, según su hija Paula, debido a que el hijo mayor se había ido al norte, y su madre quería estar cerca de él. De Comondú, Salvador y Juana viajaron hacia San Ignacio con seis hijos y se quedaron en la misión de aquel pueblo, donde Salvador administraba las huertas. Aunque tuvieron éxito allí, la familia dejó San Ignacio para seguir a los parientes que se habían ido más al norte. Ellos salieron de allí en octubre, atravesaron el desierto Central hacia el pueblo colindante de El Rosario, al norte, y llegaron el 3 de diciembre, día de San Francisco. En su camino, pasaron por los pueblos mineros de Calmallí y Julio César. En Calmallí, Apolonia y Manuel fueron recibidos por Salvador, Juana y sus hijos. Se quedaron allí por varios días, descansando, haciendo visitas e intercambiando las novedades con Apolonia. Ella y Juana habían sido amigas cercanas, y ésta continuamente pensaba en Apolonia y preguntaba por ella (así lo reporta Hircinia, hija de Juana). Los Mesa continuaron al norte y llegaron a San Quintín, donde después recibieron a los Smith cuando Calmallí dejó de producir.

Entre las relaciones importantes en esta red de los Smith en Calmallí se encontraban amistades no emparentadas. La relación amistosa que se desarrolló en ese tiempo con los Bolome, los Márquez, los Simpson y otros iba a ser muy significativa en años posteriores. Una red informal de relaciones sociales entre los Smith y los Castellanos produjo lazos familiares a través del matrimonio y el

compadrazgo. Un buen ejemplo de esto es Guadalupe Bolume, una amiga cercana de Apolonia durante los años del circuito minero. Guadalupe nació en Calmallí. Posteriormente se hizo comadre de los Smith Mesa y de los Márquez, y se casó con un miembro de la familia Castellanos. Este grupo de familias –los Smith, los Castellanos, los Márquez, los Simpson y los Bolume– fueron identificadas por un amigo cercano de todas ellas, el señor Villavicencio, quien en la actualidad radica en Pozo Alemán. Él recuerda sus largas estancias en Calmallí y sus relaciones como grupo.<sup>10</sup>

## Los Castellanos

Narciso y Cleofas Castellanos estuvieron entre los primeros que llegaron a Calmallí, y pasaron largo tiempo en esa población. Cuando Narciso entró en el circuito minero, Ramona era hija única. Al irse del pueblo la familia, ya habían nacido seis hijos más y otros tres habrían de llegar en otras localidades mineras del norte. Para los Castellanos, Calmallí era realmente un nexo, un entorno en el cual lazos sociales específicos formaron la base de futuros matrimonios, compadrazgos, descendencia y generaciones futuras.

La familia Castellanos estaba formada por Narciso, Cleofas, Ramona, Jesús, Juana, Espiridiona, Francisca y Abel. Como otras familias nucleares en Calmallí, los Castellanos no se casaron durante este período, aunque las bases para posteriores matrimonios y relaciones de compadrazgo se establecieron en ese lugar. Todos los hijos de los Castellanos, quienes crecieron y socializaron en Calmallí, contrajeron matrimonio con familias de Baja California; tres de ellos se casaron con miembros de familias nucleares. El cortejo para algunos de estos matrimonios inició en esa población, como lo ilustra don Loreto Márquez:

<sup>10</sup>Esta información fue proporcionada por María Smith de Álvarez y George Cooper, quienes visitaron Calmallí y –justo en las afueras del pueblo– Pozo Alemán. El señor Villavicencio vivió en Pozo Alemán y relacionó los nombres de estas familias cuando supo que María era pariente de Manuel Smith. Él conoció a todas aquellas familias cuando estuvieron juntas en Calmallí.

Allí [Calmalí] es donde yo lo conocí a él [Ursino Álvarez]. Y después, cuando se vinieron todos los Castellanos pa'cá [San Diego], él se vino también... siguiendo a la novia. [En San Diego] mi comadre Ramona trabajaba no sé con quién. Pero no estaba casada todavía. Estaba de novia con Ursino.

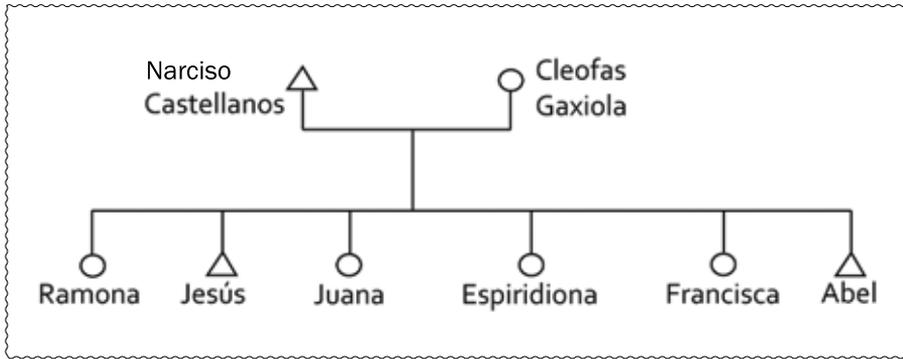


DIAGRAMA 5. Los Castellanos cuando salieron de Calmalí

Otras relaciones similares de cortejo se desarrollaron en Calmalí y otros pueblos del circuito minero. Guadalupe Bolume recuerda haber bailado con Vicente Becerra, quien tocaba la guitarra en eventos sociales en los pueblos mineros y también lo hizo en la boda de Guadalupe, décadas después en San Diego. Vicente se casó en ese lugar con Guadalupe González, quien junto con sus padres había sido parte de la ruta minera.

Numerosos matrimonios y relaciones de compadrazgo basados en las amistades del tiempo del trabajo en las minas tuvieron lugar más tarde en San Diego. Los descendientes de estos matrimonios se casaron después entre ellos y reforzaron la solidaridad de estas familias en la región fronteriza. La simultaneidad en los compadrazgos formales también unió familias. Don Loreto, recordando a Jesús Castellanos, declaró: "Jesús se casó con mi comadre Lupe [Bolume]. Jesús, el hermano de mi comadre Ramona".

Para Narciso y Cleofas Castellanos, el período Calmalí no fue un breve interludio o simple parte de la migración al norte. Ellos, como



Ursino Álvarez y Ramona Castellanos en San Diego, *circa* 1890.

la mayoría, se percibían a sí mismos como habitantes permanentes de Calmallí. Sin embargo, las fluctuaciones de la mina los forzaron a buscar trabajo y vivienda en otras partes. En muchos sentidos, estos individuos fueron retenidos en las minas. Narciso, como capaz de barreteros, había desarrollado una habilidad específica para la economía minera y construyó su vida y la de su familia en torno a esa seguridad. Sus hijos nacieron y crecieron en esa atmósfera, así como los descendientes de los Sotelo, los Bolume, los Smith y los Simpson. Cuando la mina de Calmallí no pudo continuar sosteniendo a las familias de los trabajadores, todos ellos migraron. Muchos fueron animados a irse hacia el norte, debido a que El Mármol, Julio César y otras pequeñas minas estaban produciendo y empleando trabajadores mineros.

## **Al norte de la frontera: Un período de transición**

Al declinar la producción minera, las familias Smith, Márquez y Castellanos, entre otras, abandonaron Calmallí y siguieron un largo trayecto hacia distintos pueblos localizados en el lado estadounidense de la frontera. Algunas de estas familias se trasladaron a ese lugar siguiendo el Camino Real, deteniéndose en los distintos núcleos mineros localizados a lo largo del camino. Otros, como los Castellanos y los Márquez, avanzaron primero por tierra y posteriormente abordaron los barcos de vapor de la compañía que los condujeron directamente a los Estados Unidos en largos episodios entretejidos con paisajes específicos, pueblos mineros e interrelaciones sociales.

Más que una simple continuación del circuito minero, éste fue un período de transición. Los pueblos de este circuito fueron desvaneciéndose lentamente su importancia dado que a los cada vez menos frecuentes períodos de auge les siguió la crisis. Los migrantes se volcaron hacia la región fronteriza, cuyo sustento económico era el resultado del desarrollo de los pueblos fronterizos de Caléxico y San Diego. Tan pronto como los migrantes cruzaban la frontera, dejaban no solamente la península mexicana sino también un estilo de vida del desierto. Esta transición es claramente visible en el último viaje de los Smith, los Márquez y los Castellanos. Después de haber pasado la frontera, las dos últimas familias regresaron en más de una ocasión a las minas de Baja California, hasta que éstas dejaron de producir. Simultáneamente, la economía fronteriza se aceleraba y alentaba a las familias a asentarse a lo largo de aquella región.

### **Los Castellanos: A San Diego y de regreso**

Además del colapso de la economía minera, los Castellanos mencionaron otras razones de su migración hacia el norte. Francisca, por ejemplo, declara que un supervisor estadounidense los persuadió de viajar hacia allá.

Por otro lado, Narciso, preocupado por la educación de sus hijos mayores, contrató a un tutor para éstos. Esta misma preocupación se constituyó como una razón para su traslado definitivo a San Diego.

Narciso y Cleofas viajaron primero al pequeño pueblo de San Regis (cerca de 65 kilómetros al norte de Calmallí), donde en 1904 nació Narciso, el tercer hijo de la pareja. Posteriormente, la familia cruzó el desierto y arribó a un puerto en el Pacífico –Santa Catarina, cerca de 80 kilómetros al sur de El Rosario–, que alimentó a distintos poblados vecinos de la compañía.

En mis notas de campo registré el relato de mi madrina, Francisca Castellanos, sobre ese viaje:

Nina [mi madrina, Francisca Castellanos] recuerda el viaje por tierra a lo largo del desierto con la familia. La mayor parte de este viaje se realizó en burro o a caballo. [Ella recuerda que] estaba muy caliente. Un guía que los acompañaba se cubría la cabeza con una manta para protegerse del sol. Este guía cargaba a Chicho [Narciso], quien entonces era un niño (12/17/75).

Severo, un hombre mayor, acompañó a la familia desde Calmallí hasta Santa Catarina, donde junto con otros abordaron el vapor *Saint Denis* con dirección a San Diego. Desde la playa, los pasajeros y el equipaje eran trasladados en pequeños barcos hacia el vapor que los esperaba. El *Saint Denis* hacía viajes regulares entre el norte de la península y San Diego, deteniéndose en San Quintín y Ensenada antes de cruzar la línea internacional para arribar a la bahía de San Diego. Los Castellanos llegaron en 1905 e “inmigraron” en el puerto de San Diego.

El cruce inicial de la frontera por los Castellanos, sin embargo, no fue permanente. Ante la insistencia de Narciso de que todos sus hijos nacieran en México, la familia regresó en 1906 y 1908 a las minas de Baja California para el nacimiento de sus hijos, antes de establecerse definitivamente en la zona fronteriza. En 1906, Cleofas ya tenía un hijo y la familia regresó a Santa Catarina de la misma forma como partieron: en barco. Desde el embarcadero de Santa

Catarina, Cleofas, los niños y Narciso salieron hacia la pequeña mina de Julio César, como a 16 kilómetros de la costa. En ese lugar, en enero de 1906, nació su hijo Tiburcio. Cuando Cleofas se recuperó para viajar, la familia se embarcó de nuevo hacia San Diego. “En cuanto mi madre completó su dieta nos regresamos a San Diego” (Tiburcio Castellanos, 7/21/76). Al paso de dos años, en 1908, la familia abordó nuevamente el barco hacia Santa Catarina, esta vez para el nacimiento de Ricardo, y desde allí partieron a las minas de ónix de El Mármol, cerca de 80 kilómetros tierra adentro. En ese mismo año, la familia empacó y regresó a San Diego. Este viaje fue el último y, a partir de entonces, la estancia en San Diego fue permanente: “Fue lo mismo: mi madre completó su dieta y regresamos a San Diego” (Tiburcio Castellanos, 7/21/76).

Los retornos de los Castellanos al distrito fueron benéficos dado que con ellos se renovaron contactos con muchos viejos amigos de la familia. Los Sotelo, los Simpson y otros todavía se encontraban en el circuito minero. De esa manera, Ramona Castellanos tuvo la oportunidad de ver a Ursino Álvarez, quien al parecer estaba trabajando en las minas de la península. Don Loreto habla de este noviazgo y el ambiente minero de El Mármol:

Él [Ursino] estaba de novio desde que estaban allá abajo en El Mármol. Estuvieron también [los Castellanos] en El Mármol [...] queda allá debajo de San Quintín en una sierra.

Yo no sé cuántos años duró. Paraban así de trabajar... y después volvían. Una compañía de San Diego. Iba un vapor muy grande al puerto, allí –Santa Catarina se llama–, un pueblito donde había un aguaje. Por allí pasaban los carros. Los jalaban los carros con mulas desde El Mármol hasta la pura orilla de la playa. Figúrate. Hacían dos días. Sí.

En San Diego, Narciso y Cleofas se unieron a otras familias que habían recorrido el circuito minero, y todos ellos se turnaban para recibir a otras familias peninsulares. En la siguiente década, los Castellanos viajaron a Caléxico, donde restablecieron contacto con numerosos conocidos.

## Los Smith: Camino hacia Caléxico

Al tiempo que la producción y el trabajo menguaron en Calmallí, las familias se dispersaron hacia otros pueblos. La mayoría se dirigió a los sitios mineros en el Desierto Central. Los Márquez viajaron al noroeste por el Camino Real a Punta Prieta. Guillermo Simpson y su familia fueron más al norte, a San Fernando, y los Castellanos, a San Regis. Es probable que muchas familias hayan regresado a sus pueblos del sur. Los Smith, sin embargo, siguieron su rumbo al norte, al valle de San Quintín.

Durante los años de 1906 a 1908, después de dejar Comondú, Manuel y Apolonia Smith recorrieron al menos 650 kilómetros. Se mudaron a Calmallí, siguieron el Camino Real pasando por Punta Prieta, laguna Chapala, San Fernando, El Rosario, y prosiguieron a la pequeña zona agrícola de San Quintín, en donde fueron recibidos por Juana y Salvador Mesa (los Mesa habían parado en Calmallí previamente y, aunque se quedaron sólo unos meses, su estancia reforzó los lazos de estas dos familias). Hirginia Mesa, quien actualmente reside en Maneadero (aproximadamente a 11 kilómetros al sur de Ensenada), recuerda la visita de Manuel y Apolonia. Ellos habían venido de muy lejos y buscaban trabajo. Manuel laboró ahí durante la cosecha en los campos agrícolas. Después, Hirginia y su hermana Paula se aventuraron hacia el norte y renovaron contacto con Manuel, Apolonia y sus hijos.

Desde San Quintín, Manuel fue más al norte, a El Álamo, donde un nuevo hallazgo había atraído a la gente a las minas. Pero, al igual que otros sitios mineros, la duración de El Álamo fue breve, tal como lo ilustran los siguientes reportes contemporáneos:

Sobre el lado oeste de la planicie, como a 72 kilómetros al sur de Real del Castillo, se encuentra el distrito del placer de Santa Clara y lo que queda del viejo campo minero de El Álamo. Aquí, a principios de 1889, convergieron varios miles de buscadores de oro y Goldbaum, representante del gobierno, ayudó a coleccionar las cuotas mineras y dar posesión a los solicitantes (Lingenfelter en Goldbaum, 1971:52).

No obstante, el auge duró solamente unos meses, aunque la minería del cuarzo continuó en la vecindad, en forma intermitente, por varios años (Southworth, en Goldbaum, 1971:52).

En 1905, Nelson (1922) describió El Álamo:

[...] con sus casas abandonadas y la apariencia de ruinas [era] un típico campo minero en quiebra. Había varios signos de previa actividad a considerable escala, pero en ese momento estaban trabajando solamente algunos hombres. Se estaban haciendo nuevos envíos de provisiones a la vez que se anunciaba una reactivación del trabajo con las expectativas optimistas de siempre.

En El Álamo, Manuel trabajó en las minas, mientras Adalberto, ya mayor, se fue al campo como leñador. Rosa Salgado,<sup>11</sup> indígena pai-pai, quien formaría parte de la red de los Smith, recuerda su llegada y también revela los lazos cercanos que se desarrollaron en la comunidad minera.

*R. Álvarez:* Tía, ¿usted no llegó a conocer a los padres de mi tata, de mi tata Adalberto?

*Tía Rosa* [Rosa Salgado]: ¡Ah!, sí. A ellos los conocí cuando recién vinieron del sur. Cuando yo estaba trabajando con una señora.

*R. Álvarez:* ¿A dónde, tía?

*Tía Rosa:* Allí en El Álamo, Y allí llegaron ellos. Venían del sur, dicen. Llegaron.

*R. Álvarez:* ¿Y se quedaron [un] tiempo?

*Tía Rosa:* Sí, se quedaron un tiempo porque el señor [Manuel] esta[ba] trabajando allí. ¡Uh! Había mucha gente trabajando allí en las minas. Y allí trabajó luego que llegó. Trabajando allí en las minas. Y traía a Alberto [Adalberto]... y yo tenía un hermano mío y allí estábamos. Allí estábamos nosotros, y Alberto venía muy joven [...] Llegaba él allí y le convidaba [a mi hermano]... llevaban burros. Para allá iban al cerro a cortar leña. Él juntaba y cargaba el burro y dejaba leña con nosotros también. Venía ésta... Alberto y dos muchachas. Una, María,

<sup>11</sup>Rosa Salgado se casó con Manuel Salgado, hermano de Dolores, esposa de Adalberto Smith.



Los Smith en Caléxico, *circa* 1915. De izquierda a derecha, Apolonia Mesa de Smith, Jesús, Manuel y Adalberto (cortesía de Flora Fernández de Smith).

es la... está viva, ¿no? La otra hermana [era] Panchita. *Egualita* las dos. Y luego había otro niño; no [me] acuerdo cómo se llama (6/18/76:10).

Apolonia tuvo aquí a su cuarto hijo, Manuel, pero perdió a Panchita, quien había llegado enferma de Calmallí. En estado delicado de salud, Apolonia la envió con los Larrañaga en Ensenada. Ellos eran familiares de Comondú y la cuidaron mientras buscaban ayuda médica. Pero regresó a El Álamo, donde falleció. “La muchacha no duró el año. Ya venía enferma, yo creo. Y fui con ellos, la sepultaron también allí en El Álamo. Tan bonita la muchacha. Tenía trenzas largas hasta acá” (6/18/76:14). La pérdida de Francisca jugó un papel muy fuerte en el siguiente movimiento de la familia hacia el norte. María dice que ésta fue la razón crucial para el desplazamiento a Caléxico. Su madre estaba de luto y quería estar en otro lugar.

Así, cerca de 1914, Manuel y Apolonia fueron al norte con un grupo de familias hacia la región de Caléxico, que se encontraba en pleno desarrollo. Siguiendo el patrón establecido la primera vez que salieron de Comondú, abandonaron El Álamo con un grupo de familias de su región de origen. Como lo describe María, la hija sobreviviente, “era una *carpatada* [de *carpet*, alfombra] de familias”. Venían también los Blackwell y otros amigos.

Cuando las familias llegaron a Mexicali, cruzaron directamente la frontera hacia Caléxico. En 1910-1915, Mexicali era sólo una región de ranchos y granjas, pero Caléxico, cruzando la línea, constituía el centro de actividad del valle de Mexicali. Los Smith se reunieron allí y recibieron familias del sur. Una de ellas, que había sido anfitriona de los Smith, los buscó en Caléxico y restableció lazos cercanos en un grupo social que posteriormente se mezcló con otras familias mineras.

### **Don Loreto Márquez: De nuevo El Cajón y las minas**

Don Loreto vivió como minero a lo largo de sus viajes por la península. En los días de auge de Calmallí, como en Las Flores y Santa

Rosalía, había tenido éxito siempre al contar con buenos trabajos. Desarrolló habilidades que aplicó a la minería, lo mismo que más adelante en su vida. Aprendió el oficio de herrero y trabajó en los talleres de varios pueblos. Por ello, al dejar Calmallí cerca de 1905, no solamente dejó un trabajo y amigos, sino que el movimiento hacia el norte marcó una transición que les daría, a él y su familia, una nueva perspectiva en su modo de vida.

La mudanza hacia el norte fue lenta para Loreto Márquez, igual que para muchos otros individuos. Primero se detuvo y trabajó en la mina de Punta Prieta, la cual se extinguió rápidamente. Forzado a trabajar en cualquier otro lugar, partió a San Quintín cerca de 1909. Entonces, igual que los Castellanos, se dirigió a San Diego. Este movimiento inicial hacia esa población no fue permanente, ya que la antigua vida en las minas lo seguía atrayendo. Por esa razón regresó al circuito minero con un antiguo jefe y permaneció ahí por seis años antes de volver con sus padres al condado de San Diego. Las dificultades de la vida minera son claras en el caso de los Márquez:

[...] yo vine [a San Diego] aquí primero el 10 [1910]. Mi hermana, ésta que está aquí, ella ya estaba aquí. Ella se había venido de allá del mineral de Punta Prieta. Y nosotros nos quedamos allá. Yo y mi hermano, y mi mamá y mi papá. Pero no había trabajo. Ahí estábamos en el campo nomás (3/8/76:1).

Cuando se acabó el trabajo nos quedamos en Punta Prieta. Allí andábamos nosotros pa'llí, pa'cá, buscando cualquier piedrita por allí para poder vivir... El patrón nos daba lo que podía conseguir. Él venía de Ensenada y llevaba cualquier cosita en el barco y *ahí* nos sostenía. No sé qué harían con el molino ya cuando desocuparon a Punta Prieta.

Cuando pusieron el molino allí, era de ocho estampas nomás; era muy chico. Ya no pudieron trabajar porque gastaron bastante para poner el molino. Cuesta mucho y bastante trabajo.

Trajeron [a] un ingeniero, un alemán. Ese alemán era ingeniero aquí del puerto de Ensenada. Se entendía allí con todos. Mi patrón, Brown, lo llevó a Punta Prieta. Y ése, el alemán, puso el molino. Flick,

se llamaba Flick. *Mister Flick*. Era alemán. Grandote del carajo. Muy buena gente, por cierto. Cuentan que cuando ya se acabó se vinieron. El alemán se vino pa'cá, pa' Los Ángeles. Por allá tenía un cargo. Nosotros nos quedamos allá en Punta Prieta sin trabajo.

Cuando llegó el barco de Ensenada allá, nos llevaba una carta para mi papá. El alemán, que estaba aquí, agarró un contrato en San Quintín y quería que mi papá nos mandara a trabajar con él. San Quintín queda aquí, abajo de Ensenada (2/18/76:13-14).

El valle de San Quintín está a aproximadamente 300 kilómetros al norte de Punta Prieta, en la costa del Pacífico. Junto con Ensenada, el pueblo había sido un centro de negocios importante durante el comercio de la nutria en el siglo XIX. Más tarde, éste se convirtió en un relevante experimento agrícola. Primero como propiedad de norteamericanos y después, de una compañía británica, San Quintín se convirtió, por muchos años, en un distrito productor de trigo, y allí se construyó un gran molino de harina. Entonces, colonizadores mexicanos, ingleses y estadounidenses se empezaron a asentar en la región, pero las sequías sucesivas trajeron el infortunio a la colonia. Los bien concebidos planes para el establecimiento de una vía ferroviaria que conectara con el norte, para la cual ya se habían puesto algunas secciones, se desvanecieron igual que los campos agrícolas.

El molino, la vía y otra maquinaria es todo lo que quedó de esa aventura, y se contrató personal para desensamblar el molino y salvar todo lo que fuera posible. Don Loreto y su hermano, Doroteo, fueron a San Quintín como parte de esa cuadrilla de rescate.

[...] Pues allí en San Quintín, en unos años –no sé cuándo sería– había un molino de harina. Una compañía de Inglaterra, muy rica, de un inglés, vino y sembró quién sabe qué tantos sacos de trigo allí. Puso un molino de harina allí en San Quintín. Allí levantaban el trigo y todo. Allí en San Quintín hay muy bonitas tierras, allí cerca del estero del agua. Hicieron buenas casas y todo; pusieron un tren, un ferrocarril con rumbo a Ensenada; pensaban llegar a Ensenada con el tren para

jalar la harina y todo, pues. Para hacer el trabajo de jalar todo. Pues yo no sé cuándo esto sería, porque así platican, yo no sé, yo no estaba allí. Pero cuando nosotros vinimos (nosotros vinimos porque el alemán, Flick, consiguió el contrato para levantar todo), decían que cuando estaba muy en grande, molían. Pusieron molino de harina y todo, y trabajó muy bien (2/18/76:14).

Bueno pues, nosotros nos vinimos... el alemán mandó una carta a mi papá [para] que nos *trajiera* a San Quintín a trabajar allí con él; ya nos conocía a mí y a mi hermano. Pues luego que abrimos la carta, no tuvimos nada que hacer. Lueguito mi papá buscó unas mulas, nos trajo y nos dejó en San Quintín. Hicimos dos días de camino [aproximadamente 308 kilómetros] de Punta Prieta a San Quintín [risas]. En mulas.

Bueno, pues, sí llegamos luego con él allí, nos dio cuarto y todo a mí y a mi hermano para que trabajáramos. Y tenía como 10 o 12 hombres trabajando, levantando todo, desarmando, sacando todo.

Don Loreto permaneció en San Quintín con la cuadrilla por seis o siete meses hasta que se terminó de realizar el trabajo. Laboró como herrero, haciendo herramientas y varias partes para desensamblar maquinaria y para el envío de ésta. Una vez terminado el trabajo, don Loreto nos relata cómo se cargaron las piezas en barcasas y fueron arrastradas por pequeños vapores hasta el barco que se las llevaría.

El barco grande que mandó la compañía pa' levantar eso quedó fondeado allá afuera, pues. Allá donde estaba hondo quedó el barco, ¡un barco inmenso de grande! Ése vino a levantar todo. Todito levantó. Y de aquí con dos vaporcitos chiquitos jalaban la carga pa'llá. Nomás hacían unos dos viajes al día (2/18/76).

El barco se llevó toda la maquinaria que estaba adentro del molino y rieles y plataformas y todo se llevó en un solo viaje [risas] el barco, ya verás (2/18/76).

Una vez terminado el trabajo, don Loreto y su hermano fueron al norte, a San Diego, en 1910, y enviaron por sus padres. La decisión de irse al norte fue instigada por su jefe, el señor Flick, quien

había planeado llevarse a Loreto y Doroteo a Los Ángeles, pero el supervisor inmediato de don Loreto opinaba que San Diego, donde tenían familiares, era un mejor destino. Así que se decidieron por este último, donde inmediatamente buscaron a los amigos del circuito minero.

Nosotros nos vinimos en el *Bernardo Reyes* a Ensenada. Nos quedamos nomás unos cuatro o cinco días allí con unos conocidos. Y de allí nos vinimos aquí a El Cajón. Mi hermana ya vivía aquí. Ella era la casada (2/18/76:18).

Cuando nosotros llegamos aquí, llegamos a la casa de los Castellanos. Aquí vivía Narciso Castellanos, papá de los Castellanos que hay de aquí. Ya vivía aquí en San Diego. Allí llegamos nosotros. Porque siempre fue muy bueno con nosotros y muy conocido, pues, de allí de Calmallí; de mi comadre Ramona, de todos, pues (2/18/76:18).

Narciso Castellanos, viejo amigo de don Loreto de tiempos de la minería, los recibió y los llevó a El Cajón, donde vivía la hermana de Loreto. Una vez establecidos, los muchachos mandaron traer a sus padres, quienes llegaron también en el *Bernardo Reyes*, para nunca regresar a Baja California. Don Loreto, no obstante, regresó a Punta Prieta antes de un año.

La vida en los Estados Unidos no fue fácil para muchos de los nuevos inmigrantes. Para don Loreto, como para otros, el trabajo era degradante y la paga era mala, como él mismo declara:

Y a mí no me gustó. El trabajo aquí pagaba muy mal, muy mal pagaba. ¿Qué era un peso veinticinco al día? Aquí con la compañía (¿has oído mentar la compañía?) del distrito de agua que estaba aquí en La Mesa, allí haciendo zanjas a puro pico y pala. Por un peso veinticinco [risas] echaba uno el alma allí. Y tenía muy buen trabajo allá [en Baja California] con el patrón *mister* Brown, que corría el negocio en Punta Prieta. Bueno, pues, aquí no me gustaba el trabajo. Trabajando aquí, porque estaba[n] mi mamá, mi papá. Habían venido acá ellos también. Después de nosotros vinieron ellos en el *Bernardo Reyes* (2/18/76:18).

En las primeras décadas del siglo xx, San Diego era el mayor centro comercial tanto del sur de California como de la frontera al norte. Los pequeños vapores se trasladaban regularmente entre los pueblos porteños del Pacífico, y algunos iban hasta Los Cabos y cruzaban a la parte continental. San Diego era todavía un importante proveedor y centro de negocios para los trabajos comerciales y mineros del norte de la península.

Un sábado en San Diego, don Loreto se encontró con el hijo de su antiguo patrón, Kenneth Brown, quien le platicó del nuevo trabajo que su padre estaba desarrollando en Punta Prieta, y antes de que terminara el día, don Loreto ya se había contratado para trabajar con Brown otra vez.

Me fui un sábado a San Diego en la noche. Pues, ¿quién era por mis grandes pecados? Allá andaba en la tienda, cuando yo me encuentro (mi patrón, el Brown, tenía dos hijos hombres, tres hijas mujeres y el mayor, el Kenneth)... el Kenneth andaba ahí en las tiendas haciendo compras cuando yo también iba a comprar zapatos, yo no sé, cuando encuéntremelo: él allí.

“¿Qué andas haciendo aquí, Loreto? ¿Y qué?” –dice el hijo de Brown, el hijo del patrón.

“Pues nada, vine a dar la vuelta” –le dije.

“Oye –dice–, ¿no quieres ir a Punta Prieta?”.

“¿Qué voy a hacer allá?”.

“Mi papá va ir otra vez a trabajar las minas. ¡Nos andamos alistando! –dijo–, cargando el barco, y va a salir en tres días el barco a Punta Prieta. ¿Quieres ir?”.

“Sí” –le dije.

Así le dije yo, que sí, y no sabía nadie aquí [en San Diego].

Entonces... y me dijo: “¿No quieres enganche?”.

“Sí –le dije–, cómo no”.

Pues ahí vamos.

“Ahí tiene la oficina mi papá. Cerquita del gran hotel. Ahí tiene una oficina. Ahí vamos pa’llá”.

Y luego fui pa’llá, luegoito, y saludé al patrón, al Brown.

Y le dijo Kenneth: “Loreto va a ir con nosotros también”.



Loreto Márquez en El Cajón, *circa* 1950. Cumplió 20 años mientras trabajaba en El Boleo, concesión minera otorgada a los franceses en Santa Rosalía (cortesía de María Márquez y familia).

“¡Oh!, sí. Está bueno” –dijo.

Luego me dio de enganche 30 pesos. Pues riquísimo. En ese tiempo estaba barato todo.

Ese mismo día, a finales de 1910, don Loreto compró su equipo. Luego fue con su viejo amigo Narciso para avisarle de su retorno a Punta Prieta.

“Hey, oiga, Chicho”.

“¿Qué estás haciendo aquí?”.

Le dije toda la historia.

“¡Ah, está bueno!” –dijo.

Le dije: “Yo me voy a ir a El Cajón y mañana voy a volver, y aquí voy a dejar este veliz”.

Ahí estaba el veliz, el que había comprado.

“Sí” –dijo (2/18/76:19).

Bueno, pues, te digo, me vine yo pa'cá en la mañanita, que me viera mi papá. Y ¡oh! Se enojó más que el carajo... se enojó mucho. No quería que me fuera. “No, me voy a ir –le dije–. El trabajo aquí no sirve. Voy a trabajar con Brown”.

Pues quiso o no quiso, ya en la mañanita, el otro día me fui, muy en la mañanita, en un trenecito que pasaba por allí. Y ahí voy, y así me fui (2/18/76:20).

Don Loreto regresó a Punta Prieta, donde trabajó durante dos años con *mister* Brown. Allí se casó con Ramona Rubio, y luego, junto con Brown, se fue a la isla de Cedros, donde este último había sido contratado como administrador de una mina de cobre. Sin embargo, el trabajo ahí duró muy poco (solamente dos años), por lo que don Loreto regresó de nuevo a la frontera. Su esposa tuvo su primer hijo y, por su seguridad, don Loreto los envió a San Diego. Posteriormente se reunió con ellos en 1914. Una vez de regreso en San Diego, don Loreto nunca más volvió al sur. Sus días de minero terminaron, aunque en la siguiente mitad del siglo, sus amigos más cercanos continuaron siendo aquellas familias que había conocido en Calmallí y el circuito minero.

La migración de los Smith, Castellanos y Márquez a lo largo del circuito minero desde Calmallí hasta la frontera, nos ilustra el inicio de las relaciones sociales que formaron la base de una red que duró hasta la siguiente mitad del siglo xx. El estilo de vida de los mineros y los puntos geográficos en la migración al norte formaron un panorama social en el que se basaron las interrelaciones de familias e individuos que migraron hacia el norte. A través de esta migración, dichas familias mostraron un orden social interno, que, a pesar de sus constantes desplazamientos, llegó a ser progresivamente más fuerte como resultado de la experiencia migratoria. Los vínculos cercanos estaban formados por nuevos amigos y parientes, y éstos perduraron, incluso, hasta la primera generación de sus descendientes.

Diversos factores –incluyendo las condiciones en las regiones de origen, las oportunidades económicas creadas por los *booms* mineros y los cambios en la productividad de las minas– influyeron en la decisión de las familias de ir al norte y cruzar la frontera. La gente dejó la península para buscar mejores oportunidades económicas, pero tales desplazamientos fueron mediados por amigos y parientes que viajaron con ellos o los recibieron en las comunidades de destino.

Además, en los pueblos mineros se crearon nuevas relaciones para proveer de mayor seguridad e inducir posteriormente la migración al norte. Como la gente migraba, los pueblos del desierto, el trabajo y las comunidades alrededor de las minas llegaron a ser una forma de vida que fue importante para asegurar y producir nuevas relaciones. Calmallí no fue una mina más: fue la mina y la comunidad en donde las familias se conocieron, compartieron el nacimiento de sus hijos, tuvieron eventos sociales y desarrollaron su amistad.

El último desplazamiento hacia la frontera norte marcó el fin de la migración minera. Una vez establecidas a lo largo de la frontera, estas familias recordaban las minas del centro de la península y a sus pueblos de origen en los cabos, como lugares importantes para sus familias, en los cuales se desarrollaron sus relaciones sociales y se creó la base de un reconocimiento compartido de vínculos históricos, geográficos y sociales.

## San Diego y Caléxico: La frontera y la formalización temprana de la red

Una vez que se encontraron en la región fronteriza, muchas de las familias del circuito minero cruzaron la frontera y se establecieron en los Estados Unidos. El asentamiento, al igual que la migración hacia el norte, fue un largo proceso. La gente se movía entre los pueblos de San Diego, Caléxico y Mexicali, en aras de ajustarse al rápido crecimiento económico de la región. Las localidades fronterizas ofrecían nuevos trabajos y estilos de vida diferentes de los de las experiencias previas de los migrantes en la península. Más aún, los bajacalifornios no solamente se ajustaron a los pueblos, sino que crearon una atmósfera sociocultural que llegó a ser la base de la adaptación y el asentamiento.

Al llegar a la frontera, estos migrantes desarrollaron vínculos de ayuda mutua entre sus familias y crearon una red formal regional. La base principal para esta reciprocidad fue la institución de una actitud familiar o de parentesco, la cual, junto con el compadrazgo y el matrimonio, sirvió para reclutar y extender los lazos entre los migrantes de la frontera. Aunque el parentesco, el compadrazgo y el matrimonio eran instituciones comúnmente conocidas en México, éstas se volvieron la base de la persistencia cultural, la adaptación social y el exitoso establecimiento de estos migrantes en los pueblos fronterizos de los Estados Unidos. A diferencia de las extensiones familiares en México, los lazos familiares en la frontera se vieron reforzados por un parentesco que incluyó la experiencia migratoria, la afiliación regional del tránsito compartido por el circuito minero y su asentamiento en la frontera.

Además de los migrantes del circuito minero, otros migrantes peninsulares que llegaron a los pueblos de la frontera se sumaron a la red familiar. Estos otros eludieron las minas y llegaron al norte principalmente por mar. Algunos grupos pequeños habían empezado a llegar a San Diego a principios del siglo xx (1905-1915) y conformaron un fuerte contingente dentro de la comunidad de californios del lugar. Vinieron de la región del cabo por vía de las líneas navieras regulares del comercio entre San Francisco y San Diego. Tanto los primeros mineros como los migrantes por barco brindaron una base sólida para continuar con el crecimiento y la consolidación social entre la población migrante bajacaliforniana.

Nuevos incentivos y bríos vinieron de la segunda corriente de migrantes que empezaron a llegar en la década de 1920. Esta segunda afluencia se dirigió hacia el norte siguiendo la ruta de los barcos del delta del Río Colorado durante el auge algodonero. Los estudios de caso de los primeros migrantes en barco y los de la segunda corriente migratoria ilustran cómo los lazos regionales y familiares proveyeron las bases para su establecimiento en la frontera.

### **Parentesco: Una genealogía regional**

El parentesco incluye generalmente el reconocimiento de lazos familiares entre miembros consanguíneos de familias extensas. Sin embargo, en México, el término puede también aplicarse a individuos sin vínculos consanguíneos. Entre los bajacalifornios en particular, la reciprocidad, reservada normalmente para los parientes, se extendió hacia aquellos que sin serlo compartieron la experiencia de la migración, así como un nexo histórico asociado con el origen geográfico. Por otro lado, este sentimiento se extendió hacia otros migrantes con experiencias similares y conocimiento sobre los pueblos y familias de sus regiones de origen.

La naturaleza de los pueblos pequeños y de poblaciones fuertemente entrelazadas en el sur brindó a los migrantes la base social para una red entre los fundadores y las familias que se asentaron

y contrajeron matrimonio entre ellas a lo largo del tiempo. La cercanía geográfica de algunos pueblos, lo mismo que el aislamiento de otros, contribuyeron a la fácil identificación y vinculación de comunidades y familias dentro de las municipalidades más grandes del sur. Los sureños viajaban con frecuencia entre sus hogares y el golfo, conociendo habitantes de otros pueblos y creando lazos de amistad, los cuales, a su vez, conducían a menudo a la consumación de matrimonios que unían familias de diferentes localidades. Cuando mis informantes empezaron a viajar hacia el norte, reconocieron una amplia red entre familias procedentes de sus pueblos, la cual se convirtió en la base para la afiliación regional y la extensión del apoyo en las áreas de la frontera. En este caso, las relaciones cercanas de las familias de los bajacalifornios y sus sólidos vínculos geográficos e históricos crearon la base para el uso del parentesco en la frontera como un concepto mucho más amplio que el que se utilizaba en los pueblos de origen. Mientras que en éstos el parentesco era reservado a la familia, en la frontera, éste podía ser expresado sobre la base de una afiliación regional, la experiencia migratoria o el compartir un ambiente ajeno. De esta manera, las familias no sólo extendieron el parentesco a otros migrantes, sino también hacia familias e individuos que compartían una historia específica en el sur de la península, actuando como promotor de ayuda mutua y solidaridad entre los bajacalifornios.

De esta manera, en términos de afiliación, el rol del parentesco dentro de la red bajacaliforniana puede compararse con el que jugó entre los ascendentes territoriales. La descripción de Goodenough (1970) de este tipo de grupos descendientes en Kentucky nos ilustra sobre el uso del parentesco entre los migrantes de Baja California. En los pueblos montañoses de Kentucky, los miembros de una comunidad –a diferencia de los foráneos– eran reconocidos como individuos con al menos un padre miembro de la colectividad, y cuya pertenencia podía ser rastreada hasta los colonizadores originales, de quienes ahora todos eran descendientes en un mismo grado. La pertenencia de los bajacalifornios a la comunidad fronteriza se

cimentaba en reconocer la ascendencia de familias originarias de pueblos localizados en regiones peninsulares específicas. Este reconocimiento, junto con la experiencia migratoria y el establecimiento en la frontera, proveyeron la base para una nueva expresión de parentesco. Éste, lo mismo que el compadrazgo y el matrimonio, se convirtieron en mecanismos para la extensión de la ayuda mutua y la reciprocidad, en tanto que consolidaron las relaciones sociales comunitarias a lo largo de la frontera. De esta forma, la zona fronteriza, con sus particulares características socioculturales, contribuyó a fomentar los nexos históricos y la extensión de las instituciones familiares.

En este sentido el parentesco, como aquí se define, no es una descripción de nexos reales entre las familias de una red sino un proceso que introduce nuevos miembros en ésta. Es la expresión de un sentimiento que provee apoyo. En el momento en que a los individuos se les reconocía como parientes, eran —y continúan siendo— incorporados al campo social de las familias regionales.

Mi propia aceptación por parte de mis informantes es un ejemplo de la expresión del parentesco. Fui aceptado de inmediato al ubicarme como parte de algunas ramificaciones familiares que estaban conectadas con la red de familias de la frontera, las cuales eran realmente familiares, aunque también se daba con frecuencia el caso de que no lo eran.

En una ocasión, en 1975, platicando con Chicho Hollman, él sugirió que fuéramos a conocer a otro bajacalifornio, quien había llegado a San Diego en las primeras décadas del siglo xx. Cuando me presentó al señor Ramón Martínez, me saludó inmediatamente como compañero bajacalifornio, dados mis antecedentes familiares y el lugar de origen peninsular: “Tú eres de Baja California y somos parientes. Yo conocí a Ursino Álvarez y a todos los Álvarez de San José del Cabo”.

En este sentido, el parentesco incorpora la idea de familia tal como lo expresa Larissa Lomnitz en su estudio de la familia Gómez de la ciudad de México:

“Familia” no se refiere a lo similar, aunque puede ser definida como un segmento de la similitud de un ego. No se refiere al linaje, aunque muchos de sus miembros tengan un ancestro común. La pertenencia a una “familia” está condicionada por el mutuo *reconocimiento* como tal: se expresa por una relativamente alta intensidad de intercambio de información, bienes y servicios y, en algunos casos, de mujeres, *i.e.*, endogamia (Lomnitz, 1978:3) [cursivas del autor].

Entre los bajacalifornios de los pueblos de Caléxico y San Diego se ha reconocido la existencia continua de una red de relaciones. De esta manera, la presencia de campos sociales familiares proveyó de inmediata pertenencia a la red para todos los individuos de las familias incluidas. El conocimiento de la familia, parientes políticos, padrinos y ahijados de los familiares cercanos proporcionó un campo abierto en el cual la solidaridad se expandió y fue requerida en el nuevo ambiente de la frontera.

### **La frontera: Un nuevo ambiente**

El norte de Baja California de los años de 1900 a 1920 era un territorio fronterizo caracterizado por el rápido crecimiento y la interacción cultural anglo-hispana. Tijuana era parte del municipio de Ensenada y, al igual que Mexicali, era una zona rural; San Diego y Caléxico eran bulliciosos centros económicos, a diferencia de cualquier otro pueblo de la península. Existía una temprana población de californios y mexicanos, y la herencia hispánica de las Californias era evidente en todos lados, aunque esto no fue impedimento para que la ideología estadounidense jugara un papel dominante en el ámbito social.

San Diego era una metrópoli de alrededor de 40 000 personas. La actividad en el puerto, nuevas construcciones, apertura de caminos, desarrollo agrícola y el respaldo de la economía en general que dicta tal crecimiento, brindaron una gran variedad de oportunidades de trabajo a lo largo de Estados Unidos y reforzaron el crecimiento poblacional. A diferencia de los pueblos mineros, San Diego contaba

con una economía diversificada. La gama de aventuras capitalistas en ese lugar era muy amplia: el plan para el “nuevo pueblo” de San Diego por parte de su fundador oficial, Alonzo Horton, así como los negocios de bienes raíces de la familia Spreckles y los planes ferroviarios, se constituyeron en la fuerza motriz de la “Ciudad en movimiento” (“City in Motion”).<sup>1</sup>

Por esta razón, los migrantes mexicanos se encontraron dentro de una sociedad angloamericana. Ciertamente, San Diego estaba históricamente vinculado con la península, pero las poblaciones española y mexicana siempre habían sido pequeñas y se habían centralizado en el “pueblo” (*old town*), el cual, a la vuelta del siglo, era solamente periférico a la nueva ola de construcción y crecimiento que había hecho de la angloamericana la mayoría de la población. Ésta se componía de nuevos pobladores atraídos por el *boom* de los bienes raíces, capitalistas del este deseosos de crear su propia ciudad, promotores inmobiliarios porteños, una variedad de individuos nativos, y transitorios deseosos de participar en el auge de la bulliciosa ciudad porteña. San Diego era el sueño del capitalismo —puente a México y el Pacífico sur y para el intercambio con Panamá—, debido a su gran riqueza de recursos naturales. La pesca a lo largo de la costa había atraído a una colonia de pescadores chinos, cuya flota de barcos se encontraba estacionada en el puerto, mientras que también la agricultura se convertía en un próspero negocio para esta comunidad asiática; las compañías de barcos de vapor inglesas y alemanas hicieron de San Diego su principal puerto de escala, en tanto que pequeñas explotaciones mineras de metales semipreciosos eran comunes en los campos circundantes. En consecuencia, San Diego era una ciudad fronteriza marcada por un rápido cambio en la población y en su perfil físico: un nuevo puerto que conectaba la línea transcontinental con Los Ángeles, y un “nuevo pueblo” que se construía mientras que varias áreas residenciales se abrían dentro de él y en sus alrededores.

<sup>1</sup>“Ciudad en movimiento” (“City in Motion”), es el eslogan actual de la ciudad.

La frontera representaba un nuevo ambiente para las familias de este estudio, pero era alcanzable. Los mexicanos peninsulares conocían las políticas fronterizas a través de los lazos familiares y las experiencias en la frontera del sur de California. Y aunque para algunos migrantes este movimiento era, sin duda, una aventura totalmente nueva, ellos conocían detalles del norte a través del contacto con amigos y familiares que habían estado en San Diego.

Las líneas marítimas de las compañías mineras del norte y otras rutas comerciales regulares de Alta a Baja California proporcionaron un acercamiento continuo entre migrantes y residentes de los pequeños pueblos del cabo y el golfo. Este contacto periódico con familiares y amigos que habían migrado y las relaciones históricas con las Californias fueron la base para el establecimiento de vínculos regionales por parte de los migrantes del siglo xx en la frontera. Además, los pueblos de origen se encontraban relativamente a corta distancia. Estos dos factores: el contacto y la proximidad a la frontera, redujeron la amenaza de la separación. Asimismo, el transporte regular favoreció la accesibilidad a los pueblos de origen, haciendo posible los frecuentes viajes de los migrantes hacia la frontera, y de regreso a casa.

Aunque cruzar la frontera era en realidad sólo una formalidad, el establecimiento en San Diego y Caléxico fue cualitativamente distinto de los asentamientos hechos por los migrantes en su camino a lo largo de la península. Al abandonar las minas y el sur de la península, los migrantes no volvieron a formar pequeñas comunidades geográficamente aisladas donde las reuniones entre ellos pudieran ser experiencias cotidianas. Lo que es más, los peninsulares dejaron de formar parte de la población dominante y constituyeron un grupo subordinado participando en una nueva interacción cultural. Además, la mayoría de las familias se dispersó y, a diferencia de la forma en que anteriormente se agrupaban por el trabajo en las comunidades mineras, ahora era extraño encontrar amigos migrantes trabajando juntos en los Estados Unidos; en general, se dedicaban a diferentes labores y vivían en distintas áreas.

Otra disparidad apareció en las habilidades que los individuos tenían y el empleo que tomaron en los Estados Unidos, ya que una gran cantidad de migrantes no encontraron en San Diego un mercado de trabajo apropiado para sus habilidades. La mayoría de ellos se enfrentaron con la posibilidad de nuevos empleos en nuevas áreas. Tanto los trabajadores calificados como los rancheros y mineros dejaron de sentir la seguridad que les proporcionaba su experiencia laboral. En la frontera, muchos individuos se vieron forzados a aceptar empleos sin tener experiencia en ellos o sin que estuvieran relacionados con sus antiguas ocupaciones. Todo el trabajo en las pequeñas comunidades del desierto había dependido de la economía minera, y los individuos percibían su actividad como una contribución al éxito de las minas. Sin embargo, los trabajos en San Diego eran vistos como intrascendentes, para los cuales no se requerían verdaderas habilidades. Muchos de los primeros migrantes se ocuparon en la construcción o la agricultura, moviéndose con frecuencia entre empleos completamente diferentes.

Los migrantes mineros de Baja California tenían cierta preparación para lidiar con los retos del nuevo contexto. La experiencia minera los había colocado siempre en ambientes sociales y geográficas cambiantes, adaptándose con sus familias a los altibajos de los ciclos, los traslados, las diferentes comunidades, y las pequeñas y animadas economías de las cuales los estadounidenses, ingleses y personas de otras nacionalidades también formaban parte. Incluso, muchas de estas familias, como los Smith y los Bolume, desarrollaron lazos genealógicos con estos europeos y estadounidenses. Por ello, el contacto cara a cara con población predominantemente anglo de San Diego no fue una experiencia nueva para estas familias.

La gente atendió un patrón específico de entrada en la comunidad de San Diego, siguiendo a familiares y amigos hacia sus comunidades y estableciéndose cerca de ellos. Como sucedió en la migración a las comunidades mineras del sur, los obreros de las minas y los migrantes llegaban por barco a las casas de sus familiares y compatriotas, con la intención de establecerse en áreas aledañas. Así,

la ayuda de familiares y amigos para encontrar empleo y apoyo se convirtió en el principal mecanismo de fortalecimiento de las relaciones sociales entre los migrantes peninsulares.

Más aún, además de los factores externos que facilitaron la adaptación de los migrantes, éstos tuvieron que experimentar cambios internos y mantenerse en un estado de transición permanente. Por ejemplo, la nueva generación nacida a lo largo del circuito minero experimentaría un proceso de socialización y enculturación que sería útil para el nuevo estilo de vida en la península. Asimismo, aun cuando estos individuos habían pasado sus años formativos en el Desierto Central, los más jóvenes tuvieron que hacer lo propio en los pueblos fronterizos de los Estados Unidos.

### Frontera e inmigración

Las leyes de inmigración en las primeras décadas del siglo xx permitían el fácil movimiento de los bajacalifornios hacia los Estados Unidos. No había patrulla fronteriza, y las cuotas e impuestos a los inmigrantes que no provenían del oeste no se aplicaban a los mexicanos.<sup>2</sup> El trámite de cruce a los Estados Unidos era una mera formalidad. A los inmigrantes se les solicitaba que se registraran en un puerto oficial de entrada o garita. No había otros requisitos y, aunque en 1917 se aplicó un impuesto de ocho dólares por cada inmigrante y se solicitaron fotografías de todos los extranjeros entrantes, los niños menores de 16 años estaban exentos del pago cuando eran acompañados por alguno de sus padres. Además, la interpretación de esta ley se hacía con poco rigor y, con frecuencia, no se cobraba la cuota a grupos de mano de obra contratada para las regiones del norte de los Estados Unidos.

<sup>2</sup>Para un listado cronológico completo sobre las leyes de inmigración y naturalización, véase United States Department of Justice-Immigration and Naturalization Services (1953), *Laws Applicable to Immigration and Naturalization Services*. Por su parte, A. Hoffman (1974:24-38), en *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression*, provee una excelente revisión histórica de las audiencias del Congreso y la implementación e interpretación de las leyes de inmigración en la frontera.

No obstante, en 1924, ocurrieron algunos cambios legales que afectaron el flujo de mexicanos hacia los Estados Unidos. Durante la década que siguió a la Revolución Mexicana, la entrada de extranjeros empezó a llamar la atención por el gran número de solicitantes de empleo en regiones de desarrollo industrial y agrícola al norte de la frontera. Así, a lo largo de la década de 1920, esto dio lugar a un prolongado debate sobre la imposición de cuotas y tarifas a los inmigrantes que entraban en este país. Por ello, en 1924 se creó la patrulla fronteriza y los oficiales de inmigración iniciaron con la aplicación estricta de la ley de 1917, negándose visas a los mexicanos inmigrantes en cantidades que iban en aumento.<sup>3</sup>

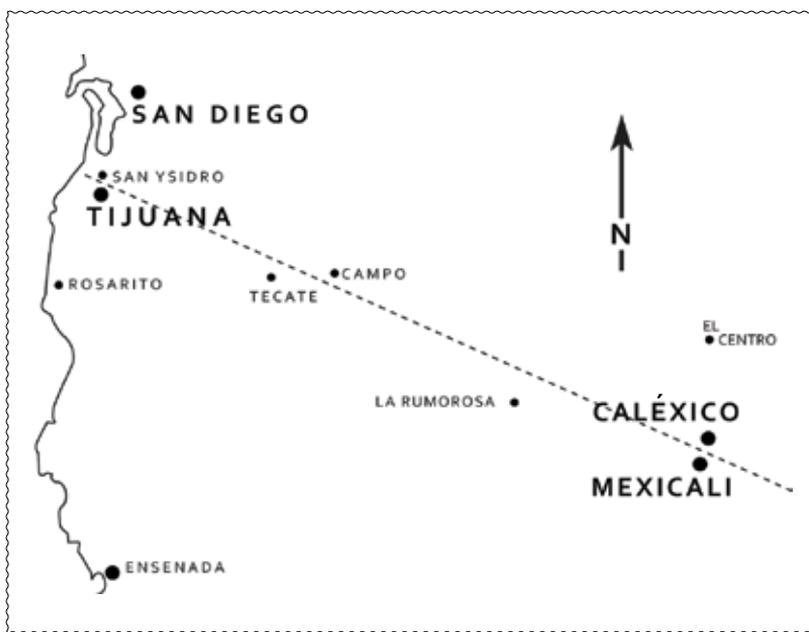
Los bajacalifornios de este estudio entraron en los Estados Unidos antes del período *represivo*. La mayoría había llegado durante las dos primeras décadas del siglo xx, cuando el registro era el único requerimiento para la entrada legal. No había sanciones por cruces ilegales ni vigilancia en la frontera, y cuando algún mexicano era aprehendido por no haberse registrado, solamente se le instaba a que lo hiciera en alguna de las estaciones migratorias oficiales (Hoffman, 1974:11).

Incluso, poco antes de 1924, debido a que había algunas lagunas jurídicas en la ley inmigratoria, la interpretación se dejó al criterio de los oficiales de inmigración en la frontera, lo que permitió la entrada a algunos individuos, como los que habían cruzado a los Estados Unidos con anterioridad o de aquellos que tenían familiares ciudadanos que pudieran responder por ellos. Así, los bajacalifornios tenían una ventaja definitiva: ya que muchos habían cruzado previamente, la mayoría tenía familiares y amigos

<sup>3</sup>La nueva política recortó drásticamente las entradas de mexicanos. Hoffman (1974) proporciona estas estimaciones de reportes presentados al Departamento de Estado en 1931: “Entre 1923 y 1929 un promedio de 62 000 mexicanos por año habían entrado legalmente en los Estados Unidos. Durante el año en que la política de la nueva visa fue puesta en efecto, la estimación bajó a 40 013, y para el cierre del año fiscal –30 de junio de 1930–, el número había sido reducido a 11 801. Entre julio de 1930 y el 30 de junio de 1931, únicamente 2 457 mexicanos inmigrantes recibieron visa, lo que representó una reducción de 94 por ciento de la estimación de 1929”.

viviendo en los Estados Unidos y entendía el proceso de cruzar la frontera.

Esta relativa ventaja reflejó los nexos regionales entre las Californias y las interrelaciones de la población que vivía en ambos lados de la zona fronteriza. Los frecuentes cruces de los bajacalifornios de la península hacia los Estados Unidos ilustran la movilidad de los individuos dentro de esta región, dinámica que fue alentada por la política de inmigración de este país durante los primeros años del siglo xx. La flexibilidad y apertura de la frontera fomentaron una constante movilidad entre los pueblos estadounidenses y mexicanos, así como el asentamiento de individuos de esas familias en ambos lados de la franja fronteriza.



MAPA 6. La frontera

Los inmigrantes peninsulares, por lo tanto, cruzaron al norte con facilidad y entraron en los Estados Unidos legalmente por San Diego, Caléxico (la principal garita en California en esos años) o

por otras pequeñas estaciones oficiales localizadas en puntos internos de los Estados Unidos. En 1920, cuando la familia Castellanos regresaba de Mexicali a San Diego, Ursino Álvarez se reunió con ellos en San Ysidro. Las oficinas de inmigración estaban cerradas, pero se permitió a la familia la entrada en el país, donde pasaron la noche y regresaron para registrarse en la frontera al siguiente día. Este tipo de acciones eran comunes durante los primeros cruces.

Por su parte, alrededor de 1910, los Simpson llegaron del circuito minero a la frontera cerca de Campo, un pequeño pueblo a 65 kilómetros de San Diego y 16 de la frontera con Estados Unidos. La familia se dirigió tierra adentro hacia Jacumba, donde un oficial mexicano se hizo cargo de sus documentos, y después continuaron a Caléxico, que era la única garita de inmigración. Los inmigrantes debían reportarse allí ante el servicio de naturalización para registrarse y pagar la tarifa de entrada de ocho dólares. En ese momento no existía la estación que actualmente se encuentra en Tecate.

El cruce por Caléxico era igualmente sencillo. Martina Mesa (hermana de Apolonia Mesa de Smith) describe como “lo mismo” al lado mexicano que al estadounidense. En ese tiempo, el procedimiento para cruzar era dirigirse primero a la garita fronteriza. De ahí los individuos eran enviados al cónsul mexicano en Caléxico, donde se les hacían una serie de preguntas y eran registrados. Después se arreglaban los papeles. En el caso de la señora Martina, a su hermana y a los hijos de ambas se les pidió que regresaran el mismo día con los papeles llenos, las fotografías y el pago. Para realizar éste tuvieron que trabajar ese mismo día en la pisca del algodón. Entonces volvieron y se registraron como inmigrantes legales en Estados Unidos.

El cruce de los Hollman fue también irrestricto. Una noche de noviembre de 1910, cuando los “revolucionarios” llegaron a Mexicali, Marcos Hollman llevó a su familia a Caléxico, temiendo por su seguridad. No había, en ese momento, inspección migratoria, pero al siguiente día, el señor Hollman registró el cruce de su familia ante el servicio de inmigración de los Estados Unidos.

El establecimiento de las familias sobre ambos lados de la línea también reflejó las primeras políticas fronterizas. Muchos individuos vivían en Caléxico pero trabajaban en Mexicali. Cuando los Castellanos llegaron por primera vez a esa localidad californiana, Narciso obtuvo trabajo en el gobierno mexicano y cruzaba a Mexicali diariamente. Incluso, los anuncios de Caléxico para el comercio e inversiones estaban dirigidos al progresivo desarrollo de Mexicali.

Estos ejemplos ilustran la movilidad geográfica de las familias que vivían en la zona fronteriza, así como la actitud de apertura de la frontera por parte del Servicio de Inmigración de Estados Unidos en las décadas tempranas del siglo xx. Los migrantes se acercaban a la línea internacional confiados en que cruzarían la frontera, de manera temporal o permanente. Aun cuando los individuos no contarán con el dinero suficiente para el pago de la tarifa, había de inmediato un trabajo disponible, o bien, la familia o amigos residentes en los Estados Unidos les proporcionaban la ayuda necesaria. De hecho, de todas las familias que forman parte de este trabajo, a solamente una se le negó la entrada en los Estados Unidos, debido a una seria enfermedad de uno de sus miembros. Esta apertura facilitó grandemente la continuidad de los nexos con los pueblos de origen y permitió un flujo continuo de las familias de Baja California hacia la zona fronteriza de los Estados Unidos.

Esto creó una atmósfera sociocultural en la frontera que fomentó el mantenimiento de las redes familiares y el establecimiento de nuevas interrelaciones familiares. La llegada de los migrantes a Caléxico y San Diego tuvo como consecuencia natural la búsqueda de amigos en un intento por mantener las instituciones que eran parte de su modo de vida. Estimulados por la presencia y el continuo arribo de otros peninsulares con quienes compartían origen y experiencias migratorias, los migrantes generaron y extendieron los tradicionales patrones de organización social. Confianza, compadrazgo y matrimonio formaron parte de una serie de instituciones familiares que dieron como resultado el incremento de las interrelaciones

entre las familias. Estas relaciones contribuyeron a la creación de una organización social de migrantes identificable en los Estados Unidos. El uso de este conjunto de instituciones ayudó a los migrantes a mantener su identidad cultural y a que la red formara un campo social caracterizado por límites socioculturales claramente definidos. Las instituciones familiares se convirtieron entonces en los principales mecanismos para la creación de una red social familiar que contribuyera al mantenimiento de su cultura y la adaptación a las ciudades de la frontera.

Más aún, esta red no fue una simple extensión de las redes de los pueblos, sino una estructura más amplia que fue creada junto con la frontera, utilizando las instituciones familiares tradicionales. Estas redes entre los migrantes se caracterizan por la existencia de interrelaciones entre la familia extensa y los amigos que comparten un origen geográfico (Butterworth, 1970; Bruner, 1973; Doughty, 1970; Friedl, 1959, 1964; Lewis, 1952, 1973; Mangin, 1973). La red de Baja California en la frontera incluyó migrantes de diferentes pueblos peninsulares y, por lo tanto, era una red regional de familias provenientes de una amplia zona. Por ello, un gran número de éstas no se conocían entre ellas antes de la migración, a diferencia del patrón de las redes existentes en los pueblos mineros. No obstante, la ayuda mutua y la reciprocidad entre los miembros siguieron siendo comunes aun en la frontera.

A su llegada a San Diego, las familias del cabo recibieron ayuda de familiares y amigos, que les extendieron un apoyo que, en general, era ofrecido sólo a parientes. Estas interacciones familiares, con origen en pueblos específicos, se mantuvieron, en la medida de lo posible, entre los primeros migrantes y sirvieron para traer a los parientes en el segundo flujo migratorio de las décadas de 1920 y 1930.

Más aún, ciertas redes de los pueblos de origen no permanecieron como estructuras familiares aisladas, ancladas a aquellos lugares. La migración en etapas favoreció la expansión de las interrelaciones entre las familias, en las cuales las redes familiares eran tam-

bién mecanismos de crecimiento. Cuando los migrantes llegaron a la frontera y empezaron a asentarse, las amistades, la confianza y los primeros compadrazgos fueron la base para la continuidad de las relaciones. El ambiente fronterizo fomentó las expresiones de confianza y la extensión de las instituciones familiares entre familias. Esto condujo a vínculos matrimoniales y, finalmente, a una exitosa generación de descendientes cuya ascendencia pudo ser rastreada hasta algunos poblados peninsulares. En resumen, podemos decir que la ayuda mutua y la reciprocidad condujeron primeramente a relaciones de compadrazgo y, posteriormente, a lazos matrimoniales entre los sucesores de los pioneros de las minas y los primeros migrantes del Pacífico y el golfo.

El inicio de las relaciones formales entre familias puede observarse claramente entre los primeros inmigrantes que arribaron en barco. Éstos llegaron primero a San Diego y formaron un núcleo de bajacalifornios. A medida que Caléxico fue creciendo y atrayendo mano de obra, los entrantes en San Diego viajaron a Caléxico, donde se restablecieron los antiguos vínculos y se crearon nuevos. Una breve sinopsis de la migración de Nicolás Ceseña, los Lieras y los Hollman revela el patrón de las migraciones familiares previas, el del asentamiento en la frontera y el surgimiento de las primeras amistades y matrimonios que condujeron a la formación de la red fronteriza de interrelaciones familiares entre los bajacalifornios.

## **San Diego, 1900-1920: Primeros migrantes por barco**

### **Nicolás Ceseña**

La experiencia del señor Ceseña y su familia ilustra los continuos vínculos establecidos por las familias a medida que se dirigían del sur hacia la región fronteriza. La migración del señor Ceseña dentro de la zona de frontera y su amistad y matrimonio dentro de la red de migrantes tipifica el patrón de asentamiento en las primeras décadas del siglo xx.

La familia Ceseña cuenta con una larga historia de movilidad en las Californias. Los padres de Nicolás Ceseña viajaron con frecuencia a Alta California. Su madre, Jesusa Castro, había vivido varios años en San Francisco antes de regresar al cabo, donde contrajo matrimonio con Eugenio Ceseña, quien hacía frecuentes viajes de negocios al norte. Él enviaba cítricos a San Francisco e importaba manzanas del norte.

En 1898, a la edad de cuatro años, Nicolás, sus hermanos y sus padres abordaron el barco y se dirigieron a Ensenada, en donde un tío y su abuela maternos se habían establecido. El hermano de su mamá y otros parientes que habían migrado antes estaban viviendo en San Diego, hacia donde los Ceseña iban con frecuencia durante los años que pasaron en Ensenada.

En 1907, al fallecer sus padres, Nicolás fue enviado a vivir en San Diego con su tío, y en los siguientes ocho años regresó dos veces a Baja California, con estadías lo suficientemente largas para perder su estatus de inmigrante de los Estados Unidos, que recobró cuando trabajó en el San Diego and Arizona Railroad. Sus días en esta compañía se prolongaron hasta 1925.

Mientras trabajaba con la compañía ferroviaria, el señor Ceseña, quien vivía en Tecate, visitaba con frecuencia San Diego y se acercó a las familias de Baja California. En 1919 se casó con Luisa Chávez, una descendiente directa de los Smith de Comondú (la madre de Luisa se apellidaba Smith). Su primer hijo, Manuel, nació en Tecate en 1920, y en 1922 se asentaron entre un conjunto de familias que conformaban la comunidad de Lemon Grove, a tan sólo 16 kilómetros de San Diego.

El período justo antes de establecerse representó una transición para el señor Ceseña. Su patrón de movimiento a lo largo de la frontera había fluctuado como el de los Castellanos y Loreto Márquez. Sin embargo, durante estos años, las familias estaban conociéndose y formando una nueva comunidad en San Diego. Estas interrelaciones no descansaban exclusivamente en nuevos conocidos y nexos familiares, sino en los vínculos surgidos desde el lugar de origen. Las

vidas, la migración y el matrimonio de Antonia Núñez de Lieras y Pepe Lieras constituyen un ejemplo de esto.

## Los Lieras

En 1908, Antonia Núñez y su padre abordaron el barco en el pequeño puerto de La Palmilla,<sup>4</sup> en San José del Cabo, y partieron directamente a San Diego. Durante los siguientes nueve años, Antonia y su padre vivieron en varios poblados de los alrededores de San Diego. Eventualmente, ella se estableció en Lemon Grove con su esposo, Pepe Lieras, otro nativo de San José del Cabo, quien arribó a San Diego después de pasar sus primeros años de vida en su lugar natal. En este pueblo sureño había conocido a familias como los Álvarez y los Hollman, cuyos miembros también llegaron a San Diego.

En 1917, el matrimonio entre Pepe Lieras y Antonia Núñez fue uno de los primeros vínculos entre las familias de bajacalifornios en San Diego. Entre los primeros amigos estaban Ramona Castellanos y Ursino Álvarez, quienes fueron migrantes del circuito minero. Pepe había conocido a los padres de Ursino en San José y hablaba de ellos con frecuencia en San Diego. Esta amistad llevó a relaciones de compadrazgo al momento en que los Álvarez bautizaron a uno de los varios niños Lieras.

A través de sus hijos, los Lieras sentaron bases para establecer relaciones sociales solidarias entre la primera generación de las familias migrantes de bajacalifornios en San Diego. La señora Lieras tuvo en total 17 hijos, de los cuales 16 sobrevivieron. Éstos contrajeron matrimonio con miembros de otras familias de Baja California. De esta manera, los Lieras –padres e hijos– proveyeron de importantes vínculos cuando Lemon Grove se convirtió en el nexo geográfico entre la red y la comunidad bajacaliforniana.

<sup>4</sup>La Palmilla era el puerto donde los barcos recogían mercancía y pasajeros que se dirigían hacia el norte. Pequeños botes eran cargados en la playa y remaban hacia los barcos que esperaban más adentro. El viaje al norte tomaba aproximadamente siete días.

## Los Hollman

La historia de la familia Hollman también revela patrones de movilidad entre las dos Californias y la cohesión interna de las familias a lo largo de la frontera. El patrón de asentamiento de los Hollman en la frontera ejemplifica la búsqueda de otros californios, el establecimiento de nuevas amistades y los vínculos creados entre no familiares de Baja California. El resumen cronológico de la migración y establecimiento de los Hollman muestra la constante movilidad de tres generaciones entre las Californias, Caléxico y San Diego, y cómo el movimiento entre estos lugares fue el patrón que siguieron muchas de las primeras familias e individuos que llegaron a San Diego.

José Hollman emigró originalmente de Berlín a Sudamérica. Se dirigió posteriormente a San José del Cabo, donde se estableció y se casó con Micaela Acosta, nativa de San José. La pareja tuvo siete hijos y permanecieron en el cabo hasta la muerte de José en 1920. Micaela se dirigió entonces al norte, a San Diego, adonde tres de sus hijos habían migrado.

Marcos Hollman, hijo de José, se había mudado a San Diego en 1904 con su esposa –Eulogia Gastélum– y dos hijos –Bernardo y Josefa–. Ellos, al igual que otros nativos de San José del Cabo, llegaron al norte en barco, desembarcaron en Ensenada y cruzaron la línea internacional por San Ysidro. Ese año, los Hollman tuvieron a su hija Sarah en San Diego, quien falleció antes de finalizar 1904. El siguiente año, Marcos fue a Mexicali; Eulogia y los niños regresaron a San José, donde permanecieron cerca de un año. Regresaron a San Diego nuevamente en barco a finales de 1905, y en 1907 viajaron a Caléxico, pero cruzaron de regreso a Baja California para establecerse finalmente en Mexicali.

El caso de los Hollman también ilustra los fuertes lazos familiares que ayudaron a mantener una base segura para el establecimiento de los inmigrantes en la frontera. Las visitas frecuentes al sur para ver a los familiares cercanos, la llegada de parientes cercanos (maternos y paternos) y la adopción compartida de los niños



Josefa (de pie), Víctor, Bernardo (sentado) y Marcos Hollman, *circa* 1917.

Hollman son obvias acciones que favorecieron el exitoso asentamiento en los pueblos de la zona.

En el transcurso de la siguiente década, los Hollman se mudaron con frecuencia, cruzando la frontera al norte y de regreso a la península. En 1910, Bernardo, el hermano mayor, acompañado por una tía materna que estaba viviendo en San Diego, regresó a San José para visitar a su abuela enferma. Cuando Bernardo regresó a Mexicali en ese mismo año, los disturbios revolucionarios habían empezado a sacudir al pueblo, por lo que la familia cruzó la frontera hacia Caléxico. A la muerte de ambos padres en 1919, los hijos de la pareja fueron adoptados por otros miembros de la familia que habían migrado con anterioridad.<sup>5</sup> Al principio, los niños (Bernardo, Josefa, Marcos y Víctor) fueron cuidados por una tía materna casada con Narciso Montejano (ambos nativos del cabo). Posteriormente, en 1921, los niños fueron llevados a San Diego, donde Josefa Gastélum de Ceseña, otra tía materna, los adoptó. Su esposo, Daniel Ceseña, también era originario del cabo.

Durante esos años, los Hollman conocieron a algunas familias con las cuales establecieron relaciones que perduraron de por vida. En Mexicali, Bernardo se relacionó con Panchita, Juana y los Castellanos. Los Hollman también conocieron a los Salgado (la familia de mi abuela materna, Dolores Salgado de Smith), quienes también se incorporaron a la creciente red de Baja California. Asimismo, Bernardo y su familia se relacionaron con los Smith en Caléxico. Estos nuevos conocidos fomentaron el establecimiento de lazos formales que después colocarían a un buen número de familias dentro del cerrado círculo social de los alrededores de San Diego. En Caléxico, Marcos y Eulogia Hollman se hicieron compadres de los Salgado y los Bareño (de Comondú), y en San Diego, de los Álvarez y los Smith. Los matrimonios entre los Hollman y los Salvatierra (del cabo) ocurrieron en las siguientes décadas. Tales lazos interfamiliares fueron comunes en los años que siguieron al período inicial de asentamiento.

<sup>5</sup>José y Marcos nacieron en Mexicali en la década anterior. Los últimos dos hijos, Federico y Víctor, nacieron en Caléxico.

## El segundo flujo migratorio: Las décadas de 1920 y 1930

La segunda oleada de bajacalifornios hacia la frontera no sólo incrementó el número de personas dentro de la red, sino que también fortaleció los nexos entre las familias ya asentadas. Estos últimos migrantes llegaron a trabajar en la industria algodonera de Mexicali y buscando a familiares que se habían asentado en los períodos iniciales de la inmigración. A diferencia de los migrantes anteriores, estos últimos llegaron directamente al norte, asumiendo el clásico patrón de una segunda afluencia. La mayoría de las familias que arribaron eran parientes de los anteriores migrantes, con quienes buscaron refugio y ayuda. La familia extensa, igual que en las redes originales de los pueblos, continuaron fortaleciendo los lazos familiares y proporcionaron nuevas fuentes para el crecimiento de las interrelaciones familiares. De esta manera, esta segunda corriente ayudó a perpetuar las conexiones regionales de los migrantes de la península. Las familias y amigos recién llegados llevaban noticias sobre los seres queridos del sur y sobre los cambios acontecidos dentro de las familias de los pueblos de origen, avivando, en la memoria de los primeros migrantes, recuerdos de tiempos pasados que no volverían a ser capturados.

A través de los matrimonios en el sur, algunas parejas de esta segunda corriente se unieron a un grupo de familias extensas que se habían conocido en el norte, el golfo o pueblos del interior por medio del reasentamiento, breves estancias de trabajo o amigos mutuos de la familia. Los matrimonios entre individuos de diferentes pueblos siguieron el mismo patrón en la frontera, ya que cuando estas parejas se dirigieron al norte, con frecuencia se volvieron puentes que ayudaron a reunir a familias extensas de la población migrante. Los casos de familias de esta segunda oleada que ya se conocían o estaban vinculadas a través de otro tipo de relaciones, agregaron un eslabón más a la solidaridad interfamiliar.

Como se comentó anteriormente, cuando los individuos llegaban al norte recibían apoyo de familiares y amigos. Por ejemplo, los

Smith tenían parientes viviendo en San Diego, que los recibieron la primera vez y les ofrecieron un lugar desde el cual podían buscar trabajo y alojamiento. De la misma forma, cuando los Ceseña se dirigieron al norte, la familia les proporcionó un hogar y adoptó a los hijos pequeños al fallecer sus padres. Los Hollman, Álvarez, Becerra y otras familias actuaron de manera similar. Así también, los amigos jugaban con frecuencia un papel importante en la extensión de la ayuda para las familias que llegaban. Éste es el caso de los Castellanos, quienes habían recibido a los Márquez y brindado apoyo a algunas familias a su llegada a San Diego.

El patrón de la segunda ola migratoria a la frontera fue similar al de la primera fase, ya que también se trató de un movimiento en familias nucleares o grupos familiares, a menudo provocado por la ausencia de alternativas económicas en los pueblos de origen. Sin embargo, a diferencia de la primera migración, la decisión de abandonar la región del cabo fue auspiciada por los familiares que ya se encontraban en el norte, por lo que estas familias migrantes se encaminaban directamente a la frontera de Estados Unidos, lo que favoreció el relativamente rápido movimiento, que contrastaba con la lentitud del proceso observado por los migrantes del circuito minero. Se trataba de un traslado único desde sitios del golfo hacia el norte y delta del Colorado, que con frecuencia alcanzaba su destino a las pocas semanas de haber abandonado el pueblo en el sur.

Más aún, a diferencia de las migraciones anteriores, las de las décadas de 1920 y 1930 fueron parte de un flujo mayor de mexicanos hacia los sectores en desarrollo de los Estados Unidos, y sucedieron de manera paralela a otra inmigración masiva al norte agricultor e industrial del país. La gente estaba emocionada por las historias de prosperidad económica y empleo en el norte. Los viajes en barco se desarrollaron adecuadamente en la tercera década del siglo xx, y el golfo se convirtió en una importante vía de pequeñas embarcaciones que navegaban hacia los puertos norteños del delta del Colorado para desembarcar a los *enganchados* (mano de obra contratada), quienes se dirigían hacia los valles de Mexicali e Impe-

rial en las Californias. Así, mientras que la mayoría de los inmigrantes se unían al circuito de trabajo en el valle de San Joaquín al norte, los migrantes bajacalifornios permanecieron en la frontera con familiares y amigos, a una distancia sorprendente de la península y los pueblos del sur.

El incremento de los viajes al golfo fue consecuencia del *boom* algodónero en Mexicali, el crecimiento de este valle y el incremento en la demanda de mano de obra para la nueva economía. Los pequeños navíos que buscaban esta fuerza de trabajo establecieron entonces una red de viaje constante entre el cabo y el norte.<sup>6</sup> Al mismo tiempo, había movimiento de peninsulares a través del golfo hacia tierra firme.

Los movimientos de la segunda oleada y el aumento de los vínculos en la frontera se pueden observar con mayor claridad en las historias reales de los migrantes que abandonaron sus pueblos en busca de una mejor economía, aunque conservando sus estilos de vida. Los siguientes ejemplos, los Bareño y los Romero, ilustran la naturaleza de la segunda migración y los patrones de relaciones internas que ayudaron a formar una red social de carácter formal en la frontera.

### Los Romero Mesa y los Bareño Mesa

En 1920, las familias de Martina Mesa de Romero y su hermana, Berta Mesa de Bareño, salieron del pueblo de Loreto hacia la frontera con los Estados Unidos en busca de trabajo. Martina quería ir primero con su hermana, y ambas discutieron la posibilidad de reunirse con otra hermana, Apolonia Mesa de Smith, quien 20 años antes había ido al norte a través del circuito minero. Los recuerdos de Martina ilustran la importancia de las conexiones familiares en la decisión de migrar:

---

<sup>6</sup>Los viajes, la comunicación y la migración interna a lo largo de ambas costas del golfo son temas importantes de estudio que deben ser desarrollados en futuras investigaciones. El contacto entre los puertos de la península y tierra firme parece haber sido regular, incluso en gran escala.





Martina Mesa de Romero en San Diego, 1976.

Después de su matrimonio, los Romero Mesa vivieron en Cananea por dos años, pero regresaron a Loreto, donde se dedicaron a la ranchería y la recolección de palo blanco<sup>9</sup> durante cerca de cinco

<sup>9</sup>La corteza de palo blanco era muy usada por sus propiedades curtidoras. Fue utilizada por los misioneros y varios residentes del sur del cabo, quienes la colectaban y vendían a compradores extranjeros. El uso local y la venta del árbol virtualmente

años, antes de decidir acompañar a los Bareño al norte. Su decisión de partir también fue influida por una migración anterior, la del hermano menor de Martina, Levorio, quien había ido a Mexicali como trabajador contratado en 1915. Más aún, su partida al norte fue impulsada –al menos para Martina– por la salida de su hermana y la presencia de Apolonia y Levorio en el norte.

Aunque los Bareño fueron al norte por varias razones, el motivo principal parece ser la búsqueda de nuevas oportunidades económicas. Berta Mesa de Bareño y su esposo Miguel habían vivido en Loreto, donde él se había desempeñado en varios trabajos, incluyendo los de cartero, *sheriff* y *bayuquero* (administrador de tabernas). Uno de sus hijos, Enrique, menciona que otra de las razones de su partida fue la revolución. La presencia de Apolonia, hermana de Berta, y la de su hermano Levorio en el norte agregaron incentivos a la migración.

El viaje desde Loreto a Mexicali duró aproximadamente una semana. Abordaron el barco *La Pacita*, el cual se detuvo en Santa Rosalía y después se dirigió por el golfo a San Felipe. Los pasajeros desembarcaron cerca del puerto de La Bomba y viajaron alrededor de 160 kilómetros por tierra hacia Mexicali. Una vez allí, muchas familias cruzaron directamente a los Estados Unidos.

Levorio Mesa estaba viviendo en Mexicali cuando arribaron sus hermanas Berta y Martina. Una vez que supieron de él, fue fácil encontrarlo. Levorio había establecido contacto con su otra hermana –Apolonia Mesa de Smith– en Caléxico, e iba regularmente a verla los fines de semana. Berta y Martina mandaron decirle a Apolonia que habían llegado, e iniciaron el proceso de inmigración de inmediato. Las familias no tuvieron problemas para cruzar la frontera y fueron directamente adonde se encontraba Apolonia.

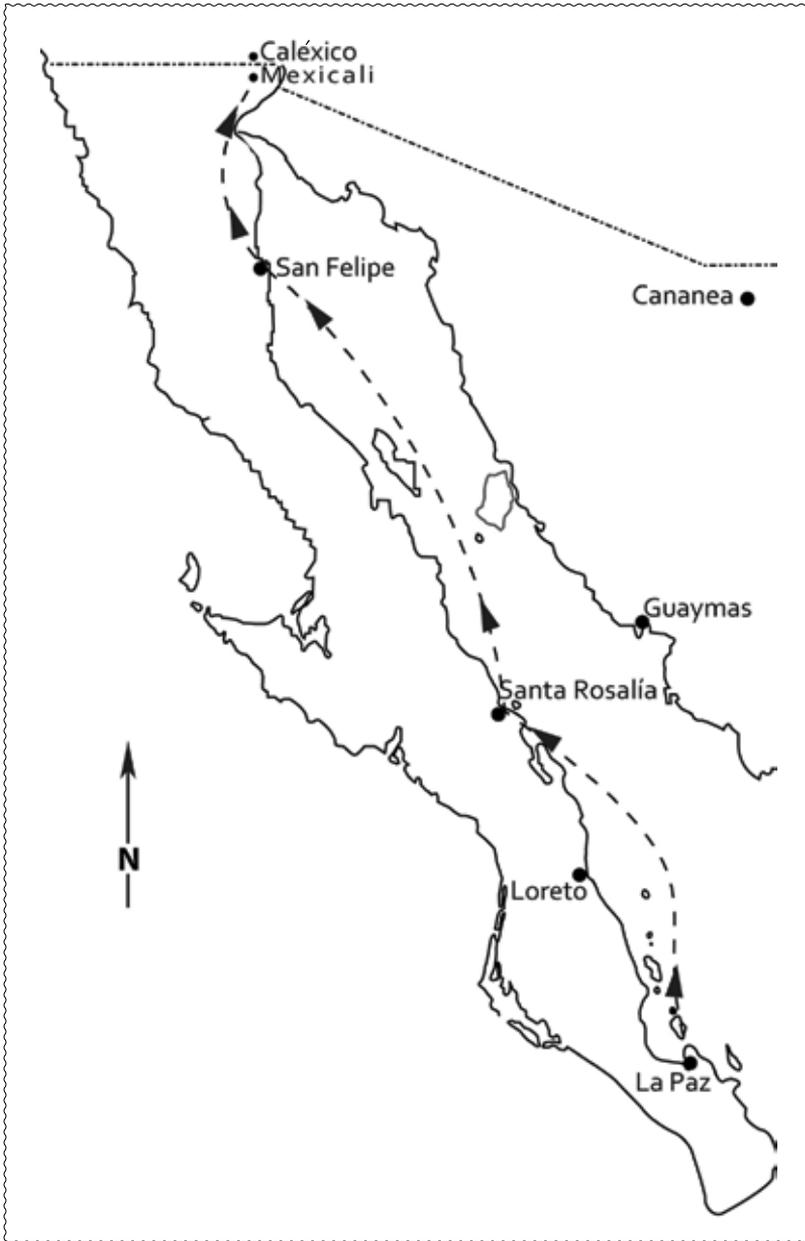
La migración conjunta de estas dos hermanas y sus familias dio como resultado una inmediata afiliación a la familia extensa de los Mesa en el norte y atrajo a dos líneas extendidas –los Bareño y

---

desmontaron la zona. Actualmente, sólo se encuentran estos árboles de manera abundante en sitios con elevaciones mayores (Coyle y Roberts, 1975:88).



Apolonia Mesa de Smith en San Diego, *circa* 1945  
(cortesía de María Smith Álvarez).



MAPA 7. Ruta de la segunda afluencia de migrantes por el golfo

los Romero— hacia la creciente red de Caléxico. Estas dos familias conocieron a otros bajacalifornios en Mexicali y Caléxico y empezaron a establecer nexos formales propios con parientes y amigos peninsulares.

Así, la segunda afluencia de familias se convirtió en parte de la red del norte, siguiendo un patrón similar al desarrollo de relaciones entre los anteriores migrantes. Una vez en el norte, las parejas tuvieron hijos que socializaron con los descendientes de los pioneros en la frontera. Incluso, el alumbramiento de los niños proveyó una extensión de las relaciones sociales. Guadalupe Salgado era una comadrona que estuvo cerca de muchas mujeres debido a esta práctica. En al menos una instancia, esto condujo a relaciones de compadrazgo. Las experiencias comunes de los hijos en los barrios y escuelas fortalecieron otro vínculo entre los peninsulares. Las amistades cercanas fueron establecidas con miembros de la familia extensa y, con frecuencia, estas relaciones dieron como resultado lazos formales expresados a través del compadrazgo y el matrimonio. Este patrón general fue un proceso natural de los individuos en la búsqueda de otras personas. Ya había sucedido en el circuito minero y el golfo, y estaba ocurriendo con los migrantes de los pueblos fronterizos. Entre los nuevos y viejos conjuntos de migrantes, el ciclo normal de nacimiento, compadrazgo y matrimonio recibió renovada importancia, dadas las dificultades y la disonancia cultural experimentadas en el nuevo ambiente de la frontera.



## San Diego-Lemon Grove: FloreCIMIENTO, 1930-1950

**D**urante los veranos de mi juventud y adolescencia, Lemon Grove fue un lugar especial. Era tiempo de despreocupación, fantasías de traspatio y canciones de niños por los jardines, cercos y árboles de las casas que conformaban aquella pequeña comunidad. La colina —un área a campo abierto de chaparral y tentadores barrancos— era el terreno de juego para los chamacos merodeadores establecidos allá junto con sus padres y abuelos. Mis padres fueron criados en Lemon Grove, aunque después de su matrimonio nunca vivieron allá. No obstante, con frecuencia tuve la oportunidad de estar allí con mis primos y abuela paterna, Ramona Castellanos. El mundo en Lemon Grove era una realidad entrelazada de vecinos y parientes, de los cuales nosotros, como niños, formábamos parte. Los Ceseña, Bonilla, Lieras, Álvarez, Castellanos, Núñez y otros formaron la base de una atmósfera sociocultural que había empezado cuando esas y otras familias se buscaron unas a otras, se establecieron y perpetuaron los vínculos sociales que unieron a su comunidad.

La llegada y el establecimiento temprano de los bajacalifornios en la región de la frontera fue un tiempo de movimiento y cambios en la familia, tanto en el condado de San Diego como en la zona que va desde el Pacífico hasta la cuenca del Colorado. En los años tempranos de la migración había gran movilidad a lo largo de la línea internacional, pero eventualmente empezaron a asentarse las familias que habían venido del sur. Una era empezó a llegar a su final en la medida en que los migrantes pioneros cedían el paso a la

nueva generación de descendientes que habían nacido y sido criados durante la migración al norte, o en la frontera de los pueblos de Caléxico y San Diego. La muerte de varios pioneros marcó los movimientos de las familias hacia esta población. Sin embargo, algunos otros sobrevivieron como jefes de los hogares y siguieron siendo elementos significativos en la formación de nuevas comunidades que se levantaron en el condado de San Diego.

El florecimiento de las interrelaciones familiares en el pueblo de Lemon Grove trajo consigo el surgimiento de familias e individuos vértice, el fenómeno de incorporación, el desarrollo de conexiones familiares recurrentes y la continuidad de la ideología familiar. Cada uno de estos fenómenos puede verse como un mecanismo o proceso que favoreció el desarrollo sociocultural que estoy describiendo. Los estudios de caso revelan la importancia de estos procesos, pero lo que es menos obvio es su derivación de la historia, afiliación regional, migración y establecimiento de familias a lo largo de la frontera de la Alta California. La fase de Lemon Grove forma parte de la totalidad del proceso migratorio y el desarrollo de la red, desde el período preCalmallí hasta el período de la frontera. La discusión se enfoca entonces en el movimiento de familias fuera de Caléxico y el papel de las experiencias de trabajo, relaciones de parentesco y apoyo familiar durante la migración. Subrayo aquí las percepciones individuales y el comportamiento de los migrantes en un esfuerzo por documentar las historias personales y presentar los factores que en combinación influyeron en el proceso de migración y asentamiento.

## De Caléxico a San Diego

La migración de los bajacalifornios a la frontera entre San Diego y Caléxico empezó en la primera década del siglo xx y se distinguió por el desplazamiento hacia los hogares de hermanos y otros parientes que vivían en Mexicali, Tijuana, Ensenada y Tecate. Por su parte, la migración de los inicios de la década de 1920 se caracterizó por una movilidad sin igual en previos o posteriores momentos. En ese

tiempo eran comunes las visitas a los pueblos de origen, y las que se hacían desde éstos a los familiares sureños con residencia en el norte. Con esos desplazamientos, los vínculos sociales y familiares entre individuos y familias en ambos lados de la frontera adquirieron una creciente animación. Estos lazos promovieron movimientos de Caléxico a la ciudad de San Diego.

Si bien esta migración tuvo lugar principalmente por motivos económicos, la familia jugó un papel igualmente importante para que ésta se llevara a cabo. La comunicación familiar sobre los viajes y experiencias de otros bajacalifornios y acerca de las oportunidades de empleo en el condado de San Diego motivó a otros migrantes a cambiar de lugar. La mayoría de quienes tenían trabajo en Caléxico estaban insatisfechos con su empleo y estilo de vida en ese lugar. Esta insatisfacción surgía cuando los migrantes comparaban los trabajos que habían desempeñado a lo largo del circuito minero de los pueblos del sur, con los empleos no especializados que la mayoría desempeñaba en Caléxico.

### **Manuel Smith: Lazos familiares y apoyo**

Manuel Smith (mi bisabuelo) llegó a Caléxico proveniente del circuito minero, donde había sido leñador independiente. Sin embargo, en esta población se empleó en una serie de trabajos que lo hicieron dependiente del ciclo agrícola. En los pueblos mineros, él tenía sus propias mulas y colectaba leña para el uso en las fundiciones. En Caléxico levantaba las cosechas de los campos, principalmente en ranchos privados. Conforme pasó el tiempo, Manuel se desilusionó de los trabajos disponibles y la ausencia de otras posibilidades en ese lugar, por lo que decidió explorar el área de San Diego en busca de mejores perspectivas. Manuel y su hijo, Adalberto, viajaron entonces a San Diego en una carreta tirada por caballos a través de Laguna Mountain. En El Cajón los recibió Malvino, un tío paterino de Manuel e hijo de Antonio Smith, quien había dejado Comondú con Manuel hacía casi 20 años. Allí se encontraron con ranchos

prósperos, con la ciudad de San Diego en vías de desarrollo y con numerosos bajacalifornios asentados en el área.



Adalberto Smith y Dolores Salgado en Caléxico, *circa* 1918.

Para llevar a cabo este traslado se reunieron con las familias y, como un grupo familiar extenso, emprendieron su camino a San Diego. Las familias nucleares que se unieron a esta migración fueron: Manuel y Apolonia con sus dos hijos solteros; Adalberto (el mayor), su esposa –Dolores Salgado– y sus hijos; Berta Mesa de Bareño, hermana de Apolonia, y su familia. Con el fin de ahorrar dinero para establecerse allí, los Smith fueron primero a Fresno a trabajar en la colecta de fruta por casi un año. Cuando hubieron ganado lo suficiente, se dirigieron al sur a su último destino y asentamiento en Lemon Grove.



La familia de Adalberto Smith en Mexicali visitando a los Salgado en 1924, justo antes de partir a San Diego. De pie, atrás (de izquierda a derecha): Guadalupe Salgado y Dolores Salgado de Smith. Adalberto, sentado, carga a José, con María, de pie a su lado (cortesía de María Smith de Álvarez).



Adalberto Smith con sus dos hijos, María y José, en Mexicali, 1924  
(cortesía de María Smith de Álvarez).

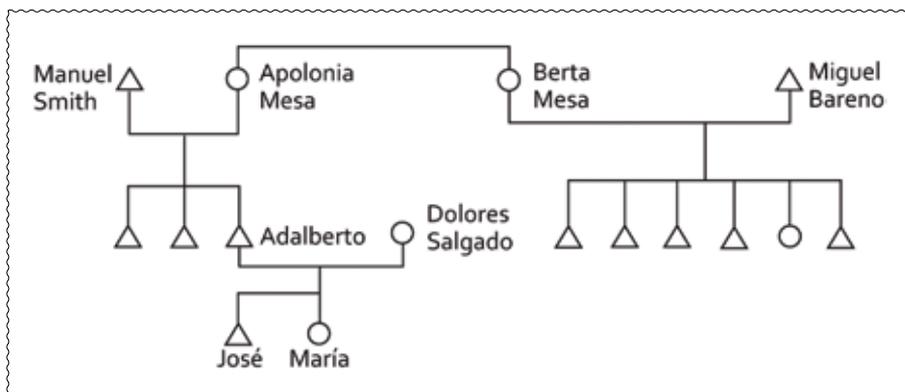


DIAGRAMA 7. Los Smith Mesa y los Bareño Mesa al partir de Caléxico a San Diego, *circa* 1925

### Olayo Romero: Familia y trabajos

Los familiares eran importantes no solamente en la comunicación y apoyo para aquellos migrantes en busca de trabajo en San Diego, sino también en el establecimiento de contactos directos de empleo. En 1925, Olayo Romero y su cuñado Levorio Mesa (hermano de Apolonia Mesa de Smith, Martina Mesa de Romero y Berta Mesa Bareño) partieron a San Diego buscando trabajo que les permitiera salir de Caléxico. Como otros migrantes, Olayo se encontraba insatisfecho piscando algodón en ese lugar y complementando su ingreso con trabajos en la construcción. Inseguro de las posibilidades de empleo en San Diego, Olayo dejó a su esposa y familia en Caléxico y se dirigió a San Diego, en donde él y Levorio conocieron a un primo de éste y Martina, quien les ofreció trabajo. Ella relata:

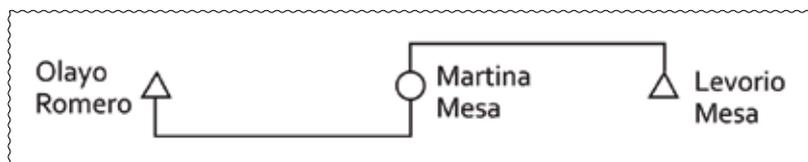


DIAGRAMA 8. Los Mesa y los Romero

Trabajaba Olayo en el Lemon Grove. ¿No viste esa *piedrera* que está allí? Allí trabajaba Olayo. Levorio, mi hermano, y él se vinieron; yo me quedé en Caléxico. Ellos se vinieron. El que mandaba allí, el mayordomo, era Francisco Espinosa, un primo hermano mío, y él les dio trabajo.

Este empleo permitió a Olayo mandar traer a su esposa, Martina, y establecerse en San Diego.

La familia funcionó de múltiples formas como factor relevante en el éxito de la emigración de los Romero, los Mesa y los Smith a San Diego. En el caso de los Romero, los familiares fueron directamente responsables de conseguir trabajo para los recién llegados. En el caso de los Smith, la familia apoyó de manera más general en la búsqueda de alojamiento y empleo. Para otros migrantes, este apoyo por parte de parientes tuvo lugar a través de la adopción y manutención de los jóvenes que empezaron a quedarse sin padres. El número de hijos en las familias migrantes era generalmente grande y las cabezas de familia envejecieron y murieron pronto, dejando hijos demasiado jóvenes para sobrevivir por sí mismos. Sin embargo, la fuerte cohesión familiar proveyó de hogares seguros para esos jóvenes, muchos de los cuales fueron adoptados por los hermanos mayores, tíos u otros parientes asentados en el área de San Diego. El problema de la orfandad marcaba el final de una era.

De esta forma, al tiempo que la era de la primera generación de migrantes pioneros se cerraba, una nueva generación de descendientes –nacidos durante la migración y los primeros períodos de asentamiento– tomaba importancia creciente. Un natural despliegue de nuevos grupos que habían sido criados en la frontera tomó lugar durante ese período.

### **Los Castellanos y los Sotelo: Adopción y transición del ciclo de vida**

Sin lugar a dudas, los lazos entre parientes y amigos en ambos lados de la frontera constituyeron un gran apoyo para los migrantes,

particularmente a través de la práctica de la adopción de huérfanos. Así lo ilustran los siguientes casos: los Castellanos tenían familia cercana viviendo en Mexicali y Tijuana, y los Sotelo se movieron directamente desde Mexicali a San Diego mediante apoyos similares. En ambos casos, el ciclo de vida y la transición de una cohorte migrante hacia una familia líder sucedió como un proceso natural de continuidad.

Los hijos de Narciso y Cleofas Castellanos dejaron la región de Caléxico al morir sus padres (Narciso en Mexicali en 1918, y Cleofas dos años después). Les sobrevivieron cinco hijos solteros criados en la frontera, y tres casados que vivían en la costa oeste, en los pueblos de Ensenada, Tijuana y San Diego. La familia decidió que los otros hijos deberían residir en San Diego con Ramona Castellanos –la hija mayor– y su esposo, Ursino Álvarez.

Los niños dejaron Mexicali con la ayuda de Abel (un hermano casado con María Moore, de San Diego), quien estaba trabajando en Tijuana como chofer en la ruta de esta ciudad a San Diego. Abel envió un carro a recoger a sus hermanos más jóvenes en Mexicali y se reunió con ellos en Tijuana. Ursino Álvarez también llegó allá para cruzar a los infantes por la frontera y llevarlos a la casa de él y Ramona en La Mesa, una pequeña comunidad en las afueras de San Diego. Los niños permanecieron con Ramona hasta que crecieron y se casaron. A través de su rol de liderazgo familiar, ella, como la hija

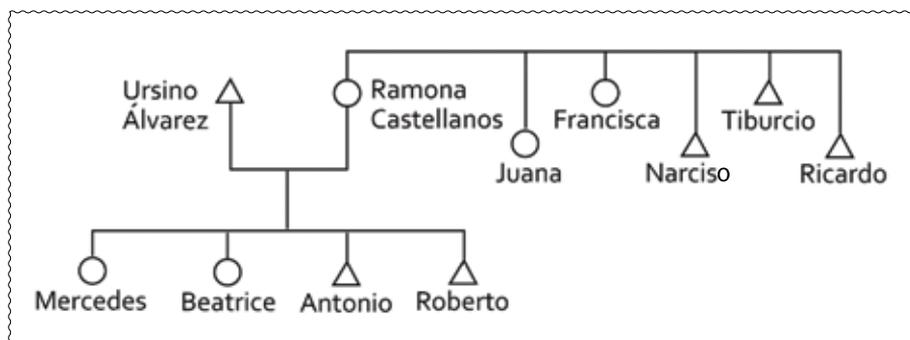


DIAGRAMA 9. Los Castellanos y los Álvarez en La Mesa, 1920

mayor, se convirtió en la cabeza de los Castellanos y, al tiempo que criaba a sus hermanos menores y a sus propios hijos, se convirtió en una figura importante de la red de bajacalifornios en San Diego.

De manera similar, los Sotelo se vieron afectados por la pérdida de uno de sus padres, pero en lugar de recibir ayuda directa de familiares inmediatos, fueron apoyados por amigos migrantes cercanos, quienes ahora son reconocidos como parientes lejanos por los descendientes de los Sotelo. Su caso ilustra el apoyo con carácter familiar que se observaba entre migrantes, lo cual contribuyó más tarde al desarrollo de una cerrada red de parientes.

Don Pancho y Angelina Sotelo llegaron a Caléxico en 1914. Él trabajaba en Mexicali, donde la familia se había asentado. Cuando Angelina falleció en 1921, don Pancho decidió irse al oeste. En San Diego, los Sotelo tenían numerosos amigos del circuito minero, así como también de Caléxico. Los Castellanos, quienes habían sido amigos cercanos desde Las Flores, y los Simpson, amigos desde tiempos de Calmallí, estaban viviendo en San Diego. Cuando Francisco y los niños llegaron a San Diego, Guillermo y Artemicia Simpson les dieron alojamiento y apoyo hasta que Francisco encontró casa en Lemon Grove, donde se estableció.

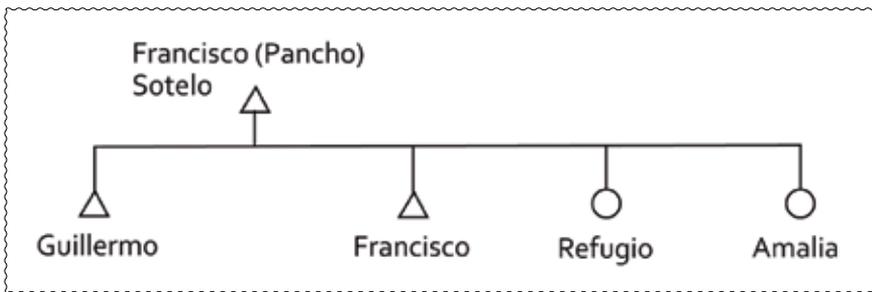


DIAGRAMA 10. Los Sotelo al salir de Caléxico-Mexicali hacia San Diego, *circa* 1920

Estos ejemplos ayudan a ilustrar la similitud de los movimientos de Caléxico a San Diego con los desplazamientos de los migrantes a

lo largo del circuito minero, en los primeros barcos y en la segunda afluencia migratoria. Los individuos viajaron en familia y grupos de parientes. Se dirigieron hacia áreas donde familiares y amigos los recibieron y les ofrecieron ayuda y seguridad mientras encontraban trabajo y disponían de un lugar para vivir. Como en los períodos migratorios previos, las mejores posibilidades de empleo se hallaban en aquellos pueblos en los que había presencia y apoyo de familiares y amigos. Los que se vieron forzados a dejar Caléxico y Mexicali encontraron ese apoyo con la familia cercana y los conocidos en San Diego.

### **Los pueblos de la frontera: Conexiones geográficas y familiares**

El establecimiento de bajacalifornios durante las primeras décadas del siglo xx no se limitó a San Diego: algunas familias se establecieron en Mexicali, Caléxico y Tijuana, y algunas otras se fueron más al sur, a Ensenada.

Como contraparte de las ciudades estadounidenses de San Diego y Caléxico, los pueblos mexicanos en la frontera empezaron a desarrollarse rápidamente. Mexicali tomó su propio carácter a medida que su valle crecía, y Tijuana se desarrolló en respuesta a la dinámica ciudad estadounidense al otro lado de la frontera. Estos dos centros de población experimentaron el desarrollo más acelerado de la región y atrajeron muchos más migrantes que Ensenada.

Estos inmigrantes de los pueblos de la frontera norte peninsular mantuvieron relaciones con parientes y amigos en los Estados Unidos, algunos de los cuales se establecieron de manera permanente en San Diego, aunque otros regresaron posteriormente a vivir en México.

El asentamiento de individuos pertenecientes a las mismas familias, así como de parientes y amigos en ambos lados de la frontera, perpetuó la fluidez del movimiento transfronterizo característico de la primera parte del siglo xx. Los pobladores de San Diego visitaban

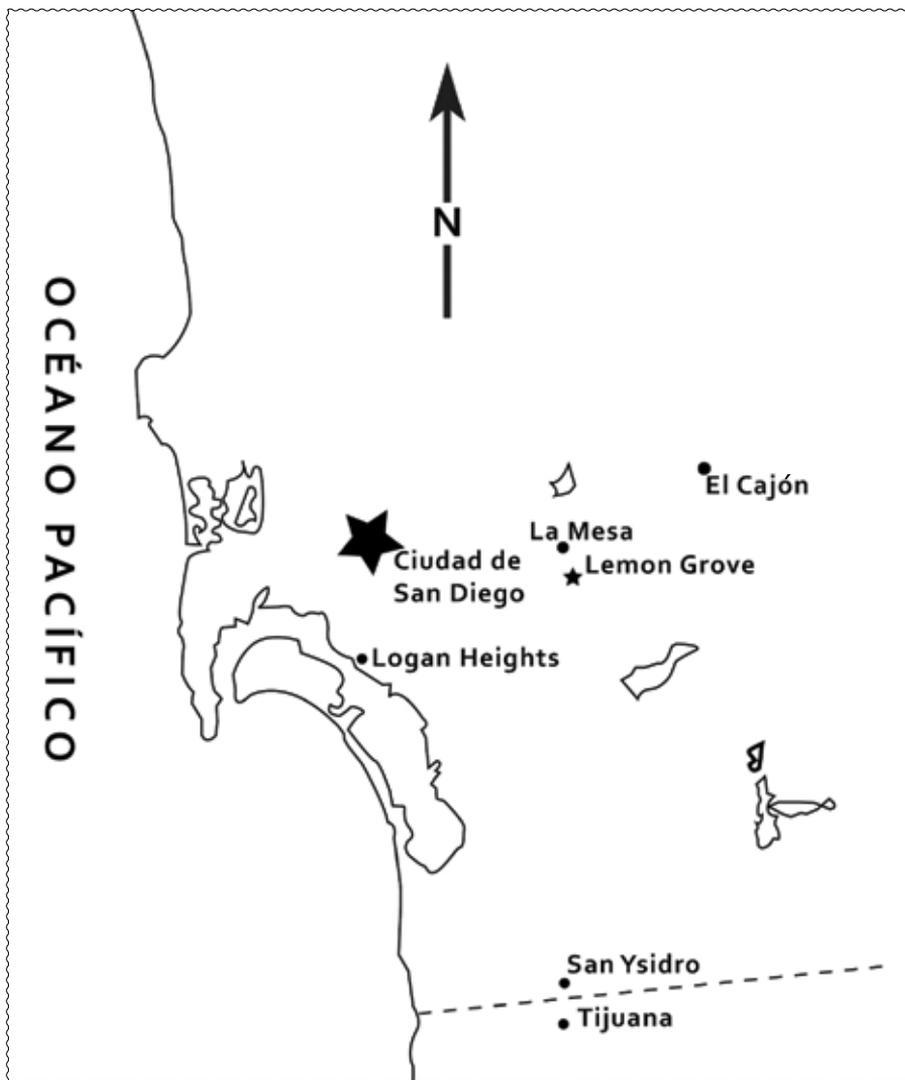
a sus hermanos y otros parientes cercanos en Ensenada, Tecate, Tijuana y Mexicali, mientras que los nuevos migrantes que buscaban cómo entrar en los Estados Unidos encontraban, en esas ciudades, estaciones transitorias para obtener información y comunicarse con sus parientes al otro lado de la frontera. Este patrón de comunicación, viajes y mantenimiento de los nexos familiares a lo largo de la línea fronteriza se hizo más pronunciado en la década de 1930, al tiempo que Lemon Grove y San Diego fueron reconocidas como comunidades de bajacalifornios.

## Lemon Grove

Lemon Grove, como otros pueblos señalados en el presente estudio, representa un tiempo y una atmósfera específicos que moldearon el establecimiento y las interacciones de las familias migrantes. Aunque algunas de estas familias se establecieron en diversos escenarios dentro de San Diego y en sus alrededores, un núcleo importante de ellas se asentó en Lemon Grove. Este núcleo representaba a la mayoría de las familias migrantes, incluyendo individuos de todas las fases de la migración con nexos regionales que mantuvieron juntos a los bajacalifornios. Los migrantes del circuito minero y los que arribaron en barco, así como los que llegaron en la segunda ola migratoria, se unieron en esta pequeña comunidad de Lemon Grove, fusionando de manera frecuente varias ramas de las familias bajacalifornianas dentro una amplia red sociocultural. El contacto cotidiano entre los pioneros migrantes, sus descendientes y la nueva generación de la frontera reforzaron el mantenimiento de los vínculos ideológicos y socioculturales con los pueblos de origen, la familia del sur y la península en su conjunto.

Como se afirmó anteriormente, la gente llegó por razones económicas a Lemon Grove, que aunque era una pequeña comunidad rural, ofrecía diversas posibilidades de empleo. La comunidad de mexicanos se situaba en un valle rodeado por huertas de cítricos y campos agrícolas, los cuales proporcionaron, junto con las empa-

adoras, trabajo inmediato para la mayoría de los migrantes más recientes. Un ferrocarril que pasaba por la comunidad era el principal medio de transporte para los productos del campo, así como una



MAPA 8. Condado de San Diego

opción adicional de trabajo. Además de estos potenciales empleadores, había un yacimiento de rocas cercano, que demandaba numerosos bajacalifornios para trabajar. Más aún, Lemon Grove estaba a sólo 16 kilómetros de San Diego, lo que sumaba oportunidades de empleo en la construcción y diversas áreas en general.

En realidad, Lemon Grove se parecía a los pueblos de donde provenían los migrantes. Se trataba de una comunidad autónoma socioculturalmente, que proveía disponibilidad de empleos, seguridad, y apoyo a estos migrantes por parte de familiares y amigos que residían en el lugar. Los eventos importantes eran compartidos por la comunidad entera y los familiares y amigos que vivían cerca, en San Diego y hacia el este, en El Cajón.



Adalberto Smith en Lemon Grove, 1926.

Los individuos y familias que dejaron Caléxico y arribaron a San Diego y Lemon Grove fueron recibidos por los que habían llegado ahí



Dolores Salgado de Smith con sus dos hijos, María y José, en Lemon Grove, 1926  
(cortesía de María Smith de Álvarez).

antes. Muchos de éstos eran migrantes del circuito minero y de los primeros que llegaron por mar: los Lieras, Núñez, Álvarez, Castellanos, Ceseña, Guillén y otras familias. Entre éstos se encontraban Abel Álvarez, quien se había casado con Ramona de las Rosas, originaria de San José del Cabo; Nicolás Ceseña, quien vino a Lemon Grove con su esposa, Luisa Chávez, y su hijo; de la misma forma, Ramona Castellanos de Álvarez se estableció en ese lugar con sus propios hijos y algunos hermanos, al igual que otras familias como los González, Smith, Sotelo y Mesa, quienes llegaron a habitar la pequeña comunidad para criar a sus familias.

Muchos migrantes fueron atraídos a Lemon Grove, pero encontraron la vida en los Estados Unidos muy lejos de ser perfecta y, en consecuencia, decidieron regresar a la península. Como en todos los

casos, estas mudanzas de regreso fomentaron los vínculos de las familias bajacalifornianas a lo largo de la zona fronteriza, ya que la mayoría de los que regresaron no volvieron a sus pueblos de origen en el cabo, sino que decidieron permanecer en la frontera, cerca de la familia que vivía en Estados Unidos. Por ejemplo, Juana Castellanos se casó en San Diego, aunque ella y su esposo se establecieron en Tijuana. Así también, sus hermanos Abel y Jesús ya estaban viviendo en el norte de la península con sus esposas, con quienes se habían casado en Estados Unidos. De igual forma, los Mesa, Sotelo y Smith Mesa tenían parientes que habían tratado de vivir en los Estados Unidos, pero que por varias razones decidieron establecerse en los pueblos de la frontera de Baja California.

En el caso de los Mesa, por ejemplo, Hirginia y Paula regresaron a vivir a Baja California en la década de 1930, después de haber vivido en Estados Unidos. Hirginia, por su parte, cruzó a San Diego pero permaneció allí menos de un año porque, según afirma, “era muy duro”. El trabajo allí no era bueno y ella no quería que su esposo trabajara tanto por tan poco. “¿Qué anda uno rodando allá, en tierras ajenas?” –decía–. Por otro lado, su hermana Paula y su esposo, Ramón Espinoza, quien tenía hermanos y a sus padres en San Diego, ingresaron en los Estados Unidos en 1924. Llegaron a Santa Ana y posteriormente regresaron a Tijuana; después volvieron a los Estados Unidos para vivir en Santee, Lakeside y, por último, Lemon Grove. Allí permanecieron cuatro años, pero finalmente regresaron a Maneadero, un pueblo cercano a Ensenada, en donde se encontraban los padres de Paula, de donde en 1950 se mudaron a Tecate. Este retorno obedeció a que toda la familia se había enfermado en los Estados Unidos.

Muchos de los individuos que regresaron a Baja California eran parte de los pioneros migrantes o los hijos mayores de éstos. Las personas de más edad, después de experimentar continuos desencantos con los empleos y la disonancia cultural en los Estados Unidos, regresaron en sus últimos años para estar en México y en la península. Francisco Becerra volvió a Ensenada, donde había com-

prado un rancho. Las mujeres viudas también regresaron a vivir con sus hijos al otro lado de la frontera. En muchos casos, las personas mayores insistían en residir en México, con lo cual propiciaron un movimiento de sus descendientes hacia el pueblo de Tijuana.

Lemon Grove representó entonces una fase en la cual la extensión del parentesco entre familias, relacionadas o no, llegó a su plenitud. En fases previas, en Calmallí y Caléxico, los amigos y las familias se habían unido, criado a sus hijos, extendido los compadrazgos y se habían casado entre sí, pero en San Diego —y especialmente en Lemon Grove—, estas interrelaciones sirvieron como base para el establecimiento de múltiples lazos de parentesco entre diversas familias. La red no solamente creció en número, sino que tomó una densidad cualitativa sin precedente. Compadrazgos y matrimonios entre grupos familiares específicos proveyeron una multiplicación de vínculos familiares e identificación reconocida por todos los miembros. Todos estaban relacionados y compartían las experiencias de la vida diaria, mientras que los eventos socioculturales reafirmaban la identidad, el parentesco, el apoyo mutuo y las relaciones históricas de la comunidad.

Más aún, los migrantes no fueron los únicos participantes en la formación de estas relaciones cercanas, dado que sus hijos jugaron un papel importante en el desarrollo de la red. Esta cohorte compartió un sinnúmero de experiencias que ayudaron a consolidar sus relaciones como grupo. Muchos asistían a la escuela juntos y pasaron su adolescencia como una generación muy unida. Los niños se reunían con frecuencia en los eventos sociales de la familia y la comunidad, y desarrollaban lazos con sus compañeros coetáneos. Incluso era común que estuvieran emparentados cercanamente entre ellos, y que las familias compartieran vínculos tanto en la comunidad como en los empleos. Esta sólida red de relaciones unió fuertemente a la comunidad.

Lemon Grove era el escenario pero, al igual que en el pasado, la comunidad estaba definida por intensas relaciones que mantuvieron juntos a los migrantes. A pesar de las dificultades y, en ocasiones,

de las severas limitaciones socioeconómicas y geográficas, las relaciones sociales basadas en las instituciones tradicionales —expresadas en nuevas configuraciones— fueron los factores que permitieron el desarrollo de los individuos.

## Procesos y mecanismos en la formación de la red

Las interrelaciones que condujeron a la formalización de los nexos familiares en San Diego se ilustran con mayor claridad en los mecanismos que ayudaron a su establecimiento. Varios vínculos sociales familiares contribuyeron a la solidaridad entre familias en Baja California. Estos vínculos trabajaron como engranes interdependientes dentro de un proceso sociocultural más amplio que, como un todo sistemático, produjo una red interconectada de relaciones de parentesco. Estos nexos se establecieron a través de la migración y el asentamiento, pero fue solamente en la frontera donde éstos permitieron la reunión de varias familias extensas que, de otro modo, no habrían sido parte de esta red.

Dichos lazos de parentesco y estrecha amistad establecidos entre familias e individuos específicos promovieron el desarrollo de instituciones, especialmente entre los parientes no consanguíneos. Me refiero en particular a las familias e individuos ápice, que jugaron un papel importante en la vinculación de la red. Así, las instituciones de compadrazgo, parentesco y matrimonio fueron la formalización y fase final del desarrollo de aquellas conexiones.

### Familias ápice

Las familias ápice ayudaron a desarrollar una base formal de nexos de parentesco entre familias previamente relacionadas y no relacionadas. Estas familias clave proporcionaron, primero, una conexión para accionar la reciprocidad entre los migrantes asentados y los recién llegados. Su propia experiencia migratoria los había acercado a nuevas familias y amigos, por lo que se convirtieron en un eslabón

común entre sus familiares y las nuevas amistades, y entre diversos grupos de nuevos amigos.

El antecedente cultural e histórico compartido por los migrantes fue la base sobre la cual se construyeron y aceptaron socialmente las extensiones de amistad y parentesco. Esto podría considerarse una obviedad, pero los detalles regionales de los antecedentes de los migrantes bajacalifornios tienen una importancia específica en el desarrollo de esta red. Además de la mexicanidad y el lenguaje común entre las familias ápite y aquéllos a quienes reunieron, compartían una historia asociada con su peregrinación por la península, tenían relaciones con varias familias que no se vinculaban con esta historia y propiciaron el contacto cara a cara y la reciprocidad entre tales familias, lo cual eventualmente condujo a la formalización de los nexos familiares y a una extensión de la red de bajacalifornios.<sup>1</sup>

Los Simpson son un ejemplo que ilustra el funcionamiento de los vínculos ápite en el laberinto de familias cercanamente relacionadas. Esta vinculación ápite fue desarrollada gracias a los nexos familiares premigratorios, las amistades surgidas durante la migración, la reciprocidad multilateral, la ayuda ofrecida a amigos y las relaciones en la región fronteriza.

## Los Simpson

Las conexiones de los Simpson con otros habitantes de la frontera empezaron en el cabo, en el pueblo de San Antonio, y se desarrollaron con la migración de esta familia hacia el norte. En 1890,

<sup>1</sup>Las familias ápite no solamente representan una vista en retrospectiva del desarrollo de la red bajacaliforniana, sino que también son importantes para entender la formación de otras redes migratorias. Aunque la literatura sobre la migración en general, y sobre la de los latinos en particular, no menciona a tales familias, es evidente la importancia de éstas en situaciones de ayuda mutua, reciprocidad y extensión del parentesco en otros contextos de adaptación. Por ejemplo, éste es el caso de los migrantes rurales-urbanos que llegan a la ciudad de Guatemala y se apoyan en las familias ápite de las áreas expulsoras (William Demarest, 1978, comunicación personal).

los Simpson conocieron a la familia de Loreto Márquez en San Antonio, antes de que los Márquez se dirigieran al norte, a Las Flores (según los descendientes, estas familias estaban lejanamente emparentadas).<sup>2</sup> Los Simpson también recorrieron el circuito minero, donde conocieron y se unieron a otras familias que formaron parte de la red. En Calmallí conocieron a los Castellanos, Sotelo, Smith, Bolume y otros. Los Simpson se dirigieron eventualmente a San Fernando, cruzando posteriormente la frontera a la altura de Campo, para dirigirse a Caléxico, en el este.

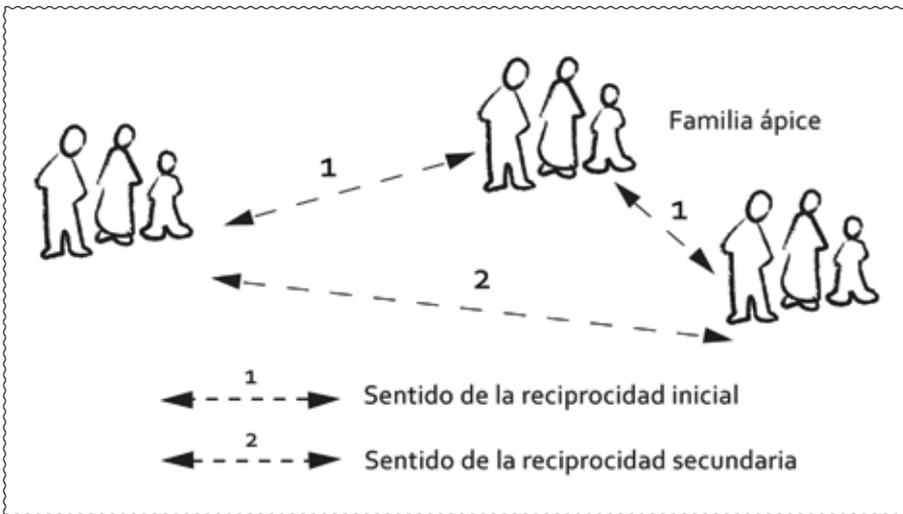


DIAGRAMA 11. Reciprocidad inicial

La asistencia que los Simpson brindaron a las familias que llegaban a la frontera muestra la ayuda mutua y el apoyo de tipo familiar que se extendió a otras familias mineras. En Caléxico ofrecieron hospedaje y sustento a la familia de don Pancho Sotelo, hasta

<sup>2</sup>Loreto Márquez recuerda haber visitado al señor Simpson en una pequeña casa que la familia había construido en San Antonio. Nadie se imaginaba entonces que 30 años más tarde, después de haber vivido en gran cantidad de pueblos mineros peninsulares, estas dos familias se establecerían en San Diego, a más de 3000 kilómetros de sus pueblos de origen.

que los recién llegados encontraron trabajo en Mexicali y cruzaron la frontera. En el mismo período, Narciso Castellanos, su esposa Cleofas y sus hijos también se quedaron a vivir con Guillermo y Artemicia Simpson hasta que consiguieron empleo. Las amistades compartidas por las experiencias en el circuito minero se acentuaron aún más por el apoyo ofrecido por los Simpson y el sentimiento de solidaridad social y confraternidad entre estas familias.

Siguiendo un patrón de migración en familia, los Simpson dejaron Caléxico, viajaron al oeste y se establecieron en San Diego. Allí, una vez más recibieron a Pancho Sotelo y su familia, quienes salieron de Caléxico y buscaron ayuda para asentarse en San Diego. Aquí nuevamente los Sotelo permanecieron en el hogar de los Simpson hasta que don Pancho encontró trabajo y se mudó, junto con su familia, a Lemon Grove.

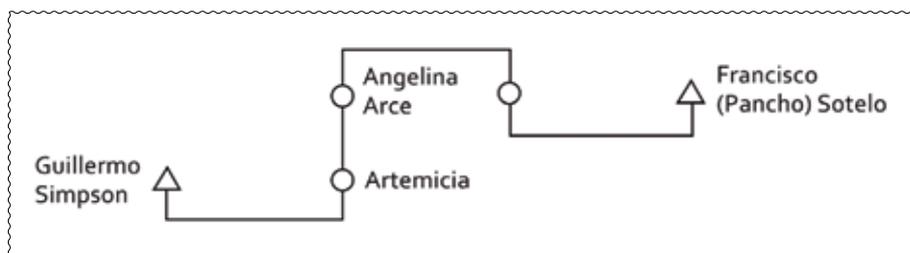
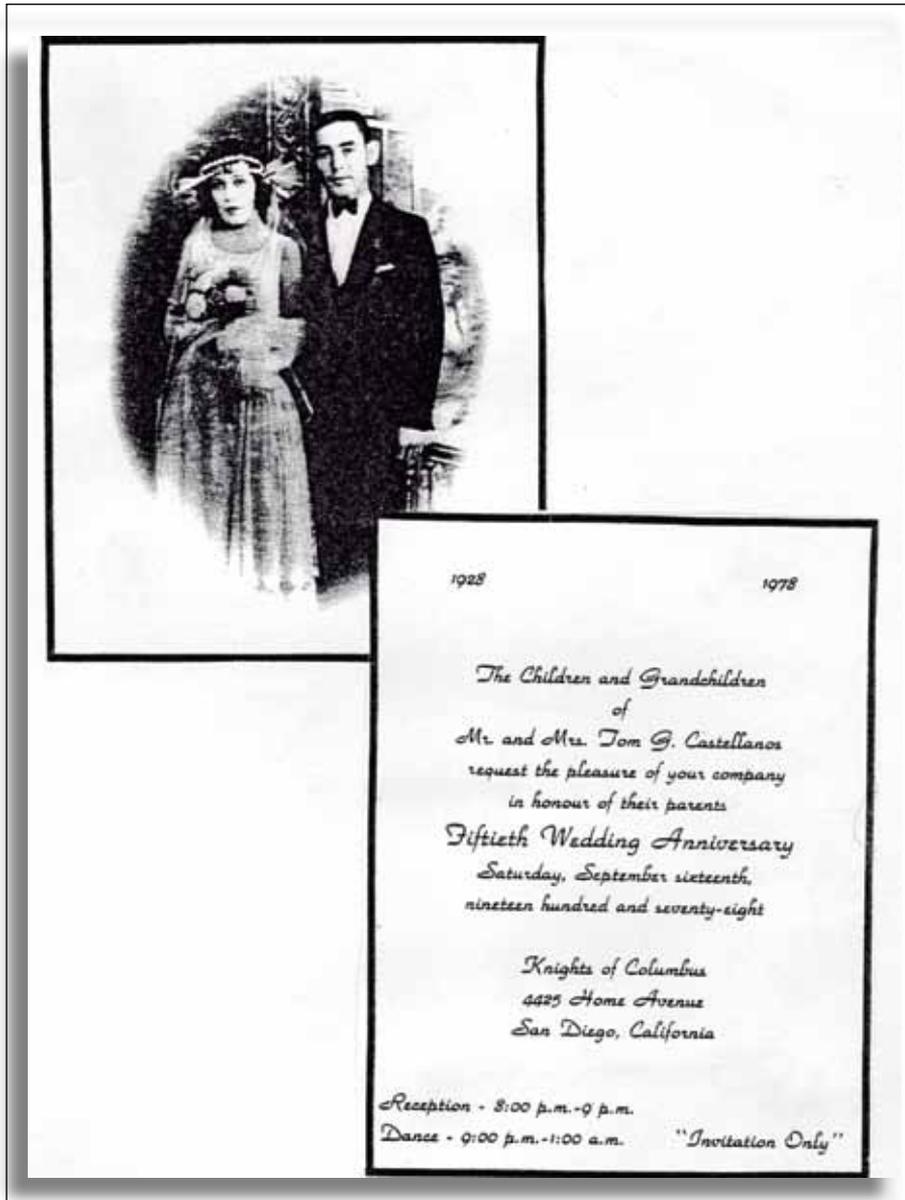


Diagrama 12. Lazos familiares entre los Simpson y los Sotelo

Los nexos familiares de los Simpson también ilustran su papel de familia ápice en la cerrada red de interrelaciones entre la población bajacaliforniana. Los Sotelo hablan de su relación de parentesco con los Simpson, refiriéndose a éstos como un nexo lejano que se volvió significativo a partir de la migración. La confianza y las amistades surgidas de la experiencia migratoria parecen haber sido un vínculo importante que acercó a las dos familias. Los Sotelo están relacionados con los Simpson a través de la señora Artemicia Simpson, a quien don Guillermo conoció y con quien se casó en San Ignacio. Angelina, esposa de don Francisco, era tía materna de Artemicia.







Invitación a la celebración del quincuagésimo aniversario de bodas de Refugio Sotelo y Tiburcio Castellanos.

mantuvo en el nivel de ayuda mutua sin “grandes hombres” de alta posición social o económica que llegaran a convertirse en individuos ápice por su condición de clase. Durante el establecimiento de estas familias en San Diego, la red era una clase homogénea compuesta de trabajadores y pequeños comerciantes. De hecho, si bien la ayuda económica y la reciprocidad fueron un componente importante en el desarrollo de la red, las experiencias compartidas, los nexos familiares y las relaciones de amistad que condujeron a establecer relaciones de parentesco fueron también clave en este proceso. Las familias ápice, tal como los individuos ápice, también se diferenciaban de las personalidades centralizadoras al ayudar en la formación de vínculos familiares clave entre varias familias. Los Simpson ilustran claramente estos nexos transgeneracionales.

### **Individuos ápice**

Los individuos ápice son personas que, a través de sus propios matrimonios, nexos de compadrazgo y experiencias, crearon vínculos específicos en las redes, abarcando a un gran conjunto de familias.

#### **REFUGIO GONZÁLEZ DE SOTELO**

Refugio González nació en 1888 en San José de Magdalena, un pequeño pueblo cerca de Santa Rosalía. Aunque fue una descendiente directa de los Mesa de Comondú, fue criada principalmente en Santa Rosalía, donde su padre trabajó en las minas de El Boleo. En 1916 se casó con Albino Vargas, un capitán de pequeños botes que navegaba regularmente entre los diferentes puertos del golfo de California. Después de su matrimonio, la pareja fue a vivir a Guaymas, al otro lado del golfo. En la siguiente década, ella y su familia inmediata se mudaron al norte, a Nogales, donde su esposo falleció. Después cruzó la frontera con sus hijos, viajando primero a Los Ángeles, donde permaneció con su suegra hasta 1928. Posteriormente, Refugio migró hacia el sur, a Lemon Grove.

Refugio llegó a Lemon Grove porque sus padres –quienes habían venido de Cananea en 1926– y su hermana, Balbina Fernández, estaban allí. Ésta contrajo matrimonio con Antonio Fernández (antes de que Refugio se casara) y viajó al norte a lo largo del circuito minero hacia San Diego.

En Lemon Grove, Refugio conoció a otros bajacalifornios, entre ellos Francisco Sotelo, con quien se casó un año después y estableció una conexión de red entre dos extensiones familiares que se habían conocido en la migración al norte y en Lemon Grove. Los Sotelo eran parte de una red que incluía a los Castellanos, Álvarez, Simpson y otras familias cercanamente relacionadas, así que el matrimonio de Refugio sirvió para unir formalmente este eslabón con los Smith Mesa. Aunque estas familias se conocieron en períodos de asentamiento anteriores, este nexo, como otros entre estos grupos de familias, ayudó a formalizar las amistades e interrelaciones previas. Los fuertes lazos de los Sotelo Castellanos se hicieron evidentes, entonces, a través de los matrimonios de las hijas de Francisco Sotelo con miembros de la familia Castellanos.

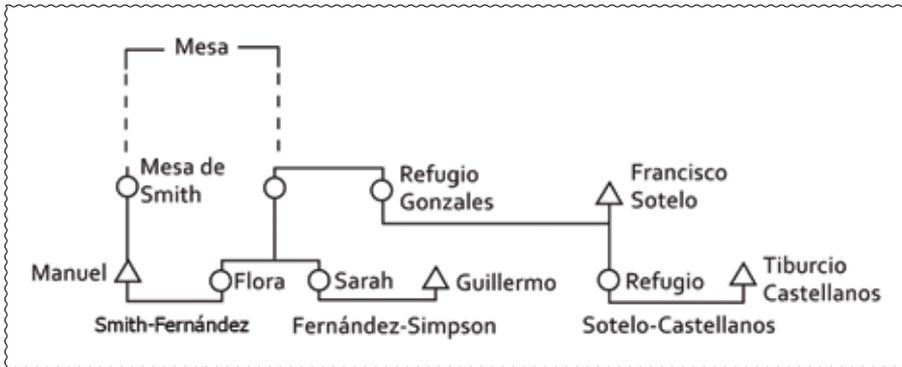


DIAGRAMA 15. Vínculos entre los Smith Mesa y los Sotelo Castellanos

Los nexos familiares de Refugio Sotelo también provinieron de relaciones de compadrazgo y matrimonios. Tiburcio Castellanos y su nieta Mercedes bautizaron al primer hijo de Refugio. Este

ejemplo ilustra sólo una fracción de las interconexiones entre estas familias.

#### GUADALUPE BOLUME

Guadalupe Bolume es una figura importante en la creación de relaciones cualitativas y densas entre las familias de bajacalifornios. Su experiencia en el circuito minero fue la base para la expansión de su propia familia mediante su matrimonio con un migrante de dicho circuito, y los casamientos de sus hijos con otros bajacalifornios de familias migrantes pioneras establecidas en San Diego. El diagrama 16 ilustra su posición central en el aglutinamiento formal de esas familias a través de los matrimonios con su descendencia. Estos enlaces fueron más que simples expresiones de solidaridad entre los migrantes de Baja California, ya que siendo amigos cercanos, sus miembros desempeñaban con orgullo este rol. Los noviazgos y las bodas entre ellos se desarrollaron a partir de su cercanía, como sucedió con los compadrazgos, y la formalización de sus lazos fue la expresión de sentimientos y estrechas relaciones entre individuos y familias. Ahora bien, estos nexos no sólo reunieron a los individuos, sino que también formalizaron y ritualizaron las interacciones a través de varios eventos sociales y culturales practicados por las familias: bautismos, matrimonios, cumpleaños, funerales, días festivos estadounidenses y mexicanos fueron algunos de los grandes eventos sociales de la red de familias, cuyas raíces se encontraban en Baja California y el trayecto migratorio. De esta manera, los individuos y las familias ápice no sólo reunieron a familias migrantes a través de matrimonios y compadrazgos sino que, como figuras importantes en la red, contribuyeron a la continuidad de los lazos que habían sido iniciados durante el proceso migratorio. Estos individuos siguen siendo respetados y reconocidos como catalizadores de las relaciones entre las familias bajacalifornianas en San Diego.

Por otra parte, la cerrada red de relaciones impulsada por matrimonios entre familias se intensificó con la incorporación de familias

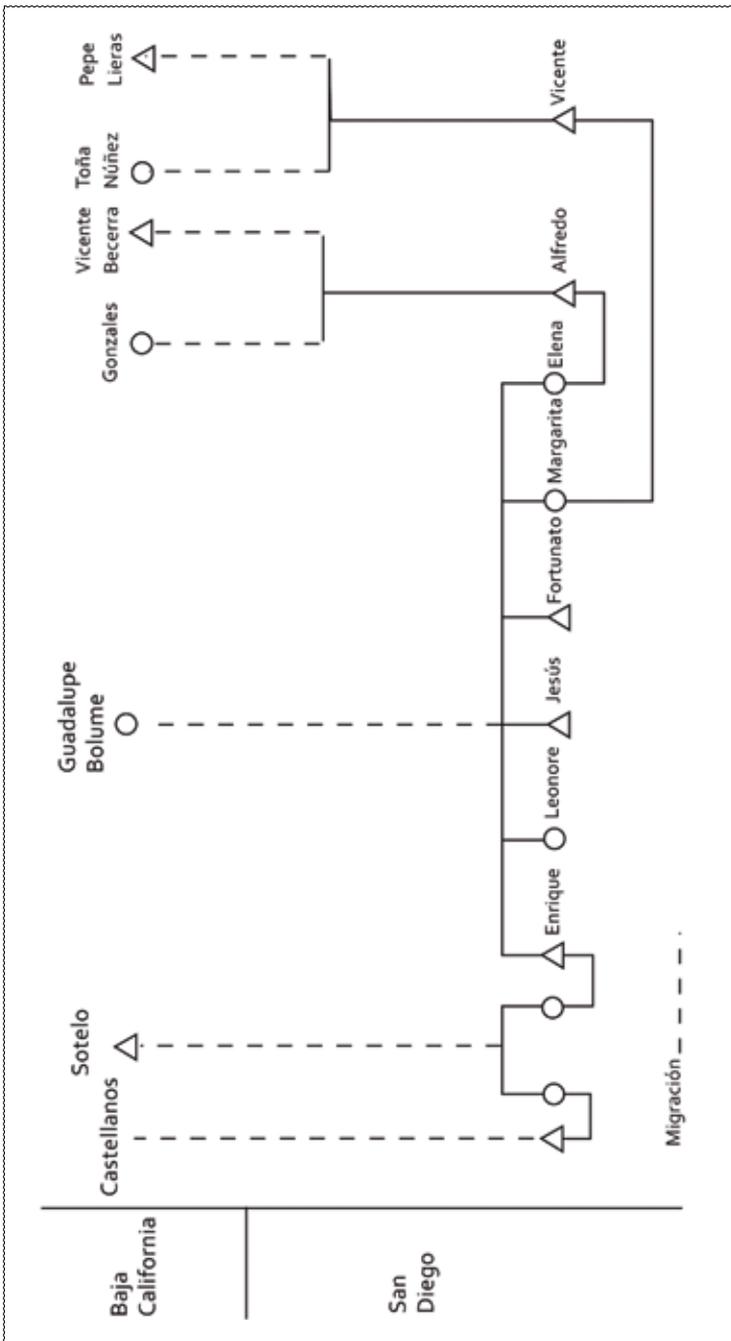


DIAGRAMA 16. Lazos matrimoniales de los descendientes de Guadalupe Bolume que muestran los nexos de la red y el origen de la familia en la migración

no bajacalifornianas a la red. Si bien esto tuvo lugar en Caléxico y San Diego, no fue sino hasta Lemon Grove cuando esta incorporación adquirió un papel específico en el mantenimiento de las interrelaciones de la comunidad de bajacalifornios.

## Incorporación

Al tiempo que los bajacalifornios cruzaron la frontera y se establecieron en San Diego, al inicio del siglo xx, otros mexicanos llegaron a esta misma ciudad a formar parte de la comunidad migrante, congregándose en diversos vecindarios, entre los que Lemon Grove fue el de mayor prominencia. Allí, estas familias de inmigrantes se incorporaron a la red de bajacalifornios.<sup>3</sup>

Sin lugar a dudas, esta incorporación puede definirse como el reclutamiento de familias –en este caso, originarias de otros estados del país– que promovieron el mantenimiento de los límites y la cohesión interna de la red de Baja California. El término reclutamiento recibe aquí un tratamiento flexible, dado que los bajacalifornios no buscaron activamente la incorporación de nuevas familias a la red, sino que este fenómeno ocurrió como un proceso natural entre individuos que compartían el mismo lenguaje y cultura. La absorción de nuevas familias sirvió entonces para llevar grupos familiares específicos hacia la red y ayudó a consolidar e intensificar las interrelaciones entre los bajacalifornios mediante los matrimonios entre ellos, con lo que se crearon intersecciones entre grupos y conexiones a través de las uniones familiares formales. Esto se ilustra de mejor manera observando las genealogías de los matrimonios entre estas familias. Los casos de los Bonilla y los Ojos son dos ejemplos. Ambas familias llegaron directamente de la parte continental de México y se establecieron en Lemon Grove, donde conocieron y compartieron experiencias de la vida cotidiana con otros miembros de esa comunidad.

<sup>3</sup>Este flujo de migrantes provenientes de otros lugares de México que habían llegado a Estados Unidos durante la revolución (cuando el transporte se estaba desarrollando en el norte) disminuyó en los años posteriores.

LOS BONILLA

Los Bonilla proporcionaron la base para el desarrollo de un buen número de vínculos entre las familias establecidas en Lemon Grove. Esta familia estuvo entre las primeras que se asentaron en la localidad en las décadas iniciales del siglo xx, antes de que Lemon Grove se convirtiera en una comunidad mexicana. En ese lugar, los Bonilla vivían a no más de medio kilómetro de las familias Álvarez, Ceseña, Castellanos, Guillén, Sotelo y Lieras, quienes constituían la base de la red, en la cual se criaron nueve mujeres de los Bonilla.

Los matrimonios de los hijos Bonilla revelan los nexos cercanos que esta familia mantenía con bajacalifornios, y los fuertes lazos que se desarrollaron entre estos últimos a causa de dichos matrimonios. Los casamientos entre los Bonilla y los Castellanos, Bonilla y Ceseña, Bonilla y Álvarez, y Bonilla y González-Núñez, sirvieron para unir a estas familias mediante relaciones formales. El diagrama 17 muestra gráficamente estos lazos matrimoniales y sus orígenes.

El resultado inmediato de dichos nexos fue la formalización del parentesco político entre todas estas familias y el desarrollo de afi-

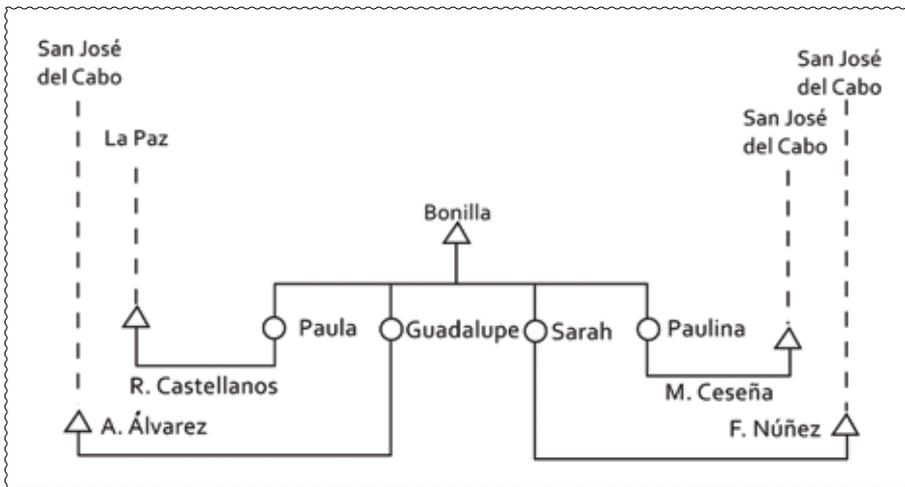


DIAGRAMA 17. Nexos matrimoniales de los Bonilla y su origen

nidades entre familias de bajacalifornios interrelacionadas y su descendencia. Otros matrimonios, como el de los Álvarez con los Smith de Comondú y el de los Castellanos con los Sotelo, reforzaron estos lazos, que ilustran un complejo juego de relaciones interfamiliares que fueron creadas, en parte, a través de la incorporación. Además de los vínculos matrimoniales, el compadrazgo entre estas familias se dio de manera múltiple.

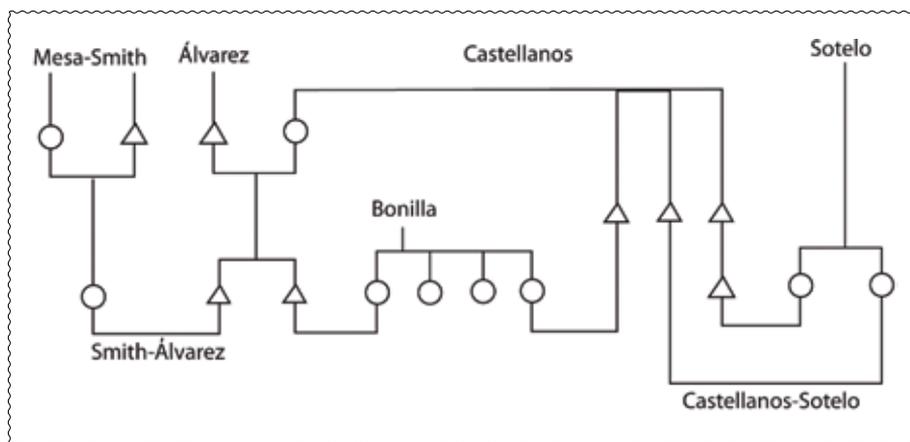


DIAGRAMA 18. Continuidad en los matrimonios de los descendientes de la red

La incorporación puede también distinguirse en generaciones posteriores. Los matrimonios entre los Oyos y los Sotelo Castellanos es un ejemplo que ilustra el mantenimiento de la solidaridad familiar y las relaciones intrafamiliares.

Ciertamente, dichos lazos no fueron planeados; tampoco fue el único propósito de esos matrimonios mantener fuertes vínculos dentro de las familias de Baja California ni entre ellas. Los Oyos, los Bonilla y otras familias habían entablado amistad cercana y respetuosa, compartiendo y contribuyendo al establecimiento de una fuerte comunidad sociocultural de mexicanos en San Diego.

Los mecanismos que he discutido hasta aquí fueron significativos componentes en la formación de una fuerte red de relaciones de

parentesco entre las familias de este estudio. Entre estos mecanismos se encuentran, primero, las familias e individuos ápite, que no sólo contribuyeron a la unión de pares (en forma de familias) sino también a la unión de un gran número de familias con quienes estaban vinculados. Otro mecanismo fue la incorporación de un amplio conjunto de familias que compartían los mismos antecedentes regionales, experiencia migratoria y proceso de asentamiento. Un tercer mecanismo fue la unión de familias, resultado de conexiones recurrentes de parentesco.

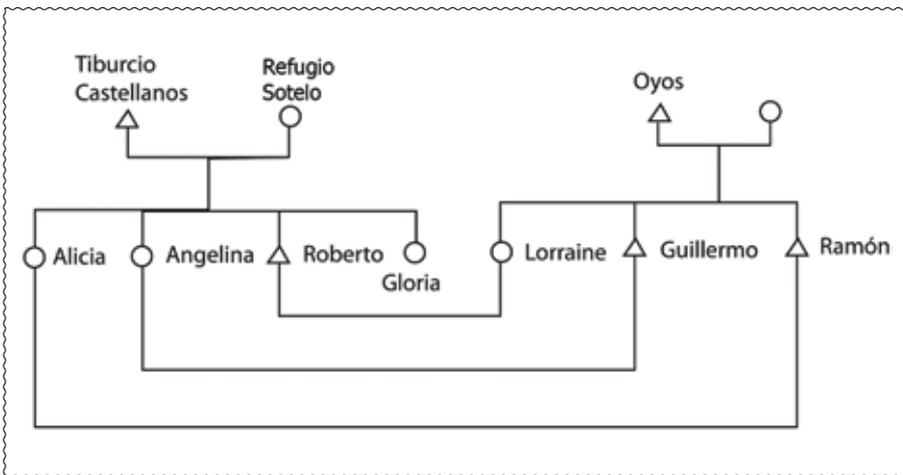


DIAGRAMA 19. Nexos entre Castellanos y Oyos

### Conexiones de parentesco recurrentes

El proceso que he estado describiendo se manifiesta en patrones específicos de conexiones recurrentes de parentesco, que se hacen evidentes cuando son observadas a lo largo de varias generaciones. Estas conexiones –junto con otros procesos familiares, mecanismos de incorporación y familias ápite– ayudaron en la identificación de un verdadero patrón sociocultural entre la población estudiada. Esto demuestra que la red no es solamente un juego arbitrario de relacio-

nes que reúnen a un grupo de familias con historias similares, sino un patrón sociocultural identificado por una historia e instituciones específicas y un comportamiento sociocultural común.

Las conexiones familiares recurrentes son nexos de parentesco específicos que se desarrollaron en Baja California y se repitieron después de la migración de las familias hacia la zona fronteriza. Estas uniones pueden observarse en los enlaces matrimoniales entre familias a lo largo de varias generaciones y son evidentes entre los descendientes que se casaron entre ellos en los Estados Unidos, medio siglo y hasta un siglo después. Estos nexos, vistos en relación con la experiencia migratoria, abarcan un campo de familias fronterizas que previamente compartían relaciones o estaban cercanamente unidas a través de algún parentesco lejano o de vínculos por afinidad. Por consiguiente, los enlaces de este tipo no sólo unieron a dos ramas lejanamente emparentadas sino que ayudaron a mantener y reforzar las relaciones sociales y familiares, y a crear nuevos vínculos sustentados en nuevas afinidades y apoyo mutuo. Sin lugar a dudas, el patrón resultante de estas uniones ayudó a crear y consolidar a la comunidad de migrantes mexicanos en San Diego (véase diagrama 20).

A principios del siglo xx, los nexos familiares en San Diego se intensificaron por una serie de razones. Dado que las extensiones en las relaciones de parentesco coincidieron con un dinámico período de cambio, nuevas fuerzas sociales dieron forma a la relación entre los gobiernos de Estados Unidos y México, así como a las relaciones cara a cara de los inmigrantes y los nativos que se establecieron en la zona fronteriza.

Innegablemente, la frontera fue una fuerza importante que intensificó la ayuda mutua y los lazos familiares entre los migrantes mexicanos establecidos en Estados Unidos, lo cual condujo a una conspicua red familiar que no tuvo lugar en los pueblos aledaños de Tijuana, Tecate, Mexicali y Ensenada. Esto se debió a que, si bien entre los migrantes pioneros provenientes del sur de Baja California se celebraron matrimonios, una vez que las familias se establecieron

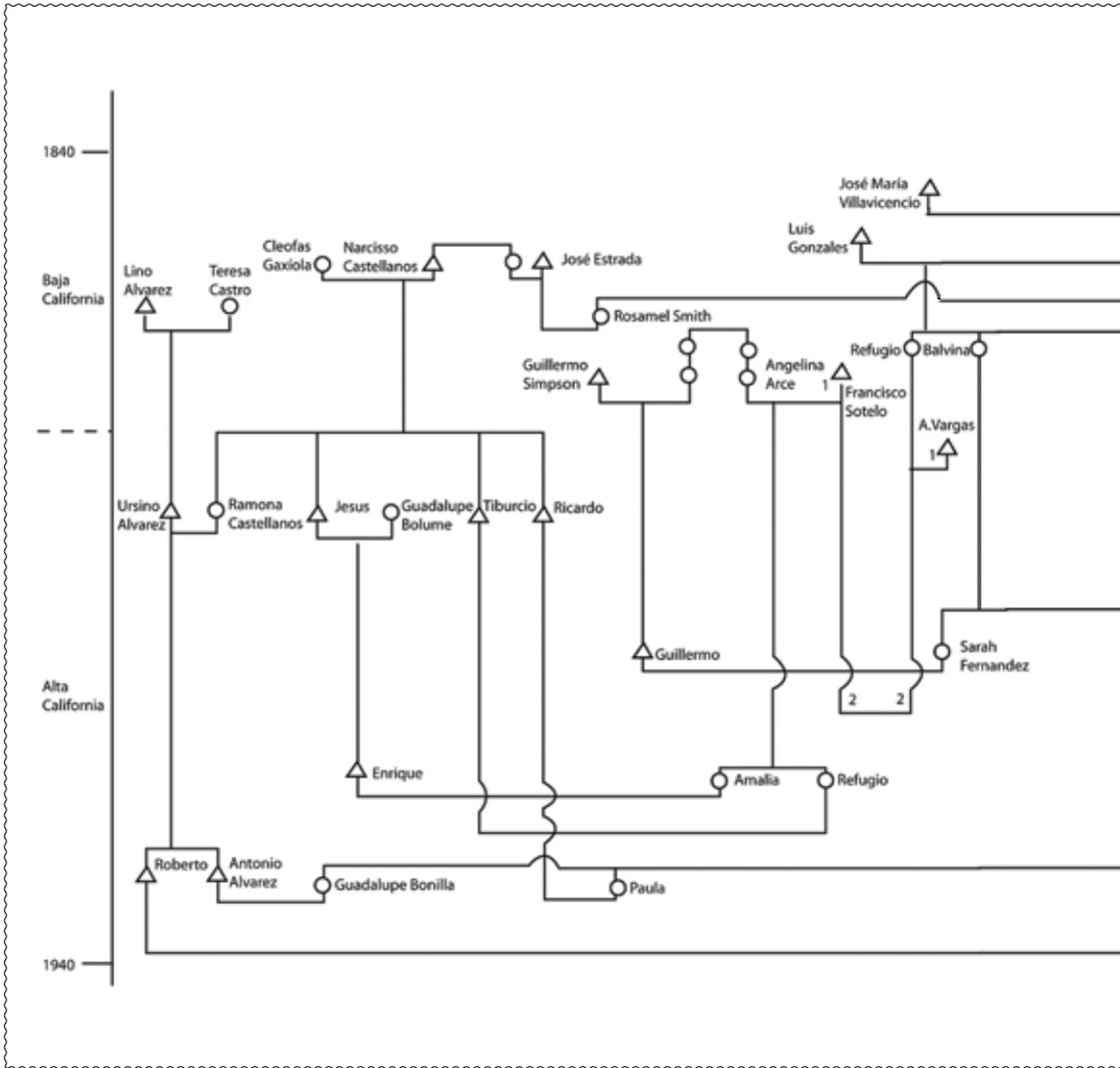
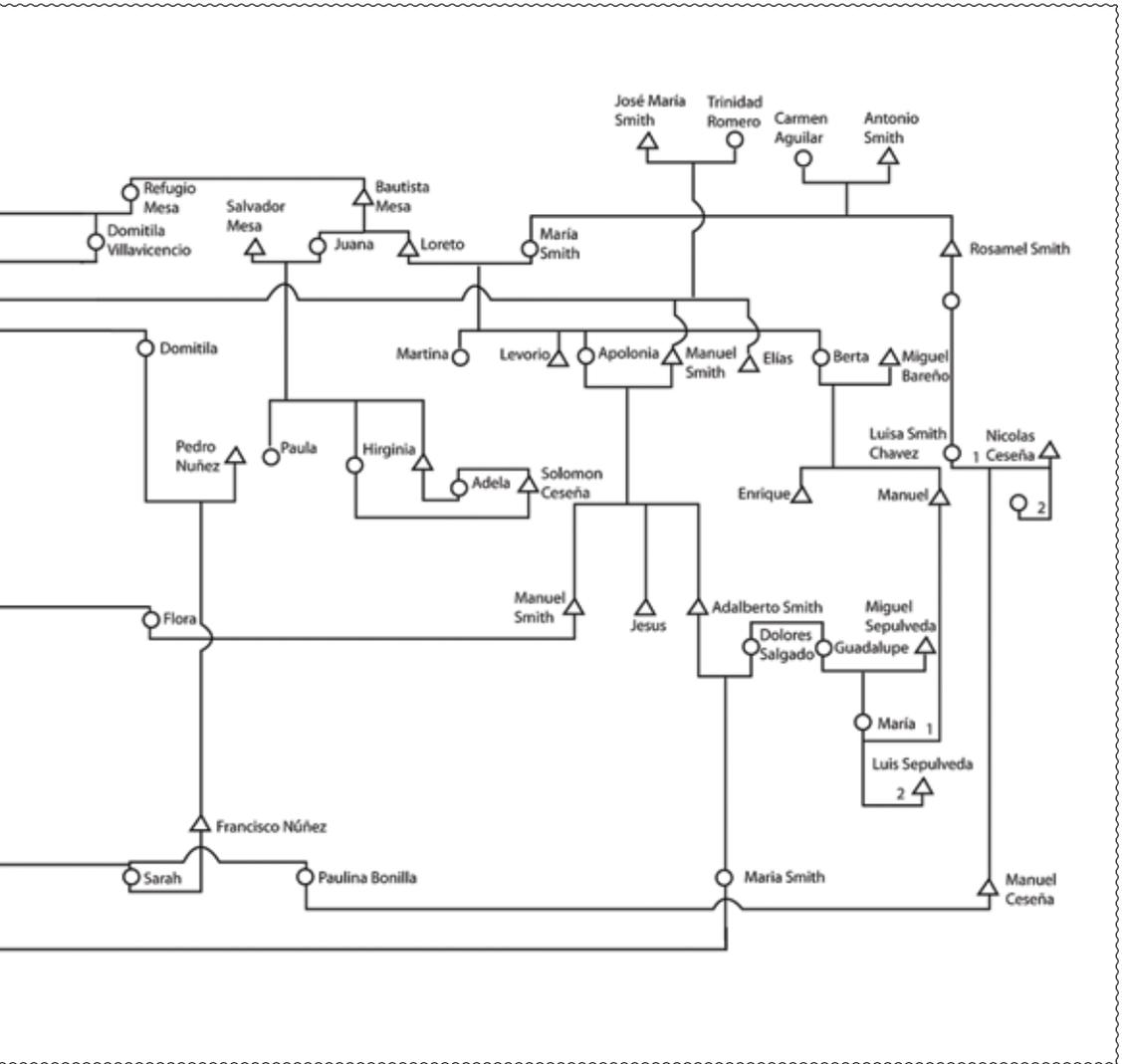


DIAGRAMA 20. Ejemplos importantes de conexiones recurrentes de parentesco en la red familiar, 1840-1940



en el norte de la península, los casamientos empezaron a realizarse con mexicanos de otras partes del país. Esto se explica por el hecho de que, durante este período, Tijuana y Mexicali fueron colocados bajo el reflector como núcleos urbanos y zonas receptoras de una de las más grandes migraciones en la historia de México, y a que las familias no tuvieron la necesidad de perpetuar su identidad sociocultural, debido a que no fueron amenazadas por una cultura extranjera. Estos migrantes se establecieron en los pueblos mexicanos, se casaron con compatriotas en un proceso natural y extendieron sus instituciones familiares junto con otros migrantes que se asentaron en el norte.

En San Diego, sin embargo, los mexicanos se encontraban en un ambiente extranjero, buscando a otros connacionales y, en este caso, familiares y conocidos de confianza para asegurar una supervivencia sociocultural exitosa. La relación surgida por la experiencia, los familiares en común, los lazos regionales y la historia salieron a la superficie como una base compartida para la obtención de ayuda y sustento mutuos en un ambiente precario. Las numerosas partidas de familiares de los Estados Unidos hacia México, así como los patrones de matrimonio elegidos por ellos, son testimonio de los problemas de disonancia cultural que tuvieron que confrontar. Entre los Sotelo, los dos hijos que permanecieron con don Pancho en Lemon Grove se casaron con miembros de una familia de bajacalifornios (los Castellanos) que había sido compañía constante durante los días del circuito minero. Los otros cuatro hijos que no estaban en Lemon Grove se casaron con mexicanos de otras partes del país. Dos de ellos habían permanecido en Estados Unidos antes de casarse. El tercero se fue a radicar a Tijuana antes de contraer matrimonio, y el cuarto había viajado hacia San Pedro, al norte, donde también se casó con una mexicana de otros rumbos.

La historia de otras familias está llena de ejemplos similares, sobre todo entre los descendientes de los migrantes pioneros que regresaron a México. En estos casos, los matrimonios con nativos de Baja California eran raros. Por el contrario, las comunidades mexi-

canas en los Estados Unidos eran –y lo son todavía– asentamientos para los mexicanos regionalmente integrados. Mi objetivo aquí no es probar esta peculiaridad de los bajacalifornios en los Estados Unidos, sino mostrar cómo estas personas utilizaron las instituciones familiares mexicanas dentro de la nueva y amenazante circunstancia sociocultural. La adaptabilidad creativa de estas instituciones y personas permitió su supervivencia sociocultural por mucho tiempo. Tal como sucede en otras comunidades migrantes, los bajacalifornios ilustran la propensión y flexibilidad de las instituciones para preservar y crear nuevos patrones socioculturales sin provocar desequilibrio social.

### **Ideología familiar**

Los lazos regionales, el compartir un origen común y las relaciones surgidas en una geografía específica y distante contribuyeron a la creación de un cuerpo de ideas compartidas por los migrantes bajacalifornios, el cual, como ideología, fue característica distintiva de los individuos y familias que arribaron y se establecieron a lo largo de la frontera durante los albores del siglo xx. Esta ideología –manifestación de los nexos regionales y experiencias compartidas por los bajacalifornios– fue internalizada por los migrantes y se convirtió en un mecanismo que promovió el desarrollo de la red, identificándose y expresándose tanto en su comunicación como en el comportamiento, y llegando a ser el rasgo más característico entre los pioneros y sus descendientes. La gente habla de la península, sobre sus pueblos de origen, amigos y parientes, sabiendo que son los primeros que pasaron por áreas geográficas específicas. Los Smith, McLish, Simpson y Green son apellidos importantes en las tradiciones y leyendas relativas a la historia peninsular, los primeros establecimientos en San Diego y los continuos nexos con la península. Anécdotas sobre familiares que conocieron a otros parientes, viajes en la península, dificultades y nacionalidad, se combinan para formar una ideología que se deriva no sólo del principal origen cultural

mexicano de los bajacalifornios, sino también de las experiencias compartidas en el proceso de migración y asentamiento. Esta ideología –única en el fortalecimiento de los lazos con la península y de la identidad y el reconocimiento intrafamiliar– se expresa a través de varias formas: el patriotismo y la nacionalidad como mexicanos, la decisión de que los hijos nazcan en la península y la tradición familiar.

La nacionalidad mexicana y el patriotismo de muchos pioneros migrantes, aun establecidos y trabajando en los Estados Unidos, son tal vez la manifestación temprana más clara de esta ideología que, aunque pueda ser vista como mexicanidad, es en esencia un fuerte sentimiento por la península. Ejemplo de esto es el caso de un pionero que había arribado a San Diego en 1907 y regresó a la península en 1911, cuando la fracción magonista de la Revolución Mexicana llevó a cabo incursiones militares en Baja California. Como los seguidores de este movimiento armado eran principalmente del grupo Industrial Workers of the World (Trabajadores Industriales del Mundo), encabezado por un estadounidense, Simon Berthold, su levantamiento fue interpretado como una invasión extranjera en Baja California. Por ello, este pionero regresó a defender a su país de quienes llamó “sinvergüenzas *wobblies*” (tambaleantes), quienes habían entrado con la intención de crear una república socialista independiente. Al llegar a la península, este personaje se unió al ejército mexicano y sirvió como guía en su área natal y, cuando la invasión fue repelida, se fue de vuelta a los Estados Unidos. Al practicar esto, el informante establecía un paralelo entre su decisión y la de aquellos que se unieron como voluntarios al ejército mexicano para hacer frente a los marinos norteamericanos que desembarcaron en Veracruz en el siglo XIX, lo que dio como resultado la anexión de Texas a los Estados Unidos.

De la misma forma, el nacimiento de los últimos dos hijos de los Castellanos en Baja California puede interpretarse como una declaración ideológica (véase el capítulo 4). Aun después de que éste emigró a San Diego, insistió en que la familia regresara a la penín-

sula para que sus últimos dos hijos nacieran en Baja California, como el resto de sus nueve hijos. De esta manera, en 1906 y 1908, la familia regresó al circuito minero y, hasta este día, Tiburcio, quien nació en Julio César, ha retenido con orgullo su ciudadanía, aunque ha pasado sólo cuatro años de su vida en México y continúa viviendo en Lemon Grove.

Vicente Sepúlveda es otro ejemplo de cómo el patriotismo contribuyó en el mantenimiento de los vínculos con la península. Vicente trabajó en la estación fronteriza de Mexicali para el gobierno mexicano, pero vivió con su esposa, Guadalupe Salgado, en Caléxico. En 1911, cuando los *wobblies* cruzaron la línea para invadir la península, Vicente peleó al lado de las fuerzas mexicanas del coronel Celso Vega –jefe político y militar del distrito norte de Baja California– en contra de los llamados *filibusteros*, y fue seriamente herido en la batalla del rancho Little. De allí fue trasladado a Mexicali, desde donde Guadalupe lo llevó a Caléxico, al otro lado de la frontera, lugar en el que falleció. El hecho de que Vicente muriese en Caléxico no disminuyó lo significativo de su acto, ya que la ciudad era considerada parte de la frontera, sin importar la división política ni el reconocimiento oficial de la territorialidad. Desde la perspectiva de la familia, Vicente murió defendiendo a México en contra de un grupo de estadounidenses filibusteros<sup>4</sup> del norte. Años después, en la década de 1960, la muerte de Vicente, junto con otros que defendieron la península, se conmemoraba anualmente como un hecho patriótico. La única hija de Vicente, María Sepúlveda, cruzaba anualmente desde San Diego para tomar parte en las ceremonias, manteniendo viva no sólo la historia individual, sino también sus nexos con la frontera.

Así, la tradición familiar se fusiona intrínsecamente con los lugares y la historia de la península. Relatos de experiencias añejas

<sup>4</sup>Es importante señalar que aunque este movimiento fue visto, por algunos sectores de México, como separatista, por estar respaldado por los Industrial Workers of the World (iww), en realidad simpatizaba con la Revolución Mexicana, buscando distribuir el territorio de México entre los mexicanos.

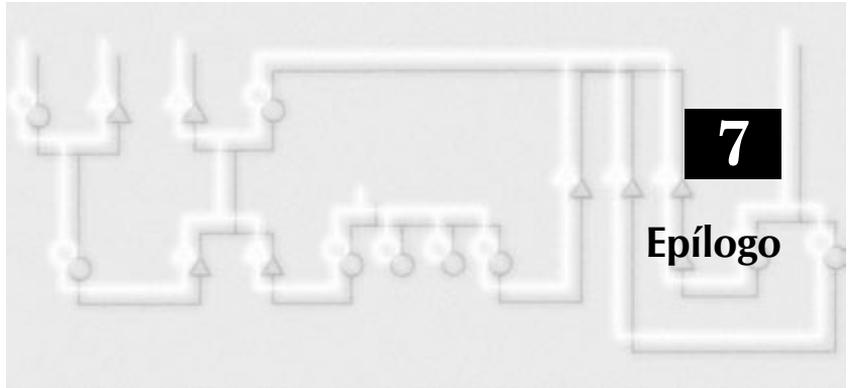
se han convertido en evidencia importante de conexiones familiares, así como de románticas reminiscencias de los días pasados. La gente de la segunda y tercera generación cuenta historias de las experiencias de los pioneros en sus pueblos de origen, como Calmallí y Las Flores. Alfredo Becerra habla de la relación cercana de su padre, Vicente, con Guadalupe Bolume en Calmallí; relata que habían bailado allá juntos y que Vicente ejecutaba la música con su guitarra para sus amigos de las minas. En San Diego, Vicente Becerra tocó su instrumento de nuevo para Guadalupe Bolume cuando ella se casó con su amigo, Jesús Castellanos. Nicolás Ceseña habla de las Californias de antes, la entrada de los franceses a San José del Cabo y la buena gente de ese lugar: “Cuando llegaron los franceses a San José, encontraron agua buena y dijeron: ‘Donde hay agua corriente, hay gente decente’”.

Los bajacalifornios y sus descendientes tienen conciencia de la peculiaridad de las poblaciones que llegaron a la península, y han hecho de ello parte de su tradición. Las historias de los Smith, ojos azules cruzando la línea y sorprendiendo tanto a mexicanos como a estadounidenses, se cuentan una y otra vez con gran humor. Encuentros de los peninsulares con estadounidenses han dado origen a historias semejantes. Manuel Smith III y Guillermo Simpson III, quienes regresan con frecuencia a la península, relatan con humor su encuentro con un vehículo todoterreno (*jeep*) cargado de estadounidenses. A medida que se acercaban a caballo, vestidos a la usanza ranchera, se presentaron al grupo ante el asombro de los viajeros del auto. Asimismo, las conexiones interfamiliares se relatan repetidamente con gran entusiasmo. Por ejemplo, existe una anécdota sobre un viajero del centro peninsular, quien en una ocasión llevaba correspondencia en su caballo y se encontró con un grupo de personas de la frontera, de apellido Smith. Después de un breve momento, éstos descubrieron que el cartero, así como la persona a quien iba dirigida la correspondencia, eran del mismo apellido que ellos y estaban relacionados íntimamente a través de ancestros comunes de Comondú. Estas historias sucedían con frecuencia. Las personas

cuentan orgullosamente sus anécdotas y hablan de su relación con la península y su parentesco con otras familias con larga historia en ella.

Esta historia oral constituye una ideología que es compartida y perpetuada entre familias y sirve para mantener la identidad y solidaridad del grupo. Más aún, al igual que otros mecanismos, esta ideología también funciona como una base para la extensión del parentesco y las relaciones familiares entre los migrantes de la frontera y los colonizadores, dado que la red es un sistema cultural que comparte rasgos regionales peculiares que se manifiestan a través de las instituciones familiares.





La red de bajacalifornios que se estableció en el condado de San Diego alcanzó su cúspide entre los años treinta y los cincuenta del siglo xx, período en el que estas familias echaron raíces en San Diego y se fusionaron específicamente en Lemon Grove. La mayoría de los descendientes de dichas familias eran ciudadanos estadounidenses por nacimiento y miembros de una comunidad que constituía para ellos su hogar. Los pueblos de donde provenían sus ancestros todavía se recordaban y, de hecho, eran visitados de cuando en cuando, aunque dejaron de ser expulsores de migrantes o base del desarrollo de la red en las minas o en los Estados Unidos. La gente de Lemon Grove confiaba y buscaba ayuda de los familiares, vecinos y amigos que habían decidido establecerse en este país.

Los cambios tanto en la comunidad inmigrante en los Estados Unidos como a lo largo de la frontera alteraron la naturaleza de la migración y la inmigración después de la década de 1930. Antes de ésta, las familias viajaban en grupo y entraban en territorio estadounidense siguiendo los pasos de otras personas que habían migrado al norte y estaban en proceso de asentamiento. Estos primeros cruces de la frontera no eran restringidos y la inmigración era relativamente fácil, pero en la medida en que los desarrollos a lo largo de ambos lados de la frontera atrajeron un incremento en el número de personas, la política fronteriza de los Estados Unidos se enfocó en el control de la inmigración. El cruce múltiple por la frontera y la movilidad, que había sido un patrón en el período inicial de

asentamiento, no fue posible para los recién llegados. Los migrantes eran desalentados de cruzar la frontera, y aquellos que lo hicieron entraron en un ambiente anglo por períodos cortos más que como residentes.

En las décadas de 1940 y 1950 y años posteriores, la comunidad de los californios en San Diego no se percibía como un grupo de peninsulares, sino solamente como una comunidad asentada en los Estados Unidos. Entre ellos continuó existiendo el apoyo recíproco basado en el parentesco, el compadrazgo y los matrimonios. Sin embargo, no viajaban más como unidades emparentadas o familias. Algunos miembros de éstas continuaban llegando del sur, pero la mayoría venía por períodos cortos. Otros arribaban en la búsqueda de empleo y vivienda, lo cual encontraban con el apoyo de sus familiares, que conocían bien el ambiente angloamericano en los Estados Unidos.

Durante los años veinte y los treinta del siglo xx, algunas circunstancias sociopolíticas desafiaron la solidaridad de la red y de los habitantes de la pequeña y próspera comunidad de Lemon Grove, debido a que la gran depresión trajo consigo restricciones económicas y sociales no sólo para la gente de este lugar, sino para toda la población de ascendencia mexicana en los Estados Unidos. El colapso económico sufrido por la nación entera dio como resultado una animadversión en contra de la creciente población mexicana en los Estados Unidos. Esto fue particularmente notorio en el suroeste, donde la población inmigrante mexicana era más numerosa. La base de esta animadversión era el temor de que los mexicanos estuvieran apropiándose de los empleos de los ciudadanos estadounidenses y aprovechándose de la asistencia social sin el deseo de convertirse en ciudadanos de esta nación.

En el mencionado período, el empeoramiento de la economía y el creciente desempleo en los Estados Unidos se reflejaron en las acciones del gobierno al empezar a restringir la inmigración de mexicanos y a repatriar a los que ya estaban asentados en este país. La política oficial de repatriación de la administración del presidente

Herbert Hoover dio como resultado la expulsión de más de 400 000 individuos de ascendencia mexicana, muchos de los cuales eran ciudadanos estadounidenses por nacimiento (Balderrama, 1982; Bogardus, 1934; Cardoso, 1974; Divine, 1957; Hoffman, 1974; Romo, 1975; Scott, 1971). En California, los reportes oficiales y de los medios estaban plagados de prejuicios y temores latentes por la creciente población mexicana (Hoffman, 1974; Álvarez, 1986; Balderrama, 1982). En esta atmósfera antimexicana, la fuerte defensa del idioma español, de los valores y el estilo de vida entre los colonizadores mexicanos confirmaba la visión entre los anglos de que estos inmigrantes representaban una amenaza para la sociedad norteamericana. Comunidades como Lemon Grove, en donde los mexicanos se habían congregado y vivían juntos en “pequeños Méxicos”, se convirtieron en objeto de acciones públicas y oficiales en su contra.

A finales de la década de 1920 y principios de la de 1930, las escuelas a lo largo del suroeste de Texas, Arizona y California iniciaron programas de americanización para los inmigrantes (Weinberg, 1977; Carter, 1970). La segregación en éstas era consentida por presentarse bajo la apariencia de ayuda para los inmigrantes. Dichas escuelas se encontraban dispersas en el área de Los Ángeles y los valles californianos de San Joaquín e Imperial. En Lemon Grove, estas acciones fueron percibidas como amenazas al estilo de vida de la red de los californios, quienes respondieron con un coordinado fortalecimiento y activación de la red misma y la comunidad en su conjunto.

En enero de 1931, la mesa directiva de una escuela local en Lemon Grove intentó segregar a los niños de los colonos mexicanos en una escuela especialmente construida para ellos. La Asociación de Padres y Profesores (PTA) y la Junta de Educación se reunieron para planear la separación que excluiría a la comunidad mexicana mediante la construcción de una escuela con dos aulas en el corazón de esa comunidad, hacia donde se enviaría a los niños mexicanos, asumiendo que la comunidad se separaría dócilmente y mandaría a sus hijos al nuevo plantel. Esto, sin embargo, se volvió motivo de

disputa y los padres mexicanos se opusieron a este acto de segregación, confiando en los vínculos de solidaridad que los habían traído a los Estados Unidos y les habían permitido construir estos asentamientos. Esta lucha reveló claramente la función de movilización de la red como organizadora comunal, con un propósito que no fue simplemente familiar o individual (tal como había sucedido en el pasado, al proporcionar ayuda mutua en la búsqueda de empleo o habitación) sino comunitario, organizando comités de vecinos que se comprometieron a pelear en contra de la acción de la junta escolar. La nueva escuela, boicoteada por todas las familias, excepto una, llegó a ser conocida como la *caballeriza*. La comunidad de los californios, en una bien planeada respuesta, hicieron pública su queja formal a través de los diarios locales y estatales en español e inglés, en los cuales publicaron informes sobre la segregación y solicitaron financiamiento y apoyo moral para el Comité de Vecinos de Lemon Grove (Álvarez, 1986).

Muchos de estos padres de familia habían venido al norte en el circuito minero o habían llegado por barco desde Baja California, pero la mayoría de los niños habían nacido en los Estados Unidos. Los padres estaban indignados por el intento de segregación y basaban sus apelaciones en la ciudadanía de los niños, quienes habían asistido a escuelas regulares por más de una década. Los padres también buscaron la ayuda del consulado mexicano en San Diego (Balderrama, 1982; Álvarez, 1986), que tenía un gran interés en el caso y había asignado a dos abogados dispuestos a defender a la comunidad. En un intento por ejercer presión sobre ésta, una familia fue señalada con cargos de ausentismo escolar y deportada en medio de este proceso. Se trataba de la familia Ruiz, que había vivido en Lemon Grove y cuyos niños, como la mayoría de los otros estudiantes, habían nacido y crecido en los Estados Unidos. En México, los reportes en los periódicos dieron un seguimiento muy de cerca al problema, y el gobierno mexicano apoyó ampliamente la acción de la comunidad.

Ésta presentó una orden judicial ante la Suprema Corte del condado de San Diego, demandando a la mesa directiva de la escuela

por segregación. A principios de 1931, el caso fue escuchado en San Diego y los niños subieron al estrado para probar sus conocimientos de inglés y su progreso general en la escuela. En marzo de ese año, la corte falló a favor de la comunidad mexicana de Lemon Grove y demandó la reinstalación inmediata de los niños de ascendencia mexicana en la escuela regular. La importancia de este proceso –el primero en el que la corte falla a favor de la no segregación en los Estados Unidos– no fue reconocida sino hasta hace poco. Además de las implicaciones legales y sociales, este hecho ilustra, de forma contundente, la movilización de un grupo de familias mexicanas inmigrantes como resultado de la alianza de su red, que había sido construida a lo largo de varias generaciones. Los padres que formaron la organización de vecinos y pelearon contra la mesa directiva de la escuela eran miembros de las familias Álvarez, Castellanos, Smith, Romero, Sotelo, González y Simpson, entre otras, las cuales habían venido al norte siguiendo el circuito minero y se habían establecido en Lemon Grove. Además de las anteriores, otras familias incorporadas como parte de la comunidad, participaron con una fuerza y liderazgo adicional en la contienda. La lista de 85 estudiantes nombrados en la demanda contra la escuela contiene apellidos cuyo origen se encuentra en los pueblos del sur de la península. El caso tomó el nombre de un estudiante que representó a los niños en general: “Roberto Álvarez contra la Junta Escolar de Lemon Grove”.

Además de la movilización de la red en la unificación de la gente para llevar a cabo una acción legal a través de ésta, los californios continuaron practicando la reciprocidad durante el período de la depresión. Esto hizo posible que la comunidad sobreviviera, a pesar de que dicha crisis económica fuera duramente sentida por estas familias. Así, pese a los bajos salarios y las dificultades en general, el trabajo en los huertos limoneros continuó, y la dispersión de individuos y familias se dio en pequeños números. Aunque en este contexto hubo más de 400 000 deportados en todo Estados Unidos, en Lemon Grove sólo los Ruiz sufrieron esta experiencia, como resultado del movimiento contra la segregación.



Primera generación de ciudadanos estadounidenses de la escuela de Lemon Grove, al momento del juicio sobre la no segregación, *circa* 1931 (cortesía de María Smith de Álvarez).

Más tarde, aunque los californios se vieron ocasionalmente forzados a buscar empleo fuera de Lemon Grove, la creación de los Cuerpos de Protección Civil –Civilian Conservation Corps (CCC)– por parte del presidente Franklin Delano Roosevelt promovió el contacto externo de la gente de Lemon Grove, ya que muchos de los jóvenes fueron reclutados por los CCC y llevados a servicio a lo largo del estado de California. Esta acción ayudó a las familias a contar con una fuente de ingresos que fueron enviados a los padres, con lo cual disminuyeron las dificultades en algunos hogares. Estos hombres tuvieron acceso a nuevas formas de vida en áreas en las que encontraron nuevos incentivos para llevar a cabo carreras distintas de las que conocían en Lemon Grove. Sin embargo, al final

de la depresión, la mayoría de estos individuos regresaron a esta población y a San Diego.

Las tensiones económicas y sociales en la década de 1930 fueron claras amenazas para los mexicanos de Lemon Grove. El caso de la escuela ilustra más que una adaptación comunitaria a la vida en los Estados Unidos y la movilización de la red. También muestra las actitudes que prevalecieron entre los padres en relación con su establecimiento y supervivencia en el país. Se esperaba que los niños asistieran a la escuela local como una manera de fomentar su adaptación. De hecho, esta primera generación de hijos de inmigrantes fueron a la escuela y socializaron dentro de un ambiente sociocultural completamente distinto del que sus padres habían experimentado, combinando estilos de vida y perspectivas de Estados Unidos y México.

A medida que la depresión terminaba, la comunidad de los californios continuó dependiendo de las bases culturales establecidas por la generación de migrantes. La depresión había consolidado aún más la red familiar a través de la exitosa coalición en contra del caso de segregación en que incurrió la escuela y a través de la reciprocidad que la gente practicó durante este período de escasez. Después, a finales de la década de 1930, la comunidad se movilizó nuevamente, esta vez para protestar por los bajos salarios de los trabajadores en las huertas de limón. Estas protestas tuvieron lugar en el ámbito nacional e incluyeron comunidades mexicanas de otras partes de San Diego, como Lemon Grove, centro de empleo de mexicanos. En 1938, los trabajadores del campo en esta comunidad organizaron un sindicato llamado Unión de Campesinos y Obreros, el cual fue parte de una larga lucha de las comunidades mexicanas del sur de California. Muchos de los actores principales de este movimiento eran individuos que habían llegado del sur de la península, pero que ya no eran inmigrantes sino colonos que se esforzaban para tener una vida decorosa en los Estados Unidos.

La década de 1940 trajo nuevos retos a las familias. Para ese tiempo, una generación entera de niños californianos habían sido

criados en los Estados Unidos. Aunque la mayoría de estas familias mantuvieron sus nexos en México, donde permanecieron parientes y amigos, la lealtad a Baja California ahora provenía principalmente de las experiencias de los padres y familiares mayores, quienes una generación antes habían creado la pequeña comunidad de Lemon Grove. La cohorte de jóvenes nacidos en los Estados Unidos había asistido a escuelas de este país y se había adaptado a muchos de los valores de la sociedad norteamericana. Esta nueva filiación se ilustra claramente con la respuesta de esta joven generación en la Segunda Guerra Mundial. Aunque estos individuos estaban unidos a la frontera, continuaban hablando español y se percibían como mexicanos, la mayoría de ellos con la edad suficiente se ofrecieron como voluntarios en los servicios de la armada de Estados Unidos. Para la red, esto significó aún más dispersión de los miembros de la familia y, aunque la mayoría de los hombres regresaron a San Diego al final de la guerra, muchos habían adquirido nuevas destrezas y habían sido expuestos a nuevos ambientes. Esto, junto con el surgimiento de nuevas industrias y el crecimiento de la ciudad de San Diego, dio como resultado la dispersión de los individuos de Lemon Grove.

Al inicio de los cuarenta del siglo xx, esta comunidad empezó a cambiar y a dejar de ser atractiva para los californios y otros mexicanos. El desarrollo de un nuevo uso de suelo y la multiplicación de casas habitación marcaron el final del negocio limonero y la extracción de roca, lo que provocó que la mayoría de los individuos se vieran forzados a buscar empleo fuera de la comunidad.

Durante la década de 1930, varias familias –incluso aquellas que pertenecían a la red– habían cambiado de residencia hacia Logan Heights en la ciudad de San Diego, donde se desarrollaba una gran comunidad mexicana (Camarillo, 1979). La gente se sintió atraída por la presencia de amigos y familiares en ese lugar, el fácil acceso a la ciudad y el surgimiento de las enlatadoras de atún, que emplearon a cientos de hombres y mujeres mexicanos, como había sucedido años atrás con los trabajos en las huertas y las empacadoras de Lemon Grove. La reubicación de estas familias en Logan Heights

renovó sus nexos, a la vez que les permitió establecer nuevas amistades, especialmente con otros peninsulares, como había sucedido en el pasado. La pesca de atún, la construcción de embarcaciones y las compañías de las bases naval y aérea florecieron durante la década de 1940, fungiendo como atracción mayor para ciudadanos de todos los orígenes.

Logan Heights se encuentra a sólo 12 kilómetros de Lemon Grove, lo cual permitió que las visitas a los amigos y parientes fueran muy fáciles y que la comunidad continuara siendo un núcleo cultural. Las celebraciones familiares aún eran eventos comunitarios y las familias que permanecieron allí atrajeron gente de San Diego y del otro lado de la frontera internacional, de ciudades como Tijuana, Mexicali y Tecate.

De esta manera, aunque la década de 1940 estuvo marcada por el fortalecimiento de la red, debido a los numerosos matrimonios entre familias de Lemon Grove, la guerra y los cambios acontecidos en la década de 1930 habían dado por resultado la dispersión de la joven generación que, si bien siguió estando ligada a la red a través de las instituciones que hicieron posible el asentamiento de las primeras familias de migrantes, ya no se hallaba vinculada a la base geográfica de Lemon Grove. Debido a las nuevas oportunidades que habían encontrado fuera de esta comunidad, muchos de sus miembros estaban dispersos en otras áreas del condado de San Diego. Así, una decisión consciente en la elección de un nuevo ambiente y el deseo de tener acceso a mejores escuelas provocó una mayor dispersión de la red, la cual, si bien continuó funcionando como un mecanismo de solidaridad y reciprocidad entre los viejos miembros, empezó a incorporar otras amistades que se habían desarrollado dentro de los nuevos vecindarios y lugares de empleo.

Aún así, la dispersión geográfica de la red no parecía una seria amenaza de debilitamiento de las relaciones comunitarias. Las instituciones que habían unido a los californios en un espacio geográfico a través del circuito minero trabajaban ahora en el condado de San Diego. En la comunidad, la gente continuaba congregándose en

las casas de los pioneros sobrevivientes, los matrimonios dentro de la red y las relaciones de compadrazgo se intensificaban entre los miembros de las familias, y los adultos de esta nueva generación continuaban buscándose unos a otros. Así también, las múltiples ceremonias –tales como cumpleaños, bautismos y funerales– seguían reuniendo a los pioneros migrantes que sobrevivían, a sus hijos y a la nueva generación de descendientes. Esto sirvió para fortalecer los ya existentes lazos familiares. De esta manera, las celebraciones a las que convocaban las instituciones formales eran eventos familiares y comunitarios que, además de ser ritos de paso para los individuos, destacaban la existencia de vínculos y familias que eran parte de una comunidad reconocida, que ahora incluía a sus parientes y amigos que habitaban en el lado mexicano de la frontera internacional.

Éstos fueron tiempos en los cuales la familia jugó un papel importante en la consolidación de valores específicos sobre el pasado, sus vínculos con la península, su herencia ahora centralizada en Lemon Grove, sus pioneros muertos y sus ancianos vivos. Mis padres pertenecieron a esa generación que nació y fue criada en el pequeño pueblo de Lemon Grove, y sus vidas simbolizaron el origen y consolidación de esos valores importantes que fueron transmitidos a sus descendientes. Ellos se consideraban mexicanos, pero también ciudadanos estadounidenses por nacimiento, que lucharon por una vida mejor. Su traslado hacia afuera de Lemon Grove sirvió para colocar a la siguiente generación de su familia en un ambiente nuevo, exponiéndolos a influencias y decisiones que no formaban parte del pasado. Finalmente, la prosperidad económica de las décadas de 1950 y 1960 trajo consigo empleo y nuevas alternativas de vida. Una nueva era de la red había comenzado realmente.

Durante este tiempo, un factor importante para el cambio en las relaciones sociales fue el deceso de los ancianos. A medida que los últimos pioneros fallecían, los eventos comunitarios se hicieron menos frecuentes y, aunque las celebraciones continuaron siendo reuniones familiares, los individuos y sus familias estaban cada

vez menos vinculados a la red debido a las responsabilidades del trabajo, las preferencias educativas y el surgimiento de nuevos amigos. Todo esto influyó en el desapego de esta nueva generación a las alianzas del pasado.



Mujeres de la familia Salgado Smith en Logan Heights, San Diego, verano de 1937. De izquierda a derecha: María Smith, María Sepúlveda, tres mujeres no identificadas, Dolores Salgado Smith, mujer no identificada y Guadalupe Salgado (cortesía de María Smith de Álvarez).

Al final de la década de 1960, un estilo de vida había terminado. Lemon Grove no era más una pequeña comunidad de pioneros californios, sino un creciente suburbio de San Diego. Los huertos limoneros y de otros cítricos pasaron a ser parte de la especulación en el área de bienes raíces. Nuevos desarrollos dentro y alrededor de Lemon Grove atraieron más personas al pueblo y contribuyeron a



Ramona Castellanos con dos nietos,  
Roberto y Guadalupe Álvarez Smith, *circa* 1947.

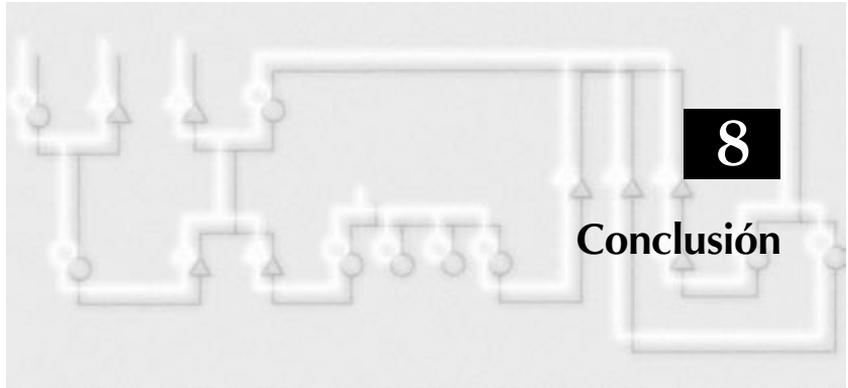
la diversificación del área. Los inmigrantes mexicanos continuaron llegando, pero la comunidad ya no era un foco de empleo. Ahora se dirigían a Chula Vista, National City y Logan Heights, comunidades urbanas crecientes en respuesta al desarrollo de San Diego y la región fronteriza. Los campos limoneros y la economía relacionada



Los Castellanos en Logan Heights, San Diego, 1972. De izquierda a derecha: Tiburcio, Juana, Francisca, Narciso y Ricardo (cortesía de Francisca Castellanos de Moreno).

con éstos se olvidaron. En la actualidad, la única remembranza que se tiene de ellos es un monumento de concreto que representa un gran limonero en el centro del pueblo.

Mi generación creció socializando con dos mundos. Lemon Grove y las comunidades hacia las cuales los pioneros se habían trasladado formaron parte estrecha de nuestras relaciones sociales. Sin embargo, debo reconocer que el contacto diario con individuos y familias en vecindarios fuera de Lemon Grove y lejos de los inmigrantes pioneros, así como la asistencia a la escuela y el conocer estilos de vida completamente diferentes, nos acercaron a nuevos valores y aspiraciones que agitaron los adquiridos en el pasado. Con el correr del tiempo, los matrimonios entre familias de pioneros se volvieron la excepción, dado que los individuos empezaron a buscar apoyo en nuevas matrices de vínculos sociales creados fuera de la red familiar. Sólo las celebraciones de aniversarios de bodas, bautismos y ocasionalmente matrimonios, continuaron uniendo a los miembros de las familias originales. Los funerales, especialmente de ancianos respetados, se volvieron la razón final para reunir a aquellas personas que vivieron durante el establecimiento y la vida cotidiana en Lemon Grove.



La principal motivación al empezar este libro fue documentar el poblamiento de Lemon Grove y el condado de San Diego por peninsulares de Baja California, actores e individuos fuertes e independientes a quienes había conocido durante mi niñez y vida adulta. Su experiencia parecía encajar en el patrón básico de la inmigración mexicana, pero pronto fue claro para mí que el establecimiento y la adaptación de los bajacalifornios habían tenido lugar de manera distinta de como había sucedido con los migrantes de otras partes de México. En general, los peninsulares formaron parte de un movimiento masivo de mexicanos hacia los Estados Unidos durante los períodos de mayor inmigración hacia los inicios del siglo xx. De esta manera, la migración y la red de los pobladores de Lemon Grove estuvieron fuertemente ligadas a los cambios políticos y económicos de la historia de México y, en particular, de la península de Baja California. Es evidente que la intensa interacción entre estos individuos en contextos sociales específicos produjo fuertes relaciones sociales que dieron origen a las bases para un establecimiento exitoso de los bajacalifornios en los Estados Unidos.

De esta forma, el objetivo central de este libro es entender y explicar que el establecimiento de los peninsulares en Lemon Grove fue un proceso histórico que aconteció en la región de las Californias y trascendió más allá del cruce de la línea internacional en la búsqueda de empleos. Cada uno de los episodios ocurridos en el proceso de construcción de la red de familias de Baja California

se vincula con eventos políticos y económicos nacionales e internacionales que afectaron a la península y dieron lugar a un tipo de comportamiento por parte de sus actores. Es evidente que dichos eventos, socialmente más amplios, propiciaron que estos actores y sus grupos interpretaran y actuaran en consecuencia con el entorno sociocultural prevaleciente en el ámbito local.

Por otra parte, la experiencia aquí analizada nos permite observar que la migración y el desarrollo de las redes sociales se encuentran estrechamente relacionados como parte de un proceso sociocultural que incluye a varias generaciones. Al igual que el proceso migratorio, la red de familias de bajacalifornios en los Estados Unidos puede entenderse mejor si examinamos la historia socioeconómica que en lo particular influyó en las decisiones de los migrantes tendientes a extender y estructurar relaciones sociales basadas en experiencias comunes y en una historia cultural específica.

A finales del siglo XIX, la situación fluctuante de las minas en Baja California dejó pocas opciones para aquellos que buscaban seguridad económica. Por ello, la población del circuito minero fue forzada a moverse de mina en mina, lo que propició una serie de relaciones sociales cuya riqueza tuvo su origen en las condiciones geográficas y sociales y en las historias personales de los individuos y las familias migrantes. Las minas eran producto de las condiciones económicas de México y del contexto internacional, ya que detrás de ellas había una serie de decisiones políticas alentando el establecimiento de empresas capitalistas de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. En su conjunto, estos procesos, observados en los ámbitos local y global, ilustran cómo la gente, en una región específica del mundo, reaccionó a las condiciones impuestas por estas decisiones políticas y las condiciones económicas prevalecientes.

Por otro lado, la experiencia presentada en este trabajo nos confronta con diferentes dimensiones de la historia. Primero, como en la mayoría de los estudios sobre comunidades y grupos de personas, aquí se confirma que la historia es el antecedente del drama. Segundo, aquí vemos cómo la historia política y económica de la región

californiana ejerció una influencia específica sobre estos migrantes, quienes contribuyeron al desarrollo de un proceso sociocultural con características particulares. Tercera, dicha historia dio lugar a una historia personal tamizada por el comportamiento local en los pueblos y minas del sur, el cual se incorporó al comportamiento sociocultural de los individuos. Cada una de estas tres dimensiones de la historia es importante para la comprensión de cómo los individuos se unieron, qué factores influyeron en la extensión de las relaciones sociales entre los miembros de este grupo migrante, y qué papel jugaron los períodos específicos en el desarrollo de la comunidad en los Estados Unidos. Un elemento importante en este libro es que la historia no se limitó a estos *foci*, sino que abarcó las interrelaciones que perduraron a lo largo de un amplio período. El análisis de este *longue durée* nos permite observar la interacción dinámica de las personas y eventos en ciertos períodos y a través de éstos (Braudel, 1980:64-80). Con base en esto y para fines de este estudio, la historia va más allá de conocer los orígenes de la gente y lograr una reconstrucción de las circunstancias del pasado. Se trata de la incorporación de un tiempo y espacio específicos que influyeron en la acción humana por períodos que abarcaron a más de una generación.

De esta manera, la red aquí descrita puede verse como un delineado juego de relaciones sociales basado en una historia específica de experiencias dentro de un período que comprende varias generaciones de vidas y escenarios geográficos distintos, así como episodios políticos y económicos específicos en la península de Baja California y la región fronteriza de California en Estados Unidos. Esto nos coloca frente a un tipo de red que no es la que hasta ahora han estudiado los académicos especialistas en estos fenómenos, ya que la que aquí se plantea hace hincapié en: 1) la importancia del desarrollo de una red regional de individuos y familias que comparten una historia específica, y 2) la importancia de ver las relaciones sociales diacrónicamente más que como simples respuestas a las condiciones sociales. Así, la fuerte comunidad de San Diego no

fue resultado de contar con los mejores empleos y los más elevados estilos de vida prevalecientes en los Estados Unidos, aunque el reconocimiento de éstos haya sido un factor primordial. Más bien, la cerrada comunidad de bajacalifornios fue resultado de más de un siglo de interacciones entre personas en una región internacional condicionada por procesos económicos y políticos.

La descripción y explicación del desarrollo de esta red de relaciones sociales es parte central de este libro. Como se puede ver, no me he preocupado aquí por los atributos de densidad, multiplicidad u otros fenómenos de nexos y flujos que han caracterizado los estudios de redes en las ciencias sociales. Por el contrario, me interesan los atributos de la red de Baja California, como lo son su binacionalidad y su persistencia de cara a las barreras políticas y distancia geográfica. Como se mencionó, esta red estableció sus bases en la estructura familiar, y su adscripción a ésta fue condicionada cultural y regionalmente, de manera especial en los períodos tempranos de su desarrollo (Álvarez, 1985). Más aún, como también se demostró aquí, los vínculos de la red se estrecharon una vez que sus miembros estuvieron expuestos a un ambiente “extranjero”, lo que reforzó también las conexiones familiares y geográficas entre Estados Unidos y los pueblos sureños de Baja California. Asimismo, este análisis revela el novedoso uso de las instituciones tradicionales como una de las adaptaciones socioculturales viables dentro de los nuevos ambientes.

Por otra parte, además de revelar estas características de la red, este estudio nos conduce a preguntas más amplias concernientes a la estructura de las relaciones sociales. El concepto de red ha sido utilizado para describir la interacción social y el flujo de los beneficios socioeconómicos (especialmente en relación con la migración de grupos culturalmente distintos de los urbanos o que transitan por un proceso de urbanización). La red bajacaliforniana, sin embargo, delineó características distintas de incorporación de nuevos miembros a través de una estructura de relaciones que trascendió a los actores individuales. Así también, la mayoría de los estudios sobre redes destacan la existencia de individuos que funcionan como

engranajes centrales de los vínculos y expresiones de interacción social y reciprocidad. Sin embargo, la red aquí descrita subraya la pertenencia al grupo, basada en características regionales y culturales. En cierto sentido, esta red era un sistema sociocultural que a lo largo del tiempo exhibió cambios que lo llevaron a trascender los ambientes geográficos locales y las generaciones de los individuos. Desde la perspectiva migratoria, la red proveyó de un juego de relaciones socioculturales estables que inhibieron cambios drásticos a pesar de la movilidad geográfica, a la vez que reforzaron los nexos y expresiones comunales. Finalmente, la existencia de campos sociales familiares hizo posible la inmediata afiliación a la red por parte de cualquier individuo perteneciente a familias con características reconocidas, tales como su origen sureño peninsular, su experiencia en las minas, la pertenencia a ciertas familias extensas y su cruce por la frontera.

En la literatura especializada, la migración ha sido regularmente vista, hasta ahora, como causa de rompimientos en las relaciones sociales. Sin embargo, algunos antropólogos que examinan la migración rural-urbana han notado que las relaciones sociales y las comunidades no se colapsan en realidad, sino que la gente utiliza las instituciones tradicionales para mantener la solidaridad y ofrecerse apoyo mutuo en los ambientes nuevos y diferentes. De manera similar, estudios recientes realizados por sociólogos de los Estados Unidos examinan las diferencias entre las relaciones sociales de la gente que vive en situaciones urbanas y de modernización, y las relaciones sociales de quienes habitan en ambientes “tradicionales” y rurales (Fischer *et al.*, 1977; Fischer, 1984).<sup>1</sup> Estos especialistas argumentan que las personas no pierden sus comunidades

<sup>1</sup>El argumento de Fischer —más o menos simplificado— es que el ataque de la modernización y la urbanización no ha causado rompimiento o deterioro de la comunidad como tal. De hecho, las relaciones sociales en situaciones urbanas son tan intensas, de tan gran apoyo y tan significativas como las que ocurren en los ambientes tradicionales; es decir, su estructura en escenarios complejos y ambientes tradicionales es similar y, en gran medida, toman el lugar de la comunidad tal como lo definen los científicos sociales.

por mudarse de ciudad o enfrentarse con los cambios rápidos en el crecimiento de los suburbios. Por el contrario, la gente desarrolla distintos tipos de relaciones, basadas en sus nuevas necesidades e intereses. De esta forma, aunque las nuevas relaciones reemplazan a las tradicionales, las primeras son igualmente significativas que las segundas, como se puede observar en la red bajacaliforniana.

Por otra parte, como podemos ver en este trabajo, los californios encajan dentro del estereotipo de migrantes indigentes o de desplazados que entran en los Estados Unidos en la búsqueda de mejores condiciones de vida. Sin embargo, estos migrantes, al igual que aquéllos de otras regiones, partieron a los Estados Unidos equipados con instituciones fundamentales que les permitieron extender y fortalecer sus relaciones sociales a medida que se desplazaban en el tiempo y el espacio. Como se puede observar en este caso, estas relaciones sociales fueron la base para la formación de nuevos asentamientos y la extensión de las instituciones familiares, lo cual creó lo que entre los especialistas se conoce como una comunidad en continuo que, aunque no estaba enraizada en un nicho geográfico, perpetuaba los patrones de apoyo existentes en los asentamientos tradicionales. Así, estas relaciones sociales, sustentadas en la continuidad de la experiencia histórica, fueron la base para la creación de la comunidad en Lemon Grove, en donde el juego de relaciones y la red se materializaron en una entidad delimitada y discernible por sus miembros.

Entender lo anterior es crucial para comprender el proceso de establecimiento de estos migrantes en San Diego. Al centro de este proceso se encuentran las circunstancias históricas –o contextos–, que condicionaron la toma de decisiones específicas y la adaptación del grupo de familias del sur. Este modelo de selección de restricciones es similar al utilizado para examinar el desarrollo de las relaciones sociales (Davis, 1986; Fischer *et al.*, 1977; Fischer, 1984). En palabras simples, la gente que se encuentra en circunstancias socioeconómicas con limitadas alternativas para la supervivencia, escoge aquellas que garanticen la continuidad de sus redes de apoyo.

De esta manera, en mi argumento sigo el modelo de Davis (1986: 8-9), quien refina la noción de restricción y sugiere llevar a cabo el análisis sistemático de la historia, las relaciones de poder, el ambiente biofísico, la cultura y la demografía. Así, encuentro como una de estas “restricciones” los espacios geográficos en los cuales vivía la gente objeto de este estudio. Más aún, aquí también coincido con los estudios de Fischer y sus colegas, quienes se enfocaron en las diferencias entre las comunidades urbanas y rurales, y argumentaron que los cambios de las formas tradicionales de relaciones sociales que se dan al transitar de un ámbito a otro no constituyen un rompimiento de éstas. En su migración al norte, las relaciones sociales de los bajacalifornios se desarrollaron en una gran variedad de contextos sociales, ayudándose unos a otros a través de relaciones de parentesco y facilitando el proceso migratorio de las familias. A medida que surgían nuevos contextos y la gente se enfrentaba con distintos entornos, otros factores influyeron en la elección de las relaciones sociales. Al migrar de una mina a otra, y luego de la región minera a la fronteriza, los californios entraron en contacto con nuevas opciones de las que adolecían en sus lugares de origen, al tiempo que se modificaban las relaciones sociales entre el primero y el segundo flujo de migrantes. La vida social basada en las instituciones de los pueblos de origen se expresaba ahora en nuevas formas y, aunque no era del todo diferente, los migrantes se reunían en una matriz de relaciones sociales sobre la base de experiencias antes no conocidas en los pueblos del sur.

A pesar de presentar evidentes diferencias con los pueblos peninsulares, el asentamiento de Lemon Grove exhibía similitudes con los pueblos del sur, donde la gente podía establecerse cerca una de otra, en un espacio geográficamente delimitado, en el que los colonos podían satisfacer sus necesidades económicas en el entorno. Sin embargo, se trataba de un ambiente social nuevo, no simplemente por el hecho de estar en los Estados Unidos o ser un nuevo asentamiento, sino porque, comparado con los pequeños pueblos del sur, Lemon Grove era una experiencia más dinámica, desconocida para

los californios. No se trataba simplemente de un pueblo compuesto de lugareños y familias, sino de un espacio en donde tenía lugar un juego distinto de relaciones compartidas entre una masa crítica de gente. La red de Lemon Grove presentó un rango de opciones sin precedentes para las relaciones sociales.

En este trabajo, además de examinar los procesos de desarrollo de la red y la migración, me he enfocado en analizar diversos aspectos de la vida familiar. Mi principal preocupación a este respecto ha sido el papel de la familia en la migración mexicana a lo largo del tiempo. El estudio de las interrelaciones familiares y el rol de ciertos individuos dentro de la familia, a lo largo de generaciones y diversos espacios geográficos, permitió lograr una imagen más clara de las cualidades humanas de los migrantes y las formas específicas de migración y asentamiento. Generalmente, la literatura sobre migración Mexico-Estados Unidos se ha enfocado en el estudio del aspecto socioeconómico de este fenómeno, tanto en las zonas expulsoras como en las áreas receptoras, pero, con frecuencia, las características individuales de los migrantes se pierden en las descripciones estructurales de la migración. Las historias familiares que he presentado aquí realzan la dimensión humana en el proceso migratorio y están dirigidas a un mayor y más gratificante entendimiento de la vida familiar en el pasado. Las luchas y las dificultades, el afecto y el apoyo, la determinación y la esperanza de los migrantes no son solamente experiencias individuales sino parte de un movimiento hacia el norte que condicionó perspectivas y respuestas adaptativas por parte del grupo, a lo largo del proceso de migración y asentamiento. Entender las relaciones familiares y a sus individuos a través de este proceso migratorio aumenta nuestra comprensión sobre las relaciones familiares con el mundo externo. Como podemos ver, las familias de californios no fueron sólo productoras de peones, sino agentes activos durante el período de rápido cambio socioeconómico en el hemisferio occidental.

Por otra parte, las historias familiares de este estudio también revelan la compleja naturaleza del proceso migratorio. La decisión

de migrar no se vio motivada únicamente por la oportunidad económica que representaba el lugar de destino, sino también por el soporte económico y social que los familiares residentes en la frontera podían ofrecer a los migrantes. De esta manera, más allá de los detalles logísticos de la mudanza, la migración en sí se convirtió en una experiencia familiar. Las familias viajaban juntas dándose mutuamente seguridad y apoyo a lo largo de la migración dentro del circuito minero. Esto atrajo a un número de familias no vinculadas con el núcleo original, pero que compartían con éste su afiliación regional a Baja California, el reconocimiento de los pueblos con los cuales se asociaba a los antiguos colonizadores, y una perspectiva histórica común basada en fuertes vínculos de éstos con la península. Estos rasgos se convirtieron en la base de un sentimiento compartido que unió a las familias en su migración al norte a través de las minas, y en dirección a los Estados Unidos.

Es posible afirmar entonces que la migración de mexicanos hacia este país fue condicionada, por largo tiempo, por las circunstancias económicas prevalecientes. Sin embargo, el caso de los californios agrega otra dimensión a estas interpretaciones y atrae la atención por la variedad y complejidad de los movimientos internos dentro de una inmigración mayor. Ciertamente, la migración a lo largo de la península y la inmigración en los Estados Unidos fueron consecuencia de tradiciones familiares y regionales desarrolladas como resultado de las circunstancias históricas particulares en las Californias y diferentes de las de otras áreas de la frontera —aunque existen similitudes generales— (García, 1981; Martínez, 1975).

No obstante, este caso ilustra que la migración, como cualquier otro comportamiento humano, no puede explicarse únicamente a través de estos factores locales y autodeterminantes o de períodos aislados. En una perspectiva más amplia, se puede afirmar que la migración en las Californias fue parte de un proceso histórico que tuvo sus raíces en los siglos XVI y XVII. Como es sabido, con el objeto de encontrar un camino hacia las Indias que uniera a las Filipinas con la Nueva España, que condujera hacia nuevas poblaciones indias

similares a aquéllas conquistadas con tanta facilidad en México y Perú, y hacia sitios adecuados en dónde construir puertos para el arribo del *Galeón de Manila* y, finalmente, que los llevara hacia las míticas ciudades de oro y plata, los españoles definieron un patrón de navegación y movilidad de sur a norte, lo cual fue reforzado por los misioneros al fundar una cadena de misiones al interior de Baja California con dirección hacia el norte, dado que la orden planeaba una cuidadosa y completa conquista de “las márgenes del cristianismo”. Durante este período, Loreto, como capital de las Californias, era el punto de partida de expediciones y grupos colonizadores en el norte. Las rutas de los nativos utilizadas por los misioneros fueron la base para el Camino Real, el cual eventualmente se extendió al norte hasta San Francisco. En los siglos posteriores, estas primeras rutas siguieron siendo el camino de acceso común entre los pueblos misioneros, la frontera y San Diego, y fueron utilizadas en todos los períodos históricos por migrantes que se dirigían al norte o al sur. Los viajes entre Alta y Baja California eran entonces un fenómeno regional y se constituyeron como fundamento para la tradición de movilidad regional que comenzó cuando se dio el primer contacto con la península. Este patrón fue la base para la orientación regional de los pueblos peninsulares hacia Alta California, al norte.

Más aún, la migración de los colonizadores de la frontera en el siglo xx no sólo fue propiciada por este antecedente de movilidad, sino también por el contexto socioeconómico del siglo xix. Un análisis del proceso que estableció las condiciones para la inversión extranjera en Baja California y para la cambiante atmósfera económica en la costa oeste de ambas Californias nos ayuda a explicar la migración de los californios. El estudio de estos contextos históricos ilustra, además, que las migraciones son episodios únicos en una larga cadena de eventos históricos. De esta manera, la migración al norte realizada a principios del siglo xx por las familias del presente estudio está íntimamente ligada a las implicaciones económicas regionales de la expansión capitalista del siglo xix en la costa oeste

de Estados Unidos y a la política de *dejar hacer, dejar pasar*, prevaliente en México.

La migración de los bajacalifornios, por lo tanto, no fue un traslado fugaz desde casa hasta la sociedad receptora, sino más bien un importante mecanismo en el proceso de colonización de la región fronteriza. Se trató de una migración en etapas que involucró generaciones enteras que viajaron en convivencia con sus hijos, socializando y ofreciéndose apoyo mutuo de manera consistente. Cuando entrevisté a los colonizadores, éstos recordaban lugares, eventos, apoyo y gente de su migración como partes significativas de sus historias. La migración sirvió, por lo tanto, para incrementar la solidaridad familiar y las relaciones sociales.

En estas conclusiones pretendo destacar que el presente estudio va más allá de querer documentar la migración de los bajacalifornios que se establecieron en la región fronteriza. Esta historia de migración en la frontera de Alta y Baja California sugiere que patrones de movilidad similares podrían haber tenido lugar a lo largo de toda la frontera entre Estados Unidos y México, teniendo como actores a toda la población inmigrante mexicana y a la población chicana, portando los mismos ideales de la red que aquí se estudió (Whiteford, 1979). Además, esta investigación —llevada a cabo en los momentos en que los Estados Unidos reforzaron el control fronterizo y restringieron la inmigración mexicana— tuvo el propósito de documentar los atributos regionales, culturales e históricos de las poblaciones fronterizas, e influir en las decisiones de los legisladores norteamericanos.

Por otra parte, el caso de los bajacalifornios revela las complejas y multidimensionales relaciones de las poblaciones que se asentaron en ambos lados de la frontera. Estas relaciones no fueron solamente económicas ni se definieron únicamente en el contexto de la historia contemporánea, sino que se basaron en importantes episodios históricos ocurridos en México y Estados Unidos. La migración mexicana hacia Alta California es claramente parte de una tradición regional bajacaliforniana que proviene del siglo XVI, en la que han

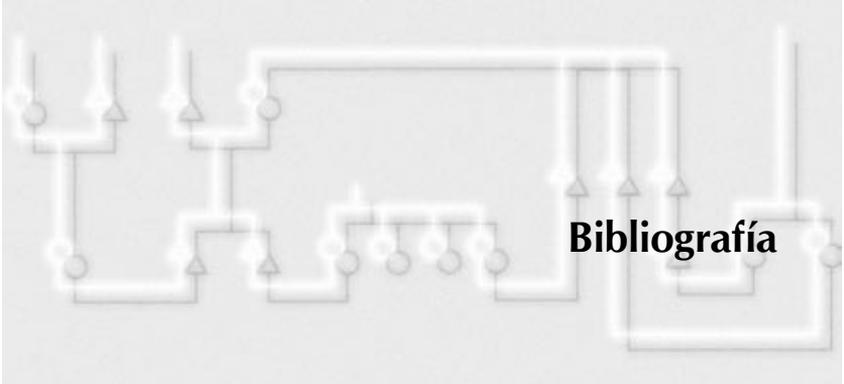
influido tanto la determinación de los migrantes como los contextos socioeconómicos condicionados por la interacción de la política extranjera (estadounidense y británica) y la mexicana. Por esta razón se puede afirmar que esta migración es multidimensional, al igual que otros procesos estudiados en otras regiones (Cornelius y Diaz-Carredo, 1976). Sin lugar a dudas, una de estas dimensiones es la humana. En este sentido, este trabajo sigue la recomendación de Mines (1981) sobre la necesidad de una investigación sistemática de los factores humanos involucrados en la migración y que en consecuencia explore el punto de vista de la población migrante y sus descendientes. Estoy convencido de que sin esta perspectiva en los estudios de los procesos y dinámicas de la migración y adaptación, se diluiría la importancia de la familia y sus instituciones. Como se puede constatar aquí, nuestros mismos informantes –los pioneros migrantes– identificaron las instituciones esenciales, los períodos y motivaciones de esta peculiar migración, reconociendo la trascendencia de los actores humanos en la adaptación y supervivencia, tanto en el ámbito socioeconómico como en el cultural de estas familias. Como afirma Mines (1981), este enfoque humanista puede sensibilizar a académicos y legisladores en tiempos de políticas migratorias restrictivas.

Por último, no se puede decir que este libro presente la historia completa de la migración y asentamiento de las familias que se originaron en Baja California. Aquí he delineado solamente la historia y la motivación que me condujo, como miembro de ellas, a enfrentar el reto que representa este estudio. Queda mucho más por hacer. Existen múltiples áreas y preguntas por responder a través de más investigación sobre la historia de la península, la naturaleza de la migración y el desarrollo de la red. En estas investigaciones serán importantes las historias personales para encontrar la relación entre los procesos socioculturales y el hombre común, desde una perspectiva científico-social. Así también, será importante consolidar los esfuerzos por escribir la historia de Baja California desde una perspectiva integral, no segmentada, que atienda las distintas ramifica-

ciones socioeconómicas o políticas de la península. Será necesario también analizar los episodios de la historia de México y sus efectos sobre la península, así como la interacción de la Alta California y Estados Unidos con el norte. Otras líneas de investigación por desarrollar son el tema de los primeros habitantes y, específicamente, la historia del intercambio y la movilidad en tiempos precolombinos y períodos contemporáneos, así como el de los misioneros jesuitas, franciscanos y dominicos, específicamente respondiendo las preguntas sobre cuáles fueron los objetivos teológicos que guiaron a estos misioneros a lo largo de esta tierra, ardiente e inhóspita, y cómo contribuyeron al pensamiento filosófico, religioso y nacional de los siglos XIX y XX. Al respecto, Jacques Lafaye (1976) ha escrito una interpretación sobre las misiones jesuitas en América, sugiriendo que éstas jugaron un papel prominente en la formación de una actitud nacional mexicana.

Por otra parte, mi investigación sugiere el desarrollo de fuertes nexos entre algunos puertos peninsulares del golfo de California y la migración de personas hacia la costa continental de éste, a lugares de Sonora como Cananea, Nogales, Guaymas, Empalme y otros en donde se encuentran residiendo familiares. Sin embargo, el golfo nunca ha sido analizado desde una perspectiva sociohistórica. Asimismo, la frontera ha sido estudiada desde una perspectiva contemporánea centrada solamente en el aspecto socioeconómico de la migración y el flujo de migrantes mexicanos a los Estados Unidos —Spicer (1962) es la excepción—. No obstante, como lo ilustra este trabajo, es importante desarrollar estudios sobre la migración desde una dimensión histórica que explore la construcción de redes en un ámbito transnacional. Numerosos pueblos similares a los aquí descritos existen a lo largo de ambos lados de los 3 200 kilómetros de frontera, al tiempo que muchos chicanos y mexicanos en los Estados Unidos identifican sus lugares de origen y hablan de redes familiares que surgieron en éstos. Sin embargo, aún no se sabe qué tipo de redes se desarrollaron como resultado de la migración entre dichos lugares y otras áreas localizadas hacia el norte, por lo que no

es ocioso señalar que la investigación de estas redes es importante para la comprensión del comportamiento social de la actual población de mexicanos y chicanos viviendo en Estados Unidos. Sobre esto existen múltiples preguntas y áreas por estudiar que describan el desarrollo de estas redes y las dinámicas de migración y afiliación regional. Igualmente importantes podrían ser los trabajos sobre el punto de vista de los mismos actores que protagonizaron estos procesos. Puesto que la mayor parte de los individuos que me brindaron su tiempo y sus historias eran ancianos, me pregunto sobre las historias no contadas de los viejos que todavía hacen de la península su hogar, así como de los otros que allí vivieron durante los años analizados en este estudio. Indudablemente, la documentación de las perspectivas individuales en la historia interpretativa no sólo se justifica, sino que además es necesaria. Si algo se ha logrado aquí, espero que haya sido el poder demostrar que los individuos son depositarios de conocimiento y que como actores pueden relatar su propia interpretación de la parte de historia que les tocó vivir.



## Bibliografía

- Álvarez, Robert R. (1985). "The Border as Social System: The California Case". *The New Scholar*, núm. 9, pp. 119-133, primavera.
- (1986). "The Lemon Grove Incident: The Nation's First Successful Desegregation Court Case". *Journal of San Diego History*, vol. XXII, núm. 2.
- Aschmann, Homer (1967). *The Central Desert of Baja California: Demography and Ecology*. Riverside, Estados Unidos de América: Manessier.
- Baegert, Johan Jakob (1952). *Observations in Lower California, 1771*. Traducido por M. M. Crandenburg y Carl C. Baumann. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press.
- Balderrama, Francisco E. (1982). *In Defense of La Raza: The Mexican Consulate and the Mexican Community, 1926 to 1936*. Tucson, Estados Unidos de América: University of Arizona Press.
- Bancroft, Hubert H. (1889). *History of the North Mexican States and Texas*, vol. 16, 1801-1889. San Francisco, Estados Unidos de América: The History Company.
- Barret, Ellen C. (1957). *Baja California, 1535-1956*. Los Ángeles: Bennett y Marshall.
- (1967). *Baja California II, 1535-1964*. Los Ángeles: Westernlore Press.
- Berstein, Marvin O. (1964). *The Mexican Mining Industry, 1890-1950*. Nueva York: State University of New York.

- Blaisdell, Lowell L. (1962). *The Desert Revolution: Baja California, 1911*. Madison, Estados Unidos de América: University of Wisconsin Press.
- Bogardus, Emory (1934). *Mexicans in the United States*. Los Ángeles: University of Southern California Press.
- Bolton, Herbert E. (1908). *Spanish Exploration in the Southwest, 1542-1706*. Nueva York: Barnes and Noble.
- Braudel, Fernand (1980). "History and the Social Sciences: The Longue Durée". *On History*, Chicago: University of Chicago Press, pp. 25-55.
- Bruner, Edward M. (1973). "Kin and Non-kin". En Aiden Southhall (ed.), *Urban Anthropology*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 372-373.
- Buffum, E. Gould (1959). *Six Months in the Gold Mines from a Journal of Three Year's Residence in Upper and Lower California: 1847, 1848, 1849*. Glendale, Estados Unidos de América: Ward Ritchie Press.
- Butterworth, Douglas S. (1970). "A Study of the Urbanization Process among Mixtec Migrants from Titantongo in Mexico City". En W. Mangin (ed.), *Peasants in Cities*. Boston: Houghton Mifflin, pp. 98-113.
- Camarillo, Albert (1979). *Chicanos in a Changing Society*. Cambridge: Harvard University Press.
- Cardoso, Lawrence (1974). *Mexican Emigration to the United States, 1900-1930: An Analysis of Socio-economic Causes* (tesis doctoral). University of Connecticut.
- Carter, Thomas (1970). *Mexican Americans in School: A History of Education Neglect*. Nueva York: College Entrance Examination Board.
- Cavallero Carranco, Juan (1966). *The Pearl Hunter in the Gulf of California, 1668. Summary Report of the Voyage Made to the California by Captain Francisco de Lucenilla*. Transcripción, traducción y anotaciones de W. Michael Mathes. Los Ángeles: Dawson Book Shop.

- Chevalier, François (1963). *Land and Society in Colonial Mexico*. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press.
- Clavijero, Francisco Javier (1971). *The History of Lower California* (reimpresión de la traducción de 1937). Riverside, Estados Unidos de América: Manessier.
- Cornelius, Wayne y Juan Díaz-Carredo (1976). *Mexican Migration to the United States: The View from the Sending Communities*. Cambridge, Estados Unidos de América: Migration and Development Study Group, Center for International Studies/MIT Press.
- Cosío Villegas, Daniel (1955). *Historia moderna de México*. México: Editorial Hermes.
- Coyle, Jeanette y Norman C. Roberts (1975). *A Field Guide to the Common and Interesting Plants of Baja California*. La Jolla, Estados Unidos de América: Natural History Publishing Co.
- Crosby, Harry (1981). *The Last of the Californios*. La Jolla, Estados Unidos de América: Copely Books.
- Crowe, P. W. (1978). *Good Fences Make Good Neighbors: Social Networks at Three Levels of Urbanization in Tirol, Austria* (tesis doctoral). Stanford University.
- Davis, William G. (1986). "Class, Political Constraints, and Entrepreneurial Strategies: Elites and Petty Market Traders in Northern Luzon". En Sydney Greenfield y Arnold Stricken (eds.), *Entrepreneurs and Social Change*. Lanham, Estados Unidos de América: Society for Economic Anthropology/University Press of America (Monograph, núm. 2).
- Day, Grove A. (1964). *Coronado's Quest*. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press.
- Departamento de Estadística Nacional (1926a). "Baja California Sur". *Censo general de habitantes, 1921*. México, D. F.: Departamento de Estadística Nacional.
- (1926b). "Baja California Norte". *Censo general de habitantes, 1921*. México, D. F.: Departamento de Estadística Nacional.
- Divine, Robert (1957). *American Immigration Policy, 1924-1952*. New Haven, Estados Unidos de América: Yale University Press.

- Doughty, Paul (1970). "Behind the Back of the City: Provincial Life in Lima, Peru". En W. Mangin (ed.), *Peasants in Cities*. Boston: Houghton Mifflin, pp. 30-46.
- Engelhardt, Zephyrin (1929). *The Missions and Missionaries of California*, vol. 1, Lower California. Santa Bárbara, Estados Unidos de América: Mission Santa Barbara.
- Fagg, John E. (1963). *Latin America: A General History*. Nueva York: MacMillan.
- Fischer, Claude S. (1984). *To Dwell among Friends*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1977). *Networks and Places*. Nueva York: The Free Press.
- Friedl, Ernestine (1959). "The Role of Kinship in the Transmission of National Culture to Rural Villages in Mainland Greece". *American Anthropologist*, vol. 61, núm. 1, pp. 30-38.
- (1964). "Lagging Emulation in Post-peasant Society". *American Anthropologist*, vol. 66, núm. 3, pp. 569-586.
- García Mario T. (1981). *The Desert Immigrants: The Mexicans of El Paso*. New Haven, Estados Unidos de América: Yale University Press.
- Goldbaum, David (1971). *Towns of Baja California: A 1918 Report*. Glendale, Estados Unidos de América: La Siesta Press.
- Goodenough, Ward H. (1970). *Description and Comparison in Cultural Anthropology*. Chicago: Aldine.
- Hendricks, W. O. (1971). "Introduction". En David Goldbaum, *Towns of Baja California*. Glendale, Estados Unidos de América: La Siesta Press.
- Hobsbawm, Eric J. (1975). *The Age of Capital, 1848-1875*. Nueva York: Scribner's.
- Hoffman, Abraham (1974). *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression*. Tucson, Estados Unidos de América: University of Arizona Press.
- James, Preston E. (1959). *Latin America*. Nueva York: Odyssey Press.
- Jordán, Fernando (1951). *El otro México: Biografía de Baja California*. México, D. F.: Biografías Bandera.

- Lafaye, Jacques (1976). *Quetzalcóatl and Guadalupe. The Formation of Mexican National Consciousness, 1531-1815*. Chicago: University of Chicago Press.
- León Portilla, Miguel (1973). *Voyages of Francisco de Ortega, California, 1632-1636*. Los Ángeles: Glen Dawson.
- Lewis, Oscar (1952). "Urbanization without Breakdown: A Case Study". En Dwight Heath y Richard Adams (eds.), *Contemporary Cultures and Societies in Latin America*. Nueva York: Random House, pp. 424-437.
- (1973). "Some Perspectives on Urbanization with Special Reference to Mexico City". En A. Southall (ed.), *Urban Anthropology*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 125-138.
- Lingenfelter, Richard E. (1967). *The Rush of '89: The Baja California Gold Fever and Captain James Edwards Friend's Letters from the Santa Clara Mines*. Los Ángeles: Glen Dawson.
- Lomnitz, Larissa Adler (1977). *Networks and Marginality: Life in a Mexican Shantytown*. Nueva York: Academic Press.
- (1978). "The History of a Mexican Urban Family". *Journal of Family History*, vol. 3, núm. 4, pp. 392-410.
- Mangin, William (1973). "Sociological, Cultural and Political Characteristics of Some Urban Migrants in Peru". En A. Southall (ed.), *Urban Anthropology*, Nueva York: Oxford University Press, pp. 315-350.
- Martínez, Oscar J. (1975). *Border Boom Town: Ciudad Juárez since 1848*. Austin, Estados Unidos de América: University of Texas Press.
- Martínez, Pablo L. (1960). *A History of Lower California*, 1a. ed. en inglés. México, D. F.: Editorial Baja California.
- (1965). *Guía familiar de Baja California: 1700-1900. Vital Statistics of Lower California*. México, D. F.: Editorial Baja California.
- Mathes, Michael W. (1969). *First from the Gulf to the Pacific: The Diary of the Kino-Atondo Peninsular Expedition*. Los Ángeles: Glen Dawson.

- (1973). *The Conquistador in California. 1535. The Voyage of Fernando Cortez to Baja California in Chronicles and Documents*. Los Ángeles: Glen Dawson.
- McWilliams, Carey (1973). *Southern California: An Island on the Land*. Santa Bárbara, Estados Unidos de América: Peregrine Smith.
- Meadows, Don (1915). *Baja California, 1533-1950, a Biblio-history*. Los Ángeles: Glen Dawson.
- Meigs, Peveril (1935). *The Dominican Mission Frontier of Lower California*. Berkeley, Estados Unidos de América: University of California Press.
- Mines, Richard (1981). *Developing a Community Tradition of Migration: A Field Study in Rural Zacatecas, México and California Settlement Areas*. La Jolla, Estados Unidos de América: Program in United States-Mexican Studies, University of California, San Diego (Monograph Series, núm. 3).
- y C. F. Nuckton (1982). *The Evolution of Mexican Migration to the United States: A Case Study*. Berkeley/Los Ángeles/Londres: University of California (Giannini Foundation of Agricultural Sciences Information Series, Bulletin 1902).
- Mitchell, J. Clyde (1969). "The Concept and Use of Social Networks". *Social Networks in Urban Situations*. Oxford: Manchester University Press.
- Nelson, Edward W. (1922). *Lower California and its Natural Resources* (reimpreso en 1966). Riverside, California: Manessier.
- North, Arthur W. (1908). *The Mother of California, Being an Historical Sketch of the Little Known Land of Baja California*. San Francisco, Estados Unidos de América: Paul Elder and Co.
- Ortner, Sherry B. (1984). "Theory in Anthropology since the Sixties". *Journal of Comparative Study of Society and History*, núm. 4, pp. 126-166.
- Paul, Rodman Wilson (1963). *Mining Frontiers of the Far West, 1848-1900*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

- Pletcher, David M. (1958). *Rails, Mines, and Progress: Seven American Promoters in Mexico, 1867-1911*. Nueva York: Cornell University Press.
- Romo, Ricardo (1975). *Mexican Workers in the City: Los Angeles 1915-1930* (tesis doctoral). Los Ángeles: University of California.
- San Diego Natural Historical Museum (1977). *Plant Life of Baja California*. (manuscrito no publicado). San Diego Natural Historical Museum.
- Sauer, Carl O. (1963). "The Road to Cibola". En Carl O. Sauer (ed.), *Land and Life*. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press, pp. 33-103.
- (1969). *The Early Spanish Main*. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press.
- Schurz, William L. (1939). *The Manila Galleon*. Nueva York: E. P. Dutton.
- Schwenkmeyer, R. C. (1977). *Climatic Patterns of Baja California* (folleto no publicado presentado en Baja California Seminar). San Diego Natural History Museum.
- Scott, Robin F. (1971). *The Mexican in the Los Angeles Area, 1920-1950: Acquiescence to Activity* (tesis doctoral). Los Ángeles: University of Southern California.
- Secretaría de Industria y Comercio (1963a). "Estado de Baja California". *VIII Censo general de población, 1960*. México, D. F.: Dirección General de Estadística.
- Secretaría de Industria y Comercio (1963b). "Baja California Territorio". *VIII Censo general de población, 1960*. México, D. F.: Dirección General de Estadística.
- Secretaría de Industria y Comercio (1971a). "Estado de Baja California. Estados Unidos Mexicanos". *IX Censo general de población, 1970*. México, D. F.: Dirección General de Estadística.
- Secretaría de Industria y Comercio (1971b). "Territorio de Baja California". *IX Censo general de población, 1970*. México, D. F.: Dirección General de Estadística.

- Shipek, Florence (1965). *Lower California Frontier Articles from the San Diego Union, 1870*. Los Ángeles: Glen Dawson.
- Spicer, Edward H. (1962). *Cycles of Conquest*. Tucson, Estados Unidos de América: University of Arizona Press.
- Stern, Norton B. (1973). *Baja California, Jewish Refuge and Homeland*. Los Ángeles: Glen Dawson.
- Taylor, Paul S. (1928). "Mexican Labor in the United States: Imperial Valley". *University of California Publication in Economics*, vol. 6, núm. 1. Berkeley, Estados Unidos de América: University of California.
- United States Census Office (1901). *12<sup>th</sup> Census of the United States, 1900*. Washington, D. C.: U.S. Census Office.
- United States Department of Commerce (1931). *15<sup>th</sup> Census of the United States, 1930*, vol. 1. Washington, D. C.: U.S. Printing Office.
- United States Department of Justice-Immigration and Naturalization Services (1953). *Laws Applicable to Immigration and Naturalization*. Washington, D. C.: U.S. Government Printing Office.
- Venegas, Miguel (1759). *Natural and Civil History of California*. Londres: James Rivington and James Fletcher.
- Wagner, Henry R. (1929). *Spanish Voyages to the Northwest Coast of America in the Sixteenth Century*. San Francisco, Estados Unidos de América: California Historical Society.
- Weinberg, Meyer (1977). *A Chance to Learn*. Boston: Cambridge University Press.
- Whiteford, Linda (1979). "The Borderland as an Extended Community". En Fernando Camera y Robert Van Kemper (eds.), *Migration Frontiers: Mexico and the United States*, Albany, Estados Unidos de América: University of New York, Latin American Anthropology Group, Institute for Meso-American Studies, vol. 3.



*Familia: Migración y adaptación en Baja y Alta California, 1800-1975* se terminó de imprimir en octubre de 2012 en los talleres de Impresora San Andrés, S.A. de C.V., Río Mocerito y Vasco de Quiroga núm. 801, colonia Pro-Hogar, Mexicali, Baja California, México. La edición estuvo al cuidado de la Coordinación Editorial del IIC-Museo. El tiraje consta de 1 000 ejemplares.